NATALIE DANIELS



MÁS CERCA AÚN

DEBOLSILLO

Para Chus, con todo mi amor

¿Quién puede frenar la avalancha del dolor una vez que se desata?

EURÍPIDES, *Medea*

Resulta extraño, porque todo el mundo dice que es muy guapa. Su belleza se ha convertido en un hecho indiscutible; se ha mencionado tantas veces, que cualquier posible duda ha quedado descartada. Sin embargo, he de decir que la primera vez que la vi en el parque, hace muchos años, no me llamó la atención; tardé algún tiempo en percatarme de su belleza. Era menuda, con el pelo rubio y muy fino y venas azuladas en las sienes. Tenía profundas ojeras —un rasgo que compartimos muchas madres— y, vista desde un ángulo determinado, su nariz pecosa parecía haber recibido un buen puñetazo. Poseía una forma peculiar de mirarte con el rabillo de sus grandes ojos de color castaño oscuro y parpadeaba demasiado. En conjunto, me pareció una persona ansiosa. No, nunca se me habría ocurrido llamarla guapa. Entonces no.

Había llegado tarde a recoger a Annie de la guardería y me había encontrado a mi hija sentada sola en el banco situado bajo el colgador para abrigos vacío. Llevaba en la mano el palito de madera de una piruleta con un arrugado trozo de tela roja pegado de cualquier manera en un extremo.

—Cariño, siento llegar tarde —dije, sentándome junto a ella y recuperando el aliento—. ¿Qué has hecho? —pregunté, mirando el palito que tenía en la mano.

A Karl se le daban mejor que a mí esta clase de cosas: se maravillaba ante cada trabajo de mierda que traían los niños del colegio como si nuestros hijos fueran pequeños Leonardos. Si por él fuera, la casa parecería una de esas viviendas de coleccionistas compulsivos que salen en la tele, llenas de desperdicios hechos de arcilla y manchurrones de pintura sobre papeles arrugados.

—Es una amapola.

Cómo no. Se acercaba el día del Recuerdo, y la guardería de Annie no perdía ninguna ocasión de dar rienda suelta a su creatividad.

—¡Es preciosa! ¿Sabes por qué la has hecho? ¿Para quién es?

Puede que llegue tarde y que se me olviden los conciertos de villancicos y las barbacoas, pero me gusta educar a mi hija siempre que tengo ocasión.

Me miró y me dio el palito de piruleta.

—¿Para ti?

—No. Dime, ¿por qué lo has hecho? ¿Para quién es?

—Es para recordar —dijo.

—Eso es —aprobé. Mi hija era un genio—. ¿Para recordar a quién?

Annie no tenía ni idea. Sacudió la cabeza y sus angelicales rizos se agitaron. Una vez más, me maravilló que un ser tan bonito hubiera salido de mí.

—¡Es para todos los soldados que murieron en la guerra! —dije en un tono incoherentemente alegre.

Me miró con los ojos abiertos como platos y los labios separados en una expresión de sorpresa mientras chirriaban los miniengranajes de su cerebro. Frunció el ceño y se volvió despacio para examinar la pared que estaba detrás de ella. Alargó sus deditos para tocar con cautela las protuberancias de escayola aplicada toscamente debajo de las perchas.

—¿En esta pared? —preguntó.

Algunas veces, mi hija era tan adorable que habría sido capaz de comérmela.

—¡Vamos a comprar unas chuches y después iremos al parque! —exclamé.

Así que Annie salió corriendo como un kamikaze, con los carrillos llenos de Smarties. Cuando logré alcanzarla estaba en la parte superior del tobogán, haciendo pucheros y contemplando con expresión desdichada el colorido rosario de pastillas de chocolate que descendía rebotando por la escalera hasta caer en las losetas de goma. Allí, otra niña las recogía y se las metía en la boca a toda velocidad.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Annie, enfurecida, a la pequeña y perversa oportunista que estaba en el suelo.

La madre no era consciente de lo que ocurría; estaba ocupada en un banco con una niña más mayor. Aun así, vino en cuanto me puse a recoger los Smarties y se puso a regañar a su hija, una niña de mejillas regordetas.

—Eso no se hace, Polly. Los caramelos no son tuyos.

Voy a decir algo extraño: algún detalle de su voz hizo que me pusiera alerta. No fue su tono, bajo y sereno, ni las palabras que dijo, nada fuera de lo común. La mía fue una sensación menos tangible: aquella voz poseía cualidades reconfortantes y, sin embargo, perturbadoras. Las campanadas de las iglesias me producen el mismo efecto. Lo que digo no tiene ningún sentido, ¿verdad?

Durante muchos años, recordaría ese día como un buen ejemplo que demuestra que no debemos confiar en nuestras primeras impresiones, por más que intenten engañarnos. Porque lo cierto fue que, al principio de todo, sentí una intensa e inexplicable aversión hacia ella, parecida a un tirón desde bastidores, como si recibiera una señal de advertencia del gran maestro titiritero.

Conversamos cortésmente durante un rato y después nos vimos obligadas a sentarnos juntas en el banco mientras las tres niñas descubrían una afinidad inmediata y se iban a buscar caracoles, abandonando sus agravios con esa envidiable naturalidad infantil.

—¿Vivís cerca? —pregunté.

—Justo al otro lado de la piscina —dijo ella, indicando vagamente la dirección con un gesto de la cabeza—. Acabamos de mudarnos.

—¡Oh! ¿En qué calle?

—Buxton Road.

—¿En serio? ¿En qué zona?

Y así supimos que éramos vecinas. Ella vivía a la vuelta de la esquina, a solo cuatro puertas de distancia de nosotros. De hecho, veía su casa desde las ventanas traseras de la mía. Entonces cambió nuestra conversación, al hacerse evidente que nuestras vidas se afectarían mutuamente: niñas gritando, peleas en el jardín, tal vez sexo ruidoso de uvas a peras en una calurosa noche de verano... ¿Por qué se sienten empujadas dos mujeres a forjar una amistad? Seguramente, dos hombres no habrían entablado ninguna conversación.

A aquellas alturas, yo había abierto la fiambrera de Annie y picoteaba unas fresas blandas mientras nuestra charla pasaba con fluidez de tratar sobre nuestro entorno y nuestra prole a centrarse en nosotras.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó.

—Soy escritora —dije.

Y, sin una pausa ni una pregunta adicional, dijo:

—¡Yo también soy escritora!

Algo en su forma de decirlo, en la rapidez de su respuesta, tenía un matiz competitivo. Volví a notar ese tirón.

—¿Qué escribes? —pregunté, ofreciéndole una fresa húmeda que rehusó.

—Poesía.

La miré con otros ojos. Interesante. Nadie reconoce escribir poesía.

—Cuando me llega la inspiración —añadió.

A riesgo de sonar pedante, os diré que eso no es ser escritora, sino flirtear con la escritura. Una escritora no puede permitirse el lujo de esperar a que le llegue la inspiración y escribe en cualquier caso. Una escritora se arriesga, vive en la penuria, renuncia a todo para convertirse en esclava de su arte. No dejé que se notaran mis sentimientos, pero supongo que, a mi modo, fui directa a la yugular:

—¿Te ganas la vida escribiendo?

—No, no.

Justo lo que yo decía: aquella mujer no era escritora. Los escritores debemos escribir todo lo que podamos para poder escribir lo que queremos. Yo escribo para otros, entrevisto y corrijo a fin de disponer de tiempo para escribir libros que nadie quiere publicar.

—Llevo, o llevaba, una galería de arte. Tienes un poco de...

Me indicó con un gesto que tenía zumo de fresa en la barbilla. Me la limpié. Sacudió la cabeza e hizo otro gesto, así que me la limpié otra vez.

Y entonces —quizá no estéis de acuerdo y penséis que eso es lo que hacen las madres— hizo algo que me pareció extrañamente íntimo: se chupó el dedo y empezó a frotarme la barbilla con suavidad. Y mientras lo hacía —era una mancha persistente— no pude evitar fijarme en ella: las pecas, el contraste del pelo rubio con aquellos ojos oscuros... Iba a preguntarle por lo de la galería cuando dijo:

—Hueles muy bien. ¿Qué perfume llevas?

Una vez más, curiosamente íntimo, ¿no? Pero me encanta recibir cumplidos y debí de animarme de forma visible.

—¡Gracias! Es Jo Malone: lima, albahaca y mandarina.

Sonrió. Tenía unos dientes blancos e impecables, como de anuncio.

—Es una maravilla.

Yo opinaba lo mismo, pero me gustó que lo mencionara. Ahora que lo pienso, los cumplidos me impidieron ver las señales de alarma. Patético, ¿verdad?

—¿A qué se dedica tu pareja? —me preguntó.

—Es consultor en comunicaciones —dije, una frase que siempre deja mudo a todo el mundo —. ¿Y tu marido? —pregunté después de una pausa.

—Lo cierto es que es mi mujer. Trabaja en la tele.

Vaya, eso me hizo callar a mí. Era lesbiana. Qué original. Ese barrio necesitaba un poco de diversidad: el colegio se iba volviendo más blanco y más rubio con cada curso que pasaba; los padres, más homogéneos (un número creciente de hombres de risa jovial vestidos de pana color salmón y mujeres de cabello lustroso recién salidas de la peluquería, paseadas por perros que no

mudaban el pelo). Enseguida quise preguntarle por las niñas: ¿quién fue la madre biológica? ¿Quién fue el padre? ¿Cómo os llaman? Todas esas preguntas obvias que a nadie le gusta hacer, pero cuya respuesta todo el mundo quiere conocer. Luego, todas las preguntas no obvias que me entraron ganas de plantearle, por ejemplo, cómo supo que era lesbiana. Me sentía intrigada. Yo siempre había sido la persona más hetero del mundo. La idea de hacer el amor con una mujer nunca había tenido ningún atractivo para mí. Me encantaban los hombres. Me encantaban sus cuerpos, me encantaban sus diferencias, me encantaba su masculinidad. Pero no le pregunté nada, por supuesto; quería parecer enrollada.

—Me gusta tu pelo... tu flequillo —dijo—. Tendrás que decirme dónde hay una buena peluquería por aquí... No conozco la zona.

Se palpaba los finos mechones, mirándome de reojo. He de decir que acababa de cortarme el pelo y me sentía un tanto acomplejada. El corte era un poco años setenta, y no en el buen sentido. La peluquera se había venido arriba y, al abandonar el salón, había tenido ocasión de ver fugazmente mi reflejo de perfil. Parecía llevar una cobaya bien cuidada sobre la frente.

—¡Desde luego! Hay un buen sitio cerca de la biblioteca.

Me incliné hacia delante para ver mejor a Annie, que vagaba por el parque. No me fiaba de ella, porque un día se había agachado a cagar entre los arbustos. Esta hija mía está demasiado asilvestrada.

—¡Por cierto, soy Ness! —dijo, tendiéndome la mano.

—Yo soy Connie —respondí, estrechándosela.

Y así se formó el vínculo entre nosotras.

Todo aquello parece ya muy lejano. Sucedió hace seis largos años. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido en una vida distinta, cuando yo pasaba por la calle junto a personas sintecho, acurrucadas en rincones que apestaban a orina, y les preguntaba en mi cabeza: ¿cómo se te ha torcido tanto la vida? Ahora lo sé. La respuesta es: muy fácilmente. Podemos pensar que se trata de un lento proceso de decadencia, pero lo cierto es que las cosas pueden cambiar de un momento a otro, quizá incluso por el capricho de un extraño, como el de una mujer que decide comprarse una casa en Buxton Road y se convierte en tu vecina.

1

Contemplo por la ventana el árbol desnudo y quejumbroso. Una vez más, me sorprende el estado en que me encuentro. Es como si me hubiera extraviado; ignoro por completo adónde he ido a parar. Mi propio cuerpo me resulta irreconocible: tengo profundas heridas abiertas en la muñeca izquierda, bajo las vendas color crema. De vez en cuando, sus húmedos tonos rosados me hacen un guiño. El brazo derecho, el tórax y el muslo derecho son una irritada y enrojecida masa rugosa, cubierta de costras. Tengo el muslo bermellón y en forma de inmensa pera; la piel, brillante y tensa. El pie me pica, despellejado. Sin embargo, estos muros se están volviendo familiares. Sé que son las once porque oigo a la Chirridos venir por el pasillo; es muy puntual. Estoy en la última habitación. No creo llevar aquí mucho tiempo, aunque puede que me equivoque: tal vez una semana, pero como todos los días son iguales, es difícil saberlo con certeza. Este sitio es todavía peor que el de antes: las ventanas de aquí tienen barrotes. La Chirridos cree que no hago nada por las mañanas. Se equivoca. Fuera hace un día tempestuoso; uno de esos días en que la meteorología, incapaz de centrarse, no para de cambiar de opinión. No obstante, yo estoy atenta y concentrada. Por las mañanas, desde que llegué, me dedico a estudiar una hojita concreta. Se halla justo en la cima del árbol, en mi línea de visión. Los jardines descienden hacia un riachuelo, o eso me han dicho. Digo «riachuelo», pero lo más probable es que sea un arroyo lleno de basura; al fin y al cabo, estamos en Londres. La hoja se agita frenética al viento; por algún motivo, se aferra a la vida. Admiro su chulería.

Ñeeec, ñeeec. Plaf, plaf. Ahí viene. No puedo apartar la mirada de esa hoja. Me preocupa que esté esperando a que la aparte para poder desprenderse de su rama. Algunas noches me preocupa tanto que salgo de la cama y levanto la persiana para comprobar que sigue ahí, a la luz anaranjada que proyecta la farola desde el otro lado del muro.

La Chirridos abre la puerta con su llave, llama con suavidad y entra sin esperar respuesta. Me da igual. No hay nada que no pueda hacer delante de ella. Escucho cómo cruza la habitación. Sus zapatos son prácticos, con suela de goma; hace mucho que sacrificó el estilo a cambio de la comodidad. De hecho, lo que chirría es su carrito. Se para delante de mí y me veo obligada a regañadientes a apartar la mirada de mi hoja. Hoy está especialmente poco atractiva; su frente es un cúmulo de manchas y protuberancias, y tiene un herpes en la comisura del labio caído.

—Buenos días —dice tristemente.

Me da mi medicación y me sirve agua de la jarra de plástico de hospital que un día debió de ser transparente aunque ahora sea grisácea. El agua está tibia y sabe a jarra. Me trago las pastillas.

—Me duele al tragar.

No reconozco mi propia voz. Estoy ronca.

—Es normal, Connie, ¿no crees?

Ella está de pie y yo sentada. Mi cabeza le llega a los hombros. Veo un círculo oscuro debajo de cada axila en el uniforme azul celeste. Yo también sudo bastante.

—El Perspirex va muy bien para la gente que suda demasiado. Debería probarlo. Lo venden en cualquier hipermercado.

Es inmune a casi todo lo que digo. Además, está leyendo a medias su ejemplar del *Daily Mail*, encima del carrito. Se supone que no debo ver ningún periódico.

—¿Y por qué voy a hacerte caso, Connie?

Mala pécora.

—No debería hablar así a los huéspedes —digo.

—Tú no eres una huésped —dice con cierta amabilidad.

Me pasa otras dos pastillas azules, aún atenta al diario. Está leyendo el artículo de portada, que se acompaña de la fotografía de un terrorista barbudo. O quizá sea un famoso. He de decir que me sorprende lo mucho que ha cuajado la imagen fundamentalista. ¿Cuándo se puso de moda hacer explotar a la gente? Ahora parezco mi madre.

—¿Traerá alguien a mi madre de visita?

Hace una pausa, alza la vista del periódico y me mira fijamente.

—¿Cuándo dejarás de hacerte la tonta? —pregunta, y es evidente que sus propias palabras le recuerdan algo, porque acto seguido se agacha y sus anchos muslos tensan al máximo el pantalón de poliéster. Coge un viejo y endeble ordenador portátil del estante más bajo del carrito y añade —: Me ha dicho la doctora Robinson que te diera esto. Quiere que lo escribas todo. —Exhala un suspiro de reprobación y deja el portátil sobre la mesita—. Está completamente cargado.

Miro el ordenador y me pregunto si podré navegar por internet.

—No puedes navegar por internet —dice.

Le encanta apartar cualquier soplo de brisa de las velas destrozadas del barco.

—Entonces, nada de porno.

Observo que hoy tengo la moral muy alta.

La Chirridos me enseña los dientes. No sonríe; se trata más bien de un gruñido. No es la primera vez que observo que tiene unos dientes bastante bonitos. Se inclinan ligeramente hacia dentro, como los de un tiburón. Entonces recuerdo que estoy en su lista negra.

Ayer, o quizá otro día, Sita la Loca y yo estábamos viendo la tele en la sala de la tele. La sala de la tele solo contiene una tele atornillada a la pared, un sofá y una silla de plástico, ambos atornillados al suelo. Sita la Loca está enamorada de ese médico rubio que sale en las reposiciones de *Cuerpos embarazosos*. Está obsesionada con él. Quiere estar con él dentro de un espacio blanco y delimitado en algún núcleo urbano, enseñándole su psoriasis con actitud sugerente. Ese programa nos gusta mucho a las dos. Nadie puede resistirse al entusiasmo que producen las vergüenzas de otra gente. Es una fórmula infalible.

En ese episodio en concreto, el médico rubio aparecía hurgando entre los pliegues de carne de Sharon de Hartlepool en busca de unas escurridizas verrugas vaginales. Sharon apenas llegaba a sus propias partes pudendas y, desde luego, no podía vérselas. Sin embargo, Sita la Loca y yo pudimos mirarlas bien. Y nos alucinaron por distintas razones. Sharon era una señora peluda, una rubia natural. A mí, su vagina me pareció una especie de pequeña criatura durmiente, tal vez un lirón, acurrucada cómodamente en la rendija de un pajar. No obstante, la criatura tenía un aire tan descuidado y solitario que me produjo cierta tristeza. No le ocurrió lo mismo a Sita la Loca, que se despatarró en el sofá azul para masturbarse despacio ante la visión del médico cerca de una vagina. Yo estaba sentada en la silla de plástico. Me moría de ganas de mear desde que Sharon

había hundido el remolque bajo su peso, pero estaba tan concentrada en lo que yacía entre esos muslos aplastantes y las hábiles manos que el médico rubio le hundía en el cuerpo, sin contar lo aturdida que me tenía el movimiento rítmico de los dedos de Sita la Loca, que no podía levantarme del asiento. De hecho, cogí una hoja del permisivo reglamento de Sita la Loca y comprendí que ya no tenía por qué levantarme e ir al servicio; ya no tenía por qué comportarme de ningún modo en particular. Me sentí tan relajada —trato de agarrarme a lo positivo dondequiera que lo encuentre (mi madre es una gran defensora de esa clase de pensamiento y yo he intentado inculcárselo a mis propios hijos)— que allí mismo, en la silla de plástico, aflojé los músculos del suelo pélvico.

Aquello me devolvió a la niñez, al recuerdo entrañable de mojar la cama. Entonces caí en la cuenta de lo mucho que había echado de menos todas esas cosas a las que tienes que renunciar de pequeño: las rabietas y la laxitud corporal, por nombrar solo un par. Tal vez hubiese llegado el momento de recuperarlas. Lo maravilloso de haberlo perdido todo, de no tener ya nada que temer, es que, una vez que tu miedo y la realidad se han fusionado, solo queda liberación; una vez que te han quitado de la espalda ese ajuar de convencionalismo, el alivio que sientes es tremendo. Sin embargo, fue entonces cuando la Chirridos entró en la sala y vio que se estaban produciendo dos acontecimientos en apariencia independientes: un chorrito de orina goteando desde mi silla y Sita la Loca con el pantalón bajado. Sita la Loca está realmente loca, así que la Chirridos apenas le dedicó una mirada. En cuanto a mí, no está tan convencida. Cree que soy una farsante. Pongo nerviosos a los demás. Creen que soy un peligro, que soy algo que hay que controlar. Con la excepción quizá del policía que me detuvo. Le oí hablar con un colega mientras me metían en la celda. Él siempre podía «distinguirlos», dijo. «Los culpables, aliviados por fin del peso de sus propios delitos, se calman y duermen como niños de pecho.»

Yo no pegué ojo.

La Chirridos me pone en la mano la última de las pastillas. Tragarlas es un auténtico suplicio.

—Mi madre estará muy preocupada por mí. ¿Va a traerla alguien de visita?

Cierra el periódico y lo dobla.

—Yo no sé nada de tu madre —dice en tono de aburrimiento.

—No recuerdo cuándo dijo que vendría...

—Hay muchas cosas que deberías recordar —dice, dando un golpecito en el ordenador portátil con una mano y agarrando el carrito con la otra.

El personal de aquí puede ser muy grosero. Pero no me afecta. Y tiene razón en una cosa: no recuerdo cómo sufrí esos cortes en la muñeca, aunque supongo que debí de hacérmelos yo; parece sumamente improbable que alguien te acuchille al azar formando líneas verticales.

Vuelvo a la hoja. El viento ha amainado y ha dejado de temblar. Pienso en mi antigua yo. A veces me hace gracia. Cuando pienso en la energía que desperdiciaba disgustándome u ofendiéndome. Todos esos años que pasé escalando peldaños en la sociedad, mosqueándome por cualquier cosa, siguiendo unas normas impuestas, siendo la clase correcta de madre, esposa, hija y currante, llevando mi casa del modo correcto, vistiendo la ropa correcta, sosteniendo las opiniones correctas, bebiendo el vino correcto, comiendo la comida correcta, albergando el cinismo correcto. ¿Para qué? Todo parece absurdo. ¿Sobre eso quiere que escriba la doctora

Robinson? ¿La oscuridad? ¿Aquellas noches en que me despertaba asustada, con el corazón acelerado y ese malestar en el cuerpo como si me estuviera rompiendo? No quiero pensar en el dolor. Ahora estoy a salvo. Esa era mi antigua yo, que sentía demasiado.

Ahora soy libre.

Miro el ordenador. Es un viejo Dell sin enchufe; supongo que por si se me ocurre apuñalarme con él. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que escribí algo.

—¿Qué tengo que escribir? —pregunto.

La Chirridos seca un charquito de agua que se ha formado en la bandeja y se guarda la servilleta en el bolsillo. Antes de marcharse, se inclina hacia delante para mirarme a los ojos.

—¿Por qué no nos haces a todos un favor y escribes qué coño pasó?

Es bastante imponente. Va directa al grano. Vuelvo a observar mi valiente hojita mientras ella y su culo gordo abandonan la habitación.

No dejaré que me afecte. Me levanto y voy al baño. Para ser sincera, mearse encima no es tan fantástico. Utilizo el váter y me lavo esas manos desconocidas en el minúsculo lavabo. Sobre él hay una plancha de metal brillante y me veo otra vez. Por suerte, la imagen es borrosa, pero me doy cuenta de que he tenido días mejores; no tengo el guapo subido. Mi pelo ya no es precioso. Crece en extrañas matas rojas como zonas de hierba áspera; se me ve el cuero cabelludo. ¿Qué demonios ocurrió? Me doy unas palmaditas en la cabeza. Parezco un juguete blando, muy querido y gastado, aunque no siento amor alguno, solo agotamiento. Me acerco más. Tengo los ojos inyectados en sangre; el blanco, enrojecido. Mi cara está cubierta de venillas rotas, el cuello es una amalgama de colores: morados y rojos, verdes y amarillos. Alzo la mano hasta la garganta para comprobar que no llevo una especie de horroroso pañuelo de otoño que quizá me regaló mi madre. Pero este sitio no está hecho para personas pendientes de la moda. Froto con jabón la plancha de metal hasta que comienzo a desaparecer.

Oigo llegar a la doctora Robinson desde lejos. Lleva zapatos de bailarina de claqué. Todavía no me he formado una opinión sobre ella, solo la he visto una vez. El doctor Gilipollas me la presentó con aire sobrecogido, por lo que me imagino que debe de ser todo un fenómeno en el universo de los matasanos. No sé si me agrada mucho la idea de que me sometan a un examen forense. Ese es su título oficial: «psiquiatra forense». Suena muy pretencioso, aunque ella no lo es en absoluto. En realidad, la doctora resulta casi invisible. Posee una voz tranquilizadora, inteligente y profesional que debe de haber pasado años puliendo, porque es demasiado perfecta. Es una mujer pulcra y aseada; lleva ropa cara pero tremendamente sosa, con pocas probabilidades de llamar la atención. Solo sus zapatos tienen carácter; te avisan de su llegada. Cuando entra en la habitación, observo que lleva caca de pájaro en la punta del pie derecho. ¿O serán gachas?

Está aquí «para ayudarme», o eso dijo la última vez; «para llegar a la raíz de todo». Hice algunos exámenes forenses por mi cuenta y vi su tarjeta de transporte: vive en el norte de Londres, donde se rumorea que hay más terapeutas que chalados. Así que, en realidad, si bien se mira, soy yo quien le hace un puñetero favor a ella, con sus persianas venecianas, su cocina con isla y sus botellas de Pouilly-Fumé enfriándose en la nevera.

Me sonríe. No es una sonrisa de verdad, sino profesional. Se ha preparado mentalmente para disfrutar del contacto visual. Cree que se le da bien, pero nadie puede deschiflar a un chiflado. Además, tengo todo el tiempo del mundo.

En la doctora Robinson, todo es a la vez intenso y mesurado. Es una persona seria. No hace nada por sorpresa. Eso me gusta, porque hubo un tiempo en que me gustaba sorprender a la gente. Tiene el pelo oscuro y brillante, cortado al estilo paje, un poco largo, que se le sale de detrás de las orejas; el gesto con el que intenta corregirlo se ha convertido en una manera de subrayar su pensamiento metódico. «Entiendo.» Pelo detrás de la oreja. «¿Y qué crees —pelo detrás de la oreja— que quiso decir con eso?» Pelo detrás de la oreja.

Cuando se quita la americana a ese pausado ritmo suyo, me llega un olor a tabaco mentolado, aunque podría ser un caramelo de menta para tratar de disimular el olor del tabaco normal.

Fumar es una debilidad.

Preferiría que mi psiquiatra forense no tuviera unas debilidades tan evidentes.

Observo cómo cuelga su americana sobre el respaldo de la silla, que luego aparta de la mesa con cuidado antes de sentarse sin hacer ruido y colocarse el pelo detrás de la oreja. Le suena el móvil dentro del bolsillo delantero de la americana. Parece molesta, lo saca del bolsillo, baja la cabeza y mira la pantalla. Puedo leer lo que pone desde donde estoy sentada porque el tamaño del texto está aumentado. Sí, tiene casi cincuenta años, como yo. Es una buena edad; puede que los ojos se marchiten, pero las facultades alcanzan el punto máximo. Es un mensaje de WhatsApp que le envía «Maridito». Otro destello de irritación atraviesa su rostro mientras lee el mensaje. Se ha movido un poco y no puedo leerlo. Apaga el móvil y me mira con esa amplia sonrisa profesional.

—Lo siento —dice, aunque no parece sentirlo en absoluto.

Deja su bolso en el suelo. La doctora Robinson vive mucho en la tierra de las normas y la etiqueta, y le gusta fingir que estoy allí con ella. Es muy exigente; no está satisfecha con la posición del bolso y lo traslada al otro lado de su silla. Luego me dedica toda su atención, ladeando la cabeza en ese ángulo particular, con expresión de ligera alarma, como si oyese el aullido de un lobo situado a cierta distancia. Sus ojos se clavan en los míos. Se siente fascinada por mí. Soy como la vagina de Sharon: cautivadora pero repulsiva.

—Bueno, Connie. Me alegro de volver a verte. ¿Cómo te estás adaptando a Tatchwell?

No me gusta esa actitud suya. Esa superioridad de mierda. Donde las dan, las toman. Quito despacio un pelo de mi pantalón de chándal.

—¿Recuerdas de qué íbamos a hablar hoy? —dice—. Íbamos a hablar de Ness...

Suelto un bostezo. Miro el discreto anillo que lleva en el dedo anular, junto a la alianza de oro. Todo lo que dice es una pregunta, lo cual resulta extenuante. Intenta pillarme sin parar. Hoy procuraré responder a todas sus preguntas con preguntas.

—¿Ness?

—Sí. Vanessa Jones.

—¿Vendrá a visitarme? —pregunto.

Hace una pausa y niega con la cabeza.

—No, Connie. No vendrá.

Esa noticia me disgusta por un momento. Y la doctora Robinson lo ve; observo una pequeña chispa en sus ojos. Dentro de su cabeza, hay un montón de idiotas que chillan de alegría.

—¿Y por qué crees que Ness no vendrá a visitarte? —pregunta, estirando el centímetro que acabo de cederle accidentalmente hasta convertirlo en un kilómetro.

Me dedica una mirada prolongada. Acto seguido inspira hondo, cambia de postura y se coloca detrás de la oreja el pelo sedoso y rebelde.

—He pensado que podríamos empezar por el principio —continúa diciendo, como si la idea fuese increíblemente original.

—Me gustaría que me diera uno de sus cigarrillos.

No fumo, pero es agradable tener cosas aquí dentro. He empezado a coleccionar trastos siempre que puedo.

—Aquí dentro no se puede fumar.

Me la quedo mirando. Está tan enfrascada en lo que se supone que tiene que hacer que puede ser muy pesada. Se echa hacia atrás con decisión y se levanta. Se estira y hace una leve mueca. Camina hasta la ventana dándome la espalda para demostrarme que no la intimido, que podríamos ser simples amigas poniéndose al día. Se queda allí mirando hacia el exterior. No quiero que vea que mi valiente hojita la está saludando histéricamente; siento que es mía. Recorre despacio la extensión del cristal irrompible. La observo. Me gusta su cuerpo: es fuerte y sólido, está en forma, un cuerpo preparado para un duro trabajo físico, ancho pero indolente. Una combinación insólita. Trata de abrir la ventana pero está cerrada con llave, por supuesto. En este sitio, todo lo que puede abrirse está siempre cerrado: armarios, ventanas, puertas, mentes. Me conmueve ver que parece molesta. Prueba con otra ventana. Quizá se tenga por una inconformista, una abridora de ventanas.

Cruza despacio la habitación y vuelve a sentarse.

—¿Vas a utilizar ese ordenador que te trajeron? —pregunta.

—Hubiese preferido un MacBook Air —digo.

Sonríe. Por primera vez pienso que, si no fuese por cien cosas distintas, podría caerme bien.

—Eres escritora. ¿No echas de menos escribir?

Aquí dentro me he librado de toda esa mierda.

—A veces, escribir las cosas funciona como activador de la memoria. Puede desbloquear la amnesia.

Desde luego, no lo pilla.

—Podrías intentarlo, a ver qué recuerdas...

—¿Qué edad tienen sus hijos? —pregunto.

Cruza las piernas y se alisa la falda.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que todo esto empezó hace seis años?

—Y usted y su maridito, ¿cuánto hace que se conocen? —pregunto.

Estoy empezando a irritarla.

—Esto no trata sobre mí, Connie.

—Pero las relaciones unidireccionales no conducen a la intimidad. —Le sonrío. Es una sonrisa auténtica. Me estoy divirtiendo—. Adelante. ¿Dónde se conocieron usted y su maridito?

Entorna los ojos azules, ladea la cabeza y escucha el aullido de ese lobo. Es una pose seria. Puede dar la impresión de ser un poco marimandona; debería tener cuidado.

—¿Sabes, Connie? Todos tenemos que aceptar la responsabilidad de nuestras decisiones y de nuestros actos. —La doctora parece sentirse impresionada por su propia profundidad—. No podrás pasarte toda la vida usando tácticas de evitación.

Pienso en lo que acaba de decir mientras se pone a mirar por la ventana. Creo que se ha fijado en mi hoja. Se vuelve hacia mí con decisión.

—Estoy aquí para ayudarte. Podemos abordar el tema como tú quieras, Connie, podemos adoptar distintos roles si te resulta más útil...

Deja flotar la idea en el aire durante unos momentos. Espero que sepa interpretar mi expresión: puede meterse sus jueguecitos dramáticos por donde le quepan. El sol ha dejado de brillar y, de pronto, la habitación parece haberse quedado a oscuras. Sigue mirándome fijamente. Tiene motas castañas en esos duros ojos azules.

—¿Diría que su vida es bastante buena? —le pregunto, cruzando los brazos e inclinando la cabeza, intentando oír a su lobo—. Tiene un trabajo interesante y debe de ganar un sueldo decente. Tiene a su maravilloso maridito. Es bueno y leal, ¿verdad? Puede que, cuando usted vuelva esta noche después de una dura jornada laboral, ya haya metido a los críos en la cama. Llegará a casa, charlarán en la cocina, abrirán una botella de vino, se sentarán en el salón y puede que cenen delante de unos cuantos episodios de la última serie escandinava. Luego se irán a la cama.

»¡Ay, ahí está el problema! —añado, en voz baja para lograr el máximo efecto—. Podría ser que fuese esa noche, la que ha estado evitando sutilmente: el polvo obligatorio una vez al mes. O tal vez pueda continuar evitándolo, tardar un poco en acostarse, o hacerlo antes que él y fingir que duerme. No me malinterprete: es una buena esposa, le quiere y todo eso, y sabe que el sexo es importante en una relación, bla, bla, bla. Lo dicen todas las revistas, y hasta es muy probable que usted vaya diciéndolo por ahí, con lo gamberra que es. Pero aun así, estirará el rato en el baño, ya sabe, por si él prueba a ver si cuela. Salvar a tanta gente cansa mucho. Es un trabajo agotador. Además, el sexo supone mucho esfuerzo. Pero, siendo realista, ¿durante cuánto tiempo podrá evitarlo? Todo forma parte del trato, del contrato tácito entre una pareja.

»Se mete en la cama, confiando en que él no lo intente... pero lo hace, se insinúa un poco, un simple toque, una mano nerviosa que se alarga, nada más, pero usted sabe adónde va y qué quiere, aunque últimamente ya casi se ha rendido. “Sí. Esta noche debería hacer un esfuerzo”, se dice a sí misma. Así que se vuelve para indicarle que puede seguir y se deja hacer. Una vez que empiezan, la cosa no está tan mal. “Debería hacerlo más a menudo”, piensa mientras le siente dentro; hasta es agradable (aunque está deseando que acabe).

Hago una pausa. Me está mirando fijamente; sus músculos faciales parecen haberse aflojado un poco. Me inclino un poco hacia ella, susurrando con mi extraña voz ronca, que está empezando a gustarme:

—Pero follar es fácil, ¿verdad, doctora? Es besar lo que no puede fingirse; besar es la verdadera intimidad. Es besar lo que resulta insoportable. ¿Cuándo besó por última vez a su maridito? No un piquito, no; un auténtico beso de los que se funden en la boca. Piénselo, piense en esa boca suya: su forma repugnante de comer, las estupideces que dice, la expresión imbécil que adopta... esa boca que tendrá que aguantar durante los próximos cuarenta años. Pero intenta no pensar en ella de ese modo porque... bueno, ¿va a vivir toda la vida sin pasión?

Me recuesto en la silla y miro esos ojos fijos e impasibles. Luego empiezo a reírme, a reírme de verdad. No se muestra tan chula como hace media hora.

—Todos usamos tácticas de evitación, ¿no le parece, doctora Robinson?

2

Emma se hallaba sentada en el autobús. Hacía una tarde horrorosa. Los relojes se habían atrasado una hora y el invierno había llegado de golpe, como una bofetada. Con la mano, dibujó una mancha transparente en la condensación de la ventanilla para poder ver las calles resbaladizas del distrito de Wood Green, las luces del consumismo reflejadas en el pavimento reluciente, la multitud uniforme e insatisfecha que salía atropellada y decidida de la estación del metro como un ejército de mojada desdicha marchando hacia delante en la hora punta. El autobús apestaba a cuerpos húmedos y ropa vieja, como si fuera una tienda benéfica. La lluvia había agudizado los sentidos y Emma se sentía bombardeada por los sonidos: neumáticos cruzando charcos, pisadas, motores, voces, el ruido metálico y potente de los auriculares.

Intentó volver a su libro, *Hotel du Lac*. Solo lo estaba leyendo porque llevaba años en su estante y ella era incapaz de tirar a la basura un libro sin leer; no le parecía bien. Además, era pequeño y le cabía en el bolso. Sin embargo, se esforzaba en vano: no podía concentrarse. Se sentía cansada e irritable; su mente era un laberinto infinito de inquietud. Llevaba meses sin practicar meditación ni yoga. Siempre le ocurría lo mismo: en cuanto recuperaba la calma y encontraba algo de paz, lo dejaba correr y su mente volvía a llenarse hasta los topes. Tenía que buscar un hueco cada día, en serio.

Subieron más viajeros: urbanitas, habitantes del degradado centro de la ciudad, los últimos escolares. El autobús llevaba pasajeros de todos los colores y credos, todos ellos igual de cansados y mojados. Le llamó la atención una mujer con burka, cargada con dos pesadas bolsas de compra. A Emma, los burkas le daban miedo. Se quedó mirando esa sombra informe, parecida a la muerte sin guadaña. No tenía la menor idea de si la mujer le devolvía la mirada, porque no se le veían los ojos. Para Emma, que aquel día se irritaba por todo, esa mujer a quien los hombres habían vuelto ciega e invisible era un símbolo ambulante de la opresión femenina. Se sintió furiosa. «En este país, las mujeres hemos hecho grandes esfuerzos para que nos oigan y nos vean», se dijo.

Emma se sintió culpable al instante y se apartó para dejarle sitio a la mujer del burka, aunque el espacio real que le ofrecía no significase nada; simplemente pretendía demostrar que era buena persona, que no era islamófoba. ¿O sí que lo era? No, el problema de fondo era la misoginia, y se trataba de una cuestión cultural y no religiosa.

La mujer se sentó y apoyó las bolsas entre sus piernas. Su muslo rozó con el de Emma. Ella reaccionó de forma instintiva, al más puro estilo británico:

—Perdón —dijo, y volvió a moverse.

Sin embargo, en lugar de retirarse cortésmente, el muslo de la mujer se apresuró a ocupar el hueco que Emma había dejado libre. Emma se sintió molesta y luego otra vez culpable. Confiaba en que la mujer no pensara que había apartado el muslo porque fuese una racista. El autobús dio un bandazo y el conductor hizo sonar el claxon. Emma estaba deseando llegar a casa y poner punto y final a ese día. Entonces, como si hiciera un truco de magia, la mujer sacó un móvil de

entre los pliegues del burka. Emma miró de soslayo la pantalla que se desplazaba; las uñas de la mujer lucían pequeños adornos en forma de luna y estrella. Se detuvieron en el nombre «Mo». La mujer se llevó el teléfono a la oreja, que estaba casi equidistante de la propia oreja de Emma, quien se sorprendió esperando expectante a que Mo cogiera la llamada.

La voz de la mujer sonó fuerte y áspera. Hablaba un idioma inidentificable del que solo se entendía una cosa: no estaba ni remotamente oprimida. Emma la escuchó maravillada. Envidiaba un poco la desinhibición y seguridad de esa mujer, lo poco que le importaba la impresión que pudiera causar en sus compañeros de viaje, lo libre que se sentía de ser ella misma. No se le escapó la ironía. Escuchó las protestas metálicas de Mo. Se preguntó de dónde eran, si eran refugiados o inmigrantes. No hacía mucho, se había sentido avergonzada de ser británica. Fingió pasear la mirada por el autobús, esbozando una sonrisa que esperaba fuese amistosa. Pretendía que fuese una disculpa hacia la mujer, un intento de indicar que ella daba la bienvenida a inmigrantes y refugiados, a todas las personas en situación difícil. Pero la mujer no se fijaba en absoluto en Emma. Tal vez despreciase ese país con sus vergonzosos centros urbanos de borrachera, su juventud de Magaluf, su falta de moral, sus codiciosos arrendadores; sus preocupaciones vanas e intrascendentes mientras los niños seguían ahogándose en el mar Mediterráneo.

La invadió una oleada de tristeza.

Emma apartó el rostro de su vecina de asiento y volvió a mirar por la ventanilla del autobús.

Había sido un día tremendamente perturbador. Sentía dolor de cabeza y claustrofobia debido a la presencia invasora de aquella mujer de idioma áspero apretada contra su cuerpo, al hedor mohoso a seres humanos impregnados de humedad que irrumpía en sus fosas nasales, al rugido del motor debajo del asiento vibrante, a la calefacción que impulsaba un aire apestoso contra sus piernas, a las suelas de sus zapatos adheridas al suelo mugriento, al hombre del asiento de delante con los hombros salpicados de lluvia y caspa. Toda esa humanidad le causaba repulsión. Ansiaba salir de su propio cuerpo y escapar muy lejos de todo aquello.

Tras bajar del autobús, abrió el paraguas y cruzó la avenida, encogida como los demás transeúntes. Para cuando llegó a su calle, ya había dejado de llover y plegó el paraguas a toda prisa, sintiéndose vagamente tonta por no haberse dado cuenta hasta ese momento. Entonces vio que el viejo Clarence venía por la calle en dirección hacia ella. Emma no se sentía con energía para mantener una conversación acerca del reciclaje o del servicio de Correos, por lo que sacó su teléfono móvil y fingió estar hablando con un imaginario colega díscolo al que amonestaba con severidad. Un gato blanco y negro, refugiado del mal tiempo bajo un coche aparcado, pareció poco convencido y la miró con aire acusador mientras pasaba.

Una vez que Clarence pasó junto a ella saludándola con la cabeza, se vio obligada a continuar con la absurda pantomima hasta llegar a su puerta y ver que el hombre había doblado la esquina. Emma miró al gato con expresión de culpabilidad mientras guardaba el teléfono móvil y sacudía el paraguas, mientras revolvía en su bolso en busca de las llaves, sintiéndose un tanto avergonzada. Atisbó el interior de la vivienda a través de las persianas venecianas; había luz en el salón.

—¿Sí? —llamó.

La casa estaba en silencio.

Se sintió aliviada. Ah, sí, él le había enviado un mensaje, ese que Connie había visto: Simon pensaba salir con sus amigos. Se quitó el abrigo y lo colgó del perchero, pero la prenda resbaló, arrastrando otras en su caída. Al ir a recogerlo todo, vio por primera vez desde hacía mucho tiempo el agujero de la pared donde había estado clavada la valla de las escaleras. Colgó los abrigos a toda prisa y se quitó los zapatos, que alineó junto a los demás pares. Al lado de los de Si, los suyos parecían minúsculos. Comprobó el correo: solo había un sobre interesante, dirigido a «Dr. Robinson y señora». La habitual suposición sexista le causó irritación. Fue a la cocina y dejó el correo sobre la isla. Abrió la nevera, sacó una botella de sancerre y se sirvió una copa de una generosidad inexcusable. Descorrió las puertas que daban al jardín y contempló el césped empapado. Se palpó los bolsillos en busca del paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Inspiró tan hondo como si practicara yoga, llenándose el cuerpo de mentol y de alivio. Conocía muy bien el motivo de su inquietud.

No pudo seguir resistiéndose. Apagó el cigarrillo apenas consumido, cerró la puerta, se sentó ante la mesa y encendió su MacBook Air. Estaba deseando saber si la señora Ibrahim le había enviado algún documento de Connie.

Al ver que tenía un documento nuevo en la bandeja de entrada, Emma sintió un extraño entusiasmo, como si abriera una carta de amor. Connie lo había titulado «El principio de todo». Emma lo abrió nerviosa, con el corazón acelerado. Lo leyó una vez a toda prisa y otra con mucha atención.

Estaban progresando. Se dio una palmadita imaginaria en la espalda. Le intrigaba conocer a la mujer antes del crimen, a aquella mujer recién salida de la peluquería que recogió a su hija tarde en la guardería y la llevó al parque. Era como cualquier otra madre trabajadora: distraída pero indulgente, esforzada. Emma la imaginó en ese pabellón psiquiátrico, sentada en la silla, cubierta de quemaduras, moratones y heridas; la cabeza calva, los bultos enrojecidos, los ojos inyectados en sangre; cada vaso sanguíneo del rostro reventado, y esas espantosas marcas en el cuello: morado, negro y azul surcando la garganta como un horrendo collar. Hablaba con una voz ronca y atroz, como en una película de terror. Según el informe policial, se había enrollado el cinturón de seguridad en el cuello, doblemente decidida a hallar el olvido. En cierto modo, lo había logrado: ¿acaso resultaba sorprendente que no recordase nada? Quizá la magia del cerebro humano la protegiese hasta el final con un solo objetivo: sobrevivir.

Emma subió a llenar la bañera. Se fijó en los restos de un frasco de aceite de baño Jo Malone, un regalo que le hizo la hermana de Simon hacía algún tiempo. Lo abrió, olió el contenido y captó el aroma de aquella otra Connie Mortensen de brillante pelo rojo que nada tenía que ver con la figura menuda y salvaje sentada allí, en aquella habitación desolada, bajo la áspera luz fluorescente, mirando por la ventana.

Emma llenó de agua el frasco de Jo Malone, lo sacudió y lo vació despacio debajo del grifo. Qué bien olía. Al tirarlo a la papelera, vio reflejado en el espejo su propio cuerpo; no tuvo tiempo de engañarse a sí misma metiendo barriguita. Aquello era deprimente. Miró hacia abajo: la gravedad le había pasado factura. Bajo la luz procedente del techo, las estrías brillaban formando líneas que parecían dibujadas con baba de caracol. Por suerte, el vapor comenzaba a empañar su reflejo. Cerró el grifo mientras la lluvia golpeaba con fuerza el cristal de la ventana.

Se metió en la bañera y dejó que el agua la devorara poco a poco. Se sintió agradecida por poder disfrutar de un placer tan sencillo, por poder despojarse de la jornada con un buen baño, a diferencia de muchos de sus pacientes. No soportaba aquel sitio. Siempre salía de allí con dolor de cabeza. Hacía demasiado calor; no abrían las ventanas. Cerró los ojos y se hundió despacio, dejando solo el rostro al aire, apartando de su mente el resto del mundo, permitiendo que su cuerpo flotase hasta la superficie con las piernas cruzadas. Inspiró hondo varias veces. Debía volver a las clases de los sábados por la mañana; tenía la espalda muy tensa. Abrió los ojos y se quedó mirando la grieta que atravesaba el techo. De nada servía; no podía escapar. Seguía notando esos ojos impasibles e inyectados en sangre que observaban cada uno de sus movimientos, que la seguían por la habitación abarcándolo todo, evaluándola, haciendo continuos comentarios silenciosos. Aquello era absurdo. Emma era la calificadora, la comentadora, la evaluadora. Pero si Connie quería jugar a aquellos juegos, que así fuera: ella también jugaría.

Más tarde, limpia y perfumada, Emma se comió despacio, metódica, su lasaña precocinada mientras apuraba la copa de sancerre. Luego estuvo examinando varios informes y documentos judiciales para preparar su declaración en una vista. De vez en cuando cambiaba la lista de reproducción de Spotify, alternando entre Babybird y Joy Division. Cuando terminó, se dijo a sí misma: «Solo una vez más», e hizo clic sobre el documento de Connie.

—Hola, nena, ¿aún estás levantada?

Emma dio un bote. Ni siquiera había oído el pestillo. Miró el reloj del ordenador. Era casi medianoche. Si estaba empapado y desaliñado.

—Buenas noches —dijo ella, cerrando el ordenador y volviendo la silla.

Si tenía un aire relajado y atractivo. La besó en la frente, como si fuera una niña. Apestaba a cerveza.

—Estoy muerto de hambre —declaró. Dejó la bandolera en el suelo y abrió la nevera—. Hueles bien —añadió, pero ella comprendió que no lo decía con ninguna intención.

—¿Quién ha ido? Puedes comerte el resto de la lasaña. Métela en el microondas.

—Los de siempre. Ah, y Adrian se ha traído a su nueva novia.

—Pensaba que solo ibais los chicos —dijo ella—. ¿Cómo es?

—Muy maja... demasiado maja para él. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Oh, solo trabajar. ¿Cómo se llama?

—¿Samantha? Algo así. Susanna, quizá.

Emma observó cómo hurgaba en la nevera en busca de la lasaña. Si se pasó una mano por el pelo ralo. «Me siento atraída por él —pensó ella con cierto desapego—. Tenía un buen cuerpo, pero en los últimos años ha echado barriga.» (¡Dios mío! ¿Quién era ella para quejarse?). De todos modos, era alto y la ropa seguía sentándole bien. Como todo el mundo, ella daba por sentados los aspectos positivos.

Se levantó, se sirvió un poco más de vino, se sentó ante la isla de la cocina y se puso a balancear las piernas muy despacio. Mientras él se apartaba de la nevera para ir hasta el microondas, Emma alargó el pie y acarició con él el muslo de Si. En su relación, un gesto así no podía ser solo lo que era; tenía que estar cargado de significado. Emma lo sabía; se sentía audaz. Él se volvió para mirarla a los ojos.

—¡Eh! —dijo—. ¿Qué es todo esto?

Era muy fácil. Si dio un paso hacia ella. Emma le apoyó la mano sobre la ingle y le frotó un poco la polla. Se le puso dura enseguida.

—¿Es mi cumpleaños? —dijo.

Aunque la pregunta molestó a Emma, procuró pasarla por alto; se estaba sorprendiendo a sí misma con su propia osadía. Si había perdido todo interés por la cena. Ella abrió un poco las piernas. Lo insólito del escenario hacía que se sintiera atrevida y aventurera, como si fuese otra mujer. Apretó sus senos contra el pecho de él. Tenía unos buenos pechos; todo el mundo se lo había dicho siempre, incluso su madre. Estaba disfrutando de su propia audacia y, sin embargo, al quitarle a él la chaqueta y la camisa mojada, se dio cuenta de que estaba haciendo el papel de seductora en lugar de serlo. Todo era un espectáculo, no era ella. Era casi como si tuviese un público y varios críticos en él.

Por fortuna, Si necesitaba poco estímulo y tomó las riendas de la situación. Se desabrochó los pantalones, le quitó las bragas e intentó penetrarla, metiéndole las manos por debajo de la camiseta. Dolía un poco —no estaba lo bastante húmeda—, pero ambos conocían el protocolo: él se escupió en los dedos para facilitar las cosas y después se inclinó para atrapar uno de sus pezones con la boca y chupar con fuerza. Emma dejó caer la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro; la respuesta apropiada. Estaba decidida a dejar de juzgarse, a dejar de formar parte del público, y se propuso sentir la boca de él y nada más. Al hacerlo, en algún punto situado muy por debajo de la fachada de placer, se desató una pena singular. Se alegró de que la postura fuese incómoda para él, de que la boca masculina tuviera que ascender por el cuerpo de ella. Debía besarle ahora, tenía que hacerlo, pero él no lo esperaba y, para su alivio, no lo tenía previsto, así que hicieron el amor intensamente de la forma que sabían, aunque esta vez ella intentara ser otra mujer.

«Esto es bueno —pensó, oyendo sus propios jadeos; hacía todos los sonidos adecuados—. Esto es espontáneo.» No le importaba el olor a cerveza porque creaba una distancia, casi como si estuviera presente un tercero, otra cosa que no fuesen ellos dos. Así estaba menos expuesta. Pero debía besarle. Sus labios buscaron con audacia los de él. Nunca se había acostumbrado a la finura de los labios de Si; sus lenguas se encontraron y exploraron, pero el beso le produjo una sensación fría y mala: reptiliana. Entonces intentó concentrarse en sentirle en su interior y se las arregló para apartar los labios con discreción, enterrando el rostro en la seguridad del cuello de Si mientras se movían juntos rítmicamente. Emma miró hacia el jardín por encima del hombro de él mientras la lluvia caía en ráfagas contra los cristales. Lanzó un grito, en parte porque Si estaba ya muy dentro de ella y en parte porque parecía lo correcto. Estaba casi convencida de su propia actuación, aunque no del todo. Y al público le ocurría lo mismo. Notó que los espectadores se removían en sus asientos, oyó unas risitas suaves y luego, con toda claridad, que alguien se echaba a reír. Reconoció esa carcajada. Sí, Connie Mortensen se partía de risa.

Emma quería acabar ya con el sexo; había tenido suficiente. Quería que todo terminase y estar en la cama leyendo *Hotel du Lac*. Pero Si y ella se mostraban siempre corteses en ese aspecto; Emma sabía que él esperaría a que se corriese. Más valía que se diese prisa. Se echó hacia atrás, apartándole un poco para poder deslizar la mano entre ambos y tratar de acelerar un tanto el proceso por su cuenta. Pero no funcionaba; el orgasmo la eludía. Aceleró el ritmo cada vez más, venga, por lo que más quieras, pero entonces supo con certeza que no se correría. Y, desde luego, no quería tener que pasar por un montón de explicaciones reconfortantes y

esfuerzos renovados, así que decidió hacer lo más conveniente: sus jadeos fueron en aumento, lanzó un grito, se quedó paralizada, se contrajo y se estremeció como correspondía. Era igual que si se hubiese corrido; ningún observador habría visto la diferencia. Ella había cumplido con su parte. Si alcanzó el orgasmo enseguida, tal como Emma sabía que ocurriría, lanzando un grito y poniendo esa extraña expresión con la boca.

Todo había terminado ya. Fin. Estaba deseando bajarse de la isla de la cocina, pero sería una grosería; esperó a que Si acabase de dar sacudidas, estrechándole contra sí adecuadamente hasta que resultó permisible mostrar incomodidad. Finito. No tendrían que volver a hacerlo durante algún tiempo. Sí, era fantástico. Tenían una vida sexual satisfactoria y envidiable: después de quince años juntos, seguían practicando sexo impulsivo sobre la isla de la cocina. Todo iba bien entre Si y ella.

Pero en el viscoso momento posterior a la cópula, en ese agujero negro poscoital, Emma no se bajó de la isla. Se quedó allí sentada, con las nalgas contra la encimera de piedra, mientras Si se marchaba para poner a cargar el móvil. Todo estaba en silencio. Ya casi no llovía. Solo se oían toques ocasionales en el tejado, como aplausos débiles después de un espectáculo mediocre. Y allí estaba ella, sola de pie en un escenario vacío, mientras los últimos miembros del público salían en fila entre murmullos de decepción. Sabían distinguir una mala interpretación. «Todos usamos tácticas de evitación, ¿no le parece, doctora Robinson?»

3

Ha venido a verme el Escurridizo. Es mi marido o, mejor dicho, mi exmarido. En realidad, se llama Karl. Esta es su segunda visita y, de momento, ha sido igual que la primera. Ha estado de pie junto a la ventana, muy quieto, llorando en silencio. Siempre fue un quejica, así que la cosa no es tan grave como parece. Le veo viejo y triste. De todos modos, huele bien. Siempre ha olido bien. Se deja abrazar y oler unos momentos, aunque sé que se siente incómodo y que cambia miraditas con la Chirridos a mi espalda. La Chirridos es una falsa que se comporta de forma muy distinta delante de los de fuera, toda sonrisas y consideración. Le trae a Karl una taza de té, y la reacción de él es tan exageradamente agradecida que cualquiera diría que le ha rodeado con los piños ese miembro suyo tan hecho polvo.

—¡Dígale a Sita la Loca que nos veremos a las seis! —digo, despidiéndola como si fuese una camarera. Me porto como una capulla, pero se lo merece.

—No la llames así, Connie.

Lo dice porque el Escurridizo está delante. Sita la Loca le importa un carajo.

Me mira mal y sale de la habitación. Muevo mi silla para ponerme de cara al Escurridizo. No dice nada, da un sorbo al té. Está contemplando el árbol, pero no mi hoja, aunque la pobre está sufriendo un ataque epiléptico para llamar su atención.

—¿Cómo está mi madre? —pregunto.

Tiene los labios en el borde de la taza; veo que hace una minúscula pausa antes de dar otro sorbo.

No me hace caso. Apenas dijo una palabra en su última visita. Le observo. Es muy alto y tiene un cuerpo bonito y esbelto, como el de un corredor de fondo. Está en forma. Tiene el pelo negro y está de buen ver. Pero su piel, muy pálida, está cubierta de manchas rojizas. Parece un alga rara, sacada de las profundidades del mar por la red de un barco de arrastre.

—¿Y Josh? —pregunto—. ¿Va a venir a verme? Echo de menos a los críos.

Apoya la taza en el platito y se sitúa de frente a la ventana, como si fuera a pelearse con ella y a matarla con el té o algo así. Luego se vuelve y me mira. Quiere matarme a mí.

—Josh no quiere verte.

Cada vez que oigo eso, me quedo desconcertada. Pero intento que no se me note.

—¿Y Annie? —pregunto con la voz un tanto teñida de desesperación.

El Escurridizo me mira fijamente. Tiene los ojos muy azules y fríos como el invierno.

—¿Annie? —repite.

Está a punto de decir algo, pero se contiene. Me está mirando el cuello, la garganta. Sacude la cabeza, y no sé si dirige su gesto hacia mí o hacia sí mismo.

—Está bien —digo.

No quiero disgustarle. Puede ser muy variable. Es evidente que, en lo que respecta a los niños, yo soy la adulta. Y debo comportarme como adulta y aguantar su enfado sin rechistar. Sé que he sido motivo de vergüenza para ellos. Oír que tus propios hijos te odian es lo más horrible

del mundo; es como tratar de digerir cuchillas de afeitar.

—Tampoco sé si yo volveré a venir —dice.

Me sorprende mucho oírle decir eso. A pesar de todo, es tremendamente leal. Me preocupa que ocurra algo muy grave, algo que no me cuenta. Me levanto y cruzo la habitación para ir con él. Sus ojos van de mi pelo a mi garganta y a mis ojos. Mira mis ojos, no dentro de ellos.

Me detengo justo delante de él. Brotan lágrimas de sus ojos.

—¿Por qué? —dice.

Su voz es tan débil y su energía tan escasa que me da pena, aunque el llanto me aburra profundamente. Nunca ha entendido que su propia autocompasión seca la mía. La verdad, no sé qué hacer, cómo ayudarle, pero hago un esfuerzo. Le rodeo con mis brazos. Da un leve respingo y luego cede un poco. Deja que le abrace. Sí que huele bien.

—Ojalá nunca te hubiera conocido —dice—. Ojalá nunca te hubiera echado la vista encima.

Soy consciente de que sus palabras no suenan románticas, aunque, a su modo, sí. Me está diciendo hasta qué punto nos conocemos. Solo conoces de verdad a tu pareja cuando te separas de ella. La rabia es buena; es necesaria para despegarse, y no puede haber separación sin derramamiento de sangre, sin dolor. Ambos lo sabemos. Solo entonces ves a la persona en su integridad. Desesperación, miedo: nos hacen extraños y feos. Los dos hemos visto la fealdad del otro, pero ¡mira! ¡Sigue aquí conmigo! Si eres un poco amable, puedes acabar justo donde empezaste: apreciando mucho a esa persona. Karl es un hombre amable. A pesar de todo, es un buen hombre. Cojo su mano y aprieto sus dedos.

—Te he traído algunas cosas —dice al cabo de unos momentos, separando sus dedos de los míos, buscando ocupación, rebuscando en una bolsa de papel.

Saca una Twix, una pila de libros y unas cuantas revistas cutres. Siempre me compra revistas cutres. Nunca he sido lectora de esas revistas, pero siempre me las ha comprado. Era una broma y luego se volvió una costumbre. Ahora no hay bromas.

Comprendo que quiere irse y me siento extrañamente deprimida. Esa es la otra cosa que ocurre cuando te separas de tu pareja: cuesta recordar cómo está vuestra relación, en qué normas se basa vuestra vida. Entonces recuerdo que ya no tengo norma alguna. Aunque no resulta tan liberador como antes.

—¿Cuándo vuelvo a casa? —le pregunto bajito.

Salto de una cosa a otra. Deja de colocar la pila y arruga la bolsa de papel con una fuerza innecesaria (aunque, técnicamente, soy yo y no él quien debería arrugar papel con una ira velada, pero mírale).

—¿A casa? —dice—. No hay ninguna casa.

Es propenso al melodrama. No puede tener un simple dolor de cabeza o gases; tiene que tener un tumor cerebral o cáncer de estómago. Doy un paso hacia él y se aparta de mí con las manos alargadas, como si fuera a atacarle. No soy una persona violenta. Veo que soy una extraña para él; ni siquiera puede mirarme. Me invade la tristeza; me pregunto dónde fue a parar todo nuestro amor. Debe de estar en alguna parte; tal vez en el cajón de los trastos que está a la derecha del fregadero. Algún día alguien abrirá ese cajón y dirá: «¡Oh! ¡Mirad lo que he encontrado! ¡Un montón de amor!».

Cuando llega a la puerta se vuelve. Parece que tenga unos ciento dos años, como si fuera un viejo celacanto.

—Contrólate de una puta vez, Connie.

Me quedo allí después de que se haya ido y percibo su ira girando a mi alrededor, pero no me llega. Intento dejarme impregnar, dejarme tocar por esa ira, pero no. No hay nada que me llegue. Estoy insensibilizada.

Camino hasta la pila de libros y revistas que me ha traído, les echo un vistazo y me siento en la silla. Separo los libros de las revistas. Reconozco la cubierta de un libro de ejercicios. Es el diario de Annie. En la cubierta dice: «Annie Mortensen, 9 años y medio. Privado. No abrir». Se pondría furiosa si supiera que me ha traído su diario.

Recuerdo su primer diario; se lo regalé el día que cumplió siete años. Estaba sentada a la mesa, con la bata de camuflaje de Josh aún puesta, cuando lo abrió. Quiso empezar inmediatamente. Escribió: «Me he levantado me he lavado la cara me he cepillado los dientes», y luego me miró y dijo: «¿No son un poco aburridos los diarios?». Así que hablamos de cómo hacerlo interesante para que algún día pudiese volver la vista atrás y disfrutar leyéndolo. Sugirió que podía escribir cosas que pasaban en el mundo. Dije que era muy buena idea. Dije que podía escribir momentos, quizá «el mejor momento del día» si le apetecía, en lugar de lo que hacía cada minuto. A partir de ese día ha llevado un diario de forma escrupulosa. «Voy a decir siempre la verdad», dijo, y estuve de acuerdo en que la verdad era fundamental en un diario. Polly empezó también uno, por supuesto —se lo compró Ness—, aunque nunca tuvieron permiso para mirar el de la otra. En cambio, se pasaban horas leyendo en voz alta fechas acordadas al azar, lo cual era bastante absurdo, ya que, de todos modos, apenas se separaban y pasaban cada momento juntas; igual que sus madres. Ahora Annie guarda su diario en una caja cerrada con llave, así que no sé cómo lo ha conseguido el Escurridizo.

Yo solía estar obsesionada con la privacidad. Ya no.

Lo cojo y empiezo a hojearlo al azar. Hay varias páginas pegadas entre sí, marcas de dedos pegajosos y manchados de algo dulce. Lo cierto es que ha pegado envoltorios de dulces por si alguna vez se le olvidan sus dulces favoritos: Toxic Waste, Millions, Oreo Chocolate, Maoam, Fangtastic. Algunos de los días tienen tanto título como fecha. Sonrío. Annie ha tenido siempre un gran sentido de la oportunidad. «7 de abril. Cómo se rompió realmente el aipad.» «1 de marzo. Alarmas.» Echo un vistazo a la parte inferior de la página: al parecer, Polly y ella fueron a una tienda de la calle principal y pusieron todos los despertadores para que sonaran a la vez. «23 de marzo. El verdadero motivo por el que Josh se rompió la nariz.» Es una buena escritora; experimento una sensación de orgullo que me resulta familiar.

Me llevo el diario hasta la ventana y me siento, dispuesta a leerlo como es debido. Lo abro al azar por «1 de febrero. El bañador perdido».

> Mamá está muy, muy enfadada. Dice que no respeto nada la propiedad ajena.
>
> La verdadera historia es que volvíamos de nadar por el atajo cuando Polly dice ¿SABÍAS que TODO lo que hay en el universo bota? He dicho no, no bota, y ella ha dicho sí bota (es una sabelotodo). Yo he dicho que los elefantes no. Los elefantes NO BOTAN.
>
> Ella dice sí que botan. Yo digo las CASAS no. Las casas no botan. Ella dice sí que botan. No tiene SENTIDO discutir con Polly.
>
> Pasábamos por delante de una casa pija con barandillas y unos andamios y un montón de ladrillos en un contenedor amarillo y ella va y se sube al contenedor. Todo el mundo le puede ver las bragas. Yo no he TOCADO los ladrillos. Solo ha sido POLLY. Polly se sube TRES METROS al andamio con un ladrillo y me dice Mira

Annie. Entonces tira el ladrillo contra el suelo FUERTE. Se ha roto en diez mil millones de trozos y uno de los trocitos ha roto la ventana.

Un hombre se pone a gritar y SALIMOS CORRIENDO lo más deprisa que podemos y nos escondemos en las plantas que están al lado de la parada del autobús. Polly está cansada. Yo no. Puedo correr mucho rato. Ella dice ¿HAS VISTO EL LADRILLO? ¿A QUE HA BOTADO JUSTO ANTES DE ROMPERSE? Y creo que tenía razón pero no se lo he dicho.

P. D. a qué viene el título. Cuando iba corriendo se me ha caído el bañador de lunares azules y no nos hemos atrevido a volver. Le he dicho a mamá que estaba en la piscina y ella me ha hecho llamar por teléfono a la piscina y ha escuchado mientras yo hacía como si alguien me lo hubiera robado.

Suelto una carcajada. No una risa sarcástica, sino una carcajada de verdad. Parezco un perro ladrando. Le agradezco al Escurridizo que me haya traído esto. Cuánto echo de menos a mi pequeña y traviesa Annie. Aquí dentro no me dejan tener el móvil. Si lo tuviera, podría llamarla. Aunque ahora mismo no quiera hablar conmigo. La llamaría solo para oír su voz. La tiene un poco ronca, y siempre está dispuesta a contar un chiste.

A pesar del calor que hace en este sitio, me ha entrado algo de frío. Quito la manta de la cama, me la llevo a la silla y me pongo cómoda; empiezo por el principio.

5 de enero

Acontecimientos desgraciados en la piscina

Hoy Polly y yo hemos hido a la piscina cubierta donde Josh hizo pipí de bebé (dice que nunca lo hizo pero mamá siempre pone caras cuando él no la ve). Estaba el socorrista de la barriga y las gafas negras. Hemos jugado al juego del MUERTO. Puedes jugar al juego del muerto en cualquier parte. En Escocia lo hicimos en las dunas de arena. Es mejor con maquillaje y qechup. NO EN LA PISCINA CLARO. Hicimos piedra papel tijera AUNQUE fue idea mía y nado mejor pero ella dice que es mejor actriz. Gana piedra papel tijera así que le toca a ella. Nada hasta la mitad de la piscina y yo me escondo al lado del borde. Cuando está segura de que el socorrista está mirando empieza a mover los brazos y a hacer unos espasmos como si tuviera un ataque como Phoebe B en netball. Sigue un buen rato y luego se pone a flotar boca abajo. Tengo que decir que ha sido una muerte muy buena. El socorrista SALTA de su silla y SE TIRA al agua con toda la ropa puesta. Se le caen las gafas. Polly muy dramática se pone boca arriba (aguantar la respiración no se le da tan bien como a mí). Saca la lengua y pone unos ojos horribles pasándose un poco me parece a mí. El socorrista parece muy asustado y eso me asusta un poco a mí. La coge y nada hasta el borde y la deja en las baldosas. Tengo que decir que parecía muerta de verdad, flojita y con la boca abierta. Me he puesto a llorar y era un poco verdad. ¡¡¡¡Luego el socorrista le ha vuelto la cara hacia arriba y HA INTENTADO BESARLA en la boca!!!! Ella ha gritado y ha saltado como un RAYO. Me ha mirado y me ha entrado la risa y ella se ha empezado a reír. Él ha empezado a gritarnos. Ha dicho que teníamos la entrada PROHIBIDA para siempre en la piscina y significa que nunca podremos volver. Hemos comprado chuches al volver a casa y a Polly se le han caído las suyas.

12 de enero

EL MEJOR DÍA DE TODOS

Yo y Polly hemos intentado entrar en la piscina. Nos hemos inventado un nombre y nos hemos puesto gafas de sol pero la mujer ha dicho vosotras dos no podéis entrar aquí. He hecho como si fuera francesa y no la entendiese pero Polly se ha echado a reír. Puedo meterme en la boca doce banbans de una vez. Luego ha venido LO MEJOR DE TODO. Hemos pasado por delante de ese hotel que se llama Holiday Inn y Polly ha dicho que a lo mejor tenían piscina. Así que hemos hecho como si durmiéramos en el hotel. Y resulta que SÍ tenían piscina. Estaba MUY BIEN. Pero lo MEJOR ha sido que hemos subido en el ascensor y hemos encontrado un carrito lleno de champús gratis y botellitas de guisqui que es ASQUEROSO. Fuera de las habitaciones la gente dejaba comida en unas bandejas así que hemos cogido todos los sobres de quechup y cuando volvíamos a

casa nos hemos puesto a pedir. Nos hemos sentado en el suelo cerca de la papelería con quechup en las piernas haciendo como si nos estuviéramos muriendo de tanto beber guisqui. Polly no es tan buena actriz como yo. La gente nos ha dado 3 libras y 55 peniques y hemos tenido que parar porque hemos visto a la señorita Major viniendo por la calle con su lesbiana cogida del brazo. Hemos hido a por más dulces (hemos comprado 3 chocolatinas con leche Cadbury por 3 libras y el lunes las venderemos en el cole por 20 peniques cada trozo).

SUPERSECRETO Polly y yo hemos visto a Josh y a Evie besándose estábamos usando el desodorante de Evie en el lavabo de arriba y han venido y hemos tenido que escondernos. Se han sentado en la cama y han juntado la cara. ASQUEROSO. Hemos tratado de saber qué significa si se casan y creemos que eso nos hace hermanas. Más o menos.

Josh me ha pedido que haga de modelo para su trabajo de plástica. Aún no sé si soy guapa o no. Papá dice que soy guapa. Mamá dice que tengo una cara interesante, Josh dice que eso significa fea. He POSADO por primera vez. Es muy aburrido y la habitación de Josh huele mal. Posar para un retrato es no hacer nada con Josh siendo mandón. No te muevas. Levanta la barbilla. Deja de parpadear. No me dejará ver el cuadro hasta que termine el viernes. Se cree que es Picasso o algo por cómo sujeta el lápiz estirando el brazo y cierra un ojo.

26 de enero

El peor día DE TODOS

ODIO a mi familia. A quien más ODIO en el mundo es a JOSH. Ojalá se muriera. Si se muriera me alegraría un montón. He posado TODA la semana para Josh y su estúpido trabajo. He trabajado 4 horas para él. Esta noche ha inaugurado su retrato. Lo ha pegado en la pared y ha colgado a cada lado 2 paños de cocina como si fueran cortinas y mamá y papá, Ness, Leah, Evie y Polly han venido a verlo. Había vino de verdad y para niños en copas de cristal. Cuando ha apartado las cortinas en lugar de MÍ se ha pasado la semana dibujando un gorila peludo sentado en una silla con mi uniforme del cole. Todos se han reído. ODIO a mamá la que más porque se ha reído tanto que le caían lágrimas por la cara. Ha dicho lo más curioso, Josh, es que has captado algo de Annie y entonces TODOS se han echado a reír otra vez. Hasta Leah que nunca se ríe se reía. He hecho que se callaran todos cuando he dicho que Josh y Evie se metían la lengua en la boca del otro y hacían mmm mmm mmm.

Alzo la mirada hasta mi hoja. Ha dejado de agitarse. De pronto echo mucho de menos a Annie. Me duele el estómago. Cuando nació, cuando la tuve entre mis brazos por primera vez, fue como si ya la conociera. No puedo explicarlo. No sentí eso con Josh —era totalmente nuevo para mí—, pero a Annie fue como si la hubiese conocido desde siempre. Somos como dos gotas de agua; todo el mundo lo dice. Mi madre la llama «Connie» constantemente.

Necesito ver a mi hija; siento que me falta. Necesita a su madre. ¿Quién cuida de ella? ¿El Escurridizo? ¿Mi madre? ¿Cuándo podré volver a casa? Quiero a Annie, quiero a Josh con cada fibra de mi ser. Me escuecen los ojos y me duele la garganta.

No puedo seguir leyendo.

4

La doctora Robinson suspira y se inclina hacia delante sobre la mesita. Tenemos una sesión esta mañana y luego volverá por la tarde, cuando llegue el sargento Allen. La doctora Robinson me ha dicho que será un día difícil para mí. Aunque está muy animada. Creo que los días difíciles le dan vidilla. Así puede volver a casa con su maridito y con los niños y sentir que está haciendo algo importante. Hoy viene vestida de forma más alegre. Se ha puesto una clase distinta de uniforme. Va muy arreglada, pero como si tratara de disimularlo: lleva un vestido estampado. Parece recién salida de un catálogo de ropa. Podría ser una profesora de francés o una dependienta. Me gusta contemplar sus movimientos contenidos y mesurados. Pero hay algo más en ella que resulta distinto. Todavía estoy intentando averiguar de qué se trata cuando me sonríe y dice:

—Gracias por el documento, Connie. Me pareció muy interesante. Y escribes muy bien.

—Gracias a usted, doctora Robinson. Y quisiera aprovechar esta oportunidad para decirle lo bien que hace su trabajo usted también.

Siempre he tenido el problema de parecer sarcástica aunque no lo pretenda. No obstante, esta vez sí lo pretendo. De pronto, todo parece absurdo.

Estoy alisando la portada de mis revistas. Las he leído todas y he llegado a la conclusión final de que los traseros grandes están de moda. Qué alivio, ya puedo enseñar el mío. He escondido el diario de Annie; es mi secreto. Cuando Annie decida de una vez venir a visitarme, no quiero que sepa que lo he leído. Y, desde luego, no quiero que la Señorita Catálogo de Ropa someta los asuntos de Annie a un examen forense.

La doctora Robinson arruga la cara.

—Me quedé intrigada —dice, como toda una Miss Marple, acercándose al jarrón agrietado —. Quiero saber qué pasó después.

—Ah, bueno, supongo que es ahí donde se me nota el oficio. Sé cómo crear suspense.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, gracias.

—Tienes mejor aspecto.

Daré por buenas sus palabras; no me miro en el espejo.

—Y usted también —respondo.

No es exactamente verdad. Tiene los ojos hinchados —anoche se tomó unas cuantas copas —, pero muestra una energía renovada, un paso más ágil. ¡Entonces lo pillo!

—¡Aaah! —digo, como Hércules a su Marple.

Suelto una risita sagaz, cruzo los brazos y me apoyo en el respaldo de la silla para que las dos patas delanteras se alcen del suelo. Le guiño el ojo con malicia.

Comete el error de aparentar extrañeza.

—Conque su maridito tuvo suerte anoche, ¿no? —digo.

La doctora Robinson se pone colorada. Y el pelo se le escapa de detrás de la oreja. Vaya, he acertado de lleno.

—Eso sí que es una buena noticia —sigo diciendo—. Me encanta pensar que nuestra pequeña charla tuvo un efecto tan positivo.

Se ha puesto escarlata. Tiene esa clase de tez.

—Lo siento, no pretendía avergonzarla —añado—. ¿Verdad que es extraordinario cómo nos delata nuestro cuerpo?

Dejo una pausa de terapeuta por si ella quiere participar en el tema, porque es un asunto fascinante de verdad y debe de haber recibido formación para interpretar el lenguaje corporal. Pero no, está paralizada en una parodia de control, con la cabeza ladeada y el lápiz extendido hacia delante para hacer más efecto. Qué mona, sigue tratando de mantener ese contacto visual del que tan orgullosa está. No sabe muy bien cómo volver a encarrilar la conversación, así que continúo:

—¡Me alegro de que hiciera un esfuerzo! Tomó un poquito de vino y se armó de valor, ¿verdad? Eso es lo que más me gusta de usted, que no se acobarda. ¿No es así, doctora Robinson?

Espero que se haya dado cuenta de que repito como un loro sus técnicas de interrogación, pero ahora está ocupada fingiendo buscar algo en su bolso.

—Tú no sabes nada de mí, Constance —replica con una sonrisa altiva.

Jolín, me ha llamado Constance. Sí que debe de estar molesta. Ayer quería hacerse amiga mía.

—Simplemente, me sorprende —digo, mirando a través de la ventana mi hoja, que esta mañana se agita como si estuviera borracha—. Me sorprende, dada su profesión, que esté esperando oír la verdad de mis labios, que casi esté exigiéndola, cuando usted misma se conforma con ser... Bueno, no hay otra forma de decirlo... Con ser un poco farsante.

Quiero entender bien a esta mujer que han enviado para evaluarme. Quiero admirarla; si sus opiniones tienen tanta influencia, al menos necesito respetarla. Y aún no estoy convencida del todo.

—Te diré lo que es interesante —dice, fresca como una lechuga—. Que sientas la necesidad de atribuirme tus propios sentimientos.

—Sí que es interesante —coincido—. Es fascinante, pero no insólito en las relaciones entre mujeres. Siempre estamos buscando vínculos, conexiones... Y yo creo que usted y yo los tenemos.

—No estamos aquí para hablar de mi vida privada —dice, removiéndose en el asiento.

El pelo se le ha vuelto a salir de detrás de la oreja y no lo ha corregido. Ya no parece tan animada.

—No, claro, aunque podría resultar útil. Creo que tenemos que llegar al fondo del motivo por el que sentimos la necesidad, usted, yo y tantas personas más, de ser falsas. Será por las trampas habituales: la seguridad, la estabilidad económica, lo de más vale lo malo conocido, la hipoteca, los críos...

Me dedica una mirada mordaz. No tiene ni idea de lo fácil que resulta adivinar lo que piensa, de las muchas pistas que da. Ayer, cuando intentó abrir la ventana, se le levantó la blusa y le vi el vientre. Estaba flácido y tan arrugado como un mapa en relieve, cubierto de estrías, igual que el

mío: son las cicatrices del embarazo, que ninguna postura del perro ni saludo al sol podrá rectificar. Siempre he admirado a Ness por eso: no le importa nada tener barriguita de mamá. Supongo que el resto de su cuerpo es tan perfecto que sería una descortesía que le importase.

Por un momento, pierdo la concentración. Cuando vuelvo a mirar a la doctora Robinson, veo una barra de acero en esos ojos azules.

—Esta tarde vendrá el sargento Allen. ¿Estás preparada, Connie? Te advierto que no es tan amable como yo. No se andará por las ramas.

—¿Eso hace usted? ¿Andarse por las ramas? No creo que sea justo.

La piel le brilla suavemente; está sudando. Aquí dentro hace demasiado calor. Tiene los labios fruncidos por la determinación y por un exceso de inhalaciones de tabaco.

—¿Por qué crees que estás aquí, Connie? —dice.

Me gusta la doctora cuando se muestra así: dura, despiadada. Mi respetómetro sube.

—No debe ser tan exigente consigo misma —digo—. No debe sentirse mal. Todo el mundo finge. Puede que unos pocos afortunados sientan de verdad. Eso espero. Dios, eso espero. Espero que haya alguien por ahí llevando una vida auténtica. Pero, para los demás, fingir es muy importante. Ahora lo entiendo. Diría incluso que fingir es vital. Es la base sobre la que construimos nuestros mundos.

Echo un vistazo a mi hoja. Se produce un silencio. Está pensando. Entonces toma la decisión consciente de seguirme.

—¿Estás diciendo que crees que no hay espacio para la verdad en las relaciones?

Es una buena pregunta y me devuelve a un año atrás. Estoy en la cama, en nuestra cama —me encanta esa cama: es nueva, es enorme, es muy cómoda, es como un hogar en sí misma— un domingo por la mañana. Karl me ha traído un café y hace un día precioso. Estoy profundamente satisfecha. Oigo los dibujos animados en la tele del piso de abajo y los golpes sordos del balón de fútbol de Josh contra la pared exterior.

—Una mañana —digo, volviéndome para mirarla—, de repente, o eso me pareció, el Escurridizo se despertó, se tomó el café y me dijo que llevaba años siendo infeliz.

—Sigue —dice.

Me está escuchando de verdad. De un modo forense, podría decirse.

—La verdad es que no esperaba que fuera dando saltitos de alegría después de quince años. Pero nunca me había parecido infeliz.

Espera.

—¿Y cómo reaccionaste?

Hago una pausa. Me concentro, recordando que estábamos sentados el uno al lado del otro en la cama, conductor y pasajero en el vehículo marital.

—Tuve que admirarle por su sinceridad. Pero, una vez que se pronuncian esas palabras, una vez que se expresan esas dudas, ya no hay vuelta atrás. Ese es el principio del fin de algo...

—Pero también podría ser el principio de algo...

Espero a que se explique.

Se arregla el pelo.

—¿Crees que la sinceridad no sirve de nada?

—La sinceridad trae el caos.

—Pero las relaciones cambian, evolucionan.

—¿Se conformó usted con su maridito porque no había nada mejor?

—¿Te conformaste tú con Karl?

Oh, está mordiendo mi anzuelo.

—Creo que una relación tiene más oportunidades si al menos una vez ha habido sentimientos apasionados. Pero nuestra generación, los que conocimos a nuestra pareja en torno a los treinta... muchos de nosotros nos hemos conformado. A diferencia de nuestros padres, ya habíamos conocido la pasión, y por lo tanto sabíamos también cuándo no existía. Y si jamás la has sentido con esa persona, creo que estás condenado al fracaso. ¿Usted y su maridito han sentido pasión alguna vez?

—Entonces ¿eres partidaria de fingir, de seguir adelante aunque uno sepa que no es feliz?

Me echo a reír. Paseo la mirada por la habitación: mis circunstancias hablan por sí solas. Me mira fijamente. En ese momento, sus ojos son bastante bonitos, tan vivos y azules y llenos de empatía. Pero no me fío; he visto el acero en ella, sé que puede lanzar dagas por esos ojos.

—Se lo advierto —digo en voz baja—. Esté preparada.

—Estamos hablando de ti y de Karl. ¿Por qué crees que era infeliz?

Suspiro.

—¿Por qué es uno infeliz después de todos esos años? La familiaridad había generado desprecio. Ya no se sentía querido, emocional ni físicamente. Necesitaba ser deseado. Me irritaba. Yo le fastidiaba. Al parecer, le había castrado... Es curioso que no haya ninguna palabra para la desfeminación... El propio lenguaje es misógino.

—Parece que tú cargaste con toda la culpa, ¿no es así?

—No tenía todos los datos —replico con una sonrisa.

—¿Crees que alguna vez tenemos todos los datos?

Me echo a reír. Es la primera pregunta realmente buena que me ha hecho. No me importaría compartir mi hoja con ella. Miro hacia el exterior. Permanecemos en silencio durante un minuto largo; algo estupendo para ella si cobra por horas.

—Me parece que piensa vender la casa —digo, deprimida—. ¿Puede hablar con él? Haga el favor de pedirle que espere un poco.

—¿Que espere a qué?

—Adivina adivinanza.

Decirle esas palabras a la doctora Robinson no me satisface tanto como decírselas a la Chirridos. De todos modos, no me hace caso.

—No sé de qué hablas...

Qué estirada es.

—¿Sabes por qué estás aquí, Connie? —vuelve a decir.

Parece sentir una curiosidad sincera, sin segundas intenciones.

—Lo sé —admito.

—Cuéntamelo.

—Me encontraron desnuda junto al río...

No es esa la respuesta que está esperando, lo sé por su forma de fruncir los labios. Continúo:

—Por cierto, hay una explicación para eso.

Sacude la cabeza. No le interesan mis explicaciones.

—¿Sabes por qué estás aquí, Connie?

Nos miramos a los ojos brevemente. Me encojo de hombros.

—Hace una semana tiraste tu coche al río.

Me la quedo mirando.

—Creo que me acordaría.

Se equivoca en eso. Se equivoca en todo. Exhala un suspiro mesurado que resulta difícil de interpretar. Luego cruza las piernas gruesas y fuertes.

—Vale —dice—. Volvamos a Ness.

—Claro —contesto. Tiene que entenderlo. Además, no quiero que se marche. Es la única persona con la que puedo hablar realmente—. ¿Qué quiere saber?

—¿Qué quieres contarme?

—Quiero contarle la verdad —digo, como una niña muy buena.

Entonces le caigo mejor; lo veo en sus ojos.

—También es lo que quiero yo —dice en voz baja. Le he devuelto el control; todo es como debe ser—. Así que la conoces en el parque, empezáis a hablar, las niñas juegan, las dos os contáis algunas cosas de vuestra vida, ella te hace un cumplido...

—Sí. Eso es importante... La siguiente vez que la vi, fue unas semanas después. Yo estaba echando una carta en el buzón de la esquina de nuestra calle o algo así, no me acuerdo bien; todo eso pasó hace años. La cuestión es que Ness estaba intentando sacar a Polly de la silla del coche. Al principio no la reconocí. Estaba pensando que era un coche muy guapo, retro y de un bonito color azul. Luego, cuando se enderezó, la reconocí, y lo curioso fue que se había cortado el pelo... ¡igual que yo! ¡Con flequillo y todo!

La doctora Robinson se inclina hacia delante y vuelve a cruzar despacio una pierna encima de la otra, alisándose el vestido.

—Se lo comenté. Esperaba que ella dijera que me había copiado el peinado, o que al menos hiciera alguna referencia a nuestra conversación anterior. Pero no dijo nada.

—¿Y qué pensaste?

—Solo pensé que era un poco raro. Pensé que tal vez no fuese muy consciente de sí misma. O que hubiese olvidado que era yo la persona de la que se había copiado.

—Muchas mujeres llevan flequillo. Eso no tiene nada de peculiar.

—Sí, eso me dije a mí misma. Entonces la ayudé a desabrochar el cinturón de la silla. Había en aquella chica algo más que me molestaba, pero no acababa de saber qué era. Esa misma semana se celebró una feria navideña en la guardería. Ness y Leah tuvieron mucho éxito como familia nueva y «famosa». Fue por Leah. Leah Worthington, la presentadora de informativos. Ya sabe: con gafas, serena, seria, inteligente, siempre parece un poco desgraciada...

—Sé quién es.

La fama te vuelve imbécil. Leah es una mujer normal; son todos los demás los que actúan de forma distinta. O puede que la fama la haya cambiado, no lo sé. Es cierto que tenía un aura de éxito, una especie de despreocupación afectada. Estar con ella era muy raro. Cuando te habías olvidado de quién era, veías cómo cambiaba la gente al reconocerla: dependientes, camareros, carteros, empleados de banca, maestros, el director... todos soltaban unas risitas, todos coqueteaban un poco. Las personas se comportaban de manera estrafalaria una vez que las rozaban los polvos mágicos de la fama. Evie y Polly se habían acostumbrado a disfrutar de excepciones y privilegios especiales que daban por descontados, como poder ponerse

directamente al principio de todas las colas, que todo el mundo las mirara con simpatía... Ness se muestra más recelosa y le cuesta confiar en la gente; ha observado que las personas se muestran mucho más amables con ella en cuanto aparece Leah.

—Las Jones eran una familia poco convencional. Yo había oído a la gente hablar de ellas; todo el mundo se desvivía por trabar amistad con ellas. Eran glamurosas, ¿sabe? Eran una atracción.

La doctora Robinson no ha movido ni un músculo, pero tiene la mirada iluminada; me doy cuenta de que incluso ella quiere preguntarme cómo es Leah y todas esas gilipolleces. Finge tomárselo con calma, pero bajo ese vestido elegante quiere enterarse de todo.

—Al principio, yo era la única excepción. Una vez que comprendí que Leah era famosa, me mantuve alejada de ellas.

—¿Y Karl? ¿Estaba impresionado? —pregunta.

—Esa no es la cuestión. El Escurridizo es quien impresiona. Y, tras mucha perseverancia, lo consiguió con Leah. Ella le encontraba graciosísimo. Es capaz de caerle bien a toda la gente; se dedica a asaltarla hasta que cede a sus encantadoras embestidas. Al fin y al cabo, por eso es tan bueno en su trabajo: se mete a todo el mundo en el bolsillo. Es raro, hasta quiere caerles bien a los desconocidos; solía sentarse a los críos sobre los hombros armando un gran escándalo en espacios públicos, solo para asegurarse de que todo el mundo viese que era un padre genial... Para él es sumamente importante que todas las personas piensen que es fantástico. Supongo que usted ya lo piensa.

—No le conozco.

—Le conocerá. Y pensará que es fantástico, ya se asegurará él de que lo piense. Lo irónico es que es fantástico de verdad; no necesita esforzarse tanto.

La doctora Robinson ladea la cabeza sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Y por qué crees que lo hace?

—Dígamelo usted, señora psiquiatra —contesto, encogiéndome de hombros.

Ella asiente con la cabeza para indicarme que hemos terminado con ese tema y que se reserva esa información para una conversación posterior.

—Volvamos a la feria navideña. ¿Hablaste con Ness?

—Al principio no. Me pareció muy distinta de como la vi en el parque. Me había dado la impresión de ser un poco carca y poco natural: llevaba ropa muy seria. Pero en la feria parecía otra persona. Era más glamurosa, más segura de sí misma; tal vez porque estaba con Leah, o quizá fuese el alcohol, no lo sé. No estaba nerviosa ni tensa. A lo que iba: más tarde, Leah se había llevado a las niñas a casa y algunos estábamos en el patio, un poco pedos, y Ness volvió del lavabo con un trozo de papel del váter colgando de la falda. Ni ella ni yo pudimos quitarlo. Nos reímos e hicimos el tonto; yo lo manché con batido de chocolate para hacer una broma. Fue entonces cuando conectamos, diría yo. Ella era realmente guapa. Entonces vi esa belleza de la que todo el mundo hablaba. Fue extraordinario. ¿Cómo había podido no darme cuenta? En fin, se estaba riendo mucho, apoyándose en mí para tratar de arrancarse el papel. Estaba muy cerca. Y entonces, ¡zas, lo capté! ¡Ese aroma! ¡Llevaba mi perfume de Jo Malone!

—¿Tu perfume? ¿El mismo del que hablasteis en el parque? —pregunta la doctora Robinson, reconfortantemente ofendida (eso es lo único que quieres obtener de un psicólogo en realidad: que esté de acuerdo contigo).

—Sí.

—¿Dijiste algo?

—¡Pues claro! —digo—. «¡Oh! ¿Te has comprado el Jo Malone?» Pero ella puso cara de perplejidad, como si no tuviera la menor idea de por qué le decía eso.

—¡Qué raro!

—Mucho. Se me hizo muy extraño que no mencionara nuestra conversación anterior en el parque. Volví a pensar que no era muy consciente de sí misma.

—¿Y qué sentiste al saber que ella llevaba tu perfume?

—Supongo que me sentí halagada...

—¿Nada más?

—Sí —digo—. En cierto modo, sentí como si me hubiera quitado algo. Como si me estuviera robando al no reconocer que me había copiado.

Asiente con la cabeza. Está asimilándolo, frunciendo el ceño.

—¿Qué fragancia era, por curiosidad?

Sonrío.

—No se preocupe, no es la misma que lleva usted.

Aquí dentro no nos dejan perfumarnos, así que puedes oler a los de fuera a un kilómetro de distancia. Por la cara que pone, parece que la he pillado.

—La mía es aceite de baño —dice, dejándonos a ambas con la fascinante imagen de ella desnuda junto a una bañera, vertiendo aceite de pomelo debajo del agua caliente que sale de un grifo—. ¿Tuviste celos? —pregunta.

—¿De quién?

—De Ness y Leah, de su vida juntas.

—Nunca he sido especialmente envidiosa; siempre he tenido una confianza innata en mí misma. Pero estoy tratando de ser sincera con mis sentimientos. Me fascinaban. Y sí me pareció ver pasión allí, entre Ness y Leah, y tuve envidia de esa pasión. Quizá.

—¿Y te dio envidia la belleza de Ness?

Sonrío, negando con la cabeza.

—No —digo—. Soy una gran admiradora de la belleza.

Echa un vistazo a mis cicatrices y ambas dejamos que ese comentario quede en el aire; sus implicaciones flotan en la habitación con el aroma de pomelo.

5

No sé exactamente cuándo me di cuenta de que estaba coladita por Ness. Esas cosas suceden muy despacio. Si lo pienso, debió de ocurrir la vez que fuimos a hacer aquella excursión tan larga cerca de Bath. ¿Conoce esa zona, doctora Robinson? Debería ir. Me impresionó lo intrépida que se mostraba ella, cómo controlaba la situación con el mapa de su móvil, sus prácticas botas y su chubasquero azul. Me encantaba seguir aquellas piernas esbeltas que avanzaban hacia lo desconocido mientras disfrutaba de la sensación, nueva para mí, de ser la segunda al mando. No dejaba de asaltarme un pensamiento extraño: «Si yo fuese un hombre, este es el tipo de mujer del que me enamoraría».

El viaje no estaba previsto. Ahora que las niñas eran un poco mayores, Ness había empezado a dirigir una galería en el South Bank. Le iba muy bien y la habían enviado a visitar a un artista de Bristol para hablar de una futura exposición. La víspera del viaje se había hecho un esguince en la muñeca jugando a netball. Leah tenía compromisos laborales, así que me había preguntado si yo podía llevarla y traerla. Yo estaba libre (estaba retrasando el momento de ponerme a investigar para mi libro). Además, solo era un día y sé que ella habría hecho lo mismo por mí.

Al principio, mientras salíamos de Londres en mi viejo Toyota, mi sensación había sido un poco rara; Ness y yo siempre nos habíamos relacionado dentro del cómodo ámbito de nuestras familias, y allí estábamos: individuos de nuevo, en el ancho mundo, dos mujeres solas en un coche haciendo un viaje. Dentro del marco familiar, todos nos habíamos tomado confianza gracias a que las niñas entraban y salían de nuestras respectivas casas sin la reserva propia de los adultos. Ellas habían roto todas las barreras, por lo que pasábamos juntos muchas veladas improvisadas. Karl era atípico en ese sentido: le encantaba estar en compañía de mujeres (siempre que fuese el centro de atención); tenía muchas amigas; las mujeres le gustaban de verdad. Y Leah y Ness eran atípicas porque tenían bastantes amigos heterosexuales. ¿Y sabe una cosa? Yo había visto a Ness coquetear con ellos; supongo que tener una relación lesbiana le ofrecía esa seguridad.

El hermano de Leah y Karl se habían conocido y se llevaban estupendamente; eran hinchas del mismo equipo de fútbol y los dos conocían a unos cuantos jugadores. (¿Qué les pasa a los hombres con los futbolistas? ¿Por qué están tan ansiosos por apropiarse de ellos? ¿Acaso creen que se les pegará algo?) A esas alturas conocíamos la historia de Ness y Leah: el padre biológico de las niñas era un amigo gay que ahora vivía en Francia, y Ness era la madre biológica. Su pasado me interesaba: Leah siempre había sido lesbiana, pero Ness solo había tenido relaciones heterosexuales hasta que se conocieron; había estado cinco años con su exnovio. Di por sentado que siempre habría sentido interés sexual por las mujeres, pero ella desestimó mis comentarios agitando la mano y diciendo: «Me enamoré y resultó que fue de una mujer».

Me intrigaba saber cómo funcionaban como pareja. Ansiaba identificarlas y definirlas de algún modo; quería que asumieran los tradicionales roles de género, algo que hacían en cierta medida. En algunos aspectos, Leah era la más masculina: no era presumida, nunca se maquillaba

cuando no salía en televisión, nunca llevaba falda, era deportista y práctica, se emborrachaba como un hombre, era ruidosa y avispada. Y Ness cuidaba de Leah, protegiéndola del interés del público, animándola, ahuyentando la depresión que nunca parecía lejos de ella. Ness era más sensata que Leah, más responsable. Pese a ser lesbiana, era increíblemente convencional. Y, sin embargo, de vez en cuando me sorprendía: no le hacía ascos a un canuto, podía permanecer despierta toda la noche, no tenía ningún reparo en soltar una ventosidad (una ráfaga suave e inofensiva, pero, no obstante, no sentía vergüenza); había un matiz subversivo en su interior.

El viaje pasó volando mientras chismorreábamos. Ness había conectado su móvil y sonaba una canción de Rufus Wainwright; había bajado la ventanilla y se asomaba para notar el viento en la cara. *Going to a Town*. La conoce, ¿doctora R? Si no, búsquela en Spotify ahora mismo e imagínenos en el coche con las ventanillas bajadas, Londres a nuestra espalda, cantando fuerte. Fue uno de esos momentos de felicidad que ahora parecen pertenecer a una vida distinta. Sonrío al recordarlo. Puede que no tenga la suerte de poseer una voz melodiosa, pero debía de ser la primera de la fila cuando repartieron el entusiasmo. Ness, en cambio, tenía una voz muy dulce (lo sé, lo sé, ¿qué es lo que no tiene?). Al parecer, había conocido en persona al señor Wainwright en alguna fiesta de famosos con Leah. Como le dije, su franqueza era genial, doctora R, ¿o es usted insensible a esas cosas? No lo creo.

No quiero dar la lata con lo guapa que es Ness porque desprecio toda esa obsesión por la belleza. Sin embargo, he de decir que, después de no haberla visto en un principio, ahora no paraba de dejarme fuera de juego: estábamos charlando sobre la motivación humana, los médicos medievales o el extraordinario Caravaggio (su favorito) y me distraía al fijarme en el precioso tono de su piel, o en esos grandes ojos oscuros, o en esos labios de un rojo antinatural, del tipo que Shakespeare alabaría (¿de dónde venía esa sangre adicional?), o en sus dientes perfectos, su cuerpo menudo, esos pómulos altos, esos pechos redondos. La naturaleza había sido un poco injusta; me sentía toscamente elaborada en comparación con ella. No me malinterprete: ella no era perfecta, pero habría sido una mezquindad señalar que tenía el pelo un poco encrespado, los dedos más bien rechonchos o unos cuantos lunares en la piel; todo se perdía en el esplendor del conjunto. Poseía un innegable aire femenino y, no obstante, tenía una solidez, una capacidad, un apetito y una actitud atlética que eran muy masculinos.

En esa fase no estaba enamorada de ella de forma consciente; seguía comportándome muy bien. Aún tenía que verme despellejada, deshuesada y fileteada. Y no quiero darle una impresión equivocada: yo era elegante, estupenda y bastante impresionante a mi propio estilo (no hay espacio para la falsa modestia en estas anotaciones, ¿no está de acuerdo?). No, nunca dudé de mi propio atractivo; nunca había sido un problema para mí, pero ella jugaba en otra liga.

Sorprende lo mucho que se puede bailar en un coche. The Temptations se lamentaban del amor frustrado. No se pueden escribir unas letras mejores. Comprobamos encantadas que ambas éramos unas pedantes en cuestión de letras, coincidiendo en que una mala letra podía arruinar toda la obra de un músico; personalmente, yo nunca le he perdonado a Prince que metiese la palabra «restaurante» en una canción por lo demás impecable. Es imperdonable; la palabra no tiene ninguna cabida en una letra. Estoy divagando. Lo que quiero decir es que compartir música es un acto íntimo, no muy distinto del hecho de que Polly y Annie compartiesen fechas de sus diarios. Existe un elemento de riesgo en la exposición de tus gustos, pero Ness y yo parecíamos

tener el mismo. Si discrepábamos sobre una canción, no era ningún problema: persuadíamos o disuadíamos, la poníamos en pausa, debatíamos la letra, buscábamos coherencia, nos reíamos o cambiábamos de opinión; estábamos en armonía.

Ness hizo lo que tenía que hacer en Bristol y yo di una vuelta, me comí un sándwich junto al canal, leí mi libro con un café. Y luego nos marchamos para volver a casa. Seguramente habríamos llegado a tiempo para cenar. Sin embargo, nos cayó una lluvia torrencial en la M4 y uno de los limpiaparabrisas se rompió. Era muy peligroso; no se veía nada y en ese momento íbamos por el carril rápido, pero ella mantuvo la cabeza fría y me avisó de los coches que nos rodeaban hasta que puse el nuestro a salvo en el arcén. Me temblaban las piernas. Ness me apoyó la mano en el muslo y me tranquilizó. No puedo describirlo, doctora R, pero me sentí cuidada con ella como no me sentía con Karl. «Por supuesto, si yo fuese un hombre, esta es la clase de mujer de la que me enamoraría.»

Llamamos al seguro del coche y a nuestras respectivas parejas y aguardamos bajo la lluvia.

Ahora que lo pienso, lo que ocurrió a continuación parece totalmente casual. Los del seguro llegaron enseguida y nos remolcaron a lo largo de varios kilómetros hasta un garaje de la zona rural de Bath. Resultó que tenían que pedir un limpiaparabrisas especial (¿quién sabía que existía semejante cosa?) y no les llegaría hasta el día siguiente, si teníamos suerte.

Y allí estábamos, atrapadas en mitad de la nada. Nos enfrentábamos a una pizarra en blanco. Telefoneamos a casa, organizamos el cuidado de los niños y encontramos un hostal inesperadamente agradable en las afueras del pueblo siguiendo las indicaciones del mecánico. Era un establecimiento frecuentado por caminantes: vigas bajas, suelos de baldosas, un rugiente fuego de leña. La única habitación disponible era una doble, y a ninguna de las dos nos importó. Así que nos encontramos bebiendo pintas de cerveza de la zona junto al fuego de leña, sintiéndonos bastante eufóricas ante el sorprendente giro que habían dado los acontecimientos. Íbamos por la segunda ronda cuando empecé a recibir mensajes de Karl: «¿Dónde están las espinilleras de Josh?», «Annie no encuentra la peluca azul», «No has comprado pastillas detergentes», «¿Cómo se pone el lavavajillas?».

Ness no podía creerse que él no supiera utilizar los electrodomésticos. Yo sí. Lo consideraba una táctica deliberada. Karl era un gran maestro de la pereza; había hecho de la inutilidad un instrumento en su apuesta por la ociosidad. Y, lo que era más insultante, debía de pensar que yo no me daba cuenta. ¿Cómo era posible, después de tantos años, que continuara sin saber llenar el lavavajillas con los platos en el ángulo correcto para que el brazo no se quedara atascado? (¿Sabe hacerlo su maridito, doctora R?) ¿O sacar la colada inmediatamente de la lavadora para que no oliera a alcantarillas viejas y tenderla de forma que no hubiese que plancharla? ¿Cómo era posible que no dominara esas cosas pequeñas y sencillas cuando yo se las había explicado cuatro mil veces? Le diré por qué: porque su principal objetivo era que yo tuviera que rehacerlo todo, para que él pudiera levantar las manos, agitarlas ofendido y desesperado, y gritar: «Haga lo que haga, Connie, nunca es lo bastante bueno para ti, ¿verdad?». Como si fuera culpa mía por querer que nuestra puta ropa estuviese limpia y que él no apestase como un perro mojado. Él y yo siempre habíamos aportado la misma cantidad de dinero a la casa. ¿En qué fase de nuestra relación me apunté a ser la esclava doméstica?

¿Me preguntó usted si alguna vez tuve envidia? Le diré lo que me da envidia: compartir las tareas domésticas. Imagíneselo: ¡pasar junto a la cajonera en la que has dejado una pila de ropa limpia y ver que otra persona la ha guardado! A mi modo de ver, eso es excitante. ¡Regresar a casa y encontrarte con que el otro le ha pasado un trapo a la mesa! Eso es casi orgásmico. ¿Sabe qué? Leah no deja pipí en el asiento del váter, ordena el sofá antes de irse a la cama y además lee las putas noticias en la BBC. ¡Sí! ¡Tengo envidia!

Me estoy poniendo muy nerviosa, pero debe entenderlo, doctora R; quizá lo entienda: son esas pequeñas muestras de dejadez las que matan las relaciones; son el crujido constante de la carcoma, royendo lo que fue una estructura sólida.

Seguimos bebiendo cerveza, cenamos copiosamente. Es curioso, pero Ness y yo (a diferencia de usted, con sus barritas de frutos secos bajas en calorías que saben a forraje para caballos) pertenecemos a esa minoría de mujeres que jamás se ha pesado ni ha hecho dieta, lo que borra de un plumazo todo ese montón de conversaciones aburridas que tienen otras mujeres. Después nos quedamos fritas, hinchadas y atiborradas, entre los mullidos almohadones de la cama con dosel.

A la mañana siguiente nos sentamos ante la mesa del desayuno, de madera blanqueada, entre el olor a tostadas, el tintineo de la vajilla blanca y el crujido de los periódicos. Todo era Gucci, como diría Josh. A las diez y media llamamos al garaje y nos dijeron que el limpiaparabrisas no llegaría hasta el día siguiente por la mañana. Tras unos minutos de incredulidad ante la noticia de que nuestro viaje se vería entorpecido por un limpiaparabrisas —era técnicamente ilegal conducir sin él, según nuestro mecánico, y parecía que iba a llover—, a ninguna de las dos nos importó demasiado; estábamos viviendo un descanso grato e inesperado respecto a la vieja rutina. Faltaban varios días para que expirase el plazo de entrega de mi próximo artículo, y el jefe de Ness era muy razonable. Hicimos las necesarias llamadas a casa, nos pusimos a hablar con la pareja de la mesa de al lado y decidimos hacer una caminata en condiciones. Ness, vestida de forma práctica como siempre, llevaba ya sus botas de senderismo, y yo guardaba unas zapatillas de deporte en el maletero. Así que hicimos unas fotos del mapa de la pareja y estudiamos la ruta mientras nos tomábamos las gachas y los huevos cocidos. Nos decidimos por una ruta circular de trece kilómetros que iba y venía del lago. Era divertido. En cierto modo, me parecía haber estado esperando a Ness durante toda la vida: una cómplice, una aventurera, una compañera en el *carpe diem*.

El propietario del hostal nos prestó una mochila y nos ofreció unas botas de goma que rechazamos. Observé la eficiencia con la que Ness metía en la mochila una botella de agua y unas barritas de menta que acababa de comprar en el mostrador, el cuidado con el que enrollaba su chubasquero noruego de color azul (como los que llevan los montañeros que mueren en el Everest) y la pulcritud con que lo metía en uno de los costados. Calculaba de forma metódica lo que cabía en cada compartimento. Era minuciosa. «De haberlo sabido, habría traído mi brújula. ¿Tienes impermeable?», me preguntó. Vi un nuevo aspecto de ella: era ligeramente mandona, pero no me importaba; de hecho, me estaba gustando que me mandase. Además, me resultaba raro no tener que preguntar trescientas veces si todo el mundo había ido a hacer pipí, había traído un jersey, etc. Ese día solo tenía que preguntarme a mí misma.

No tenía impermeable.

—¿No llevas uno en el maletero? —me preguntó, sorprendida.

Seguro que en casa tenía una mochila como es debido, con botiquín y un estuche donde guardaba su brújula, una bengala y un par de crampones; a diferencia de mí, con mi bolso de colgar, mi pintalabios y mis dos tampones.

Pasamos por el garaje y charlamos con el mecánico mientras me ponía las zapatillas y la cazadora de aviador. Tenía pinta de urbanita idiota. Patético, aunque, si debía rescatarnos un helicóptero, al menos tendría buen aspecto.

Por suerte para mí, hizo un tiempo magnífico (lo que significaba que habríamos podido volver a casa sin ningún problema). Aquella zona era preciosa.

Nos habíamos conocido tarde y teníamos mucho que explicarnos, así que decidimos contarnos nuestra historia, entrevistarnos la una a la otra y cubrir cada etapa de la vida, no necesariamente en orden cronológico. La entrevistadora podría preguntar lo que se le antojara; no había preguntas prohibidas, nada era sagrado. «Lo que se dice en los campos de Bath se queda en los campos de Bath.» Ese fue nuestro lema. Ella me preguntaría hasta que llegásemos al lago y yo le preguntaría en el camino de vuelta.

Seguimos el curso del río por un camino bastante llano. Ness avanzaba muy segura de sí y de su capacidad para interpretar el mapa, y a mí me seguía agradando que me dirigieran. Ness entendía de rocas jurásicas y de la evolución del terreno (su padre era profesor de geografía). Nos quedamos maravilladas ante la belleza de los árboles, con sus vibrantes tonos dorados y rojos. Parecía que estuviéramos en junio y no en septiembre, y pronto hizo tanto calor que metimos los jerséis en la mochila. Cada vez que llegábamos a unos escalones para saltar una cerca o a una bifurcación en el sendero, consultaba su móvil con las fotos del mapa. Ya dependía de ella; ¿por qué era ella quien llevaba la mochila y sujetaba el teléfono? Pero me gustaba que fuese un poco sabelotodo, su forma de consultar el mapa, sabiendo lo que significaban todos los símbolos, siguiendo con el dedo la línea de puntos rojos. En un principio quise comprobar cada decisión tomada —al fin y al cabo, estaba acostumbrada a ser la principal navegante de mi tribu—, pero no tardé en cederle el control por completo. Y era agradable dejarse dominar; una sensación nueva y tal vez femenina a la que no estaba muy acostumbrada. Me estaba entregando como no me había entregado en muchos años.

Así pues, fui la primera en contar mi historia. Una vez que cruzamos el río, comenzamos en serio. Ella quiso empezar por el día en que se conocieron mis padres, así que, un par de horas después, para cuando llegamos a la cima del pico, había repasado el nacimiento de mi hermano David, mi propia entrada en el mundo, mis primeros años de colegio, los personajes importantes de mi niñez, las amigas —me hizo muchas preguntas sobre mis mejores amigas, Grace y Ally—, los años de adolescencia, mi primer y breve matrimonio. Sus preguntas eran turbadoras pero sensibles; su curiosidad, intensa. Era una gran entrevistadora, capaz de mantener la fluidez de la conversación, de devolverla al camino correcto, de crear conexiones y señalar patrones, todo ello sin dejar de darme trozos de barrita de menta y tragos de agua.

Caminábamos por la parte superior de la presa cuando vimos el lago. Era azul como el cielo y nos dejó sin aliento. Era maravilloso caminar con alguien que sentía de verdad la fuerza de la naturaleza. Era una conexión auténtica. Karl era extrañamente insensible a lo natural; tanto si estábamos contemplando la lava que escupía el Etna como una simple puesta de sol, yo tenía que hacerle notar el espectáculo, atraer su atención. Él se detenía, miraba y trataba de impresionarse, porque sabía que debía sentir algo. Y la distancia entre nosotros aumentaba. Entonces volvía a

acercarnos con una broma, como si se disculpara por su falta de asombro. «Ojalá hubiera traído mis acuarelas.» Habíamos encontrado un modo que funcionaba: sustituimos la conexión por la risa. Y así la risa se convirtió en nuestra conexión, lo que resulta maravilloso a su modo. Pero con Ness era diferente. Ella y yo hablábamos el mismo idioma: ambas nos deteníamos y mirábamos el lago justo al mismo tiempo, solo porque las dos lo hacíamos.

Para cuando llegamos allí, estábamos ardiendo; nos quitamos los calcetines y el calzado y nos tumbamos en la orilla con los pies en el agua, disfrutando del tibio sol. Allí no había ni un alma. Me mojé la cara y el pelo con el agua helada y nos acabamos las barritas de menta. Entonces Ness se sentó bruscamente, se puso a rebuscar en la mochila y sacó su chubasquero, abrió la cremallera de un bolsillo y extrajo los restos de un grueso porro y un encendedor.

—¡Sí! —dijo—. ¡Sabía que lo tenía! ¡Leah y yo nos fumamos la mitad de este la semana pasada!

La marihuana había pasado de moda por algún motivo; la paternidad nos había convertido a todos en cocainómanos. (Bueno, fumar es muy malo para la salud, ¿verdad, doctora R?) Me lo pasó por debajo de la nariz y luego lo encendió. Fue un momento de dicha suprema, de los que ansías cuando estás atrapado en un metro lleno de gente.

Permanecimos echadas sobre la hierba en medio de un silencio cómodo, agitando los dedos de los pies en el agua, notando el sol tibio sobre la piel. Abejas y otros insectos nos sobrevolaban zumbando; algunos descendían para comprobar si valía la pena polinizarnos. Contemplé un águila que se cernía en el cielo y noté que Ness se apoyaba en un codo a mi lado. Estaba cerca; podía olerla. Olía a mí. A mí sin el olor corporal. Me pasó el canuto.

—Cuando conociste a Karl, ¿supiste enseguida que era el hombre de tu vida?

Di una calada y expulsé suavemente el denso humo antes de volverme para mirarla.

—No sé si creo en eso del hombre de tu vida.

Por un momento, se quedó desolada. No me sentí orgullosa: es muy fácil hacer que la gente se sienta pequeña. No obstante, mi respuesta revelaba más de lo que ella oyó, ¿no le parece?

—Aún estaba pensando que había encontrado al hombre de mi vida en otra persona —dije, para compensar. Me miró de esa forma suya tan peculiar, con el rabillo del ojo. Esa mirada era muy atractiva—. Es curioso cómo ocurren las cosas —continué—. Las decisiones que nunca tomas de forma consciente. Cuando conocí a Karl, no buscaba tener una relación con nadie. Pero él era como una bocanada de aire fresco. Y digamos que él me puso en el punto de mira. —Sonreí al recordar que, en aquellos primeros tiempos, se presentaba allá donde yo iba sin que nadie le invitase. Yo me mostraba antipática, mi hermano fue descaradamente grosero con él (había venido de Australia para una reunión familiar), pero Karl nunca se lo tomaba a mal. Su persecución fue implacable. (Dada su profesión, usted podría llamarla acoso, pero la cosa dio un giro hacia el lado bueno)—. ¡Y era tan gracioso! Acabó conquistándome sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Sí, es un encanto —dijo Ness.

No supe interpretar su tono de voz, si se mostraba crítica con él. Esperaba que no. Quería que él la conquistara; quería que estuviera de mi parte.

—Una revista para la que yo escribía había recurrido a sus servicios; estaban contratando y despidiendo a directivos. Me pidieron que le enseñase las oficinas. Acabamos almorzando juntos y me invitó a salir. Tuvimos unas cuantas citas y pronto quedó claro que teníamos una visión

similar de la vida, que ambos queríamos las mismas cosas... Todo fue muy fácil. No había ningún motivo para no estar con él.

Me eché a reír, sintiendo una oleada de tremendo cariño hacia Karl. (Es interesante cómo modelamos nuestros propios relatos para que encajen con nuestras historias. No debe confundir mi versión con la verdad, aunque estoy segura de que no lo hace). Por algún motivo, no le conté a Ness que Karl había sido un casanova en serie y que durante esos primeros meses juntos descubrí la existencia de otras tres mujeres que creían estar saliendo con él. (¿Fue tal vez eso lo que me mantuvo interesada? ¿Ganar la competición y luego dejar que el trofeo acumulara polvo? Espero no ser tan mezquina, aunque podría ser.) Sé por qué no se lo dije: no quería ver su incredulidad u oír su desaprobación. Quería protegerle, protegernos.

Ness estaba apoyada en el codo, de cara a mí, con un pecho descansando pesadamente sobre el otro. Di otra calada.

—Entonces me enteré de que estaba embarazada... No, espera, me estoy dejando una cosa. Aún estábamos empezando cuando le pasó algo horrible y yo estuve allí, ya sabes... eso vino a convertirnos en una pareja a ojos de otras personas...

Ness masticaba una brizna de hierba con las piernas un poco dobladas hacia delante, unas gotitas de agua en las pantorrillas, los huesos de las caderas sobresaliendo a través de los vaqueros, los brazos esbeltos apoyados contra la curva del cuerpo.

—¿Qué pasó? —preguntó, porque podía. Esas eran las reglas.

Cambié de postura, apoyándome sobre el codo e imitando la suya.

—La verdad es que no habla de ello, así que no saques el tema.

—No lo haré.

—Iba conduciendo por la zona del norte de Londres y atropelló a alguien. A una mujer que murió más tarde en el hospital.

(Con él tendría una mina de oro, doctora R.)

—¡La madre del cordero! —dijo Ness, que a menudo utilizaba expresiones dulzonas y pasadas de moda—. ¡Qué horror!

Se tapó la boca con la mano.

—Sí.

—Debió de ser terrible para él.

—Como te he dicho, no lo menciones, ¿vale?

—Nunca lo haría.

Le pasé el porro.

—No fue culpa suya. Era una mujer joven. Se estaba peleando con alguien y salió sin mirar y pam...

—¡Dios mío! Pobre Karl.

Era la primera vez que la oía hablar de él con empatía y me gustó. A veces tenía la sensación de que en realidad no confiaba en él.

—Tuvo una especie de shock y luego se negó a hablar de ello... Sigue sin ser capaz de subirse a un Citroën —dije.

—Es una persona tan alegre... —comentó, lo cual resultó un tanto incoherente.

Ness se incorporó y cruzó los brazos abrazándose las rodillas. Contemplé su espalda, bonita y suave. Llevaba el pelo recogido en un moño y se le habían soltado unos mechones. «Si fuese un hombre, estoy segura de que me enamoraría de ti.»

Se volvió y me pasó el porro otra vez.

—¿Es difícil vivir con alguien como Leah? —le pregunté.

—¿Te refieres a la fama? ¿O a Doña Amargada? —Sonrió, mirándome. Me refería a la segunda opción, y ella lo sabía—. Supongo que estoy muy acostumbrada. No creo que pudiera soportar a alguien que siempre estuviese contento. Me daría por saco.

Una vez más, tomé sus palabras como una suave pulla contra Karl, que tenía la costumbre peculiar de mostrarse incansablemente animado al estar en grupo. En realidad, no era así en privado. Era como si Karl tuviese dos personalidades distintas. En público era Don Chiste Por Minuto y llenaba los silencios silbando fragmentos de música de ascensor. Ness tenía toda la razón: su forma de ser daba por saco. No me importaba que me diera por saco a mí, pero no quería que les diera por saco a otras personas; no sé si me entiende, doctora R (¿quizá porque me haría quedar mal?). Quería que a Ness le gustase Karl. Siempre queremos que a nuestras amigas les gusten nuestras parejas de la forma adecuada.

—¿Alguna vez has estado deprimida? —le pregunté. Sentía curiosidad por saberlo.

—Mmm... —dijo.

Sin embargo, se encogió de hombros y tuvo que pensárselo.

A nadie le gusta confesar que no se ha sentido deprimido, porque eso te hace parecer insensible y superficial, pero, por otra parte, tampoco le gusta a nadie decir que se ha puesto de Prozac hasta los ojos y aun así se ha despertado cada mañana gimiendo ante la perspectiva de tener que vivir veinticuatro horas más, porque eso te hace parecer un perturbado. Es necesario haber experimentado la cantidad justa de aflicción para resultar socialmente aceptable, ¿no cree?

—Siempre pienso en la gente que está mucho peor que yo.

Expulsé una bocanada de humo azul hacia el cielo azul. Sí, podía creérmelo. Ness tenía un lado un tanto conservador, una mentalidad seria y directa, de esa que siempre piensa en llevarse un jersey de más. Era lo contrario de complaciente y eso me gustaba, pero revelaba una piel muy gruesa, algo que ya había observado en otros aspectos de su carácter. Leah podía ser muy grosera con ella y era como si no significara nada; nunca reaccionaba. No hacía caso, como si no le afectara. Si alguien me hubiese hablado así, me habría sentido tremendamente ofendida o irritada. Las relaciones de los demás son repugnantes; afróntelo, doctora.

También sentía envidia de ella, de su fuerza mental. Qué maravilloso no haber visitado esos lugares sombríos. No debía de estar en su naturaleza. Eso me gustaba de ella: era una persona sin complicaciones. Usted lo sabrá mejor, pero he llegado a la conclusión de que ese botón de autodestrucción está en el ADN; o tienes instintos suicidas, o no los tienes. No significa que hayas caído más bajo que los demás; simplemente, es la forma en que está programado tu cerebro para llevar las cosas. Para algunos de nosotros, la muerte resulta una solución atractiva y proactiva a un problema. Y en su momento parece ser con diferencia la alternativa más sensata para seguir adelante. Para mí, es bastante evidente que las personas que corren riesgos tienen más probabilidades de mandarlo todo a paseo. Mi primera tentativa de suicidio se produjo a los quince años. Me quedé embarazada la primera vez que me acosté con alguien y me pareció el fin

del mundo. Me fui al armario del baño de casa de mis padres y me tragué cada pastilla que encontré. Por desgracia para mí, eran antiguos hippies y resultó que me había atiborrado de corteza de árbol y ginseng.

—Estuve tomando antidepresivos —le conté; me apetecía hacerlo—. Me hundí después del nacimiento de Annie.

No reaccionó ni pareció juzgarme. Gracias a Dios, estas cosas ya no tienen asociado el mismo estigma que antes.

Estábamos tumbadas sobre la hierba, mirando el cielo y bastante colocadas, hablando de causa y efecto, accidentes y destino, casualidad y coincidencia. Contemplábamos al águila y el águila parecía contemplarnos a nosotras. No dejaba de volar en picado y ascender; pensamos que estaba captando desde allí arriba el extraño aroma de la sinsemilla, le había entrado un antojo y estaba aburriendo como ostras a las demás águilas. Soltamos unas risitas antes de sumergirnos en nuestros propios mundos.

—¿Quién era el tío del que estuviste enamorada? —preguntó ella, interrumpiendo mis ensoñaciones.

Hice una pausa.

—¿Qué tío?

—El tío antes de Karl. Has dicho que creías haber encontrado al hombre de tu vida.

Exhalé un suspiro. Aquel tío. Madre mía. ¿Cómo puedo describirlo, doctora R? ¿Le ha ocurrido a usted? ¿Le causó su maridito la sensación de que se había pasado la vida medio dormida? ¿La despertó y la llenó hasta el borde? ¿Ha sufrido esa locura concreta? ¿O no fue su maridito?

—Le había conocido hacía años. Había sido profesor mío en la uni. Pero luego me tropecé con él unos años después en una fiesta y... fue... fue complicado.

Estaba inhalando y volvió la cabeza hacia mí levantando una ceja.

—Quieres decir que estaba casado.

Yo también alcé una ceja al mirarla.

—Resultó que sí, lo estaba.

—¿Cuánto estuvisteis juntos?

—Entre idas y venidas, cuatro años.

Soltó un leve silbido y se quedó allí tumbada, mirando el cielo.

—Seguro que os lo pasabais de puta madre en la cama.

Me eché a reír.

—Pues sí.

Así era. Vi que Ness se desperezaba, estirando los brazos por encima de la cabeza. Se había remangado la camiseta y me distrajo momentáneamente la curva del pecho contra el costado de su cuerpo.

—¿No sería fantástico que pudiéramos vivir un solo día de pasión pura, echar un polvo tras otro hasta quedarnos gilipollas, sin repercusiones ni consecuencias? —dijo con un suspiro.

Por un momento, pensé que hablaba de nosotras, de ella y de mí, y el corazón me sorprendió bailando un breve chachachá.

—¿Con quién lo harías? —pregunté.

(Sí, a mi modo de ver, eso es coquetear. ¿Qué le parece?)

—No lo sé. Con alguien que me atrajese.

El cielo pareció llenarse de estrellas pese a que era de día.

—¿Te consideras bisexual? —le pregunté.

—Todas esas etiquetas me repelen.

—¿No echas de menos el sexo con hombres?

Me miró y se encogió de hombros.

—No.

—Leah y tú tenéis una buena vida sexual, ¿no? —pregunté, aprovechando que Ness había sacado el tema. Siempre había dado por sentado que así era, pero, ahora que lo pensaba, no había visto mucho afecto entre ellas recientemente.

—Sí —dijo con lealtad, pero percibí la duda en su voz. Bueno, no se puede decir «no», ¿verdad, doctora R?—. ¿Y Karl y tú? —preguntó.

—Sí —dije, porque también sabía mentir—. Pero digamos que tal vez tenga que quitar unas cuantas telarañas del viejo disfraz de criada francesa que guardo en el fondo del armario.

Se apoyó sobre un codo y se me quedó mirando.

—¿Te disfrazas?

Flipó con la noticia. Ya le he dicho que tenía un toque conservador. Pero también me gustaba eso de ella, que pensara que era ridículo disfrazarse. De pronto, no despertar las fantasías masculinas me pareció muy feminista e inspirador. Y sin embargo, por otro lado, me pareció que faltaba un elemento de imaginación en su temperamento. (¿Y usted? ¿Continúa jugando a médicos y enfermeras cuando llega a casa? ¿Le gusta a su maridito encontrarse de vez en cuando con una Santa Claus sexy?)

Ness me miraba fijamente, esperando una respuesta.

—¡No! ¡En serio! ¿Te disfrazas? —repitió.

—Antes lo hacía —dije. Cuando empezamos, a Karl le gustaba todo eso de disfrazarse—. Tiene unos gustos peculiares. Por ejemplo, le gusta la ropa interior blanca. Tiene que ser blanca.

No es broma, doctora R; me regala un conjunto en cada cumpleaños. Para ser sincera, no lo considero un auténtico regalo, ¿y usted? Ya puestos, podría regalarme un pase de temporada para el Queen Park Rangers Football Club.

—¡Madre mía, no puedo creer que te disfraces! —exclamó Ness con una carcajada incrédula, sacudiendo la cabeza—. Yo no, ni hablar, no soporto todo ese rollo. Me sentiría absolutamente ridícula vestida como una colegiala o... o... ¿qué te pones? —preguntó, con una sonrisa de incomprensión que mostraba muy a las claras que el concepto le resultaba incomprensible.

Me eché a reír.

—Pues tenía un disfraz de conejita...

Ahora se rio a carcajadas. Ambas lo hicimos; estábamos bastante colocadas. Nos incorporamos y empezamos a dar saltitos poniendo nuestra mejor cara de conejitas follables. Lo que me recuerda, doctora R, un consejo gratuito que puede pasarles a sus clientas: si estás a cuatro patas y te están dando por detrás, jamás te des la vuelta y trates de parecer sexy. No funcionará. Ness y yo lo demostramos: probamos todos los ángulos que pudimos y es realmente imposible quedar bien. Pero intentarlo resulta divertidísimo.

Nos reímos hasta que las bromas fueron decayendo, hasta que el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos volvió a dominar el silencio. Entonces pensamos que tal vez fuese hora de continuar caminando y empezamos a recoger nuestras cosas, aunque sin mucho éxito: me la encontré muy concentrada, estudiando el mapa al revés. Ness replicó que yo llevaba dos calcetines en un pie. Al final logramos organizarnos y reanudamos la marcha.

—Bueno —dijo al cabo de un rato, cuando caminábamos por la orilla del río, a punto de apartarnos de él—. ¿Cómo se llamaba ese profesor?

Me pregunto qué porcentaje de personas felizmente casadas siguen guardando en su corazón un pequeño espacio reservado para una persona que no es su pareja. No de forma real —nunca harían nada al respecto, llevan una buena vida—, sino en sus fantasías. ¿Se le dan bien las estadísticas? Le contaré un secreto: ese hombre era capaz de reducirme a la nada, a una mera esencia de ser. Seguro que los de su gremio tienen un nombre para eso, un trastorno, ¿no? ¿O es simple enamoramiento? Me alegraba de haber dejado de ser esa persona. No quería esa clase de amor otra vez. Me había perdido en él. Y luego, cuando se fue, dejó un agujero en mi interior. Lo llené de hormigón. Me endurecí. Ahora llevo roca dentro. Todo el mundo me lo dice.

—Jonathan Hapgood.

Pronunciar su nombre fue como sacar a la luz un objeto enterrado en el barro. No se trata necesariamente de algo bueno; piense en la maldición de Tutankamón.

—Jonathan Hapgood —repitió.

Qué excitante oír ese nombre en sus labios. El canuto me había vuelto complaciente, pues debe entender que yo era muy feliz con mi vida, con Karl, con mis hijos, con las decisiones que había tomado. Aquel amor que te derretía suavemente no era una base para fundar una familia. Las familias necesitaban solidez. Yo tenía un pasado; eso era todo.

—¿Qué pasó con el señor Hapgood? —preguntó, dedicándome una de esas miradas de reojo.

—¡Ah! —dije, aparentando despreocupación—. Al final, puso fin a la relación. He oído que su mujer se marchó con otro.

—El que la hace la paga. ¿Le sigues viendo? —preguntó.

—No, qué va. Hace casi diez años que no le veo.

Se volvió para mirarme.

—¿Seguís en contacto?

—No.

—¿Nada de nada?

—A veces, un SMS en Nochevieja. Un email por nuestros cumpleaños.

—Pero sigues pensando en él —insistió.

—De vez en cuando —contesté tras exhalar un suspiro.

Ness se había parado a beber agua de la botella.

—¿Como cuándo?

Me sentía culpable, desleal, pero también, por extraño que parezca, libre. Jamás había hablado de esas cosas.

—No sé. He pensado en él antes, mirando esto —dije, abarcando con un gesto las colinas, el lago, la grandeza de aquel lugar—. O, a veces, si oigo una música concreta... ya sabes, las típicas chorradas cursis de antes. En fin, ahora te toca a ti. —Quería dejar de hablar de mí misma. Me sentía innecesariamente expuesta, como si tuviera uno de esos sueños en los que vas desnuda por

ahí. Había hablado demasiado, le había dado demasiada importancia a algo que no la tenía. Tal vez necesitase explicarme—. A veces, Ness, creo que es porque no se me da muy bien soltar a la gente; soy una persona muy leal. Si quiero a alguien, nunca dejo de quererle. Hombres, amigas... Nunca me he peleado con nadie...

(Me doy cuenta de que me ensalzaba a mí misma, dando la impresión de ser un poco especial, de que la culpa era de mi lealtad y no de mi carácter voluble.)

Caminábamos una junto a otra. Ness se echó a reír y me cogió del brazo.

—Constancia; eso es lo que significa tu nombre. ¡No te preocupes! No estás siendo desleal. Creo que podrías ser la persona más sincera que he conocido.

Me hizo ilusión oírle decir eso y ver que me miraba de esa forma particular, aunque siempre he creído que la sinceridad está demasiado valorada. (La lealtad, por otra parte...) Sus dedos suaves descendieron por la cara interna de mi brazo hasta llegar a mi mano, que apretó con fuerza.

—Además —dijo—, hay muchas clases diferentes de amor.

Los hombres nunca entenderán la hermosa intimidad que puede existir entre dos amigas.

6

El sargento Allen lleva manchada la pechera de un traje barato. Estoy segura de que la doctora Robinson también se ha dado cuenta. A juzgar por su bolso, que está abierto a sus pies, debe de ser una maniática de la limpieza. Veo todo lo que hay dentro, y cada cosa tiene su propio compartimento. Hay toallitas antibacterianas, una bolsa de maquillaje, una barrita de avena baja en calorías, un paquete de tabaco mentolado y el lomo de un libro. Me asomo al bolso para poder leer el título: *Hotel du Lac*. Lo leímos en mi club de lectura. A Ness no le gustó nada. La doctora Robinson me ve mirando, finge no verme, se agacha y cierra el bolso, que coloca al otro lado de su silla.

Estamos en una estancia distinta; he salido de mi propia habitación y he recorrido varios pasillos detrás de la recepcionista, o carcelera, sea quien sea. Lo cierto es que hasta podría ser un hombre; es difícil saberlo con certeza. Sea lo que sea, parece un rinoceronte. En un momento dado, hemos cruzado un patio y el aire fresco me ha tomado por sorpresa. Me he detenido un instante. He vuelto la cara hacia el sol y he notado sus rayos sobre mi piel. Tengo el pelo rojo, pero mi piel es amarillenta; anhela el sol. He pensado en todas esas veces en que di la luz del sol por sentada. La Rino me ha dado un breve tirón del brazo y he acabado de cruzar el patio, siguiendo el pesado balanceo de su volumen.

Hemos pasado junto a la sala de la tele y he visto a Sita la Loca. La he saludado con un gesto y se me ha quedado mirando como si nunca me hubiera visto. Pero claro, está loca. Este sitio es un auténtico laberinto, con su linóleo gris y sus paredes verde menta. Hemos pasado junto a la cantina y he visto a la Chirridos riéndose con el cocinero. Me da la impresión de que están liados. Ella le dice algo y él se vuelve a mirarme; la sonrisa se le congela en la cara. Lo veo en todas partes: a mi paso, la gente levanta la cabeza y estira el cuello. Me doy cuenta sorprendida de que soy una especie de celebridad. Puede que sea así como se siente Leah, aunque a la gente no se le congela la sonrisa en la cara cuando pasa ella.

La habitación en la que estamos ahora tiene en la ventana un cristal irrompible, atravesado por un hilo serpenteante de color negro. Al otro lado del cristal, un matón patrulla por el linóleo con su uniforme de poliéster mientras la Rino espera. No hay más ventanas. La habitación huele vagamente a gusanitos y a los pies de Josh. Viene a ser una sala de interrogatorios, con su equipo de grabación en un extremo de la mesa. Yo estoy en un lado, el sargento Allen y la doctora Robinson están en el otro, y entre nosotros hay una pantalla. El sargento Allen parece sentirse como en casa; se ha desabrochado el cuello de la camisa y da golpecitos sobre la tapa de una pequeña caja de cartón que tiene delante. Yo no me siento como en casa; me han esposado a la silla.

Veo que se inclina hacia delante para conectar el equipo de grabación.

El sargento Allen no tiene rasgos destacables. Diría que ronda los sesenta, tiene el pelo gris, el rostro enrojecido, ligeramente hinchado, bebe demasiado. Si hubiera una cadena de fabricación de policías, parecería recién salido de ella.

No, lo retiro, sí que tiene algo destacable: posee una voz extrañamente jadeante que suena como el secador de manos del aseo de las visitas. Todo lo que dice parece resultarle un poco doloroso. Conozco la sensación. Podríamos organizar un concurso de voces ásperas.

—Inicio de la sesión con la señora Constance Mortensen. Estamos presentes en la sala con ella la doctora Robinson, su psiquiatra forense, y yo mismo, el sargento Allen. Son las 14.55 y me dispongo a mostrarle a la señora Mortensen las imágenes que grabaron las cámaras de televigilancia de Lower Bridge Road en la noche del jueves 16 de noviembre.

Dicho esto, enciende la pantalla. Tras unos segundos de grabación en blanco y negro de una calle vacía en plena noche, pasa un coche a toda velocidad. No entiendo nada de coches, pero me resulta familiar. El sargento Allen para la cinta, rebobina y enfoca el coche en primer plano.

—¿Es ese su coche, señora Mortensen?

Podría serlo, ahora lo veo. Miro la pantalla con los ojos entornados. Entonces enfoca la matrícula.

—Sí.

Se me dan bien los números. Ahora se centra en el conductor, vestido de blanco y con el rostro borroso, que se inclina hacia delante y agarra el volante con fuerza. Parece un personaje de una de esas series de zombis que le gustan a Josh. No veo a nadie más en el coche, solo oscuridad.

—¿Y esa es usted?

Joder. Sí que soy yo.

—Podría serlo.

Aproxima la imagen un poco más. Estoy horrorosa. Ahora lo recuerdo vagamente. Asiento con la cabeza.

—Diga sí o no, por favor —dice el secador de manos.

—Sí.

—Constance Mortensen se ha identificado a sí misma como la conductora del vehículo la noche en cuestión —declara complacido.

Seguro de sí mismo y funcionando a pleno rendimiento, el secador Dyson saca de la caja un montoncito de fotografías unidas con una cinta elástica. Por un momento, me pregunto si va a enseñarme las fotos de sus vacaciones. «Aquí estamos mi mujer y yo en Margate...» «Esto es un Boeing 747, número de vuelo 0985...» Sin embargo, su expresión sugiere otra cosa. Veo que retira la cinta. Busco la mirada de la doctora Robinson, pero ella rehúye la mía.

La cinta suelta un chasquido y el sargento la deja a un lado con pulcritud. Mira la primera fotografía durante unos momentos. No veo la expresión de la doctora Robinson; tiene la cabeza gacha, pero ladeada: también la está mirando. Despacio, el sargento Allen le da la vuelta a la fotografía, la coloca sobre la mesa y la desliza hacia mí con suavidad. Al principio, solamente distingo sus uñas rechonchas y mordidas.

Le miro a los ojos y luego bajo la vista hasta la foto.

Es una imagen de Annie tumbada sobre una sábana blanca: torso desnudo, pelo suelto, ojos cerrados y boca entreabierta, con un tubo saliéndole de la nariz; parece que ha sacado ese tubo de agua de su mochila. Tiene unos cardenales fantásticos sobre el pecho; con sus tonalidades morado y rojo oscuro, parecen muy reales. Sonrío con cariño: esta vez se ha superado a sí misma con el juego. Aparece otra foto ante mí. Veo la mano de mi hija, manchada de rotulador, abierta

al lado del cuerpo. Lleva en las uñas mi pintaúñas negro, bastante desportillado. Y tiene el pulgar hacia fuera; seguramente se lo acaba de sacar de la boca. Busco en su otra mano la mugrienta y vieja estola de piel que le gusta oler mientras se chupa el dedo, pero no la veo.

Aparece ante mis ojos otra foto. Ah, sí. Es Polly. También está tendida sobre una sábana blanca. Parece más moderada; Annie se ha decidido por un aspecto macabro, quizá se haya pasado un pelín con los cardenales. También le sale un tubo de agua de la nariz; deben de haber utilizado el de Josh. Eso no le va a gustar.

No puedo evitar una carcajada.

Miro al sargento Allen y a la doctora Robinson. No sonríen. Los dos me miran fijamente, con cara de conmoción. Nadie dice nada.

El sargento Allen se levanta de repente y su silla rasca el suelo con fuerza. Se inclina hacia delante, colocando esos dedos regordetes sobre la mesa. Un tupé canoso le cae sobre el centro de la frente. Tiene la cara encendida, y su voz suena extrañamente serena:

—Espero que se pudra en el infierno, señora Mortensen.

No estoy segura de que los policías puedan decir cosas así.

Se vuelve y abandona la sala, dejando que la puerta se cierre de un portazo. La doctora Robinson suelta un grito ahogado que parece un sollozo.

—¡Eh! —exclamo—. Es el juego de la muerte. Juegan a eso constantemente... Juegan en la piscina, en la calle...

Se agacha a toda prisa para coger su bolso; no quiere mirarme. Se está poniendo la chaqueta. Ha entrado la Rino y me está quitando las esposas.

—En el coche había tres personas, Connie —dice la doctora Robinson muy deprisa y con voz áspera.

Miente. Cualquiera puede ver que no había nadie en el coche aparte de mí. Nunca había visto así a la doctora Robinson. Está muy enfadada; con las prisas, se le cae todo. Intenta desesperadamente alejarse de mí, salir de la habitación lo antes posible. ¿Cómo se atreve a ser así? ¿Cómo se atreven a mentir? Me levanto y me precipito tras ella, aprovechando que estoy libre, pero la Rino me agarra de la muñeca y me obliga a dar la vuelta. Aúllo de dolor. Me lío a lanzar puñetazos y patadas, la golpeo. Me pongo a chillar.

—¡No, espere! —le grito a la doctora Robinson—. ¿Qué están haciendo? ¿Tratan de hacerme creer que mi hija se muere? ¡Váyanse a la mierda! No se puede jugar así con la gente. ¡No se le puede decir a una madre que su hija se está muriendo! ¡No tiene ni puta idea de lo que es eso!

La doctora Robinson está en el pasillo, justo delante de la puerta, pero se detiene de repente y se vuelve a mirarme. Tiene el rostro encendido, enrojecido. Parte del pelo perfecto y brillante le cuelga sobre la cara.

—Te equivocas, Constance —dice—. Sé exactamente lo que es eso.

Por un momento, no entiendo a qué se refiere. Entonces veo su enorme tristeza, la negra pena que la invade. Y toda la rabia abandona mi cuerpo; la Rino parece notarlo, porque me suelta.

Avanzo despacio hacia la doctora Robinson. Nadie me detiene. Y ella no trata de alejarse. Me mira, y sus ojos azules me perforan. Me paro justo delante de ella. Alargo la mano derecha y las esposas cuelgan de mi muñeca. Le toco la mejilla y aun así no se mueve. Está temblando. Entonces asiente bruscamente con la cabeza, se vuelve y se marcha.

7

La mujer sentada a la izquierda de Emma era realizadora de televisión, mientras que su vecino de la derecha era ginecólogo. Emma, que había llegado tarde, se había perdido las presentaciones y los martinis. Se perdía el comienzo de todo porque, por más que intentase llegar a tiempo, siempre llegaba tarde. Su maridito se enfadaba mucho: una vez le había dicho en tono vehemente que la gente que llegaba tarde era una desconsiderada. Ella se había quedado traumatizada —no le gustó nada que tuviera esa opinión de ella—, pero no era capaz de darse prisa. Tal vez viviese según un reloj distinto del que usaban los demás. Todo requería su tiempo: decidir la ropa que se pondría, reservar unas vacaciones, tener un orgasmo.

Sin embargo, esa noche se había olvidado por completo de la cena. La habían organizado con tanta antelación que no se había acordado. A Hattie se le daba bien acorralar a la gente; había atrapado a Emma en el mes de julio, en pleno entusiasmo por su nueva relación: «¿Qué haces el 28 de noviembre?». La pregunta estaba pensada para obligarla a comprometerse, y Emma no había sido lo bastante ágil para esquivar la trampa. Era lo último que le apetecía hacer, pero era una persona de fiar: si decía que acudiría a algo, siempre lo hacía. Cogió un Uber, pero el tráfico era tan malo en Highbury e Islington que se bajó y continuó a pie los últimos diez minutos. Le cayó encima un buen chaparrón, así que llegó con el maquillaje corrido, cosa que Hattie se sintió obligada a subrayar en una sala llena de extraños secos, perfectamente acicalados y un tanto cabreados.

Y allí estaba el 28 de noviembre, sentada a la mesa, tras atizarse un martini para recuperar el tiempo perdido, haciendo preguntas corteses a sus vecinos, como le habían enseñado a hacer de niña. Hasta el momento, había descubierto que el ginecólogo era un misógino y que la realizadora producía escabrosos programas de telerrealidad cuyo objetivo parecía ser animar a jóvenes guapos a practicar sexo en directo en televisión. Se llamaba Alba y era una vegetariana amante de los animales que no parecía apreciar mucho a los seres humanos. Alba y el misógino reñían por encima de las vieiras con menta y guisantes de Emma. Debían de estar casados. Fue un alivio que ninguno de ellos le preguntase nada.

Miró a Si, sentado en otra zona de la mesa entre Adrian y la novia de este. Todos coincidían en lo buenas que estaban las vieiras con menta y guisantes, y Hattie, sin ningún rubor, explicaba su preparación con todo detalle, aunque Emma sabía con certeza que las habría comprado ya hechas en algún restaurante caro, porque lo que movía a Hattie en la vida era la premura. Había hallado un atajo para todo: ¿por qué hacer ejercicio cuando te pueden absorber la grasa de los glúteos?

El objetivo de esa cena era presentar a Blair, el novio cachas de Hattie, un Ken perfecto para su Barbie. Tiempo atrás, el parecido entre Si y su hermana había sido notable, pero Hattie había cambiado tanto en la última década que costaba reconocerla. Ahora parecía una muñeca. La piel, lisa como la cera, estaba siempre bronceada, los labios abultados dolían solo de verlos, el pelo rubio ceniza cambiaba de longitud según los caprichos de su dueña, las cejas trepaban por una

frente planchada y las pestañas se agitaban como alas de cuervo, proyectando sombras sobre unas copas doble H. El resultado de tanto retoque era una imagen cien por cien falsa y una edad indefinida: Hattie podía tener cuarenta u ochenta años.

A medida que bebía, Emma se distanciaba más y más de la conversación. Esa noche era incapaz de concentrarse. Aun así, se dio cuenta de que algunos comensales jugaban a las sillas musicales: se levantaban, se sentaban y cambiaban de sitio. Oyó que Si se burlaba de su hermana y supo que estaba a punto de contar la anécdota de cuando, siendo unos adolescentes, Hattie le tiró el paquete de tabaco por un barranco en el sur de Francia. Emma había oído demasiadas veces esa anécdota. No era divertida, porque a Si no se le daba bien contar historias. Era un hombre bueno y agradable, pero carecía de eso que llamaríamos carisma. Cuando empezó a contarla, Emma miró a los demás invitados con una sonrisa. «Así hay que comportarse en pareja —pensó—, apoyando al otro en sus falsas ilusiones.» Le habría gustado tener una amiga con la que hacer excursiones, comparar a sus parejas, reírse de posturas y sentirse parte de una especie de hermandad. Pero todas sus amigas pertenecían a un mundo distinto, al de la maternidad, y compartían vivencias de las que ella ya no formaba parte. Ahora sus amigas no sabían qué hacer o qué decir. Emma se sentía como una fuente de malestar, alguien con quien había que andar con pies de plomo, alguien cuya mera presencia resultaba incómoda, embarazosa. Y, aunque eran buena gente, habían dejado de invitarla.

Emma clavó la vista en su copa. La cogió y la apuró de un trago. Miró a Si. A la novia de Adrian le había hecho gracia la anécdota del barranco, así que estaba contento. ¿Cómo se atreve a estar contento? Emma no podía pensar con claridad; no quería decir eso. Acabó de vaciar en la copa de su vecina la botella que estaba sobre la mesa, sintiéndose demasiado cohibida para compartir las últimas gotas. Ken, Blair o como se llamase se dio cuenta y pasó otra botella hacia ese lado de la mesa; Emma esperó agradecida a que alguien le sirviera, pero nadie lo hizo.

Otro invitado había pasado ya a contar una historia más divertida. Emma no entendió el final, pero todos se rieron mucho más que con la anécdota del barranco. Sonrió cortésmente; los hombres, cada vez más escandalosos, parecían competir por ver quién era el más desvergonzado, quién era capaz de decir las palabras más atroces. Un aire de frenético coqueteo flotaba en el ambiente; la seguridad que proporcionaba el hecho de haber acudido en pareja concedía a todo el mundo una especie de licencia de flirteo. Emma no comprendió lo que ocurría hasta que se fijó en el polvillo blanco que rodeaba, cual rosquilla azucarada, una de las fosas nasales de Blair; entonces buscó consuelo en su chardonnay.

Uno de los comensales contaba un chiste relacionado con alguien desnudo y una cabra. Sin acabar de pillarle la gracia, Emma puso las expresiones adecuadas en los momentos apropiados, mirando a su alrededor para ver quién más había ido a empolvarse la nariz. Aquello le causaba disgusto; no era el consumo de drogas en sí, sino la forma subrepticia que adoptaba, la exclusividad, lo de escabullirse de la mesa. Todo parecía muy infantil. Peor que eso, era una vulgar muestra de malos modales. Si te la vas a meter, ponla en la mesa, donde todo el mundo pueda coger si lo desea. Y, por cierto, ¿por qué nadie se la había ofrecido a ella? No la habría querido (una vez la había probado y había pasado varios días encontrándose fatal), pero ¿por qué todo el mundo daba por sentado que ella era tan convencional? Nunca lo había sido. Sally Pea y ella eran muy alocadas de adolescentes.

—Me recuerda al momento tan malo que pasé practicando danza irlandesa en un pub de Dublín —dijo Blair.

Emma vio que todos los invitados decidían en ese instante que el nuevo novio de Hattie les caía bien, a pesar de dirigir una granja avícola intensiva y de haber votado a favor del Brexit.

Por mera cortesía, Emma le sirvió al ginecólogo un poco más de vino, luego rellenó la copa de Alba, la realizadora de televisión, y por último se sirvió ella misma. Se estaba relajando. Las tensiones de la jornada habían retrocedido hasta un segundo plano, iba por su segunda ración de pudin de pan y mantequilla —los cocainómanos habían perdido todo el apetito, por lo que solo repetían postre Si y ella—, preguntándose si llamaría la atención en caso de ponerse las gafas para quitar las pasas, cuando la conversación en la sala se detuvo de pronto. Alguien dijo claramente:

—¿Estás de broma?

Emma alzó la vista; tenía una pasa ensartada en el tenedor. Todos los ojos apuntaban hacia ella. Lo primero que pensó fue que sus compañeros de mesa se habían quedado pasmados ante su glotonería o sus modales. Sin embargo, algo en la intensidad de las miradas sugería otro motivo muy distinto. Dos cosas le llamaron la atención: una, que estaba tremendamente borracha, y dos, que alguien le apretaba con fuerza el brazo.

La presión disminuyó.

—¡Dios mío! ¿Cómo es? —Alba daba palmaditas con la mirada iluminada.

Se produjo un silencio.

—¿Quién? —preguntó Emma.

—La Mami Monstruo.

—No, espera, las niñas sobrevivieron, ¿verdad? —dijo otra persona.

—Creo que están en las últimas, eso he leído.

—Desde luego, una de ellas está en coma. ¿Cómo es, Emma?

Emma se quedó mirando a Alba. Un sofoco le encendió el rostro.

—En fin —insistió la realizadora—, era una madre normal de clase media que perdió la cabeza, ¿no?

—¡Sí! —exclamó una mujer de aspecto raquítico, sentada junto a una esquina de la mesa—. Sabéis que Leah Worthington ha dejado la BBC, ¿no?

—Pensaba que había vuelto —dijo una voz, y por un momento todos se distrajeron con la mujer esquelética—. Conozco a una tía que corría por el parque con el marido de la Mami Monstruo. Me dijo que era como una madre normal.

—Coincidió en un club de lectura con la prima de Amanda Lewis.

—¡Jesús! —exclamó alguien.

—Que conste que yo mataría a mis putos hijos si pudiera —dijo Alba, limpiando su plato con el dedo.

Varias personas se echaron a reír. Emma miró a los ojos a Si, que, como siempre, desvió la mirada.

—¡Oh, Alba! —dijo Hattie.

Su expresión era casi imposible de descifrar desde la operación, pero el nacimiento del pelo subió y bajó, y los ojos oscilaron nerviosos entre el rostro de su hermano y el de su cuñada.

—Me encantaría hacer un programa sobre ella. —La mujer de la tele había vuelto a centrar su atención en Emma.

—Constance Morrison, así se llama —dijo la mujer esquelética.

—No, Mortensen —corrigieron varios invitados, pero todos seguían mirando a Emma.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué va a pasar con ella? —preguntó otra persona.

Todo el mundo esperaba a que Emma dijera algo. Dio un sorbo a su vaso de agua lleno.

—Yo... yo solo soy su... psiquiatra...

—¡Deberían freírla, joder! —dijo Ken, Blair o como se llamara, el asesino de pollos—. Espera, freírla es demasiado bueno para esa psicópata. Deberían lapidarla.

Emma se lo quedó mirando. Notaba cómo le ardían las mejillas por el sofoco.

—Cierra esa bocaza —le ordenó Hattie a su novio, dándole una palmadita en el brazo—. Pero en serio, Em, ¿es un monstruo?

La habitación empezó a dar vueltas, impulsada por el odio de todas aquellas personas.

—Pero ¿por qué lo hizo?

—Es evidente que está loca. ¿Qué iba a sacar?

—No insistáis, Emma no puede hablar del trabajo —intervino Si, acudiendo en su rescate—. Ese tema es estrictamente confidencial. Ni siquiera yo puedo preguntarle nada. ¡Cada vez que paso por delante de su ordenador, cierra la pantalla de golpe como si tuviese un lío!

En ese momento, Adrian, encantador y gracioso como siempre, decidió pasar a protagonizar la comedia.

—Tratar de asesinar a tu propio hijo ya es bastante malo, pero hacerlo con el de otra gente es el colmo. ¿Os imagináis llamando a los padres? —Hizo como si hablara por teléfono—. Han tenido una noche superdivertida, se lo han pasado bomba, se han hinchado de palomitas, aunque ha ocurrido una cosilla...

Todos se rieron y se volvieron para comprobar si Emma se reía. Odió a Adrian en ese instante. Adrian, el abogado solidario que defendía a las mujeres víctimas del tráfico humano pero frecuentaba a prostitutas. Lo sabía porque a Si se le escapó una vez.

Poco a poco, Emma se levantó de su asiento; su voz sonó baja y serena:

—Sí —dijo, mirando a Adrian—. Imagínatelo. —Se limpió la boca con su servilleta, la dejó sobre la mesa y empujó la silla hacia delante—. Disculpadme. Voy al servicio.

No pretendía hacer una declaración, pero, no obstante, fue consciente del silencio momentáneo que se produjo a su espalda. Cuando llegó a las escaleras, la conversación se había reanudado. Subió despacio, sujetándose a la barandilla. «Contrólate», se dijo. Llegó al rellano y abrió la puerta del cuarto de baño. Entró, corrió el pestillo y se apoyó contra la puerta mientras su corazón descargaba una serie de puñetazos contra su pecho. Fue hasta el lavabo y se agarró al borde. Se miró. Había bebido demasiado. Le temblaban las manos.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Carraspeó y abrió el grifo.

—¡Un momento! —exclamó.

Tiró de la cadena. Se sentó. «Cálmate, mujer.» Tomó aire, temblorosa. Oyó unas risas burlonas procedentes de abajo y les odió a todos. Volvieron a llamar a la puerta del cuarto de baño.

—¿Em? —Si intentó abrir—. ¿Estás bien? ¡Déjame pasar!

Emma se lo pensó, se levantó y abrió la puerta. Le dejó pasar y volvió a correr el pestillo.

Él se quedó mirándola. Emma se sintió estúpida. Detestaba montar escenas.

—Vamos, Em...

—¿Vamos qué? —Se sentía dividida: no quería arruinar la fiesta, pero tenía ganas de pelea —. Esos hipócritas de mierda, ahí sentados, Hattie con todas sus falsedades, con la cena que no ha cocinado, el pelo que no le ha crecido, el imbécil de su novio, juzgando a los demás.

—¡Oye! —dijo él.

Emma sabía que defendería a su hermana.

—Creen que uno puede bromear sobre cualquier cosa, burlarse de todo. Pues no, Simon. No todo es divertido. Hay cosas que no son divertidas.

—Ha sido Adrian. Ya sabes cómo es.

—Son un puñado de farsantes.

—Vale... ¿Quién juzga a los demás ahora?

Emma le odiaba, le odiaba a él y a la tonta de su hermana.

—Ella vale diez veces más que esta gente.

—¿Quién?

—Connie. —Se corrigió a sí misma—: Constance Mortensen.

Si la estaba mirando del mismo modo en que ella trataba de no mirar a sus pacientes.

—¿Qué has dicho?

Emma no pudo repetirlo. No debería haberlo dicho. Ni siquiera sabía a qué se refería. Tenía que hacer un gesto enérgico para no continuar en esa línea, así que fue a coger papel higiénico y se sonó la nariz.

—Ten cuidado con lo que dices —añadió él.

—¡Siempre tengo cuidado con lo que digo! ¡Es mi puto trabajo! —exclamó Emma en un susurro; a pesar de su agitación, seguía preocupándole que pudieran oírla—. Quiero un poco de esa cocaína que tienen ahí abajo.

—¿Qué? Ni hablar.

Si se sentó en el borde de la bañera y la miró fijamente.

Ella también se sentó en el borde de la bañera, derribando una hilera de productos caros de Hattie.

—Has bebido demasiado —dijo él.

—No es verdad.

Era evidente que sí.

—Mañana tienes que trabajar.

—No es verdad. No tengo que volver hasta el viernes.

Se quedaron un minuto allí sentados, el uno junto al otro, con la mirada clavada en las baldosas del suelo. A Emma se le había caído el pelo hacia delante y Si no podía verle la cara, pero oyó que sorbía fuerte por la nariz.

—Es horrible —dijo Emma, con voz profunda e irritada—. Es simplemente horrible.

—¿Qué es horrible, cariño?

—Esas niñas...

Si estiró las piernas despacio y cruzó los tobillos.

—Ya sabes que no tienes por qué ocuparte de este caso. Podrías pedir que se lo asignaran a otra persona.

Emma hizo caso omiso de sus palabras y se levantó rápidamente. Fue hasta la pequeña ventana situada encima del inodoro y la abrió. Sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Se quedó allí, de espaldas a su marido, y dio una larga calada para calmarse.

—Hoy he visto las fotografías forenses —dijo, volviéndose para mirarle—. Se las hemos enseñado a ella. ¿Sabes qué ha hecho al ver la fotografía de su hija ahí tendida, en coma?

Se sostuvieron la mirada unos instantes.

—Se ha reído, Simon.

Emma miró por la ventana. Una ráfaga de viento empujaba la lluvia contra la pared de ladrillo colindante.

—No está en su sano juicio, cariño —dijo él.

Siempre hablaba como el abogado que era. Todo era blanco y negro para él.

—Pero parece estarlo. Parece mucho más cuerda que todos nosotros.

—Los hechos son los hechos —repuso él.

—¡Qué idiotas! —exclamó Emma en voz baja para que los idiotas no pudieran oírla—. «¿Están muertas?», «¿están en coma?». No les importa nada, ¿verdad?, siempre que puedan chismorrear un poco...

Emma soltó el humo en una bocanada constante hacia la noche húmeda y escuchó la lluvia sin moverse mientras sus ojos miraban a través de la pared de ladrillo hacia un más allá desolado.

—No —dijo en voz baja, más bien para sí misma—. Un niño muerto es solo un niño muerto.

Fueron palabras crueles. No se volvió, pero oyó que él hacía un sonido extraño, una exhalación audible, como una pelota pinchada que soltase el aire despacio. Y, como de costumbre, Emma sintió la distancia que había entre los dos.

8

10 de febrero

Leah se iba a jugar al tenis y nos ha dicho a Polly y a mí que nos portásemos bien. Polly le ha pedido dinero, pero ella le ha dicho que no tuviera tanto puto morro, y eso ha estado bien porque hay una caja de palabrotas donde Leah tiene que meter dinero. Ha metido 10 peniques, entonces las dos hemos empezado a suplicar y nos hemos puesto de rodiyas y hemos intentado que dijera otra palabrota. Me gusta cuando Leah se ríe. Ha dicho que Polly no entendía el valor del dinero (porque le dio 20 libras la semana pasada y se le cayeron del bolsillo. Debió de ser cuando estábamos haciendo círculos de tiza alrededor de las cacas de perro en el parque). Leah ha contestado que si queríamos dinero lo ganáramos trabajando y nos ha dicho que ordenáramos la casa mientras estaba fuera. Parecía tonta al irse por la calle con su ropa de tenis blanca. Hemos recojido todo el dinero que hemos encontrado en la casa. En el sofá. En el bote para los lápices. En el escritorio. Al lado de la cama. Hemos encontrado MONTONES de cosas interesantes en el cajón de la mesiya de noche. ¡¡Tienen una pilila de juguete ENORME con un cable que vibra y baila en el suelo!! Polly se la ha atado a la espalda, le hemos puesto un cubrehuevos encima de la cabeza y hemos hecho como si fuera un bebé.

Luego nos hemos aburrido y hemos decidido poner una tienda. Polly ha dicho que Ness tiene muchas cosas que nunca usa, así que hemos mirado en su armario y hemos encontrado un montón, como unas botas doradas que solo se pone en Navidad y una bolsa transparente con cremallera llena de ropa. Luego hemos visto los palos de golf de Leah, Polly ha dicho que no se daría cuenta si nos llevábamos un par y algunos libros grandes y bonitos del estante de arriba. Polly dice que nadie mira NUNCA allí. Y hemos cogido la pilila que baila. AL FINAL hemos encontrado tantas cosas que hemos tenido que cojer un carrito prestado del súper y lo hemos metido todo dentro y lo hemos empujado hasta el parque y hemos montado un puesto al lado del mercado. ¡¡Unos niños de séptimo han comprado la pilila por 2 libras!! La madre de Sasha pasaba por allí y ha comprado la cazadora de cuero de Ness. Se la ha puesto y ha hecho como de modelo y nosotras decíamos sí, te queda muy bien, aunque la verdad es que no porque no es la mujer más delgada del mundo, ejem ejem, no sé si me entiendes, pero hay que mentir en las tiendas si quieres ser vendedora.

Hemos ganado UN MONTÓN de dinero, 46 libras y 35 peniques (menos 10 libras porque Josh y sus amigos apestosos han pasado por allí y han dicho que se chivarían).

Bueno, cuando hemos llegado a casa de Polly Ness y Leah se estaban peleando. Hemos oído a Leah gritando desde la calle. Al principio creíamos que era por nosotras y nuestra tienda, pero no. Ni siquiera nos han oído cuando hemos entrado. Hemos subido las escaleras de puntillas y ellas han seguido discutiendo.

Polly dice que le parece que se van a divorciar y entonces tendría dos vacaciones de verano en vez de una. Y más regalos de Navidad y dos cenas de Navidad. Y a lo mejor se iba a vivir a Jamaica. He dicho por qué Jamaica. Dice que eso es lo que hace la gente cuando se divorcia. Me parece que no tiene razón. Mamá siempre dice que Polly tiene mucha imaginación y quiere decir que miente. Por ejemplo Polly me dijo una vez que cuando su tía estaba en el hospital, de repente se quitó todos los tubos y se levantó de la cama, peló una naranja se la comió y murió en el suelo. Espero que no se vaya a vivir a Jamaica. Espero que no se divorcien.

Espero que mamá y papá no se divorcien. Me da pena toda esa gente de nuestra clase con padres divorciados. Trato de hacer como si no pasara nada delante de ellos pero yo no lo soportaría. Alice dice que no te enteras de que va a pasar pero Phoebe P dice que sí te enteras porque primero te das cuenta de que tus padres nunca están en la misma habitación (los míos sí). Luego te das cuenta de que nunca van de la mano (los míos lo hacen a veces) y además siempre están aporreando cosas (los míos hacen eso) y la pista más importante es que no duermen en la misma cama (¡¡¡mis padres sí!!!). Polly no cree que mis padres se divorcien porque en nuestra casa hay muchas risas. Siempre hay bromas así que estamos bien. Polly dice que

Ness y Leah solo se ríen cuando están con otra gente. Dice que Ness es más simpática cuando Leah está fuera, y que Leah si está en casa se queda sentada en el sofá viendo golf y tenis. A Polly le gusta subirse al armario de las galletas para que ella le grite.

Esto son cosas que hemos oído a Leah decirle a Ness en la pelea.

1) Que no puede soportar a su estúpida familia y que debería tratar de dejar de mirarse el puto ombligo alguna vez.???
2) Que no tienen NADA en común (mentira, tienen a Polly y Evie y dos jansters).
3) ¿¿Por que Ness nunca muestra ninguna emoción?? La ha llamado puto robot (a Polly y a mí nos gustan los robots). Ness no le ha gritado nada a Leah. Yo lo habría hecho. Le habría dicho levántate del sofá pedazo de vaga. La verdad es que le habría dicho que las noticias de la BBC son una basura. A Leah eso le importa, siempre está en twitter insultando a su móvil.
4) Ness le ha dicho a Leah: creo que es mejor que te calmes antes de decir cosas que puedas lamentar.
5) Leah le ha dicho a Ness: deja de comportarte como una condescendiente de mierda. (Polly y yo no sabemos qué es vulcar y no sale en el diccionario. Debe de ser una palabrota).
7) Leah le ha dicho a Ness: eres pasiva agresiva (Polly dice que significa que a veces quieres sexo y a veces no).

Entonces se me ha caído el tubo de lacasitos por las escaleras de madera y ha salido Ness y ha dicho hola niñas a lo mejor es hora de que te vayas a casa, Annie. He dicho que no, que no tenía que irme pero Leah ha dicho que sí. Cuando he vuelto a casa, los abuelos estaban en la cocina y la abuela ha dicho que había crecido mucho y ha preguntado si me seguían yendo bien las mates. He dicho que no he crecido desde ayer y que las mates se me dan tan bien como ayer. Me he sentado en las piernas del abuelo y le he dado unos caramelos. Los de naranja son los que más le gustan. Mamá le ha dicho al abuelo ¿has ido a ver al doctor Timmins? Y el abuelo ha dicho ¿qué dices de las minis? Y la abuela ha dicho ah sí, Annie, tu hermano y tú podéis venir a dormir cuando queráis. Mamá y papá se han reído tanto que he sabido que no se divorciaban. ¡¡Ufff!!

Me entristece leer esto. He cerrado el diario y me he pasado un rato mirando por la ventana. Hace un día gris, apagado, y el cielo es un oscuro manto asfixiante. Oh, Annie. No hay nada peor que la infelicidad de tus hijos. No me refiero a cuando han perdido un partido de fútbol o se han hecho daño en la rodilla, me refiero a la infelicidad auténtica con un buen motivo: una muerte, o descubrir que sus padres podrían separarse, lo que no es más que otra clase de muerte. Él se enfadó tanto... No me lo esperaba. No me esperaba nada de aquello; cada golpe nos tomó a todos por sorpresa. Una familia en peligro, colgando de un hilo hasta que se rompió y nos precipitamos todos en caída libre y aterrizamos de cualquier manera con distintas fracturas. El dolor de Josh se volvió furia contra nosotros. Y con razón: estábamos destruyendo la seguridad de su mundo. Nosotros, sus padres, sus protectores, estábamos decidiendo conscientemente hacerles daño; nosotros fuimos la causa de su infelicidad. Qué antinatural y perverso es hacerles eso a tus propios hijos. Pero ¿hasta dónde debemos llegar por nuestros hijos, cuánto podemos aguantar? Le dije que me sentía muy culpable. «¿Culpable? —dijo—. ¿Qué sentido tiene que te sientas culpable? Solo intentas decirme que eres una buena persona.»

No oigo acercarse a la Chirridos. Cuando abre la puerta, me vuelvo y miro el reloj. Aún no es la hora de tomar las medicinas. Entonces recuerdo que hoy está previsto que venga una trabajadora social. Me sorprende ver que la Chirridos ha traído a la doctora Robinson. Rehúye mi mirada.

—¿Necesitas más agua, Connie? —pregunta la Chirridos. Como si le importara.

—Sí, por favor, con hielo y una rodajita de limón —digo, aparentando estar contenta.

Sin embargo, me alegro de ver a la doctora R. La Chirridos pone los ojos en blanco, me trae una jarra de agua tibia y sustituye con ella la jarra vacía que descansa sobre la mesita auxiliar. Por qué molestarse. La doctora Robinson sonríe educadamente a la Chirridos; intenta ser útil, sujetándole la puerta abierta para que no tenga que volver a buscar el carrito. Observo que la doctora Robinson lleva una mancha en el pantalón. Su pelo, no tan brillante como siempre, está un poco enredado por la parte de atrás.

—Ese olor es muy fuerte... ¿Podríamos abrir una ventana? —le dice la doctora Robinson a la Chirridos.

Están pintando todo el edificio de un alegre color amarillo que no logra engañar a nadie. No noto ningún olor. Me he acostumbrado. La pintura es bastante tóxica; Sita la Loca se ha vuelto majareta. Ha birlado un bote amarillo sol y ha tratado de meter la cabeza. Se le da bien agarrar a la vida por las pelotas.

La Chirridos no está acostumbrada a que alguien importante se moleste en hablarle, pero entra en la habitación arrastrando los pies y hace un débil intento de abrir la ventana, a sabiendas de que no hay ninguna posibilidad. Dice algo banal, como que le preguntará a alguien de recepción, pero no lo hará. Es una auténtica vaga.

Cuando sale de la habitación, la doctora Robinson me dedica una breve e inesperada sonrisa y se acerca a nuestra mesita. Me duele un poco que hayamos vuelto a convertirnos en extrañas. Lamenta haberme revelado tanto. Se quita la chaqueta y me intriga ver que lleva el jersey del revés y con la parte trasera delante. Compra en Agnes B.

—No me he dado cuenta hasta esta mañana de que tenía que venir —me dice, a modo de explicación—. ¡Oh, qué olor! —Agita la mano con languidez delante de su rostro—. Es insoportable.

Veo que se acerca a las ventanas e intenta abrirlas ella misma. Sabe perfectamente que no se pueden abrir. Veo la impaciencia en su lenguaje corporal. Algo le ocurre hoy. Suspira, se pasa la mano por el pelo y cruza con cautela la habitación para sentarse en su lugar habitual. Cuando se agacha para dejar el bolso en el suelo, capto su aroma. Y todo tiene sentido. Le gusta ahogar las penas. Es un olor mucho más fuerte que el de la pintura. Cuando alza la vista, hay algo en mi expresión que la pone nerviosa y se inclina para sacar algo del bolso. Se mete un caramelo de menta extrafuerte en la boca. No servirá de nada; apesta a vino. Rezuma por todos sus poros. El olor dulzón me agrada bastante; me recuerda aquellos dulces que tomábamos en los años setenta. Karl olía a eso cada vez que volvía de una juerga. Es un borracho inofensivo; estúpido y aburrido, pero inofensivo. Me pregunto cómo será la doctora Robinson cuando está borracha. Me juego algo a que le sale la vena peleona.

Está intentando exhibir su sonrisa profesional, pero ya no le sale. Y la piel se le está poniendo de un color raro.

—Constance —dice, aferrándose a una apariencia de control—, quiero hablar de tu pelo. ¿Cuándo te diste cuenta de que se te caía demasiado?

Está muy pálida; parece que esté a punto de vomitar.

—Doctora R —digo.

Nunca la he llamado así a la cara, pero soy una oportunista nata; ahora mismo, es débil y vulnerable.

—Creo que he comido algo que me ha sentado mal —dice.

Un leve sudor le cubre el labio superior.

—O eso —digo—, o la cuba de vino que se ha tomado.

La mera mención del vino y todo se viene abajo. De pronto, se lleva la mano crispada a la boca. Ella, la psiquiatra forense, va a vomitar en la habitación de la Chiflada. Es increíble. Como una azafata de vuelo, hago un gesto magnánimo hacia el servicio elegante, brillante, plateado y a prueba de suicidios, y ella se levanta. No se apresura ni en este momento de necesidad, por lo que no llega a cruzar la habitación. Un poco de vómito se desliza entre sus dedos y cae al suelo de linóleo. Pobre doctora R, está de rodillas, aferrada al borde del servicio de lunáticas, invadida por las arcadas como la beoda que evidentemente es. Creo que me cae mejor ahora mismo de lo que me ha caído hasta ahora.

La sigo hasta el baño y le apoyo la mano en la espalda. Es agradable disfrutar de un poco de contacto humano. Posee una espalda ancha y fuerte. Con la otra mano, le aparto de la cara los mechones de pelo que han caído hacia delante. Su cabello es muy suave. Me siento bien. Soy una cuidadora nata. Vuelvo a ser madre. La doctora se detiene para tomar aliento, pero enseguida la asaltan de nuevo las arcadas. Cuando para otra vez, tiro de la cadena, liberándola de la porquería que acaba de vomitar.

Cuando ha terminado, se sienta despacio sobre los talones mientras sacude la cabeza y se limpia la boca.

—Lo siento mucho, Constance, de verdad. Esto es imperdonable. —Se siente abochornada. Ignora que no tiene por qué sentirse así: el mal comportamiento es mi zona de confort—. Creía que hoy no teníamos sesión. Me ha despertado la llamada...

—¡Chis! —digo—. No importa. ¿Va a volver a vomitar?

Niega con la cabeza. No está segura.

La dejo allí y le sirvo un poco de agua de la jarra de plástico. Se enjuaga la boca y escupe en el váter. Trata de levantarse.

—Tiene que lavarse las manos.

La ayudo a ponerse de pie; se muestra mansa como un corderito. La llevo hasta el mierdoso lavabo diminuto, donde se lava las manos y se salpica la cara con agua. Luego la acompaño hasta mi cama y le digo que se tumbe un momento.

—No... —murmura—. Lo siento mucho, esto es imperdonable. Te pido disculpas.

—Solo espero que la velada valiese la pena.

Deja que la tumbe encima de mi cama.

—Es mejor que... —dice.

Lo impropio de la situación se le hace excesivo. Se esfuerza por incorporarse. Vuelvo a tumbarla y se deja hacer.

—Solo un momento —digo—, mientras lo limpio todo.

Se relaja un poco. Apago la luz de la mesilla de noche y le quito los zapatos (Russell & Bromley). Los dejo en el suelo, saco papel absorbente del dispensador y limpio el vómito del suelo y de alrededor del váter. Me lavo las manos y empapo mi toallita bajo el grifo del agua fría. Regreso a la cama y se la apoyo sobre la frente. Abre los ojos brevemente, toca la toallita y emite unos cuantos murmullos de educada protesta.

Al cabo de un par de minutos, cuando creo que se ha dormido, dice:

—No valió la pena, no. —Luego, con dulzura, trata de seguir con una sesión normal—. Recibí tu siguiente mensaje. Gracias.

Descubro un poco de vómito en su barbilla y se lo limpio. Trata de abrir los ojos, pero decide no hacerlo.

—¿Fue bonita la charla? —pregunta con aire soñoliento—. ¿Cómo es el campo en la zona de Bath?

—Es alucinante —digo—. Si no ha estado, debería ir.

Sonríe sin abrir los ojos y asiente un poco con la cabeza.

—Qué agradable tener una amiga... ¿Estuvo bien la cena en el hostal?

—Sí, fue muy abundante.

—¿Y la habitación? ¿Era bonita?

—Ah, sí, dormimos en una gran cama con dosel.

Está casi dormida, pero levanta una ceja con aire inquisitivo. Me cae bien cuando se porta así, de verdad. Sonrío, pero no puede verme.

—Psiquiatra guarrilla —le digo, trasladando la silla desde la mesa hasta el lado de la cama sin hacer ruido.

Sonríe. Me siento y, muy suavemente, empiezo a acariciarle el pelo. Estamos muy cerca. Se le contrae un músculo de la cara y recuerdo a Ness tendida a mi lado en aquella gran cama con dosel, a pocos centímetros de distancia, así. Y recuerdo algo que dijo mientras estábamos allí tumbadas, en esa oscuridad que nos hace a todos iguales. Me dijo que tenía que confesarme algo. Qué emoción sentí al oír esas palabras. No sabía exactamente por qué, pero Ness no podía evitar estar celosa de mis mejores y más antiguas amigas, Ally y Grace, del lugar que ocupaban en mi corazón. Las había conocido una tarde que celebré mi cumpleaños en casa invitando a copas. En esa ocasión me di cuenta de que estaba rara con ellas. Lo entendí, o fingí hacerlo, porque me sentía halagada y trataba de disimular mi timidez fingiendo entender; hablamos de la amistad femenina durante un rato, pero tardé un siglo en poder dormirme. Aquello, lo que estaba ocurriendo entre nosotras, aquella ternura, no era fácil de clasificar. Parecía precaria, perturbadora. A Ness no le costó nada conciliar el sueño; en un momento dado, dormida, respirando con fuerza, se volvió, me pasó el brazo por la cintura y me cogió un seno. De pronto, me desperté del todo, consciente de cada terminación nerviosa, cada ascenso y descenso de mi pecho. Oí a una lechuza en el bosque, al otro lado de la ventana. Debía de creer que yo era Leah. Al cabo de un par de minutos, fui arrastrándome hasta salir de la cama, la arropé, cogí una manta y me fui a dormir al sofá.

—Que sintamos cosas así no significa que tengamos que actuar —susurro con voz áspera.

Sin embargo, la doctora R también se ha dormido como un tronco. Ese mantra que tanto he repetido suena vacío ahora, en esta habitación estéril.

—Nunca quise poner mi vida patas arriba, ¿sabe? —digo, aunque nadie me oiga—. Siempre he sido muy clara en ese aspecto. Odio el desastre. Odio el engaño. Karl merecía algo mucho mejor que... —Me recuesto en la silla mientras miro a mi alrededor y pienso en el desastre en que se ha convertido mi vida ahora—. Odio el desastre —repito en voz baja, sintiéndome muy confusa.

El tiempo gris resulta opresivo. Miro mi hoja buscando consuelo. Está inmóvil. Me siento tremendamente triste por todo lo que se ha ido, todo lo que se ha perdido. Miro a la doctora R, allí tumbada, respirando hondo a través de los labios entreabiertos, mientras sus propias pérdidas le dan una tregua. Parece mucho más joven cuando está dormida, ahora que la inquietud y los nervios han abandonado su rostro. Le acaricio el pelo sedoso y observo que se lo tiñe, en alguna peluquería cara. Justo en las raíces, veo una finísima línea de gris. Empieza a roncar con suavidad.

No debería perder el tiempo. Me levanto, voy hasta la silla y miro sus cosas. Cojo su chaqueta y me la pruebo. Tiene los hombros más anchos que yo. Me pongo sus zapatos; me sobra un número. Camino por la habitación sintiéndome profesional y elegante, organizada y triunfante. Duerme profundamente. Bailo un poco de claqué; mi abuela me enseñó a bailar claqué solo con medias. Los zapatos parecen cobrar vida. Me cuelgo al hombro su bolso Mulberry y agito las manos. Es increíble lo que hace la ropa. Podría salir de aquí. Podría pasar por delante del imbécil que monta guardia junto a la habitación y recorrer el pasillo. De todos modos, me pararían en la puerta; aquello es como Fort Knox. Pero no me marcho. No quiero marcharme. Necesito este breve receso en mi vida.

Por eso, vuelvo a poner la silla junto a la mesa, me siento y empiezo a registrarle el bolso. Ni llaves, ni objetos punzantes: habrá tenido que dejarlos en recepción. Al fondo, encuentro varios envoltorios bien doblados de barritas de avena sin gluten, los caramelos de menta extrafuerte, un par de tampones en un estuche; lo normal. También hay un par de recibos: Wagamama (ramen de pollo 9,95 £, smoothie 4,75 £), Carrefour (mascarilla intensiva John Frieda 9,95 £, el secreto de su cabello sedoso; cepillo de dientes Braun 74,95 £. ¿Cómooo? Le pagan demasiado). Su bolso está limpio y ordenado, no como el mío. ¿Dónde está el mío? Ya no soy una de esas mujeres que llevan bolso. Los bolsos no están hechos para las que viven en manicomios.

Abro un bolsillo con cremallera y encuentro su móvil. Tardo unos instantes en entender a qué corresponde la foto del fondo de pantalla; estoy demasiado absorta en los detalles. Solo cuando vuelvo atrás veo de qué se trata. Es la huella de una mano infantil en arcilla blanca, de las que hacen los padres primerizos, tan aturdidamente enamorados de sus recién nacidos y entendiendo por primera vez la fragilidad del tiempo, perdidos ya en una nostalgia futura por el ahora, porque la horrible realidad es imposible de ignorar: algún día, ese minúsculo milagro perfecto se convertirá en un feo y gran desastre de humanidad. Por eso, desesperados por preservar esa perfección momentánea, apretamos sus manitas contra un trozo de arcilla blanca como prueba «concreta».

Miro mi hoja y la estúpida hoja me está mirando, agitándose alegremente. Pero yo no estoy alegre, ni mucho menos. Siento que el pánico y la tristeza se arremolinan en mi interior. ¿Adónde va a parar todo el amor? ¿Adónde ha ido a parar todo? ¿Dónde está mi madre? Deslizo el dedo por la pantalla y la huella desaparece. Quiero hablar con Karl. Quiero oír su voz. Le necesito. Ahora mismo no recuerdo muy bien por qué nos hemos separado; los motivos no parecen importantes. Tal vez lo nuestro se pueda salvar. Debo hablar con él.

Me quedo mirando el teclado. No sé cuál es el código de la doctora Robinson, así que continúo mirando en su bolso. En otro bolsillo con cremallera encuentro su cartera. Dentro hay una fotografía de un hombre medio calvo tocando un instrumento de viento. Debe de ser Si, y parece una ardilla. Encuentro el permiso de conducir; tardo unos instantes en comprender que la

fotografía es suya. El tiempo no se ha portado bien con ella, ni conmigo: nos ha sacudido bastante a las dos. En la foto parece joven y feliz, radiante y regordeta, llena de vida en potencia, antes de que la necesidad de manejar la decepción pase a dominarlo todo. Puede que ella y su marido hayan viajado de mochileros al Himalaya, o que hayan ayudado a huérfanos hambrientos, o que hayan reconstruido ciudades destruidas por terremotos. Sí, seguro que él es médico y trabaja para la Cruz Roja o algo heroico.

El nombre completo de la doctora es Emma Elizabeth Davis. Tal como yo pensaba, es inglesa por los cuatro costados. Tiene cuarenta y siete años. Encuentro su fecha de nacimiento y pruebo varias combinaciones en el móvil. Nada. Saco el iPad mini, pruebo varias combinaciones de su fecha de nacimiento y doy en el clavo. No hay wifi, así que no puedo hacer gran cosa. Compruebo su historial de Safari, que es interesante, y miro qué ha visto en BBC iPlayer, que no tiene ningún interés. Me quedo así sentada durante un rato, vestida con su ropa y con el contenido del bolso esparcido sobre las rodillas, e imagino que soy ella, con su vida de éxito y su pena interior. Imagino que soy otra persona, una persona normal capaz de manejar mi dolor. Pero ¿quiénes son normales? ¿Y cuál es exactamente la diferencia entre ellos y un mentalista? Una de nosotras se está ahogando, eso es todo. Una de nosotras se ha deslizado bajo la superficie, incapaz de seguir soportando la carga. Tengo miedo. Quiero hacer algo, pero no hay nada que pueda hacer. Mi madre sabría qué hacer. La echo mucho de menos. Le pediré a Karl que la traiga; estará preocupada por mí. Puede que haya ido a Australia, a visitar a David. Sí, debe de ser eso.

Debería despertar ya a la doctora Robinson, pero me gusta mirarla, y casi parece cruel arrancarla de su dulce siestecita. He vuelto a guardar sus cosas en el bolso y he puesto otra vez mi silla junto a la cama para mirarla un rato más. Ha sido una sesión insólita, y me quedo corta. Pero se ha acabado la hora.

—¿Doctora Robinson? —digo suavemente, con la cara muy cerca de la suya.

Abre los ojos y me mira. Por un instante, no tiene la menor idea de dónde está ni de quién soy yo. Entonces lo recuerda. Veo cómo sobreviene el pánico. Debe de ser confuso; llevo puesta su chaqueta.

—Llevas puesta mi chaqueta —dice precavidamente.

Se baja de la cama, y desaparece toda la intimidad que hemos compartido hace una hora. Me quito la chaqueta y la dejo al pie de la cama. Para ser sincera, se me había olvidado por completo. Espero no haber dejado mi olor en ella.

Coge la chaqueta y va hasta su bolso. Se detiene allí; sé lo que está pensando. Veo que comprueba su móvil, la hora, el código, su permiso de conducir; recoge sus cosas, cruza hasta el cuarto de baño y trata de alisarse la cara en el trozo de metal del espejo. Rehúye mi mirada. Luego se va derechita a la puerta, agarrando el bolso con fuerza. Quiere largarse lo antes posible. Se para y se da la vuelta.

—Connie —dice. Parece incómoda, lo cual es razonable, dada la naturaleza de la sesión—. Te he fallado y lo siento mucho. Voy a hablar con mi supervisor.

—No —digo con firmeza, alarmada ante esa perspectiva—. No hable con nadie. Yo no voy a hacerlo.

Parece sorprendida. Creo ver en sus ojos algo parecido a la gratitud. Y un poco de miedo. Ahora asusto a la gente. Me asusto a mí misma. Me siento muy sola.

—Lo único que le pido es que traiga a mi madre... Por favor.

Como he dicho antes, soy una oportunista.

—La verdad, no creo que pueda hacer eso —dice.

—Sí que puede. Solo le pido que vaya a verla. Si no está en su casa, estará en la mía. Vaya a buscarla. Diga que ha ido a recoger un camisón o algo para mí.

No quiere hacerlo. Sus ojos se clavan brevemente en el suelo; se está acordando del vómito.

—No puedo prometerte nada.

Sin embargo, lo está pensando.

—También me he probado sus zapatos —digo.

No dice nada. Está mirándose los zapatos, preguntándose tal vez si parecen distintos desde que los ha ocupado una loca. Me cae bien, en serio. Es tan vulnerable como yo. No quiero que se vaya, no quiero que me deje sola.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —digo, porque se me ocurre que quizá conozca la respuesta.

Alza la vista y asiente apenas con la cabeza.

—¿Cómo se las arregla la gente para... funcionar? —digo.

La doctora frunce el ceño y ladea la cabeza, escuchando ese lobo familiar.

—¿Por qué no están las calles llenas de gente hecha polvo? —pregunto.

Veo en sus ojos algo parecido al reconocimiento. Nos quedamos allí de pie, en esa clase de silencio con la que solo los chiflados, los enamorados y los psicoterapeutas se sienten cómodos.

Sacude la cabeza levemente: no lo sabe. Está muy triste; me parece que tanto como yo. Entonces, y no tengo la menor idea de por qué lo hago justo entonces, en un momento en que resulta autocomplaciente e inapropiado, me echo a llorar. No recuerdo la última vez que lloré, pero, fuera cuando fuese, no creo que mi llanto sonara así, como la sirena de niebla de un barco. Y se me hace tan raro sentir algo (e impedir una crisis en el mar) que me siento casi triunfante en mi infelicidad.

—No pasa nada —oigo que dice.

Y no sé si serán imaginaciones mías, porque se supone que no debe tocarme (ni vomitar en el baño), pero lo cierto es que noto su mano en mi hombro, lo que me lleva a activar otra vez esa sirena. Echo mucho de menos el contacto humano. Echo de menos a mis hijos. Echo de menos a mi madre.

—Por favor, no me odie.

Me estoy comportando de forma patética, balando como un cordero. Me estoy fallando a mí misma con esta horrorosa necesidad de cariño, lo sé, pero, de pronto, me parece tremendamente importante que no me odie. Si ella sale de esta habitación odiándome, creo que me volveré loca. Más loca, quiero decir.

Niega con la cabeza.

—No te odio —dice, y son las palabras más bellas que creo haber oído en toda mi vida.

—Todos los demás lo hacen —digo.

Aparta despacio su mano de mi hombro.

—Puede que no te entiendan.

Oigo a la Chirridos venir por el pasillo. La doctora Robinson también la oye, así que exhibe de repente su sonrisa profesional y altiva.

—¿Me entiende usted?

Mira inquieta a través del cristal de la puerta.

—Ya viene la señora Ibrahim —dice, y hace un breve gesto con la cabeza para despedirse.

—¡Emma! —grito, cogiendo su mano. Nunca la he llamado por su nombre de pila y se para en seco—. ¿Me entiende usted?

Consigo la conexión que busco: me sostiene la mirada.

—Sigue contándome tu historia y llegaré a entenderte.

Y se marcha, dejándome en mitad de la habitación como si fuese un juguete abandonado. Ahora estoy preocupada. No estoy segura de querer acabar de contar mi historia.

9

En el ambulatorio todo era cuestión de suerte, aunque supongo que usted ya lo sabe, doctora R. Había media docena de médicos de cabecera y, si no habías pedido visita con un médico en concreto, te tocaba el que estuviera libre. Sin embargo, mi madre tenía una visita específica, una visita importante. La sala de espera estaba a reventar de gente, y mi madre y yo nos apiñamos en un banco situado junto al mostrador. Por desgracia, la recepcionista, una señora que poseía la voz y los poros de una fumadora compulsiva, era además dura de oído, por lo que obtuve mucha más información de la que me habría gustado acerca de las dolencias personales de nuestros compañeros de espera. Aunque ese día me sentía alterada y estresada, le había prometido a mi madre que la acompañaría. La había recogido en su casa, donde me estaba esperando ansiosa junto a la ventana. Observé sorprendida que se había puesto sus mejores pendientes y su vestido rosa de estampado floral. Daba la impresión de ir a una boda. Le comenté que estaba muy guapa y comprobé que su preocupación disminuía un poco. Le pregunté cómo se encontraba y si todavía se mareaba, pero no me escuchaba: se estaba aplicando un pintalabios rojo sin ningún cuidado delante del espejo del recibidor. Ya dentro del coche, vi a través de sus medias que tenía las espinillas cubiertas de arañazos; debía de haber estado trabajando en el jardín. Con el pintalabios color amapola corrido alrededor de la boca, me pareció muy vulnerable mientras se disponía a librar su batalla personal contra la opinión de los profesionales sanitarios.

Fueron llamando paciente tras paciente. Los nombres pasaban a toda velocidad por la pantalla en unas llamativas letras punteadas. Mi madre iba leyéndolos en voz muy alta (y comentando en un tono algo dramático los posibles parentescos). Para cuando su propio nombre cruzó la pantalla como una exhalación, casi nos habíamos convertido en las últimas ocupantes de aquella sala de espera. Con el entusiasmo de esas letras y la variedad internacional de pacientes, prácticamente se nos había olvidado la naturaleza de la cita. «Todo irá bien, mamá.»

Entramos en la consulta de la doctora Rhys Evans. Anita Rhys Evans. Ella y yo nos conocíamos: era una madre del colegio, y la línea que separa lo público de lo privado se había difuminado demasiado para mi gusto (yo siempre pedía otro médico para mis propias visitas). Ambas nos habíamos sentido incómodas el primer día de guardería: nuestras miradas coincidieron mientras escarbábamos en el arenero con Josh y Hannah en busca de juguetes de plástico, cuando, la última vez que nos habíamos visto, Anita estuvo escarbando en mi vagina traumatizada tras un desprendimiento de placenta. Recuerdos embarazosos de pechos de hormigón y suturas sépticas volvieron a mi memoria mientras soplaba para quitar la arena de un tractor de plástico. Nos volvimos a tratar en primer curso, cuando Josh se obsesionó con la coqueta de su hija. «Soy el hombre más triste de Inglaterra, mamá», dijo llorando un día al salir del colegio mientras se le caía un moco (eso no ayuda a conservar a las novias, cariño). El pendón de Hannah le había estado mostrando las bragas a Aidan O’Connor. «Me temo, Josh, que

Hannah le puede enseñar las braguitas a quien ella quiera», dije responsablemente. (Además, sentía debilidad por Aidan, un niño ardoroso de la urbanización que, al parecer, había mandado una vez al director a tomar por culo. Me quitaba el sombrero ante ese niño.)

La doctora Rhys Evans (yo necesitaba mantener la profesionalidad de la situación) no pareció percatarse del enorme esfuerzo que había hecho mi madre, un descuido que no pude evitar reprocharle en mi fuero interno. Un breve comentario sobre su buen aspecto y lo bonito que era su vestido habría hecho milagros para calmar sus nervios. Sin embargo, su interés se centró directamente en mí tan pronto como entramos.

—Hola, Connie, ¿cómo estás?

Estaba sonriendo de oreja a oreja. Sonreía mucho y hablaba con los dientes apretados como un ventrílocuo. Resultaba muy desconcertante. Sospecho que daba hasta los pronósticos más macabros con esa sonrisa, agitando la mano enguantada de goma. Anita Rhys Evans era una de esas mujeres desesperadas por alcanzar el éxito en el ámbito social, pero, por desgracia, se las arreglaba para poner de los nervios a todo el mundo.

—Leí esa entrevista que hiciste con... ¿cómo se llama... el diputado caído en desgracia? —dijo—. Me encantó.

—Gracias —murmuré.

—Pero a Tom le pareció que era un poco rebuscada...

Siempre hacía eso. Le encantaba desmoralizar a la gente; ni siquiera estoy segura de que fuese deliberado; seguramente formaba parte de su carácter. Yo estaba bastante susceptible a la desmoralización ese día y tuve la reacción instintiva, casi visceral, de huir de Anita.

Anita Rhys Evans era una invasora de espacios. Siempre se situaba esos pocos centímetros demasiado cerca y tenía el hábito peculiar de mirarte de arriba abajo mientras te hablaba, deteniendo sus ojos en partes vulnerables de tu anatomía a lo largo de frases enteras. Estoy acostumbrada a que los hombres conversen con mis pechos, pero nunca lo había visto en una mujer. Además, jamás escuchaba realmente lo que le decías; para asegurarse de no tener que hacerlo, había desarrollado un prolongado pestañeo que impedía la interrupción. Era una vampira de energía; siempre me separaba de ella sintiéndome desvitalizada. Y, desde luego, no era la persona de cuyos labios deseaba oír malas noticias; habría un matiz de regocijo en su forma de darlas.

Nos preguntamos por nuestros respectivos hijos. A Hannah, que no tenía muchas luces y recibía clases particulares desde cuarto curso, le iba «estupendamente bien» en el Colegio para Niñas Santa Pija del Pijo, mientras que Josh, con unas luces en torno a la media aunque un tanto perezosas, estaba aprendiendo a descargar ilegalmente lo que le daba la gana en la Academia Pública del Público de la esquina. Me había tropezado con Hannah en el autobús y me había quedado perpleja al oír el nuevo acento y el excesivo número de veces que decía «como» (en realidad, decía «cumo») en una frase. Por eso, en el primer minuto que pasé sentada en la silla escuchando que Hanna se había incorporado al equipo de remo, escalaba montañas por el duque de Edimburgo (¿y eso qué es?) y casi hablaba francés con fluidez al cabo de solo dos cursos, noté un nuevo componente en mi descontento creciente: sentimiento de culpa por la educación cutre que le estaba dando a mi hijo.

Mi madre no me estaba ayudando al repetir una y otra vez:

—¡Es fantástico! ¡Qué lista! ¡Menuda escuela! ¡Hannah es estupenda!

Me entraron ganas de dar un porrazo en la mesa y establecer un hecho importante: ¡no olvidemos que Hannah les enseña la vagina a sus compañeros!

Envanecida por sus propios alardes, la doctora Rhys Evans acabó por volverse hacia mi madre con los labios estirados hasta formar una inmóvil boca de buzón y los ojos clavados en las espinillas heridas, y dijo:

—Bueno, señora De Cadenet. ¿Está preparada?

¿Verdad que no le he hablado de la señora De Cadenet, doctora R? Deje que intente resumírselo. Mi madre es una guerrera. Siempre ha sido valiente. Cruzaba lagos a nado, se tiraba de cabeza desde rocas, encendía hogueras, le vi romper el cuello de un conejo moribundo con las manos desnudas, galopaba a caballo, subía a los árboles, meaba en arbustos (o cosas peores), no le intimidaba abordar a extraños, reparar enchufes o cambiar neumáticos, tomar el sol en topless o cuestionar la autoridad. Valoraba la iniciativa por encima de todo, y nada le molestaba más que ver que no la mostrábamos. No teníamos límites, como otros críos. No era algo premeditado; simplemente, ella era así. Se había criado en los bosques de Northumberland con unos padres benevolentes y descuidados, algo que ella consideraba normal.

Mamá adoraba a su marido, un hombre adorable. Mi padre era un rancio y viejo académico que no se daba mucha cuenta de lo que hacíamos mi hermano David y yo, ni tampoco de lo que hacía su mujer. A decir verdad, no se daba cuenta de nada a no ser que estuviese en latín. (Uno de nuestros pasatiempos favoritos consistía en vendarle los ojos y pedirle que describiera la ropa que llevaba puesta. Nunca tenía la menor idea, en serio. «Llevo puesta mi ropa de tenis», decía orgulloso allí sentado, con un traje de tres piezas). Supongo que eso explicaba por qué vivíamos donde vivíamos: en una zona en decadencia del norte de Londres. Podrían haberse mudado si hubieran querido, pero no parecía importarles que nuestra casa fuese la única de la calle que no estaba en ruinas y que no era una vivienda social en malas condiciones, o una casa ocupada, o un edificio de narcopisos, o la casa de los Hare Krishna (ay, Ganesha, cómo les gustaba cantar y tocar el tambor), o, curiosamente, un convento.

Mi madre formaba grupos de activistas que se reunían en nuestra cocina, unos grupos que solían estar compuestos por ella misma, mi padre (que aprovechaba para leer a hurtadillas un libro sobre filosofía renacentista) y la vieja hermana Gwendolen. Montaban campañas, recogían basura, se tumbaban en la calzada para desviar la circulación de camiones pesados (otra buena ocasión de lectura para papá) y luchaban por mantener las líneas de autobús en funcionamiento. Denunció al ayuntamiento, negándose en redondo a pagar nuestras tasas, y ganó, convirtiéndose en la primera persona de la historia legal con derecho a no pagar tasas. Todos los policías del barrio la conocían por su nombre de pila (Julia), ya que les llamaba un par de veces por semana por uno u otro incidente que había intentado arreglar: el esnifador de cola de diez años que encontró tendido en su propio vómito, el skinhead que blandía un arma: «¡Deje la pistola en el suelo, joven!».

Nada la intimidaba, ni siquiera aquel exhibicionista que salió de un salto de detrás de un árbol cuando estábamos paseando al perro en una zona apartada del parque lleno de basura, zarzas y yonquis que estaba al fondo de nuestra calle. El tipo se masturbaba furiosamente de cara a nosotras. «¡Miradme! ¡Miradme!», gritaba orgulloso, estrujando su valiosa posesión entre los dedos rollizos. Mi madre me empujó detrás de sí (yo estaba paralizada, fascinada por la absoluta monstruosidad de lo que estaba viendo), se le acercó y dijo con esa voz que reservaba para los

peores comportamientos: «¡Qué vergüenza! ¡Guárdate el pene, asqueroso!». Para mi absoluto estupor, el asqueroso se echó a llorar y se guardó aquello. Resultó que estaba avergonzado de sí mismo, y mi madre se pasó veinte minutos diciéndole palabras de consuelo, sentada con él sobre el tronco de un árbol cortado, mientras yo iba por ahí apartando condones usados a patadas. ¿Se hace una idea, doctora R, del lugar de donde vengo, de quién es la mujer que me trajo al mundo?

Bueno, pues me entristece decir que mi madre, la guerrera, ha sido derrotada. Ahora que el Alzheimer empieza a zarandearla entre sus histéricas fauces, su intrépido corazón se halla consumido por el miedo. Por suerte, hace diez años se mudaron a mi barrio, y comprobaron con asombro que algunas personas vivían en calles de ventanas intactas y sin olor a orina. Todos los días, a veces todas las horas, viene a verme en bicicleta —lo sé, lo sé, pero no hay manera de disuadirla—, absolutamente alarmada. ¿Qué hará si vendemos la casa? Tengo que estar cerca de ella, ¿no lo ve, doctora R? Continuará presentándose allí con su bici, sin percatarse de que los habitantes son otros: se sentará en su cocina, les hará las camas, se meterá en sus cuartos de baño. Está atrapada en un ciclo de pánico: confusa, encogida, tartamuda, tragando saliva, rezumando miedo y preocupación por todos los poros. Trato de calmarla cuando me cuenta que las últimas gotas han colmado un vaso en el que se ahoga: no encuentra un sello, o el jabón, o el bolso; no sabe cuántas bolsitas de té hay que poner en una taza. La vida se ha convertido en un enemigo aterrador que la acecha y asalta a cada movimiento.

Sin embargo, a pesar de todo, doctora R, mi madre sigue allí. Ha conservado su empatía, su inteligencia emocional, su alma tierna y afectuosa. Sigue siendo mi puerto en todas las tempestades, mi amarre, mi santuario. Es mi verdadero norte.

Le apreté la mano, dominada por un intenso deseo de protegerla, mientras le decía a la doctora Rhys Evans que, antes de hacer la prueba, quería mencionar que, desde hacía algún tiempo, mi madre se sentía frágil y debilitada. La doctora enseñó los dientes, levantó un dedo, llamó a la enfermera y le preguntó si había tiempo para hacer un análisis de sangre en un momento. Luego, la doctora Rhys Evans miró el temido bloc de notas.

—Muy bien, señora De Cadenet, ¿empezamos?

Mi madre estaba muy inquieta, pero se concentró cuanto pudo.

—Quiero que recuerde tres palabras y voy a pedirle que me las repita al final de la prueba, ¿estamos?

—Estamos —repitió mi madre, como si fuese una de las palabras.

—Manzana. Caballo. Martes.

Mi madre se echó a reír, encantada al ver que la prueba que tanto temía iba a ser absurdamente fácil.

—Manzana. Caballo y... martes —dijo, y sus labios repitieron las palabras varias veces.

—Correcto —dijo la doctora Rhys Evans—. ¿Puede decirme qué día es hoy?

Un poco mezquino, ¿no le parece?

—¡Martes! —dijo mi madre con mucha seguridad. Era viernes.

—Vale —dijo la doctora Rhys Evans—. ¿Y puede decirme quién es nuestro actual monarca?

—¡Claro que sí! —dijo mi madre, disfrutando bastante—. La reina Isabel II.

—¿Y qué abriría si está lloviendo?

La pregunta la desconcertó y ganó algo de tiempo repitiéndola.

—Qué abriría si está lloviendo... ¿Un cobertizo? —dijo, como si fuese una prueba de iniciativa. Era una respuesta vagamente sensata, ¿no le parece, doctora R?—. Encendería una hoguera —continuó diciendo, segura de sí misma pero en la línea equivocada.

La doctora Rhys Evans volvió a enseñar esos dientes.

—De acuerdo. ¿Y cuánto son nueve más ocho?

—Mmm... nueve más ocho... son, ooh. Dieciocho... no... —Le estaba empezando a entrar el pánico. Deseaba con todas sus fuerzas superar esa prueba, que le dijeran que todo estaba bien, que no estaba perdiendo la cabeza—. No puedo pensar por más que lo intento —añadió, riéndose.

—No pasa nada. ¿Puede deletrearme la palabra «difícil»?

—Difícil. D-i-f... c-l... l.

Le dediqué una sonrisa alentadora. La ortografía siempre se le había dado muy bien. Me sentí humillada en su nombre.

—Estupendo. ¿Y cuáles eran las palabras que le pedí que recordara al principio de la prueba?

—Oh —dijo.

Parecía extrañada. No tenía la menor idea de a qué se refería la doctora.

—¿Te acuerdas, mamá? Al principio te ha dicho que recordaras tres palabras.

—Ah, sí —exclamó, aliviada por mi intervención—. Gracias, cariño. ¿Cuáles eran?... Espere un momento... ¡Joder!... ¿Estrella?

—¡Sí! —le dije, y pareció muy satisfecha de sí misma.

Estrella era el nombre de un poni que mi madre tenía cuando era pequeña. Caballo-poni-estrella. Su razonamiento tenía lógica; yo le habría dado medio punto. Pero la doctora Rhys Evans no pareció impresionada.

—No se preocupe —contestó—. Lo ha hecho muy bien.

Sin embargo, a pesar de los recuerdos entrañables de galopadas por los campos a lomos de Estrella, mi madre parecía descorazonada. Justo entonces entró la enfermera con todo lo necesario para hacer el análisis de sangre y se sentó junto a mi madre.

—Gracias, Sebo —dijo la doctora Rhys Evans, y clavó los ojos en los míos después de tomar nota de la marca y el modelo de mis zapatos.

—¿Cómo está Ness? Hace tiempo que no la veo —preguntó mientras Sebo le subía la manga a mi madre.

Comprendí que la doctora Rhys Evans tenía muchas ganas de preguntarme aquello y estaba encantada de tenerme acorralada en su consulta. No preguntaba con preocupación, preguntaba para chismorrear; su voz tenía ese innegable matiz de emoción. Lo había percibido en otras personas cuando preguntaban por Ness y Leah (al parecer, me había convertido en su directora de comunicación).

—Vi a Leah en una cena de padres... —continuó con determinación.

Seguía estrujando al sistema público para conseguir cuanto pudiera con sus dos hijos menores antes de llevárselos hacia futuros de categoría. Ese era el otro rasgo destacado de la doctora Rhys Evans: le fascinaban los famosos. Mientras desplegaba la lista de logros de Hannah, no podía resistirse a la tentación de soltar unos cuantos nombres —padres famosos de

compañeras de clase de Hannah, chefs y futbolistas (¿eso cuenta?)— hasta que a mi cara se le agotaban las manifestaciones de asombro. La doctora Rhys Evans estaba siempre encima de la pobre Leah como si fuera una dosis rebosante de herpes.

—Ness está bien —dije.

No pensaba comentar el asunto con ella.

Pero mi madre, evidentemente, seguía sintiéndose en un entorno de examen y había oído una pregunta cuya respuesta conocía (por naturaleza, nunca fue indiscreta).

—Ahora está bien —dijo—, ¡pero fue horrible para ella!

De vez en cuando, mi madre se abalanzaba sobre un recuerdo que pasaba por su cabeza con la agilidad de un gato montés encima de su presa.

Supe muy bien de qué se acordaba. El día que Leah se marchó de casa, Ness vino a verme, descalza y desconcertada. Yo había ido al centro de la ciudad para entrevistar a un magnate del petróleo, y resultó que mi madre estaba en casa buscando algo, aunque había olvidado hacía rato de qué se trataba. Con su corazón compasivo y su cabeza confusa, era la persona perfecta en una crisis (creo que una mente despejada no es capaz de ofrecer el mismo consuelo simple). Mamá recibió a la acongojada Ness, sin duda estrechándola contra su seno. Más tarde —entré por la puerta de abajo; no me habían oído—, me detuve en el umbral de la sala de estar, donde me las encontré en el sofá, a Ness medio plegada y medio tumbada, como un perro viejo y perezoso, sobre el pecho de mi madre, mientras mi madre pasaba con suavidad sus dedos competentes y prácticos por el pelo de Ness, cantando bajito la misma nana que me cantaba cuando yo era pequeña, *Golden Slumbers*. (Mi padre, a quien no emocionaba la música posterior al siglo XV —salvo por una breve afición al canto tirolés—, insistió siempre en que los Beatles plagiaron la letra de un antiguo poema anónimo.) Al principio, curiosamente, pensé que Ness cantaba también, porque hacía un sonido quejumbroso apenas audible, pero pronto me di cuenta de que era el sonido del dolor, de unos sollozos casi convertidos en sueño. Ninguna de las dos se percató de mi presencia. Me quedé allí, contemplando esa imagen de ternura entre dos de las personas que más quería en el mundo, y supe con exactitud lo que había ocurrido. Entonces, detrás de la puerta que estaba a mi lado, vi a Karl sentado en la silla, con los auriculares puestos, jugando a *Football Manager* en su móvil.

Mirando atrás, puedo decir que ya en aquel momento fui consciente de la trascendencia de ese día, aunque no de sus consecuencias. Aquello era el final de una era. Leah se había mudado a un piso de la calle principal. Ness estaba destrozada. Sin embargo, la tragedia parecía haber avivado algo en mi madre: un propósito, quizá. Hacía tiempo que no la veía tan lúcida. Cuando entré en la habitación, me pidió que llenara la bañera para Ness y que le preparara una taza de té, cosa que me apresuré a hacer. Colocó el té junto a Ness, que se había dormido, se salió de debajo de ella con mucho cuidado y me llevó a la cocina con una concentración casi militar. Troté detrás de mi madre, asombrada como siempre de su apariencia juvenil desde atrás; podía pasar por una mujer de treinta años. En la cocina me dijo que hiciera la comida para las niñas: Evie había salido, pero Polly estaba arriba con Annie.

Durante veinte breves minutos recuperé a mi madre: el corazón valiente, el sentido práctico pero compasivo. Preguntó qué había sucedido y escuchó sin juzgar mientras le explicaba que nada de aquello era inesperado, que llevaban mucho tiempo peleándose; en nuestras últimas

vacaciones de verano, Leah apenas le había dicho una palabra a Ness durante las dos semanas que duraron. Todo aquello parecía ser una novedad para mi madre, aunque yo le había dicho en varias ocasiones que la relación entre ellas estaba empeorando.

—Pobre Ness. Pobres niñas. Pobre Leah —dijo sin sentimentalismos. Al cabo de unos instantes de mirar por la ventana de la cocina, dijo—: Leah tiene agallas. —Eso se me hizo raro. Luego me abrazó y dijo—: Ay, cariño, esto se os hará extraño a todos.

A continuación, empezó a ordenar la cocina, pero me percaté de que metía la leche en el armario de los productos de limpieza. Cuando Ness entró en la cocina tambaleándose, mi madre se volvió hacia ella y dijo:

—Vanessa, tienes un aspecto horrible, ¿te encuentras bien?

Eso es lo peor del Alzheimer: te hace parecer insensible. Y no es nada justo.

—¿Hubo terceras personas? —le preguntó la doctora Rhys Evans a mi madre con un destello chismoso en la mirada.

Todo el mundo dio por sentado que había alguien más. Y por lo general es así, ¿verdad, doctora R? Hace falta un tercero que nos motive realmente, que nos dé una patada en el trasero. ¿Qué había motivado a Leah? Solo se me ocurre que debía de ser muy infeliz para causarle aquel dolor a la familia. Era infeliz, todos lo sabíamos, pero estaba más o menos aceptado, como si fuese un chiste: una Nochevieja su resolución había sido empezar a caminar con paso alegre; pensó que el cambio podía ayudarla a animarse. Yo nunca la había visto distinta. Estaba segura de que no había otras personas. Eso era lo que me gustaba de Leah: quería una vida limpia, sin líos. Quería hacer un cambio en su vida, así que lo había hecho.

Más tarde, de camino hacia el baño, donde había dejado a Ness envuelta en burbujas, pasé por el cuarto de Annie y encontré a las niñas echadas en la cama, viendo algo divertido en YouTube. Le di un abrazo a Polly. Olía a chocolate.

—No veo la pantalla, Connie —dijo al cabo de unos instantes. La solté.

Ness yacía inmóvil en la bañera, con la cabeza hacia un lado y una mano sobre el pecho, como un san Sebastián herido. Era un momento inadecuado para aprovecharse, lo sé, pero Ness siempre había dado muestras de una timidez extraña a la hora de enseñar su cuerpo; y, aunque habíamos pasado muchas vacaciones juntas y nos habíamos tumbado en numerosas playas, esa fue la primera vez que vi realmente sus formas en toda su desnuda gloria. Y eran gloriosas, con sus estrías y su vello rebelde. A Karl le aburría que le hablase siempre de su perfección y no dejaba de hacerme notar que era como un chico, flaca y sin culo, nada a lo que agarrarse. (Pero yo pensaba que eso era bueno; caramba, las mujeres recibimos muchos mensajes confusos. Y, de todos modos, ¿cuándo fue la última vez que me agarró él? Habla mucho, pero, en realidad, nunca habíamos tenido esa clase de sexo en el que se agarran cosas; nos permitíamos un coito agradable e insulso una vez al mes, como hace usted, doctora R. O, bueno, vamos a volvernos locos, tal vez algún que otro arrebato de dos noches seguidas. Por cierto, hace poco le pregunté a mi madre con cuánta frecuencia hacían el amor mi padre y ella, y dijo:

—Oh, últimamente casi nunca lo hacemos, cariño, más o menos una vez cada quince días.

¿En serio?)

—¿Qué hace Polly? —había preguntado Ness, volviendo la cara hacia mí.

Tenía unas ojeras de un bonito tono marrón verdoso.

—Está viendo YouTube. Evie y Josh siguen fuera.

Evie y Josh eran ya oficialmente novios: algo raro, un tanto incestuoso, pero bonito al fin y al cabo.

—Ha sido horrible, Con. Polly ha salido corriendo y se ha metido debajo de la cama para llorar. Evie se ha ido dando un portazo.

—Se recuperarán, los críos son muy resistentes —dije.

A veces todos necesitamos un tópico para seguir adelante. Le vendría bien utilizar unos cuantos más, doctora R. Si no se anda con cuidado, puede parecer un poquito gélida.

—Voy a ser esa persona soltera a la que nadie invita a las cenas... —dijo Ness.

Le estrujé los dedos de los pies.

—Eso no va a ocurrir.

—Prométeme que me invitarás.

—Claro que te invitaré. Puedes venir a cenar cada noche, cariño.

—No quiero estar sola.

Estaba destrozada, llena de dolor. Ver tanta franqueza resultaba alarmante, aunque también un tanto fascinante.

—No estarás sola, te lo prometo.

Me arrodillé junto a la bañera y me entraron ganas de llorar a mí también.

La situación resultaba muy triste. Esa noche Karl y yo fingimos leer en la cama, aunque en realidad nos dedicamos a mirar el techo en silencio, cada uno sumergido en su propio mundo, mientras empezábamos a asimilar las repercusiones. Mis propios cimientos temblaban, sacudidos por pequeñas y constantes ondas de choque. Sé que fui egoísta, doctora R, pero estaba hecha polvo por mi propia familia. Los ocho formábamos una unidad segura. Nos habíamos vuelto inseparables, vivíamos unos en casa de otros, hacía cinco años que pasábamos juntos las vacaciones; de hecho, lo preferíamos de ese modo. Con el tiempo, nos habíamos fusionado, y los ocho nos llevábamos mejor en grupo que en nuestras respectivas familias de cuatro. Leah y Karl desaparecían durante horas para jugar al golf o al tenis mientras Ness y yo dábamos largos paseos por la playa o nos tumbábamos a leer. Así que esta era la gran pregunta: ¿qué éramos nosotros sin ellas? No estaba segura. Tendríamos que afrontar solos la realidad de nuestra propia relación.

Había otra cosa flotando en mi mente: sentía una leve envidia de su libertad. Leah había roto las cadenas; estaba libre de todas las convenciones cómodas de nuestra pequeña y confortable comunidad. No estaba enamorada de Ness, y por eso se había marchado. Se había arriesgado. Mi madre estaba en lo cierto: tenía agallas.

Karl y yo tendríamos que habernos quedado allí tumbados, en la oscuridad creciente, abrazándonos con fuerza y diciendo «nosotros nunca nos perderemos, nunca romperemos», pero no lo hicimos; nos mecimos individualmente en el océano que era nuestra cama. En ese momento, quizá debería haber visto venir lo que vendría.

—Tenemos que cuidar de ella, Karl. Me preocupa.

—Bueno, puede venir y estar aquí, puede comer con nosotros, las crías pueden dormir aquí...

Se mostró muy amable, como siempre. Me dijo incluso que mis padres podían venirse a vivir con nosotros o que al menos, si mi padre no se las apañaba con mi madre, ella podía vivir en nuestra casa. Aunque las intenciones de Karl eran buenas, estaba claro que en tal caso sería yo quien cuidase de mamá, ya que él pasaba mucho tiempo trabajando fuera y, por muy encantador

que sepa mostrarse, doctora R, ya sabe usted que no era capaz de usar la lavadora, así que toda la carga habría recaído sobre mis hombros. ¿Cómo habría podido yo asumir las presiones del trabajo, de los niños, de la casa y, además, el cuidado de mi madre?

Allí tumbada, a la luz del crepúsculo, me sentí aterrada de pronto por la naturaleza precaria del futuro. Cogí su mano y él me apretó los dedos mientras ambos hacíamos caso omiso del enorme elefante presente en la habitación junto a nosotros: resultaba deslumbrantemente obvio que debíamos hacer el amor, que necesitábamos una exhibición de unidad, pero ninguno de los dos fue capaz de reunir el entusiasmo necesario.

La doctora Rhys Evans escuchaba todas y cada una de las palabras de mi madre, que presumía de su considerable memoria con descripciones detalladas de aquel día, la taza de té, lo que Ness llevaba puesto, lo que le cantó... Sin embargo, pronto empezó a repetirse y, de repente, dejó de compartir información cuando vio la larga aguja que blandía la enfermera. Mi madre lanzó un grito y me agarró la mano.

—No pasa nada, mamá —dije. El miedo a las agujas me parece totalmente sensato: solo a un chalado le sienta bien un pinchazo—. Mírame.

Acaricié su piel apergaminada. De pronto, sus ojos aparecían desteñidos, llorosos y rebosantes de alarma. Se le había corrido el luminoso perfilador de color azul y además se las había arreglado para mancharse la nariz de pintalabios, lo cual le daba un aire de tragicomedia. Hizo una mueca de dolor cuando la gran aguja se clavó en su piel, muy pálida al lado de la oscuridad de ébano de la mano de la enfermera.

—¿Qué estaba diciendo, cariño? —me preguntó.

Al principio, el dolor de Ness fue muy intenso. Sin embargo, era una mujer inteligente y no tardó en recuperarse. Las niñas y ella pasaban todas las tardes en nuestra casa: Polly y Annie hacían los deberes mientras Ness realizaba llamadas de trabajo desde la mesa de la cocina y yo me ocupaba de la cena. Compartíamos una botella de vino tinto. Si estaba Karl, a veces nos preparaba algo delicioso; era el rey del wok. Algunas noches veíamos una película. Las dos familias, excepto Leah, claro, nos apiñábamos en torno a la tele el sábado por la noche para recibir nuestra dosis de jaleo moderno. Muy pronto, ese sistema se convirtió en la norma. Por aquel entonces, a mi querido padre le tuvieron que implantar un marcapasos y me percaté de que él también tenía problemas de memoria, por lo que comencé a ir y venir entre casas y médicos, pensando ya en la atención que inevitablemente tendría que buscar para mis padres.

Mi madre se presentaba en casa siempre que le apetecía y le preguntaba a Ness cómo estaban Leah y las niñas. Cada vez Ness volvía a explicarle con paciencia la ruptura de su matrimonio, hasta que dejó de molestarse y empezó a decirle que todas estaban bien. Yo echaba de menos a Leah mucho más de lo que esperaba; su taciturna negatividad se había vuelto sorprendentemente reconfortante. Al cabo de un tiempo, volvió a la casa para recoger todos sus muebles y posesiones, dejando a su paso enormes agujeros en las paredes y en las habitaciones. Ness y yo nos quedamos mirando un rato el vacío. Luego nos fuimos a Ikea y escogimos piezas baratas y divertidas para sustituir todo lo que Leah se había llevado. En un arrebato, Ness se compró un alegre reloj de cuco con un pájaro que salía para dar la hora y cantaba «cucú cucú». La hacía sonreír, dijo ella. Sonreír era bueno, convine yo.

He de confesar que, de vez en cuando, deseaba que nos diera un poco de espacio. Creo que no pasaba un día sin que ella y las niñas aparecieran en nuestra casa. Simplemente, algunas veces tenía ganas de pasar la velada a solas con Karl o de poder invitar a otras personas sin que estuviera Ness también. Había empezado a sentirme un poquito agobiada. Y tal vez yo también empezaba a ponerla de los nervios; recuerdo que se volvió bastante brusca conmigo. En una ocasión, los tres íbamos hacia el pub una noche y dijo «No soporto mi pelo», lo cual resultó extraño, en primer lugar porque eso sonaba muy femenino y en segundo porque yo sabía que le gustaba su pelo; pensaba que era un pelo fabuloso. Tenía un modo particular de retorcérselo que había empezado a resultarme un poquitín molesto. Era un gesto de tímida coquetería; la había visto desplegar sus encantos con distintas personas en el colegio, hombres y mujeres, giro giro vuelta vuelta, y hacer lo que quería con ellos.

¿Envidiaba su libertad? Puede ser. Sin embargo, tiene que entender que también me preocupaba por ella. En mi sincera opinión, solo merecía cosas buenas. Hacía cuanto podía para animarla; nos pasamos un fin de semana pintando sus suelos de blanco y sus paredes de azul, eliminando de la casa las huellas de Leah. Sugerí que ella también se hiciera un cambio radical; siempre había deseado vestirla, ya que no tenía mucho sentido del estilo. Fuimos de compras; quedó fantástica. Le compré maquillaje: sombras ahumadas que le gustaban en mí. Y funcionó; se animó. Empezó a divertirse de nuevo. Fue como presenciar la apertura de una flor. Al cabo de cuatro meses estaba radiante. No me gusta nada confesarlo, pero la prefería antes, desanimada y desesperada, para poder destacar como amiga. Empezó a salir con mujeres. Una cosa era que estuviera con Leah, pero otra muy distinta que se pasara la noche morreándose con una camarera. No me adaptaba muy bien.

«No soporto mi pelo», había dicho, tirándose de los mechones. «Es muy...» Buscaba la palabra. Andábamos por un camino estrecho. Yo avanzaba detrás de ella y Karl delante. Ness llevaba puesto un vestido maravilloso que le había encontrado en Urban Outfitters y yo contemplaba asombrada lo menuda que era. «¿Encrespado?», sugerí, porque lo cierto era que ella tenía el pelo bastante seco, rebelde, y pensé con sinceridad que esa era la palabra que estaba buscando. Ness tenía defectos, ¿sabe? Yo no estaba ciega. Bueno, pues se volvió de golpe, con expresión indignada. Estuvo ofendida y mosqueada conmigo toda la noche. En el pub, me ignoró deliberadamente, apartando su silla de mí para situarse de cara a Karl.

—¡Manzana! —exclamó mi madre, exultante, mientras la sangre brotaba de su brazo y descendía por el tubito de plástico—. ¡Una de las palabras era manzana!

La doctora Rhys Evans sonrió y le pasó a la enfermera un algodón.

—¡Muy bien! ¡Manzana! —exclamó en tono condescendiente—. Muchas gracias, Sebo —añadió, despidiendo a la enfermera.

Ahora mi madre tenía la moral alta y le dedicó una sonrisa a la enfermera.

—Oh, sí, muchas gracias, Se... Eee... —Pero entonces tuvo que esforzarse por recordar el nombre que acababa de oír—. Eee... ¡Ébola! —gritó, segura de haber acertado.

Pude ver el cruce de cables en su cerebro: los sonidos vocálicos, la inacabable amenaza de enfermedad que salía en las noticias, el color de la piel de Sebo. Una vez más, su pensamiento tenía lógica. De repente, me sentí tremendamente conmovida por mi pobre y vieja madre, con su maquillaje de payaso y su racismo accidental, por la aterradora pérdida de sí misma que estaba experimentando.

—Tengo que ir al lavabo —dijo, levantándose sobre sus piernas delgadas y arañadas.

Y me puse de pie para ayudarla, pero la doctora Rhys Evans me detuvo apoyándome la mano en el antebrazo y le preguntó a Sebo si no le importaba hacer los honores, lo cual me pareció un poco excesivo dado el insulto que acababa de recibir.

Salieron de la habitación. No me sentía cómoda estando a solas con la doctora. Volví a sentarme y me puse a buscar el móvil dentro del bolso para dar a entender que aguardaría con paciencia el regreso de mi madre, y luego, para compensar la grosería implícita de mi gesto, dije:

—Sí, lo sé, está empeorando.

La doctora Rhys Evans me miró fijamente; no a los pechos o a los zapatos, sino a los ojos. Se produjo un silencio incómodo, así que lo rompí:

—Pero bueno, ninguna de nosotras saldrá viva de aquí...

—¿Y tú? —dijo como una doctora de verdad, algo que yo no dejaba de olvidar que era—. ¿Cómo lo llevas?

La pregunta me sorprendió.

—¿Yo?

—Sí, ¿cómo te va todo?

Me quedé atónita. Hacía mucho tiempo que nadie me preguntaba eso. Me preguntaban cómo estaban mis padres, cómo estaban mis hijos, cómo estaba Karl, cómo estaba Ness. Pero nadie me preguntaba cómo estaba yo.

—Sí... —dije.

Me sentí desprotegida. Empezaron a escocerme los ojos y ella se dio cuenta. Oh, no. Se pasaría la vida acorralándome en la sección de charcutería del súper.

Mis desdichas parecían pequeñas en comparación, pero, desde que Ness y Leah se habían separado, no me sentía yo misma. Mi resistencia había disminuido. Tenía la impresión de estar desmoronándome, no de forma drástica, sino en pedacitos. Por mucho que trabajáramos Karl y yo, siempre pasábamos apuros económicos. Cada mes nos endeudábamos más y más; no parecía haber ninguna salida, ya que vivíamos muy por encima de nuestros medios. Y el trabajo en sí generaba muchas tensiones: había escrito un artículo sobre el director general de una compañía farmacéutica para un periódico de gran tirada y me había visto bombardeada por los más virulentos ataques personales en un hilo que no dejaba de crecer. Ahora sé que la cosa funciona así, pero si jamás te ha tocado ser el blanco de todos los insultos, doctora R, es muy difícil de explicar. Como periodista, se supone que tengo que aguantarlo sin rechistar: es culpa mía por exponer mis opiniones. Pero nunca se me ha dado muy bien aguantar sin rechistar y no pude evitar implicarme para defender mi punto de vista. Y luego las cosas fueron a más, hasta llegar a las amenazas de violación y varios comentarios venenosos diciendo que era demasiado fea para sufrir una violación en grupo. ¿Quién demonios es esa gente?

Otra cuestión me perturbaba indebidamente, algo bastante patético y propio de adolescentes. Había visto fotografías en Facebook de todas mis colegas de la uni en una fiesta a la que no me habían invitado, un hecho que me dolió de forma sorprendente; aquello me obsesionaba en las horas oscuras de la noche. Encima, Karl viajaba mucho al extranjero por su trabajo. Estaba fuera casi todo el tiempo, así que yo ejercía de madre soltera y trataba de ocuparme de mis padres, cada vez más deteriorados. Su futuro y lo que iba a ocurrir con ellos me preocupaba cada vez más, y pasaba tantas horas libres como podía intentando ordenar su casa y sus innumerables

trastos. Josh, que ya tenía dieciséis años, parecía haber decidido que yo era idiota: todo lo que decía le resultaba ridículo y era recibido con un bufido de escarnio. En el instituto se quejaban de su comportamiento, y Annie también tenía problemas: se había metido en una pelea en el patio y había mandado a un niño a urgencias. Tenía la impresión de estar fracasando en todos los frentes.

Me sentía más y más distanciada de Ness. Ahora su vida era distinta, y aprovechaba al máximo las semanas sin las niñas. Acababa de descubrir la libertad y con frecuencia pasaba el fin de semana en algún balneario con sus viejas amigas, siempre tratando de convencerme para que me sumara a ellas, aunque, por supuesto, no podía porque debía quedarme a cuidar del fuerte. Me sentía un poco desplazada; ya no era su prioridad, su vida había cambiado mucho. De hecho, me sentía aislada y sola en todos los frentes. Estaba perdiendo demasiadas cosas de golpe y me había despertado esa semana con el tufillo nítido de ese viejo maremoto de dolor en el horizonte.

—Tienes muchos problemas —dijo la doctora Rhys Evans—. No es un delito pasarlo mal.

En ese momento, Sebo asomó la cabeza por la puerta.

—¿Ha vuelto aquí la señora De Cadenet? —preguntó.

La doctora Rhys Evans y yo nos miramos y acto seguido nos levantamos. Mi madre había desaparecido; echamos a correr por el edificio y al final la encontramos hablando con el verdulero de la esquina sobre recetas con berenjena.

¿Sabe, doctora R? Ese fue el día en que mi madre empezó a tomar Floradix para la falta de hierro y yo empecé a tomar lofepramina para la falta de felicidad.

10

Emma no conocía esa zona de Londres y, de no ser por Google Maps y la eficiente voz femenina que le daba indicaciones con acento australiano, no habría tenido ni la más mínima idea de cómo llegar hasta allí. Había decidido ir tan solo una hora antes. A pesar de haber dejado numerosos mensajes en el contestador, nadie le había devuelto las llamadas. Tenía previsto ir a su clase de yoga y meditación y pasar el resto del día con Si. A Emma le gustaba tener planes bien definidos. Sin embargo, Si se había marchado a un ensayo que duraría todo el día y no lo había anotado en la agenda que ambos compartían. Se avecinaba el concierto anual de la orquesta en la que tocaba, y ese año el fagot debía interpretar un solo.

Emma decidió no acudir a yoga. Tenían la calefacción demasiado alta y había que hacer muchos preparativos para la clase antes de sufrir la humillación de enfundarse la ropa adecuada. Era esencial depilarse y lavarse el pelo: al hacer la postura del lagarto, podías encontrarte a una proximidad alarmante de cualquier parte de la anatomía de una extraña. Por alguna razón, siempre acababa al lado de contorsionistas de veinte años y mallas elásticas pintadas con aerosol que hacían que se sintiera enorme y vieja, tan flexible como una palanca. Al acabar, en los minúsculos vestuarios se producían más situaciones incómodas: chicas desnudas, núbiles, de músculos marcados y pechos briosos, libres de complejos y con pequeños montes de Venus artísticamente podados, charlaban en voz alta junto a los cubículos mientras Emma, apretando una toalla contra su barriga y su descuidado matojo, buscaba un resquicio entre ellas para llegar hasta las duchas.

Mucho tiempo atrás, al principio de su relación con Si, Emma solía depilarse con cera la línea del biquini. No recordaba cuándo había dejado de hacerlo; citaba motivos feministas, pero en realidad se trataba de pereza. Pero ¿por qué era perezosa? ¿Cuándo dejó de importarle? ¿En qué momento dejó de verse a sí misma como un ser sexual? ¿Cuándo había perdido la libido? Sabía que seguía allí, latente en alguna parte; aún sentía deseos ocasionales, pero ahora esos deseos eran secretos, no algo que quisiera compartir con Si.

«¿Usted y su maridito han sentido pasión alguna vez?»

«Gire hacia Fulham Palace Road», dijo la australiana.

Emma se sentía incómoda al pensar en el sexo, por lo que evitaba hacerlo. Se le daba demasiada importancia; nos bombardeaban con él constantemente. En algún momento había decidido, sin duda manipulada por la publicidad y los medios de comunicación, que el sexo era patrimonio exclusivo de los jóvenes. Connie tenía razón: el cuerpo no mentía. Ahora que sus reglas se habían vuelto caprichosas y muy dolorosas, le daba la impresión de que su propio útero conspiraba contra ella. Y su vagina se había sumado a la rebelión tornándose seca como la mojama. Emma ignoraba si la causa era fisiológica o psicológica. Los placeres de la menopausia no conocían límites: el pelo que se le caía cuando se lo lavaba, los repentinos sudores

claustrofóbicos y la evidencia indiscutible de que su objetivo biológico en este planeta había llegado a su fin... Todo hablaba de la mortalidad. Ella, como ser humano, en esencia, se había vuelto obsoleta.

Emma había estado posponiendo el tratamiento hormonal sustitutivo; había estado posponiendo el hecho de etiquetarse como mujer menopáusica. Pero lo era. En ese momento quería concentrarse en otros aspectos de sí misma: la meditación, el esfuerzo por tratar de cambiar su manera habitual de pensar, de creer más en sí misma. Sin embargo, en realidad, a pesar de llevar ya un año intentándolo, le parecía que no había progresado nada. No estaba segura de tener ninguna técnica o aptitud tangible para ello. En cuanto se sentaba con la espalda recta y cerraba los ojos en busca de quietud, se le escapaba. Sus pensamientos se desmandaban y su mente era un runrún de problemas diarios, falta de confianza y sentimiento de culpa. El libro que tenía sobre la mesilla de noche insistía en que debía mostrarse amable consigo misma y no culparse ni culpar a otros.

Sin embargo, su comportamiento del otro día en la habitación de Connie fue vergonzoso, dijera lo que dijese el libro; el simple hecho de pensarlo le causaba bochorno. Había sido de una falta de profesionalidad horrible: Connie podría haber hecho cualquier cosa. Podría haberse fugado (ya se fugó una vez de Milton House), haber atacado a alguien, haber robado un coche... Las consecuencias habrían sido inimaginables. Al salir, Emma había ido a ver a su supervisor para confesar su falta. Pero cuando al final de una larga jornada llegó al despacho de Tom, una luz solitaria encendida en el edificio, procurando no hacer ruido de tan avergonzada como se sentía, se lo encontró en el sofá debajo de un edredón, jugando a *Call of Duty*. Emma sospechaba que tenía problemas matrimoniales, pero no sabía que durmiese en la oficina. Salió con discreción y volvió a pensar en su mal comportamiento y en el futuro de Constance. El psicólogo que la evaluaba no estaba consiguiendo nada: la paciente se negaba a hablar con él o con la trabajadora social. Los escáneres mostraban que no había ningún problema neurológico en su cerebro. Emma había hecho muchos progresos con Connie: en la clínica habían observado un cambio apreciable en su comportamiento; últimamente no se habían producido incidentes, o sea, nada de arrebatos de ira, ni micción o defecación en público, ni peleas, ni comportamiento sexual inapropiado. Tomaba su medicación. Si retiraban a Emma del caso, su evaluación tendría que volver a comenzar. Era un pequeño lapsus del que nadie tenía por qué enterarse. Se sentía decidida. No había tomado una gota de alcohol desde entonces.

—Después de cuatrocientos metros, gire a la derecha...

Sin embargo, Connie no se había fugado ni había hecho ninguna de aquellas cosas que Emma imaginaba. Además, se mostró amable y cariñosa. Emma se había sorprendido mucho al verla llorar. Ese llanto suponía un gran avance, pues demostraba que Connie tenía sentimientos. Emma se había quedado impresionada al oír ese horroroso sollozo que partía el alma, como si su cuerpo supiera lo que había hecho aunque su mente no lo recordase. Le habían entrado ganas de estrecharla entre sus brazos, de abrazarla, mecerla y decirle que todo saldría bien. Pero era evidente que no. En realidad, todo iba a empeorar, y mucho. Por eso, había optado por escabullirse como una rata.

«Después de trescientos metros, gire a la derecha por...»

Se sorprendía a sí misma deseando que llegaran las sesiones. La compañía de Connie, aunque perturbadora, resultaba extrañamente gratificante. Se preguntó si sería porque Connie no mentía. «Todos los demás somos mentirosos convincentes», se dijo. Cuando estaba con Connie, tenía la sensación de seguir una línea recta en un mundo de ángulos. Ya no podía alejarse de esa línea; había llegado demasiado lejos para volver atrás. Ahora era consciente de la ausencia de ella; echaba de menos sus comentarios ásperos y despiadados.

«Continúe en línea recta durante ochocientos metros.»

Esa mañana había discutido con su marido. Había buscado pelea con él. Y Si la había acusado de estar obsesionándose con «esa psicópata». Pero ¿tenía razón? ¿Estaba obsesionada? Siempre había sido un tanto obsesiva: desde Enid Blyton y Agatha Christie hasta Siouxsee and the Banshees, pasando por los asesinos en serie. Sin embargo, tenía que trabajar así: debía meterse en la cabeza de esa mujer, calzarse los zapatos de Connie. (¿De verdad se había puesto Connie sus zapatos mientras ella estaba tumbada en el sofá, hecha polvo?)

«Al llegar a la glorieta, tome la tercera salida hacia Putney Bridge Road.»

Cruzó el puente, y el asfalto desigual devolvió un eco de palmadas contra la panza del coche. Emma se volvió para disfrutar de las vistas sobre el río. Eran preciosas. La marea estaba alta, hacía sol y las nubes avanzaban con rapidez por el cielo. Habían encontrado a Connie allí abajo, totalmente desnuda. Giró a la derecha y paró donde pudo. Bajó del coche, se subió la cremallera de la cazadora. El viento era fuerte, pero no frío; resultaba agradable contra la piel. Inspiró el aire mientras bajaba hacia el agua y se alejaba del puente. Percibió un leve olor a humo de chimeneas mezclado con humedad del río y hojas de otoño. Los patos nadaban entre las ramas sumergidas, y el agua al otro lado corría a una velocidad increíble. Se quedó allí fascinada, con las manos en los bolsillos. Unos desechos pasaron flotando frente a ella y se sintió reconfortada por la transitoriedad, la certeza de que, tarde o temprano, todo el mundo sería arrastrado por la corriente y reemplazado. Pensó en Connie. Según el informe policial, se había enfrentado a los agentes, que habían tenido que dispararle con una pistola paralizante y sedarla para poder llevársela e internarla en el psiquiátrico.

Emma dio un paso atrás para dejar pasar a una procesión de bicicletas en una mancha borrosa de licra. La envolvió el olor a sudor masculino, y se sintió irritada por la seguridad con la que ocupaban el espacio. ¿Por qué ya nadie llevaba timbres de bicicleta? ¿No eran lo bastante aerodinámicos o simplemente ella se había hecho mayor? Se concentró en un tronco que flotaba más allá, en el centro del río, casi del tamaño de un árbol.

—¿Emma?

Se volvió hacia la derecha. Uno de los ciclistas se había detenido y se había vuelto para mirarla.

—¿Emma Davis?

Iba vestido de negro y amarillo, como una delgada avispa.

—Sí —dijo, curiosa.

Nadie la llamaba «Davis». La sonrisa del ciclista le resultaba tremendamente familiar. Se quitó el casco. Oh, Dios mío. Era Dougie.

—¿Dougie?

—¡Sí!

—¿Dougie Thompson? ¡Oh, Dios mío!

Notó que se ponía como un tomate sin poder evitarlo. En la escuela, había estado tan colada por Douglas Thompson que se había visto aplastada, extendida como un trozo de masa sin levadura. No había sido la única. Gustaba a todas por su serena confianza en sí mismo y su sentido de identidad.

—Ostras... —dijo, convirtiéndose de nuevo en una estúpida adolescente de diecisiete años.

Dougie no solo era el chico más atractivo de la escuela; también era el más brillante. No tan brillante como Emma, pero solo porque no estudiaba tanto.

—¡Me ha parecido que eras tú! —Pasó una larga pierna por encima de la rueda de atrás y cogió la bicicleta como si no pesara más que una bolsa de patatas fritas. La depositó en el lugar donde estaba ella—. He pensado, yo conozco a esa chica...

Chica. Dougie había tardado varios cursos en percatarse de la existencia de Emma. En aquella época, salía con Deborah Jenkins —solo salía con chicas majas, no con góticas como Emma y Sally Pea—, y se rumoreaba que la había dejado embarazada. Emma recordaba el día en que el profesor de matemáticas le hizo pasar un mal rato por no entregar su trabajo y ella le dio el suyo por debajo de la mesa. Después de eso, empezaron a relacionarse y Deborah Jenkins la convirtió en una especie de intermediaria. Y, en efecto, se metió en medio. Dougie y ella se enfrascaban tanto hablando que se olvidaban por completo de pasarle los mensajes a Deborah. Y cuando Deborah empezó a excluirla, Emma entendió por primera vez los poderes de su propio atractivo.

—Estás muy bien —dijo él.

Lo que quería decir era: «Antes estabas muy gorda». «Gordita como un cachorro», decía su madre; haciéndolo notar el mismo día que Emma empezó a apreciar sus propios contornos.

—Quiero decir que me gustaba la imagen gótica y todo eso, pero...

Cualquier comentario personal hacía ruborizarse a Emma —ya no contaba con el maquillaje blanco para esconderse detrás—, y notó que una segunda oleada de sangre se extendía por su cuerpo y se le instalaba en el pecho. No podía hacer nada al respecto; aquello la traicionaba una y otra vez, anunciando sus sentimientos más íntimos al mundo exterior.

—¿Cómo estás? ¿Vives por aquí? —preguntó él.

—Gracias. Bien. No... ¿Y tú?

—Sí, bastante cerca. En Battersea. Eres médico, ¿no? ¿Psiquiatra?

—Así es.

Se vio devuelta de golpe a las contradicciones de su juventud: la seguridad en sí misma que disimulaba la vulnerabilidad, los grupitos, las pasiones, el tartamudeo, ese gran peso del futuro rebosante de posibilidades.

—¡Sally y yo siempre pensábamos que serías primera ministra! —dijo él.

Emma se echó a reír. ¿En serio?

—Pero no me extraña que estudies la cabeza de la gente; fuiste siempre curiosa. Y amable.

El rubor de su pecho volvió a arder.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿A qué te dedicas?

Emma desconectó tras oír la palabra «informática». «Siempre curiosa y amable.» Dougie Thompson. Sally Pea. Deborah Jenkins. ¿Cómo había perdido el contacto con todo el mundo? ¿Adónde habían ido a parar todos aquellos años?

—¿Te enteraste de lo de Sally? —decía él, sin dejar de sonreírle.

—No, he perdido el contacto con mucha gente...

—Le tocaron ciento cincuenta mil libras en la lotería.

—¿Qué? ¡No puede ser! —chilló Emma.

Era increíble. Él se estaba riendo, ambos lo hacían. Dougie siempre había tenido ese efecto en ella, relajarla de una forma muy poco relajante. Él se le acercó un poco más mientras pasaba otro torrente de ciclistas.

—¡Qué chica! —dijo, sacudiendo la cabeza—. Está organizando una fiesta de cumpleaños tremenda; me mataría si le dijese que te he visto y no te he invitado. Tienes que venir.

—¡Es verdad! Su cumpleaños. ¡El 14 de diciembre!

Él se estaba sacando el móvil de un bolsillo de la manga. Tenía la piel lisa y morena.

—¿Cuál es su número, doctora Davis?

—Robinson —corrigió ella.

Se arrepintió inmediatamente; había traído una especie de *otredad* a la conversación entre los dos. Aquel no era un lugar para maridos. No era justo que un hombre pudiera conservar su misterio pero una mujer tuviese que etiquetarse. Miró cómo introducía el número en su teléfono mientras le indicaba los dígitos, observando y recordando sus movimientos tranquilos, la gracia de sus dedos y el día que descubrió encantada que alguien les había tomado por una pareja. Se preguntó si él se acordaría de aquella noche en la fiesta de Jamie Storm en que se pasaron toda la tarde en el sofá y sus piernas estuvieron tocándose durante horas. Nunca supo si él se había dado cuenta o no.

Qué idiota era; por supuesto que no se acordaría. Habían pasado treinta años.

—Sí, estás casada, lo sabía. Tienes críos, ¿no? —preguntó.

Emma se quedó mirándole con la mente en blanco. Desapareció el rubor.

—Sí —se oyó decir—. ¿Y tú?

—Dos niños. ¿Cuántos hijos tienes tú?

Ella hizo una pausa.

—Solo uno. Una niña. Abigail.

Por un instante, a Emma le habría gustado ser una persona normal.

—Es un nombre muy bonito —dijo él.

Emma le miró y asintió con la cabeza. Sí, era un nombre muy bonito.

—¿Qué edad tiene?

—Nueve años —contestó ella.

Era como si Emma observase la conversación desde una de aquellas nubes que corrían por el cielo.

Más tarde, se pasó mucho tiempo sentada en el coche sin moverse, mirando fijamente el volante. «¿Por qué no están las calles llenas de gente hecha polvo?»

No salió de su ensoñación y arrancó el motor hasta que el encargado del estacionamiento dio unos golpecitos en la ventanilla del coche. La alegre voz australiana, ajena a la pérdida, la tomó por sorpresa:

«Recalculando la ruta.»

«Sí —pensó Emma—, recalculando la ruta.» Miró el móvil y vio que estaba a punto de quedarse sin batería. Eran las once. Seguía sin recibir respuesta a sus mensajes. La visita sería breve.

Emma aparcó en Allinson Road, tan cerca como pudo del número cinco. Era una calle burguesa con viviendas adosadas de estilo victoriano. Hubo un tiempo en que había albergado la esperanza de vivir en un lugar como ese, donde las mujeres rubias empujaban cochecitos de bebé, los niños dejaban bicicletas sin atar junto a puertas de vivos colores que siempre estaban abiertas, las jardineras florecían en las ventanas, los cubos vivían en cunetas pintadas, los olivos olían a lavanda, los vecinos se pasaban por casa de otros a organizar cenas y los carteros silbaban y dejaban paquetes al lado. Las cosas malas no ocurren en sitios así.

«Oh, Connie, ¿cómo dejaste que todo saliese tan mal?»

Miró el espejo lateral del coche: unos niños con ropa de fútbol manchada de barro bajaban de un todoterreno. Dos niñas vestidas con tutú doblaban la esquina a toda velocidad montadas en sendos monopatines, seguidas de una mujer con el cabello pulcramente revuelto y una correa de la que tiraba uno de esos caniches que no mudan el pelo. La seguía un niño pequeño, haciendo botar una pelota. Emma les observó hasta que desaparecieron. Siempre había querido eso: ser parte de una familia animada y bulliciosa, como la de Si. Una parte importante de su atracción hacia él había sido su familia: el ruido, el alboroto, las bromas y el amor sin esfuerzo.

El amor de su propia madre siempre había parecido depender de algo: de que Emma la hiciera sentir bien, de que fuese inteligente (como ella), de que estuviese delgada (como ella). Y casi todo el tiempo habían estado las dos solas. Hasta que fue mayor, cuando estaba en la universidad y tuvo que estudiar la personalidad narcisista, no empezó a entender a su madre. Cuando no pudo quedarse embarazada, su madre, ansiosa por distanciarse de los fracasos de Emma como mujer, le recordaba sin parar lo fácilmente que había logrado concebir ella misma. Y así se supo que todos aquellos años de tomar anticonceptivos y píldoras del día después no habían tenido ninguna utilidad, porque el cuerpo de Emma («unas caderas para tener hijos», «un pecho tan maternal») no estaba por la labor. Y qué alegría, qué felicidad extrema para Si y para ella, cuando el segundo ciclo de fecundación in vitro había funcionado. Por eso, el golpe fue aún más duro cuando sobrevino.

¿Por qué le había mentido a Dougie?

Bajó del coche. Cerró la puerta con llave, se pasó una mano por el cabello y se colgó el bolso del hombro mientras se aproximaba al número cinco. La casa de los De Cadenet tenía un aire de abandono: unos arces descuidados invadían el pavimento, un montón de hojas muertas cubría las baldosas de delante, tornándolas resbaladizas, las cortinas estaban echadas, la puerta principal, pintada de negro, estaba desconchada, y los cristales aparecían cubiertos de polvo.

Emma llamó al timbre. El interior estaba oscuro y en silencio. No hubo respuesta. Dio un paso atrás para comprobar si había signos de vida en el primer piso. Gotas de lluvia salpicaron su piel y motearon su chaqueta de color gris claro. Si no había nadie, dejaría una nota. Cogería una hoja de papel del cubo de reciclaje, que rebosaba de páginas sueltas cubiertas de una letra pulcra escrita con pluma. «Desde la unidad, el propio ego puede retirarse...» El resto quedaba oculto debajo de una publicación del campus de la universidad cercana. Volvió a llamar y atisbó a través del cristal. Iba a marcharse cuando vio una figura que se aproximaba despacio. Se apartó.

Tras mucho ruido de cerrojos, se abrió la puerta y apareció un anciano. Sus ojos oscuros y ardientes y su piel aceitunada dejaban muy claro que era el padre de Connie. La miró parpadeando.

—Buenos días —dijo Emma—. Siento molestarle. He probado a llamar varias veces, pero...

—Hola —dijo el hombre.

Emma percibió un olor a moho y desagües.

—Soy la doctora Robinson.

—¿Son malas noticias? —preguntó él. Parecía asustado.

—No —dijo ella—. Soy de Tatchwell, estoy trabajando con Connie.

Al oír mencionar el nombre de su hija, una pesada pena pareció rezumar a través de los rasgos del hombre, que encorvó los hombros, inclinó la cabeza y cerró la boca.

—Pase —dijo, abriendo más la puerta.

Emma entró. La casa se encontraba en penumbra. Las paredes del recibidor se hallaban cubiertas de cuadros y estampas, y el suelo estaba lleno de libros apilados en bolsas del súper. El anciano echó a andar arrastrando los pies y dejando a su paso un leve olor a orina. Emma se preguntó si tendrían un cuidador o si él trataba de cuidar solo de su mujer; cuando volviese, llamaría a los servicios sociales y averiguaría exactamente qué estaba pasando.

—¿Está su mujer? —preguntó.

Sin embargo, él se había inclinado para mover una pesada cuña metálica que cayó al suelo con estruendo, sofocando su voz.

Emma miró hacia el piso de arriba. Estaba a oscuras; no había ninguna cortina abierta. La casa parecía desierta. Una gastada moqueta verde se extendía bajo sus pies. Una pintura llamó su atención: Connie y su hermano de adolescentes, tumbados en un sofá leyendo libros.

—Su hijo David vive en Australia, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —dijo el señor De Cadenet, deteniéndose. Parecía sumamente sorprendido de que ella lo supiera.

—¿No hay nadie más en casa?

Giraron hacia la izquierda y entraron en un salón donde había unas bolsas de basura negras repletas de ropa. Al parecer, estaban haciendo limpieza general. La pared estaba absolutamente llena de cuadros o estampas, y cada centímetro de suelo aparecía ocupado por las bolsas o por pilas de libros que crecían formando torres sobre la moqueta y encima de los sofás y las butacas. *La vida de los Médici*, *Las cartas de Marsilio Ficino: Volumen v* y *Ramsés* yacían en la cima de las pilas más cercanas.

—¡Madre mía! —dijo ella—. ¡No cabe duda de que están poniendo orden!

—Sí, estamos tratando de... organizar esto un poco —dijo él, paseando una mirada confusa por la habitación.

Un teléfono empezó a sonar. El hombre pareció ignorarlo, o tal vez no lo oyó. Era evidente que también había hecho caso omiso de las llamadas de Emma.

—¿Ha venido a por los libros? —preguntó él.

—No —contestó ella—. He venido a hablar de Connie... Soy la psiquiatra forense, ¿sabe?

—Cómo no.

Los muebles aparecían cubiertos de polvo. Los cuadros estaban torcidos, revelando manchas más oscuras en las paredes. La mirada de Emma siguió un rastro de migas sobre la moqueta; conducían hasta un pastelito de limón a medio comer que descansaba sobre una silla en su envase. Una chimenea de imitación emitía una luz suave, pero la habitación estaba fría y las manos moradas del anciano temblaban ligeramente.

El hombre cruzó la habitación. Emma vio que tenía manchas en la espalda de la chaqueta de lana, como si alguien le hubiera arrojado basura. Pensó en Connie y en su hermano, en el juego al que jugaban con él, pidiéndole que adivinara la ropa que vestía. Le costaba caminar y, al bajar la mirada, Emma descubrió por qué: se había puesto cada zapato en el pie contrario. Llamaría a los servicios sociales en cuanto volviese al coche.

—Si quiere, puedo llevar unas cuantas bolsas a la tienda benéfica —dijo Emma—. Espere, voy a acercar estos platos y tazas a la cocina.

El anciano se detuvo a medio camino y se volvió hacia ella.

—Es usted muy amable —contestó, sorprendido por el ofrecimiento.

Emma reunió las tazas desperdigadas por la habitación; todas tenían moho solidificado en el fondo. Recogió el pastelito de limón como pudo y encontró un par de platos más entre las pilas de libros.

—Tiene unos cuadros preciosos —dijo mientras lo hacía.

El hombre se paró y recorrió la habitación con la vista, como si los viera en ese momento.

—Siempre nos ha gustado el arte. Bueno, a mí no tanto, pero me gusta que a otros les guste... —contestó, con una sonrisa que casi hizo desaparecer sus ojos.

Emma se llevó la vajilla a la cocina, que se hallaba en idéntico estado de desorden. Puso las piezas sucias en remojo en el fregadero y llenó el lavavajillas, que contenía unos cuantos platos incrustados de suciedad. Conectó el aparato y, cuando regresaba al salón, se distrajo al ver una foto pegada en un armario: la familia entera, envuelta en gorros y bufandas, posaba en alguna ventosa playa británica. Podría haberse tratado de un anuncio de seguros de vida o de un banco, de esos que aprovechan una imagen de felicidad para manipular a la gente y ganar dinero: todos se reían o sonreían mirando a Annie, que alzaba una pierna en el aire enseñando una boca sin dientes, con el pelo rojo agitado por el viento. A Emma se le aceleró el corazón. El vil carácter definitivo de la pérdida seguía golpeándola con la misma fuerza después de los años transcurridos. El teléfono empezó a sonar. Se quedó allí escuchándolo un momento antes de volver con el dueño de la casa.

—¿Quiere que lo coja? —preguntó.

El anciano estaba sentado en el pequeño sofá de dos plazas; había despejado un espacio y había servido dos whiskies, cada uno de los cuales descansaba en un brazo del sofá.

—No se moleste, no entiendo ni una palabra de lo que dicen... Siéntese, por favor. Tómese una copa.

Emma se sentó junto a él y apartó con el pie una de las bolsas de basura del suelo.

—¿Ya ha recordado algo Connie? —preguntó el hombre, dando golpecitos contra el vaso con sus dedos elegantes aunque rígidos.

—Va recordando detalles poco a poco —dijo Emma, alisándose la falda y volviéndose hacia él.

—¿El coche?

—Le hemos enseñado fotografías de las niñas...

Entonces lo vio, la incomprensión y el desconcierto. Parecía traumatizado. Cogió el vaso de whisky con mano temblorosa y dio un sorbo.

—No acepta lo que ocurrió —añadió Emma.

—Karl dijo que usted había dado un nombre a su trastorno. ¿Cómo era?

—Amnesia disociativa. Es una forma de afrontar el trauma.

—Él cree que está fingiendo. ¿Y usted?

—Bueno, fingir es bastante poco común. La amnesia disociativa tiene más que ver con que el cerebro se protege encerrando, por así decirlo, los acontecimientos traumáticos en una caja y empujándola hasta el fondo del cerebro —dijo ella.

Ella misma había aprendido a hacerlo. De forma consciente, por supuesto.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Cómo dice?

—¿Debe acordarse por fuerza? —preguntó él—. No hay nada bueno en esa caja. Solo dolor. ¿No está usted de acuerdo en que tal vez haya ya suficiente dolor en el mundo? ¿Por qué molestarse?

Emma tenía ganas de dar un sorbo a su vaso. Podía imaginarse lo bueno que debía de saber; casi podía sentir el ardor en su garganta.

—Tengo que evaluar su estado mental en el momento del delito y si está en condiciones de comparecer ante un tribunal. En algún momento, señor De Cadenet, tiene que ser responsable. Si Connie no reconoce sus actos, ¿cómo va a recuperarse?

—¿Recuperarse? —repitió él, quitándose las gafas y pellizcándose la piel entre los ojos.

Era de otra generación: niños de la guerra criados por padres que mantenían mundos enteros encerrados en cajas.

—Creo que todos tenemos que afrontar el dolor, señor De Cadenet —dijo Emma como la hipócrita que era.

—Perdone si le parezco poco respetuoso, pero no confío en ustedes los médicos —repuso el señor De Cadenet—. Connie no era ella misma, ¿sabe? Esos fármacos que le daba la idiota de la doctora... le hicieron algo, estoy seguro...

Emma sabía exactamente qué fármacos tomaba Connie en el momento del delito: aparte de la lofepramina para la depresión, le habían prescrito una benzodiacepina para tratar la ansiedad. Nada fuera de lo normal.

—Eso es muy poco probable, señor De Cadenet.

—Todos creen que no me doy cuenta de nada, pero sí me doy —dijo él con voz entrecortada. La estaba mirando directamente y le temblaban los labios—. No era ella misma, en absoluto.

El anciano se sacó del bolsillo un mugriento pañuelo gris con el que se enjugó los ojos. Emma alargó el brazo y tocó su fría mano temblorosa. ¿Dónde estaba David? ¿Dónde estaba Karl? ¿Dónde estaba la señora De Cadenet? Este hombre no debería estar aquí solo.

Su contacto, su empatía, provocaron una liberación. El anciano bajó la cabeza y empezó a llorar. Emma le cogió la mano para acariciarla y apretarla.

—Lo más probable es que Connie sufriera un episodio psicótico...

—¡Eso no significa nada! ¿Qué hicimos mal? —Estaba llorando como un niño—. No sé si puedo perdonarla. Pensaba que era cristiano... pero es que no puedo...

Sin decir nada, Emma agarró con fuerza su mano cubierta de manchas.

—No sé qué hacer. Julia siempre sabe qué hacer cuando las cosas van mal...

Llamaron al timbre.

—Puede que sea ella... Voy a abrir —dijo Emma.

Soltó su mano, se levantó y fue hasta el recibidor. Abrió la puerta esperando encontrarse a Julia, pero vio en el umbral a un hombre alto de mediana edad de pelo canoso y revuelto y vaqueros manchados de pintura, con unas llaves en la mano. Detrás de él, había aparcada una furgoneta con el motor en marcha, las puertas traseras abiertas y las luces de emergencia lanzando destellos.

—Ah, hola —dijo con un leve acento irlandés, preguntándose evidentemente quién era Emma—. Solo he venido a buscar los libros de Andrew para el mercado...

—Ah, muy bien —contestó ella.

Sonó un claxon. Un coche se había parado detrás de la furgoneta. El hombre se volvió, dio un silbido y levantó la mano hacia el conductor.

—Me parece que son los que están en bolsas del súper.

Emma le aguantó la puerta abierta y él se inclinó para coger las primeras bolsas. Fuera, el coche aparcado detrás de la furgoneta volvió a tocar la bocina.

—Deje que le ayude —dijo ella.

Agarró otro par de bolsas y le siguió hasta la furgoneta. El hombre, agradecido, se ocupó con calma del conductor que estaba detrás, indicándole con un gesto que solo serían unos minutos. Luego se volvió hacia Emma y susurró:

—Menudo gilipollas.

Ella sonrió y entró de nuevo a buscar las últimas bolsas.

Mientras metía las bolsas en la furgoneta, Emma se enganchó la chaqueta de lana y no pudo liberarse por sí sola. El hombre se inclinó para ayudarla y tiró con suavidad de la prenda. Desprendía un olor almizclado pero agradable.

—Oh, lo siento —dijo, empeorando la situación. El hilo se había soltado.

—¡No se preocupe!

El coche que estaba detrás aceleró el motor provocativamente. El hombre hizo un gesto cortés y le sonrió al conductor.

—Tómese su tiempo... Mosquee a ese idiota —dijo, mirándola con sus chispeantes ojos azules.

Emma sonrió, se quitó la chaqueta y trató de desengancharla, pero estaba demasiado cerca; necesitaba sus gafas. El hombre aguardó con paciencia mientras ella se desenganchaba por fin. A continuación, cerró las puertas de la furgoneta y le dio las gracias por su ayuda.

Emma volvió a entrar en la casa y cerró la puerta. Qué tipo más agradable. Algunas personas lograban que te sintieras mejor que antes de verlas. El recibidor tenía mucho mejor aspecto ahora que estaba vacío. Regresó al salón, donde el señor De Cadenet estaba sentado exactamente en la misma posición en que lo había dejado, aunque ahora su vaso de whisky estaba vacío. Parecía perdido en su propio mundo y, por un instante, dio la impresión de que no la reconocía cuando se sentó junto a él.

—¿Ya se ha ido Karl? —preguntó.

—¿Ese era Karl?

Emma oyó que la furgoneta se alejaba. Apartó la cortina y se asomó a la calle. Le habría gustado fijarse más, presentarse. Quería hablar con él. «Pensará que es fantástico, ya se asegurará él de que lo piense.»

Debía abordar el asunto que la había llevado hasta allí.

—Señor De Cadenet, me preguntaba si podría ser útil que viniera usted a visitar a Connie.

Él suspiró y juntó las manos.

—En Tatchwell —añadió Emma.

—No... No podría hacer eso... no.

—A ella le encantaría verle.

El anciano negó con la cabeza.

—No.

—¿La señora De Cadenet se lo plantearía? Connie la echa muchísimo de menos. Si quieren, yo podría recogerla y traerla de vuelta.

Poco a poco, el hombre se volvió hacia Emma; parecía confuso.

—¿La señora De Cadenet?

—Sí. Connie tiene muchísimas ganas de verla.

—Julia murió.

Emma se quedó mirando esos ojos que habrían podido ser los de Connie. Abrió un poco la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—Lo siento mucho —acabó diciendo.

¿Por qué no la había informado nadie?

—Murió hace dos meses. Me alegro de que no esté aquí para ver lo que está pasando. Adoraba a Annie...

—¿Julia murió hace dos meses?

—Se tomó una sobredosis accidental.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Fue culpa mía.

Emma se volvió bruscamente.

—No, no. No debe decir eso. —Era una estupidez; esas palabras no significaban nada. Hubo un tiempo en que la gente se las decía a ella—. Cuando murió Julia, ¿estaba Connie en Milton House?

—Acababa de visitar a Connie, sí. Karl la llevó. Era un sitio espantoso. Volvió a casa con una terrible migraña. Se tomó unos analgésicos y se metió en la cama... No guardé las pastillas. No entendía lo del Alzheimer. Ella no recordaba que ya se había tomado los analgésicos... así que siguió tomando más... Debería haberme dado cuenta —dijo, llevándose a la boca la fría mano cubierta de manchas y volviendo a pellizcarse la piel entre los ojos como si así pudiera borrarlo todo—. Debería haber estado más atento...

—Lo siento mucho. ¿Le dijeron a Connie lo de Julia?

—Sí —dijo él—, pero no le permitieron acudir al entierro.

En nombre de Dios, ¿por qué nadie le había dicho que Connie estaba pasando por un duelo?

Mucho más tarde, después de ordenar, limpiar el salón y la cocina y de llevar todas las bolsas de basura a una tienda benéfica de la zona, Emma volvió a cruzar el puente en la oscuridad, con un cigarrillo entre los dedos, mientras sus lágrimas emborronaban las luces de la ciudad. Atravesó Kew y fue a parar a la North Circular. Pasó por aquellas mugrientas y sombrías casas hasta llegar a Wood Green y al final entró en la seguridad ordenada de su propia casa. Se apoyó contra la puerta, dejando la jornada atrás.

En la cocina, vio a Si sentado ante la mesa cenando y recordó haberle dicho horas antes que compraría cordero y prepararía la cena para los dos. Recorrió el pasillo hasta llegar a la cocina.

—Hola, cariño —saludó.

—Gracias por avisar que no venías a cenar —dijo Si.

Se levantó y tiró las sobras de su plato en el cubo de reciclaje antes de marcharse.

11

25 de mayo

Polly y yo hemos decidido ser cristianas. Hemos elejido a los católicos porque hay más sangre y dan galletas y además están al lado del quiosco. Hemos hido a St. Mary, es una iglesia de la Virgen. Tienes que darle la mano a la gente que está a tu lado y decir que la fuerza te acompañe. Después pasan dinero gratis en una bandeja. Polly ha dicho que yo hiré al infierno porque he cogido un poquito (solo una libra) y hay que dar (nadie me lo había dicho). Ha dicho que me pincharán el culo con unos pinchos calientes.

Hemos vuelto a casa donde mi HORRIBLE madre a la que ODIO se ha puesto a gritar enseguida por NADA. Siempre está chillando y enfadándose por TODO, como tirar los abrigos al suelo y ordenar. Ayer me dejé el papel de la piruleta en mi silla y me gritó ¡¡¡MUÉVETE VAGA NO VES QUE INTENTO MANTENER DOS CASAS LIMPIAS!!! Le dije que buscara una limpiadora y dijo eres una NIÑATA mimada. Dije y de quién es la culpa y luego puse la otra mejilla. Papá que es MUCHO MEJOR dijo que no hacía falta hacerse la mártir aunque muy bajito para que ella no pudiera oírle. Polly dice que mártir es la hermana de la Virgen María.

Rezaré para que mamá sea más simpática. Si lo consigo le he prometido a Dios que seré monja. Polly dice que las monjas se acuestan con Jesús. Le he preguntado cómo puedes acostarte con un muerto. Ella dice que viene por la noche con una pipeta. Yo digo que eso es imposible, ¿¿cómo va a fumar en pipa si es santo?? De todos modos, cerraré la puerta con el pestillo. Nos hemos hido a casa de Polly. Después papá ha ayudado a Ness a colgar unos estantes del Ikea. No paraba de dar golpes con el martillo y hacer bromas hasta que se ha dado un golpe en el pulgar y ha dicho ¡¡JODER!! Se le ha puesto el pulgar rojo y blando pero no ha llorado nada y ha seguido haciendo bromas. Hasta que hemos vuelto a casa y ha empezado a lloriquear como un bebé y mamá ha tenido que llevarla a urgencias.

Se abre la puerta. Alzo la vista y veo a la Chirridos sujetándosela abierta a la doctora R, que hoy viene enérgica y eficiente: labios apretados, pasos ruidosos, expediente debajo del brazo. Tiene carácter, como si lo del último jueves nunca hubiera ocurrido, como si nunca hubiera besado el borde de mi váter. Intenta iniciar conmigo una charla intrascendente, pero no le doy ese gusto. Aunque estoy aquí sentada con el diario de Annie entre las manos, no pregunta por él. Tiene un plan. Está concentrada (cierra la cremallera de su bolso y lo deja en el suelo, detrás de la silla y fuera de mi alcance).

—¿Recuerdas cuándo se te empezó a caer el pelo?

Instintivamente, me doy unas palmaditas en los mechones. Son muy suaves y reconfortantes. Niego con la cabeza.

—Sabes que el pelo puede caerse por un trauma.

—Eso dicen...

Deja una pausa cargada de significado. Y yo hago lo mismo. Miro por la ventana. Ahora me siento muy resistente a las conmociones; hay que estar muy seguro de algo para conmocionarse. Me pregunto de qué estaba yo tan segura.

—Volvamos a la mañana en la que Karl te dijo por primera vez que era infeliz —dice, cruzando las piernas.

Admiro esa vena práctica en una mujer: nada de disculpas. Es una superviviente. Pero no puedo evitar volver a sentirme un poco dolida; creía que habíamos establecido cierto grado de intimidad.

—¿Ha visto a mi madre? —pregunto.

Me ignora.

—Y, para aclarar las cosas, ¿cuándo ocurrió eso? —pregunta.

Suspiro. Intento recordar.

—Fue a finales de abril —digo.

Debía de ser un domingo por la mañana, porque los periódicos estaban extendidos por nuestra cama, lo que significa que Karl ya había salido, pero se había dado un baño, había hecho café y lo había subido al dormitorio. Llevaba tan solo una toalla en torno a la cintura cuando soltó la bomba de su infelicidad con tanta indiferencia como había soltado el terrón de azúcar en mi taza.

«¿Eres infeliz?», le dije yo. Estaba realmente sorprendida, porque es la clase de cosa que esperas percibir en un cónyuge. Me pareció que, si Karl era infeliz, lo había disimulado muy bien. «Sí —dijo—. Hace años que soy infeliz.» Pero no parecía infeliz, ni tampoco irritado o triste. De hecho, estaba tranquilo, casi alegre. Pero siguió hablando: «Creo que me he perdido a mí mismo», dijo.

Miro por la ventana las oscuras nubes bajas. Son asfixiantes.

«Eres un idiota, Karl: todos nos hemos perdido a nosotros mismos», pensé, pero no lo dije. Cuando te conviertes en padre o madre, eso es lo que sucede, ¿no? Tienes que dejar a un lado la piel de tu viejo yo, tus viejas costumbres. Tienes que abandonar ese yo. A eso se le llama crecer.

Sin embargo, me he preguntado una y otra vez cómo pude no ver su infelicidad. A veces creo que es porque no existía. Se la inventó y ahora se ha convertido en parte de la historia que me cuento a mí misma para encontrarle a todo una lógica. Lo que no puedo entender es cómo he llegado de esa conversación en la cama con Karl a esta conversación en este sitio con la doctora R. Vuelvo a mirarla. Está esperando a que continúe.

—«Tú tampoco eres feliz», dijo. Claro que no era feliz. ¿Quién lo es, doctora R? Pero guardamos silencio, ¿no? No lo decimos. Mantenemos la esperanza de que algún día podamos despertarnos siendo felices. Me había acostumbrado tanto a mi propia infelicidad que la había aceptado. Hacía lo que podía para tolerarla: me tomaba mis pastillas, trataba de organizar ayuda para mis padres, quería a mis hijos, abría una buena botella de vino por las noches, Ness y yo dábamos largos paseos por el parque, buscaba alivio donde podía. ¡Y míreme! Allí estaba yo, sentada en mi cama enorme y cómoda, en mi preciosa casa, con dos hijos sanos en el piso de abajo; ¿qué derecho tenía a ser infeliz?

»“Te equivocas”, le dije. “Soy feliz.” No aceptaba lo que estaba ocurriendo. Le miré mientras se levantaba para cerrar la puerta del dormitorio y se pasaba una mano por el pelo espeso y alborotado. Su cuerpo desnudo en toda su aflojada gloria de la mediana edad me resultaba tan familiar como el mío propio; aún más: podía ver la parte posterior del suyo, conocía cada ángulo. Se puso su raída bata azul y se sentó a los pies de la cama, de cara a mí, mientras sus huevos descansaban cómodamente sobre el edredón como uno de esos gatos sin pelo tan curiosos.

»“Somos como todo el mundo, Karl”, dije. “Pues yo no quiero ser como todo el mundo”, respondió él, cogiendo mi mano y apretándola. Sentí que la alarma me contraía el corazón; no tenía la menor idea de adónde se encaminaba aquella conversación. Parecía acongojado, angustiado, como si no le resultara fácil decir aquello, pero era evidente que llevaba algún tiempo pensándolo. Su pequeño discurso estaba preparado. “Tú y yo, tengo la sensación de que ya no vivimos, de que solo existimos...” Hizo una pausa para que yo pudiera asimilar lo que me estaba diciendo. “¿No echas de menos... la pasión en tu vida?”

»Sí que echaba de menos la pasión, doctora Robinson. La echaba mucho de menos. Sin embargo, estaba dispuesta a sacrificarla a cambio de seguridad. Igual que hace usted, igual que hacemos la mayoría. Pero creí entender esas palabras inquietantes: lo que trataba de decirme era que hubo un tiempo en el que fuimos espíritus libres. Y, de algún modo, nos habíamos enjaulado nosotros mismos. “¡Eres una artista, Con!”, dijo.

Mi ánimo decae. Lo que Karl intentaba decir era casi hermoso. Contemplo a través de la ventana el día frío y desapacible, mi hojita guerrera. Todas las demás han desaparecido ya, todas ellas, excepto mi obstinada amiga y unas cuantas matonas en torno al tronco. Unas gotas de lluvia azotan el cristal. Me miro las manos; parecen las de mi madre: las venas prominentes, una mancha parda en el nudillo que antes no estaba ahí. ¿Por qué estoy aquí? No acabo de entender qué ocurrió.

—Me pregunto qué es lo que nos hace tan ansiosos como especie —dice la doctora Robinson. Su voz suena diferente, como si estuviera hablando con un ser humano, una buena amiga, en vez de hacerlo con una paciente. Respondo a su tono, me apoyo en él. Es como si extendiera una mano cálida para sacarme del abismo—. ¿Qué nos hace anhelar la trascendencia? —continúa diciendo.

Entiende lo que Karl trataba de decir.

Ella también está mirando mi árbol, y es difícil saber si habla conmigo, con el árbol o con nadie. Pero luego se vuelve hacia mí y nos miramos a los ojos. Es la conexión que he estado anhelando desde que ha entrado en la habitación.

—Supongo que simplemente forma parte del ser humano —digo, y entonces sé que se lo contaré todo—. «¿Por qué hemos dejado de hacer el amor?», me preguntó.

»No había resentimiento en su voz. Respondí, demasiado deprisa. “Sí que lo hacemos.” Fue una respuesta pobre, ambos lo sabíamos, pero parecía demasiado triste estar de acuerdo con él, admitirlo; uno de nosotros tenía que proteger nuestra relación con falsedades. Sin embargo, por dentro me asombraba de él, de su valentía al aventurarse en un territorio tan peligroso. “No lo sé”, dije, porque yo también quería abrir la puerta de la jaula.

»Entonces me oí a mí misma formular una de esas preguntas que no se pueden retirar una vez que se han hecho: “¿Es que te has liado con alguien?”. No era tonta, doctora Robinson. Karl había estado mucho tiempo fuera. Había hecho varios viajes al extranjero y llevaba un año trabajando de forma intermitente para una empresa de Edimburgo. Yo tenía mis sospechas. En varias ocasiones había visto aparecer un nombre de mujer, Janine, en la pantalla de su móvil, y cada vez Karl había ladeado la pantalla apartándola de mí y no había respondido a la llamada. Luego, más o menos un minuto después, le veía enviar un mensaje de texto en secreto. Pero yo no decía nada; si no nos afectaba a nosotros en casa, prefería no saber esas cosas.

—¿Cómo reaccionó? —pregunta ella.

—Pareció ofendido. «No, no me he liado con nadie», dijo, mirándome a los ojos. «Pero ¿te gustan otras personas?», pregunté.

Creí que lo negaría. Se removió, inquieto, en la cama.

—No habría sido extraño: llevábamos juntos quince años largos; habría sido normal que le gustasen otras personas, y se lo dije.

Karl había soltado un largo suspiro que parecía llevar mucho tiempo conteniendo. Unos quince años, quizá. Acto seguido, dejó caer los hombros en un gesto de alivio.

—¿Qué dijo? —pregunta la doctora R, inclinada hacia delante sobre el borde de su asiento.

—Dijo: «Sí». Y agradecí su sinceridad. Sonreí. «No pasa nada», dije. Y él se inclinó hacia delante y me cogió las manos con fuerza. «¡Dios mío! Eres increíble, te quiero mucho, ya lo sabes.» Y lo sabía. Lo que me sorprendió de verdad fue lo que dijo a continuación. «Connie, sé que siempre has estado enamorada de Jonathan Hapgood.»

Todavía me asombro cuando pienso en su valentía. Aquello era toda una sorpresa. Siempre habíamos evitado el tema, pero Karl me estaba diciendo que siempre supo que existía una pequeña parte de mí que jamás poseería. Y supongo que tenía razón. ¿Había un cadáver enterrado en el jardín de nuestro matrimonio? Habíamos sembrado césped, cultivado flores, instalado un tobogán y tendido la colada, pero ¿había un cadáver allí abajo? ¿No hay cadáveres en el jardín de casi todos los matrimonios? ¿No es el pasado lo que fertiliza la tierra? Recordé que Karl había hallado unos correos electrónicos entre Johnny y yo; no eran explícitos, aunque el tono era íntimo, el de dos enamorados que se recuerdan y se encuentran de vez en cuando en el ciberespacio. Pero eso era todo.

—¿Habíais hablado de Jonathan Hapgood? —pregunta la doctora.

—Muy poco. Espere, porque entonces él dijo: «Deberías ponerte en contacto con él. ¿Por qué no quedáis para ver si esos sentimientos siguen ahí?».

Cruza esas piernas suyas tan fuertes y frunce el ceño, apoyando la barbilla en la mano.

—Atónita, le dije: «Un momento, Karl, eso es peligroso. ¿Qué quieres decir? ¿Hablamos de tener una relación abierta?». Se encogió de hombros. «Eso creo», dijo. Nos miramos. Allí estábamos, tomando café en la cama y hablando de acostarnos con otras personas, como si fuese lo más normal del mundo.

Mientras manteníamos esa conversación absurda, imaginaba la reacción de Ness cuando se lo contase: se taparía la boca chillando. Tener permiso del cónyuge para acostarse con otra persona era un concepto muy singular. Sabía que había gente que lo hacía, claro, pero nadie que nosotros conociéramos, nadie de nuestro pequeño y agradable círculo social. Habría sido una excentricidad. Pero Karl me entendía: era una artista. Los artistas no somos médicos, maestros, contables, abogados, fontaneros ni terapeutas. No tenemos rutinas. No viajamos en trenes atestados. No tenemos sueldo fijo ni sabemos qué días son festivos. Confundimos a los funcionarios; nos colamos entre la burocracia sin marcar las casillas. Echamos a perder sus sistemas. Nuestra firma no sirve para avalar a nadie porque no somos de fiar. No somos respetables ni importantes. Formamos un grupito que nada a contracorriente, se arriesga, es humillado o logra el éxito para que otros tengan cultura en su vida, libros que leer, cuadros que colgar y tardes de cine en casa. Y para crear hemos de vivir.

—«¿No quieres volver a sentirte viva?», dijo él. Oh, cómo lo anhelaba, doctora R. «Sí, Karl, claro que quiero».

»Y allí estaba yo, libre para ponerme en contacto con Johnny si así lo decidía. En realidad, ni siquiera sabía si estaba con alguien, si había iniciado alguna relación desde nuestro último contacto, si a aquellas alturas se había vuelto a casar y tenía hijos. No obstante, saber que podía hacer el amor con otra persona, con cualquier persona, que podía salir a explorar el mundo de nuevo, fue como abrir las ventanas de una habitación de ambiente cargado y dejar que entrase una brisa de verano. Me sentí entusiasmada.

»"Pero esta casa es sagrada, ¿vale?", le dije. "Lo que pase fuera se quedará fuera. Nada debe afectar a los niños." Se había puesto de pie y yo le miraba la espalda mientras abría la ventana de guillotina y dejaba entrar el aire fresco.

Nos quedamos un rato sentados en la cama, mirándonos, y de repente nos echamos a reír; tan fuerte, que entró Annie para averiguar a qué venía tanto jaleo y se puso a dar botes en la cama. Me sentía más cerca que nunca de Karl. Nuestro amor se podía palpar. Era incondicional, estaba más allá de la posesión, más allá del ego: era amor verdadero. El peso del resentimiento no expresado y de los cuarenta años que íbamos a pasar fingiendo se había desvanecido. Fue extraordinario. Estábamos aturdidos. Éramos unos pioneros que entraban en un mundo feliz cogidos de la mano.

Ahora que lo recuerdo, vuelvo a sentirme aturdida. Tocamos una trascendencia, aunque fuese brevemente. Y resultó precioso.

—¿Qué ocurrió después, Connie? —dice la doctora Robinson.

Me vuelvo hacia ella y veo en su cara una mueca desdeñosa. Y la odio con pasión. Es una falsa, otra persona de esas que te apuñala por la espalda. ¡Y pensar que casi confiaba en ella! «Mira en qué lío te has metido», está pensando. Es como todos los demás: se alegra de que fracasáramos. Nuestro fracaso justifica la necesidad de aferrarse al conformismo, de quedarse en ese triste trabajo, relación, lo que sea. Aspira a poco, no arriesgues nada, permanece debajo del radar. Bueno, pues que todo el mundo se anime: no cabe duda de que fracasamos.

—No hace falta que muestre esa superioridad de mierda —le espeto—. Ha vendido su alma. Vive su doble vida, subiendo a hurtadillas a su dormitorio con su iPad para toquetearse furtivamente. ¿Qué vídeo de maduritas ardientes elegirá hoy en YouPorn para poder correrse?

Pensaba que la doctora habría llegado a la conclusión de que había visto el historial de su iPad, pero resulta que no es ningún lince. Se queda con la mandíbula abierta, como si le hubiera dado un puñetazo en la cara. Me inclino hacia delante y ocupo su espacio.

—Es una farsante. Nosotros intentábamos no serlo.

La doctora parece desolada y me siento muy mal. Estoy descubriendo que poseo una espeluznante vena de mezquindad. Ella se coloca el pelo detrás de la oreja.

—Si te ha parecido que mostraba superioridad, lo siento —dice con calma, a pesar de que su cara está tan encendida como una farola—. No era esa mi intención.

Ya ha oscurecido. Siento que una gran boca negra se dispone a tragarse el planeta entero. Doy un salto cuando la lluvia hiere la ventana como fuego de ametralladora. Ya no veo mi hoja. Siento que me caigo. Todo se estropea siempre al final, nada bueno puede durar. Nacemos solos, morimos solos y no se puede confiar en nadie. Bajo la cabeza. Primero lo oigo, una especie de rugido. Tengo que hacer algo al respecto; tengo que detenerlo. Enderezo la espalda y cierro el puño. Me doy un puñetazo en la mandíbula, tan fuerte como puedo. Me sienta bien. Trato de

volver a hacerlo, pero ella me agarra las muñecas con firmeza. Forcejeamos unos momentos. Oigo que llama y que alguien abre la puerta. Me envuelve con brazos robustos. Sigo forcejeando. Me sujeta fuerte; tiene más determinación que yo. Soy débil. Me desmorono.

—Lo estás haciendo muy bien, Connie —me dice—. Lo estás haciendo muy bien.

12

He estado haciendo memoria, doctora R, tratando de recordar cómo fue ese primer trauma. Estaba sentada con Annie en el sofá de casa cuando llegó la llamada. Ya estaba oscuro, pero no había cerrado las cortinas. En el exterior, una pequeña porción de luna, nítida y brillante, se aferraba al cielo azul eléctrico encima de la pasarela. Grupos de viajeros procedentes de la estación pasaban fatigosamente por delante de nuestra casa al volver del trabajo; parecían fantasmas iluminados por las pantallas de sus móviles. De vez en cuando, alguno levantaba la vista y miraba por nuestra ventana, y yo era consciente de lo confortables que se nos veía, de lo bonita que era la habitación y de lo fantástica que era mi vida. Hacía años que no me sentía tan bien. ¿Sabe? Me sentía eufórica desde nuestro acuerdo. De pronto, la vida estaba llena de posibilidades. Josh estaba entrenando y Karl tenía una reunión en el Soho, así que Annie y yo habíamos decidido ver *Toy Story 3* por centésima vez. Annie iba disfrazada de monja. Pasaba por una fase religiosa, favorecida por mí, ahora lo entiendo. Polly y ella habían estado escarbando en el desván y habían encontrado un traje erótico de monja cuya existencia había olvidado. Mi hija se lo había puesto mientras Polly se ataviaba con un uniforme de enfermera un poco sucio, puaj, y ya no se lo había quitado. Le quedaba mucho mejor que a mí, aunque no me entusiasmaba verla así vestida y, por supuesto, no la dejaba salir a la calle.

Estaba tumbada con las piernas encima de mí y un cuenco de palomitas en equilibrio sobre el inflamable hábito de nailon.

—Cuando Dios ha conocido a una chica que le gusta y a la que respeta mucho, ¿tiene sexo con ella? —preguntó.

—¿Por qué estás tan segura de que Dios es un hombre? —dije con mi voz de madre feminista y responsable.

Ella se incorporó, dejó de masticar palomitas y se quedó pensando. Ese día, todos los alumnos de cuarto habían recibido una clase de educación sexual en el colegio.

—Podría ser las dos cosas. Podría tener pena y útero para poder hacer bebés él solo.

—Pene. Sí. Tiene sentido —dije, tratando de imaginarlo.

Estaba disfrutando más que ella de *Toy Story 3*. Cogió otro puñado de palomitas y apoyó el pie frío en la manga de mi chaqueta.

—Creo que el sexo se me dará muy bien cuando sea mayor.

A mi Annie no le faltaba confianza en sí misma.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Me gusta mirar traseros y todo eso.

A veces, con los hijos, es difícil saber exactamente qué cara poner. Me concentré en la película. Estábamos en la escena en que el oso de rayas resulta ser todo un cabroncete.

—Danny cree que a lo mejor es gay —dijo.

Me volví para mirarla, me incliné hacia delante y cogí un puñado de palomitas. Evidentemente, la conversación sobre sexo había continuado en el patio. Tendría que preguntarle a Ness qué le había contado Polly.

—Vaya —dije—. Ha sido muy valiente. ¿Y todo el mundo ha reaccionado bien?

—Sí, claro —contestó—. Dice que hasta podría ser pansexual.

—¡La leche! —solté.

—No digas palabrotas.

—¿Qué puñetas es pansexual? ¿Alguien al que le va la naturaleza?

—Sí —dijo con descaro—. Ya sabes: muñecos de nieve y eso.

Todo era diferente en la casa: se había producido un cambio fundamental entre Karl y yo. Ahora era un lugar de tolerancia y amabilidad. La nueva forma en que vivíamos parecía convenirnos a todos. Me había relajado. Me llevaba bien con los niños. Escribía como una loca: tenía el principio y el final de una historia fantástica y se la había enviado a mi agente, que pensaba poder venderla. Me sentía inspirada en general. Karl había estado varias semanas en Edimburgo (no hice ninguna pregunta) y, cuando volvió a casa, parecía contento, cariñoso y amable. Una noche hasta habíamos hecho el amor de forma espontánea. Y fue mucho mejor sin el matiz de obligación. Hasta mi padre se daba cuenta de que yo parecía más feliz. «¿Ha pasado algo? —me había preguntado, dándome un beso en la mejilla—. ¡Estás radiante, cariño!»

Karl había insistido mucho en que no debíamos hablarle a nadie de nuestro nuevo acuerdo. Yo opinaba lo mismo. No obstante, se lo conté a Ness, pidiéndole que me guardara el secreto. Era sábado y estábamos en su cocina, a punto de tomar el té. Ella intentaba montar el reloj de cuco de Ikea, que yacía en piezas sobre la mesa. Cuando nos quedamos a solas, le exigí que me pusiera al tanto de su vida amorosa: había salido con varias personas, mujeres y hombres. Estaba sirviendo el té, con una mano en la tapa de la tetera a rayas azules y blancas.

—Ness —dije—. Karl y yo hemos tomado una decisión...

Ella sabía mejor que nadie lo fuerte aunque aletargado que resultaba nuestro matrimonio.

—Vamos a tener amantes —añadí.

Se detuvo sin acabar de llenar la taza, me miró y frunció el ceño. No era la reacción que yo esperaba. No se trataba de sorpresa ni alegría, sino de desaprobación. Siempre olvidaba que en el fondo era una mojigata. ¿O creía que le estaba tirando los tejos? ¿Se los estaba tirando? ¿Qué significaba el acuerdo para ella y para mí?

—Qué manera tan curiosa de decirlo —dijo en tono remilgado.

Me quedé desinflada. Me arrepentí de haberlo dicho; me equivocaba al esperar su comprensión. Quería que se alegrara por mí, que compartiese mi ilusión. Ella sabía lo difícil que me había resultado afrontarlo todo. Sabía que había empezado a tomar antidepresivos. Esperaba que me apoyase. Y no lo hacía. No parecía entenderme como antes. Hubo un tiempo en que la fascinaba. Disfrutaba mucho con mi compañía; lo veía en sus ojos. Tal vez haya una etapa en una intensa amistad femenina en la que se apodera de ella una irritación propia de hermanas: una vez que hemos compartido todos nuestros secretos, nos hemos contado nuestra historia la una a la otra, hemos predicho las respuestas mutuas, hemos adoptado las que nos gustan y descartado las demás; cuando nos interesa más impresionar a los extraños que impresionarnos mutuamente;

cuando nos ponemos de parte de otras personas en las discusiones, dejando caer incluso una palabra cáustica o una risita de burla; cuando la solidaridad ha desaparecido y un desinterés marcado ocupa su lugar. Dicho en pocas palabras, ¿había dejado de estar enamorada de mí?

Después de darles de merendar a las niñas, cuando ya me marchaba, me dio un fuerte abrazo y dijo:

—Eres increíble, Connie. Eres valiente. Eres original.

Parece mentira lo fácil que le resultó volverme a inflar el ego, pero lo cierto es que me encantó que lo dijera. Tengo una necesidad profunda y visceral de ser especial. Todos tenemos una necesidad que nos domina: la de Karl es caer bien, obviamente; la de Ness es sentirse segura. ¿Y la suya, doctora R? Ah, está chupado: necesita que la necesiten, ¿a que sí?

Cuando Karl se marchó a Edimburgo, donde iba a alojarse en un hotel romántico e imponente pagado por la empresa (lo vi en internet), nos despedimos en la puerta con un beso, una sonrisa de complicidad y un leve gesto de la mano. No hice preguntas. Ese era el trato. Sola en casa, con los nervios de punta, le envié a Johnny un correo electrónico con la excusa de escribir un artículo sobre periodismo. Para mi sorpresa, me contestó en menos de una hora y quedamos en vernos el viernes en un bar cercano a la London School of Economics. Debí de leer aquel correo cincuenta veces. Todo fue muy fácil. No esperaba que las cosas sucedieran tan rápido y me arrepentí. ¿Qué puñetas estábamos haciendo Karl y yo? ¿No bastaba con ser sinceros? ¿De verdad debíamos pasar a la acción? Le envié un mensaje de texto a Ness, que vino a casa al acabar de trabajar. Bebimos vino y bailamos viendo un vídeo de Fun Boy Three en YouTube. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, no pude pensar en nada más. Mi imaginación se lanzaba al galope en horrorosas direcciones de tipo *Cincuenta sombras*. Llevaba diez años fantaseando con tropezarme con Johnny, especialmente si iba a Brighton, donde sabía que vivía ahora. En mi fantasía me mostraba enrollada, ingeniosa e irresistible. En la realidad no sería así. El mero hecho de pensarlo me ponía histérica. Se me quitó el hambre. Desperté con mariposas en el estómago. Era ridículo.

Le había buscado en Google, por supuesto. Había visto una foto reciente. No había envejecido mal: tenía unas cuantas arrugas más, más barriga y menos pelo, como cabía esperar, pero estaba más o menos igual. Seguramente, él me habría buscado a mí y habría visto bofetones similares de las manos del tiempo. Me sorprendí mirando el espejo de afeitarse de Karl con una mirada renovada. Mi cara solía ser asunto sencillo: dos ojos, una nariz y una boca. Pero ahora había demasiadas cosas: ojeras, arrugas en la frente, arrugas alrededor de los ojos, finas venitas rojas y un bigote albino que habría jurado que no estaba allí el día anterior. Mi cara se había vuelto demasiado concurrida. Era deprimente. Sin embargo, hice lo que pude: me puse tónico y cremas en la piel, me depilé con cera y pinzas ese mostacho, me teñí y ricé las pestañas, me afeité las piernas por si acaso y hasta encontré tiempo para ir a que me depilaran la línea del biquini (por una esteticista demasiado entusiasta, debo añadir; ahora mi pubis parecía una manita de cerdo, imagen que, desde luego, no era la que buscaba). No me malinterprete: no iba a enseñarlo, pero tenía que estar preparada para ese nuevo viaje a bordo del magnífico buque *Libertad*.

El viernes me entró el canguelo. Estuve a punto de enviarle un email para decirle que estaba enferma. Y lo estaba: me sentía enferma de nervios. Ness vino a casa al volver del trabajo para cuidar de los niños y darle un repaso a mi aspecto. Estaba intrigada por lo de Johnny desde aquel

día en las Highlands, cuando le hablé de la tal Janine con la que Karl se mandaba mensajes.

Había estado contando las horas que faltaban para la cita. Hasta me había comprado ropa nueva para la ocasión. Me pasé siglos probando distintas combinaciones y al final decidí no arriesgar: vaqueros clásicos y una sencilla camiseta negra, una imagen informal conseguida con un esfuerzo titánico. Ness me dio el visto bueno, unas gotas de Jo Malone y un tequila seco. Después me empujó a la calle. Me recogí el pelo y me lo solté, luego volví a recogérmelo y seguí así durante todo el trayecto en metro. Cuando me bajé en Leicester Square, casi temblaba. Me planteé la posibilidad de darme la vuelta. Mientras caminaba por Old Compton Street, mi corazón trataba de salir por patas y volver al metro. Pero había conseguido lo que quería: me sentía viva. Me sentía presente.

Entré en el bar.

Johnny estaba allí. Tenía puestas unas gafas de leer y miraba su móvil. Alzó la vista y sonrió al verme. Noté un subidón y crucé la sala. Se levantó despacio y nos abrazamos torpemente por encima de la mesita. Estaba tomando un martini seco y pedí lo mismo. Me resultó familiar, pero también fue como encontrarse con un extraño, como volver a una casa en la que viviste hace tiempo: conoces la forma de cada rincón, pero la decoración ha cambiado. Sí. Conocía su forma: su voz, su risa, su hábito de juntar los dedos, el modo de hablar, despacio, riéndose de sí mismo, sus comentarios irónicos. Pero estaba diferente: parecía más bajo, tenía los hombros encorvados y la espalda inclinada. Había alrededor de su boca marcas que hablaban de decepción e infelicidad; su ánimo parecía más denso.

Tomamos otra copa y nos pusimos al día. Era lo que tocaba. Él habló de su trabajo y yo hablé del mío. Hablamos de sus dos hijas, de diecinueve y veinte años, que vivían con su exmujer. No me decidí a preguntarle si estaba con alguien, y él no me lo dijo. Me preguntó por Karl. Insinué que llevábamos vidas separadas, aunque criábamos juntos a nuestros hijos. Nos preguntamos por nuestros respectivos padres. Su madre había muerto y su padre estaba en una residencia. Pasamos mucho tiempo hablando de ese tema, que nos preocupaba a ambos. Francamente, las horas pasaron volando; nuestra intimidad parecía del todo normal. En un momento determinado, me cogió la mano y la miró con atención.

—Había olvidado tus manos —dijo—. ¡Qué manos tan bonitas!

Hablamos de cómo habíamos terminado y, curiosamente, los dos pensábamos que había terminado el otro. ¿Cuál es la narración real de los acontecimientos, doctora R? ¿Alguna vez cree a alguien? Me preguntó qué era lo que tenía que preguntarle sobre el periodismo. Fingí que estaba haciendo un curso sobre medios de comunicación y le dije que le enviaría unas preguntas.

Nos fuimos a otro bar. En la calle, sentí como si tuviéramos que volver a empezar; nuestros cuerpos tenían que volver a ajustarse el uno al otro. Era más bajo que Karl. Me sentía alta a su lado. Encontramos una mesa cerca del fondo y hablamos. Él cenó y el tiempo pasó demasiado deprisa. Cuando los camareros empezaron a apilar platos en la barra, no quisimos separarnos, así que él me acompañó despacio a la estación de Waterloo. Era una bonita y cálida noche de verano, Londres estaba preciosa y, cuando cruzábamos el puente de Hungerford, me paré a hacer una foto de las vistas. Todo era mágico: la noche, el paisaje urbano, el río, él.

—Oye —dijo, volviéndose hacia mí.

Mi corazón dichoso cantó una cancioncilla.

—Dime —contesté, apoyándome contra la balaustrada.

—Tengo que irme... —añadió, pero no se movió—. He pasado un rato estupendo.

Sonreía. Me miraba. Me miraba de verdad, doctora R, de esa forma en la que solo pueden hacerlo los enamorados. Recordé el día en que le perdí, muchos años atrás, y me atravesó una breve sombra de aquel dolor. Un grupo de veinteañeros pasó por nuestro lado. Debíamos de parecerles muy mayores, pero no nos importó; dejamos que sus voces se apagaran a lo lejos. Se me acercó más y me tocó la cara. Le besé. Qué suaves, gruesos y familiares eran sus labios, cómo los recordaba y los había olvidado. Su forma de abrazarme, su olor, su sabor, ¿puede creerse que olvidemos esas cosas? Y en ese beso sentí todo mi ser centrado en mi boca. Sería capaz de sacrificar años de mi vida por un beso como ese.

Pero luego se apartó.

—No puedo —dijo, sin dejar de abrazarme.

Me escocían los labios.

—Vale —contesté—. ¿Por qué no?

—Es que... estoy... —Parecía incómodo; arrastraba los pies—. Estoy con alguien...

—Oh —dije—. Claro... por supuesto.

—Mmm... Es bastante reciente...

—Claro —Contemplé la catedral de Saint Paul, el recodo del río, el cielo nocturno, las luces, el agua, los barcos... Todos habían perdido un poco de su majestad. Le sonreí—. Es una chica con suerte —añadí, y hablaba en serio.

—Debería habértelo dicho. Creía que... Lo siento. No me esperaba esto...

—Oh, no te preocupes —dije—. Yo tampoco... —Estaba deseando marcharme—. Mira, gracias por acompañarme hasta aquí... Yo también tengo que irme.

—Vale. Estamos en contacto.

—¡Claro! —respondí, caminando hacia atrás y pensando: «No, no estamos en contacto».

—¡Me alegro de haberte visto! —dijo. Se despidió con la mano.

Miré por la ventanilla del tren mientras intentaba asimilar lo ocurrido. Había conseguido lo que quería, ¿no? Me sentía viva, desde luego: animada y emocionada, aunque también triste y asustada. Gracias a Dios, podía volver a mi hogar, con mi maravillosa familia. Miré el móvil. Un mensaje de Ness: los niños estaban durmiendo en su casa. Otro mensaje anterior: se iban todos a dormir a su casa porque nuestra tele parecía haber perdido la conexión.

Así que entré en una casa oscura y vacía. Fui a la cocina y puse orden. Apagué las luces y subí al piso de arriba, recogiendo a mi paso la ropa que encontré desperdigada. En el baño, me lavé la cara y me cepillé los dientes, limpiando el lavabo con la otra mano. Volví al dormitorio, cerré las cortinas, me desnudé y me metí en nuestra cama enorme y fría, y me quedé allí tumbada, a oscuras, escuchando los ruidos de la casa vacía de habitantes; se me hacía extraña, ajena, insuficiente.

Sí, todo había cambiado.

Annie se había acabado todas las palomitas y nos habíamos hundido aún más en el sofá. Estábamos chupando unos polos y viendo los momentos culminantes en los que el pobre Buzz y Woody tratan de escapar de la máquina recicladora, cuando noté que me vibraba el móvil en el

bolsillo trasero. Lo saqué. En la pantalla aparecía el nombre de Karl. Había llevado a unos clientes a cenar en el Soho; supuestamente, había terminado antes de lo previsto y había ido a tomarse una pinta. Contesté.

—Hola, amor —dije.

El ruido de la película no me dejaba oír bien. Me tapé la oreja.

—¡Hola! —repetí.

No contestó.

—¿Hola? ¿Karl? —insistí. Le oía débilmente, como si estuviera muy lejos; me pareció que se reía. Me quité de encima las piernas de Annie y me levanté del sofá con el móvil pegado a la oreja. Fui al cuarto de juegos—. ¿Karl? —llamé. Y luego grité—: ¡Karl!

Sin embargo, seguía sin oírme. Escuché atentamente.

«Oh, nena.»

Pensé que me estaba tomando el pelo.

—¿Sí, nene? —dije.

«Así me gusta, nena.» No bromeaba; estaba muy serio. «Mmm...», dijo como si estuviera comiendo algo delicioso; helado de pistacho, quizá; era su sabor favorito.

Sí, eso fue lo que pensé. Y mientras una sensación repulsiva de espanto me atravesaba desde lo más profundo, mi cabeza no paraba de susurrar que ese era el trato que habíamos hecho.

«Ooh... sí... qué bien...» No comía helado; oí unos besos. «Sí...», gimió.

Había vuelto a fallar, no eran besos.

«¡Oh! Oh...»

Nadie repartiría premios por adivinarlo: eran los sonidos innegables de una felación.

Sé que debería haber colgado, pero había algo fascinante en todo aquello. No pude hacerlo. Me quedé allí, en el cuarto de juegos, con el pie sobre un tapete de Twister, un polo en una mano, el móvil apretado contra la oreja, escuchando a mi marido mientras le hacían una mamada sin saber que yo estaba en su bolsillo trasero, con la oreja y la boca a pocos centímetros de distancia, y el corazón aporreándome el pecho como me lo aporrea en el momento en el que escribo estas líneas. Y seguí escuchando.

«Oh, mi ángel», dijo.

Solía decirme eso a mí.

«Oh, cariño», dijo.

También solía decirme eso. ¿Por qué no colgué?

«Eres la mejor», dijo.

Hacía mucho tiempo que no me decía eso a mí.

«¡Para! ¡Para!», exclamó, y por un momento pensé que tal vez hubiese escuchado la voz de su conciencia: estaba pensando en mí, no podía llegar hasta el final. «¡Tengo que follarte!»

Lo sé, cuelga el teléfono, ¿verdad? Pero no pude, doctora R. En lugar de eso, escuché los sonidos apagados de ropa desprendiéndose del cuerpo, cremalleras abriéndose, respiraciones frenéticas y entrecortadas. Me había tirado al suelo.

«Madre mía, me vuelves loco. Esas bragas blancas me vuelven loco. Todo lo tuyo me enloquece...»

Me quedé rígida con el teléfono en la oreja, escuchando los jadeos exaltados, los suaves chillidos, el placer doloroso del clímax, los estremecimientos y suspiros de saciedad en el largo declive.

Y entonces lo oí: «cucú cucú, cucú cucú».

Ese fue el trauma, doctora R. Por eso se me cayó el pelo: mi marido y mi mejor amiga estaban follando.

13

Esa noche Emma estaba tumbada en la cama, leyendo *Hotel du Lac*. Se sentía agotada. Su jornada laboral había durado catorce horas. Después de dejar a Connie, había tenido varias reuniones —esperaban un informe suyo sobre el caso Mortensen— y una breve comparecencia en el juzgado por un caso que se arrastraba desde hacía meses. Además, se había quitado de encima un montón de papeleo que tenía pendiente. Sus ojos habían recorrido la misma frase por enésima vez antes de cerrarse. Su ritmo de lectura, menos de una página cada noche antes de quedarse traspuesta, resultaba patético, pero ayudaba a distraer su mente de la imborrable intriga real: qué es lo que puede empujar al límite a una madre entregada. Medio dormida, su mente empezó a fluir libre: el cielo nocturno sobre el puente de Hungerford, aquel beso, besos auténticos, bragas blancas...

Dejó que el libro descansara un momento sobre su pecho, vagamente consciente de los sonidos que hacía Si yendo de aquí para allá en la habitación contigua. No tenía la energía necesaria para pensar en ello, pero algo no iba bien entre ambos; se mostraban distantes el uno con el otro y, lo que era peor, no parecía que a ninguno de los dos le importase. Aquello se había convertido en la normalidad: cuando Si no estaba en el trabajo, jugaba a squash o iba a ensayar, y ella apenas estaba en casa; su trabajo resultaba más exigente que nunca. Al día siguiente dedicaría un poco de esfuerzo a la pareja. Debían hacer algo juntos. Se aseguraría de que así fuera: irían al cine o al teatro. ¿Qué había dicho Connie sobre el arte? No se acordaba.

Oyó el ruido de la cadena y, un tanto irritado, su cerebro se puso a registrar los movimientos de Si en el cuarto de baño y sus inevitables consecuencias: al día siguiente, antes de irse a trabajar, tendría que recoger la alfombrilla de baño húmeda que él habría dejado de cualquier manera en el suelo, la toalla torcida en el toallero, las minúsculas salpicaduras en el espejo que habría dejado su cepillo de dientes eléctrico, la suciedad del lavabo sin aclarar, las gotitas de orina alrededor del váter: el diminuto pero continuo rastro masculino diario. Después de tantos años, esos detalles habían empezado a molestarla conscientemente hacía muy poco. Siempre había creído que era su propio problema, su maniática pulcritud, lo difícil que debía de ser vivir con ella. ¿Era Connie quien había despertado su capacidad de protesta? Con los ojos cerrados, alargó el brazo y apagó la luz.

La sacó del sueño una mano en su cadera. Percibió la oscuridad de la habitación, el ruido de un radiador, los fríos dedos de su marido haciendo unos movimientos suaves, casi imperceptibles, que solo podían pretender una cosa. Se dijo que tenía dos opciones: hacerse la dormida, para lo que apenas tendría que fingir porque técnicamente estaba durmiendo, o reaccionar levemente y darle así permiso para hacerle el amor; ni siquiera tendría que abrir los ojos. Debía escoger la segunda opción; debía esforzarse más. Pero entonces, en aquella penumbra informe y turbia, surgió de las sombras otra posibilidad: pensó en esos dedos lisos y artísticos apoyados en el manillar de la bicicleta, en su presencia en el camino, vestido de licra, y le vino a la memoria cómo la había mirado años atrás. Se acordó de aquella fiesta, cuando su

rodilla se apretó contra la de ella en el sofá. Hasta recordaba la tapicería, de gruesa pana marrón. Él se había dado cuenta de que se tocaban, por supuesto. Cuando ella abandonó la fiesta, Dougie fue tras ella y tardó un rato en despedirse. Si Emma hubiera estado más segura de sí misma, habría podido insinuarle que deseaba que la besara. Pero había salido corriendo.

Sin embargo, podía imaginar que se había quedado, que Dougie la había besado, que aquellos labios gruesos habían rozado tiernamente los de ella. ¿Y si hubiera cambiado de opinión y hubiese permanecido en la fiesta? ¿Y si hubiesen regresado a aquel sofá y hubieran seguido bebiendo hasta dejarse caer sobre aquella pana suave con todos los demás cuerpos adolescentes diseminados por la habitación? Podría haber despertado en plena noche y sentir la mano de Dougie en su cadera; los dedos de él acariciándole la piel, despertando cada nervio de su cuerpo, provocando ese fuerte latido entre sus piernas.

Se movió un poco para decir sí al contacto. Los dedos de él se deslizaron por su cadera y ascendieron por los contornos del cuerpo hasta llegar a los pechos. Apretaron la carne con firmeza y pellizcaron el pezón sin hacer ruido, como para no despertar a los demás ocupantes de la habitación. Emma abrió la boca y dejó escapar un gemido silencioso en esa ceguera confusa y segura en la que se sentía libre de expresar y reprimir. Se mordió el labio, notando el miembro duro contra su espalda, en los confines de aquel pequeño sofá. Apoyó su mano sobre la de él guiándola hacia abajo, abriendo las piernas, indicando a los dedos masculinos cómo aliviar el agudo deseo adolescente. Gimió de forma casi inaudible.

—Date la vuelta —dijo Si. Por un momento, esa voz acabó con la ilusión y el placer de Emma disminuyó.

Sin embargo, hizo lo que él le pedía; se dio la vuelta. Para su propia sorpresa, estaba lo bastante húmeda y él no tardó en penetrarla. Regresó Dougie, tocándola mientras Si le hacía el amor. Se correría. Seguro. Todo había durado menos de un minuto e iba a correrse. Y él iba a correrse también. Ambos gritaron de placer.

Sí, todo iba bien en su matrimonio.

Al día siguiente, cuando Emma llegó a la unidad, le informaron de que Connie dormía profundamente; había sufrido un ataque a las cuatro de la mañana. No era una buena noticia, en primer lugar para la propia Connie, pero también porque se acercaba la fecha prevista para que Emma presentara el informe sobre el caso, y ella aún no conocía todos los hechos. Antes de entrar para ver a Connie, Emma pidió la tomografía computarizada y le dijeron que podía acceder a la grabación de la cámara de la habitación.

Se sentó para visionarla en la sala de seguridad, junto al guardia. Por su forma de mirarla, Emma se preguntó si el hombre habría visto la fatídica grabación de su vómito en el aseo. Estaba segura de que no; las cámaras de televigilancia del centro estaban casi siempre desconectadas. Dio un sorbo al té dulce que le trajo el repartidor con su carrito en una de sus rondas. Tenía sabor a hospital, aunque estaba bueno. Rebobinó la grabación. La última persona que entró en la habitación era la señora Ibrahim, que había ido a darle las pastillas de la noche. En ese momento, Connie estaba sentada en la cama. La interacción entre ambas parecía breve y funcional. La

señora Ibrahim se detuvo un instante en la puerta al salir de la habitación y dijo algo por encima del hombro. Connie chasqueó los dedos, se acostó boca arriba y se puso a mirar el techo. Nada insólito.

Durante cinco minutos, Connie se quedó allí, inmóvil, hasta que la luz fluorescente instalada en todas las habitaciones empezó a menguar para indicar que era hora de dormir. Connie se durmió, obediente. Emma adelantó la cinta hasta las dos y veinte de la mañana, momento en el que Connie se despertó, se levantó de la cama y fue hasta la ventana, donde permaneció una hora y cinco minutos mirando hacia el exterior. Luego se dio la vuelta, se aproximó a la cama y sacó un libro de debajo del colchón. Emma se inclinó hacia delante para tratar de reconocer el libro, pero la grabación era de mala calidad. Connie cogió la silla y la acercó a la escasa luz del fluorescente, se sentó y empezó a leer. Estaba de perfil a la cámara. Apenas se movía. De vez en cuando, parecía sonreír o volvía una página. Nadie entró en la habitación durante todo ese tiempo.

A las cuatro menos diez de la madrugada, Connie alzó la vista del libro y se quedó un rato mirando hacia delante. Luego se echó hacia atrás, rígida. Acto seguido, sus miembros se aflojaron y resbaló de la silla con suavidad, como cera fundida. La parte posterior de la cabeza impactó contra la silla de camino hacia el suelo y el libro quedó colgando de su mano con una página arrancada. En ese momento empezó el ataque: agitaba brazos y piernas, y su cabeza golpeaba el suelo una y otra vez. Cuatro minutos más tarde, dos enfermeras se precipitaron en la habitación. Una de ellas se sentó encima de Connie para sujetarle los brazos y piernas mientras la otra le retorcía el cuerpo, le bajaba el pijama y le ponía una inyección en la nalga. Se quedaron así, montando el potro salvaje, hasta que Connie dejó de moverse y se desplomó en el suelo. Entró otra enfermera, levantaron a Connie entre todas y la sacaron con una camilla.

La tomografía no mostraba anomalías. No se trataba de epilepsia. Emma se levantó, le dio las gracias al guardia de seguridad, se colocó el pelo detrás de la oreja, se metió la prueba debajo del brazo y fue hasta la habitación de Connie acompañada de otro guardia. Ese día la habitación olía distinta, más a clínica. La paciente yacía inmóvil en la cama con los ojos abiertos, de cara a la ventana; no pareció percatarse de la entrada de Emma. La habían sedado. Estaba horrible, pálida y frágil, con nuevos cardenales en la cara. Los mechones rojos le daban un aspecto de descuidada irracionalidad. Emma se la quedó mirando. Nunca la había visto tan vulnerable.

Emma se acercó a la cama con cautela y apoyó su mano en el brazo de Connie.

—Hola, Con —la saludó en tono afectuoso mientras cogía la silla, sorprendida ante su propia familiaridad—. Me han dicho que has pasado muy mala noche.

No hubo respuesta.

—Oh, Connie —susurró—. Lo siento mucho.

Nada.

—¿Qué ha pasado? —dijo, más para sí misma que para Connie—. Ibas muy bien.

De pronto, la tristeza de toda la situación la golpeó con toda su fuerza. Emma apartó la mano del bracito flaco de Connie y se levantó. Fue hasta la ventana y miró el árbol desnudo. Seguía allí la hoja solitaria que no se había rendido. Fuera hacía un día precioso. Apoyó la cabeza contra el cristal y lo notó frío.

—El próximo día que venga —le contó Emma al cristal, a la Connie que la escuchaba dentro de su cabeza—, pienso sacarte de esta habitación tan siniestra. Necesitas que te dé un poco de aire fresco... ¿Cómo puede recuperarse alguien aquí dentro?

Sus palabras formaron una mancha de aliento sobre el vidrio. Las limpió con el dedo.

Cuando se volvió para mirar a Connie, vio un descolorido cuaderno rojo tirado bajo la cama. Fue hasta allí, se agachó, con la cara a pocos centímetros de la suya, y alargó el brazo para hacerse con el cuaderno. Tiró de él con las puntas de los dedos y lo sostuvo entre las manos: «Annie Mortensen, 9 años y medio. Privado. No leer». Miró a Connie, que no le devolvió la mirada, y alisó la cubierta con los dedos. La pequeña Annie Mortensen, verdadera víctima de todo aquello. Abrió el diario y echó un vistazo a la pulcra caligrafía infantil. Annie había escrito mucho. Emma se sentó de nuevo y empezó a pasar páginas. En realidad, no sabía qué buscaba. Llegó hasta mayo, momento en el que Connie había descubierto lo que sucedía.

10 de mayo

Mamá se ha pasado el día en pijama y, para ser sincera, tengo que decir que guele mal. No usa beodorante y no se cepilla el pelo ni se pinta los labios. Se le ha puesto la voz muy rara, habla tan bajo que no la oigo. Parece que ya no sea mi madre. No me gusta quedarme con ella. Cuando le pregunto qué pasa dice que no con la cabeza. No me gusta verla así. Se porta FATAL con papá haga lo ue haga y no le deja dormir en su propia cama. Tiene que dormir en el sofá, y eso no es justo porque la mitad de la cama es suya. Anoche lo insultó. Dijo que no tenía NINGÚN respeto por él NINGUNO NINGUNO NINGUNO. Me levanté de la cama y miré por la rendija de la puerta. Ella lloraba y se puso a pegarle a papá y él le dejó y de repente ella paró y se tiró al suelo y él la cogió y la llevó como una muñeca a la cama. Me da miedo. Y él es muy AMABLE con ella le lleva té y hace la cena. Lo peor es que ella ni siquiera sabe lo que yo sé. ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Papá le está preparando una FIESTA DE CUMPLEAÑOS SORPRESA!!!!!!!!! ¡¡¡Se me olvidaba decirlo!!! Nos dijo a Polly y a mí que juráramos guardarle el secreto porque nos encontramos con Ness y él cuando estábamos en el Holiday Inn. Estaban en el bar y él trató de esconderse de nosotras detrás de una palmera. Fue gracioso porque nosotras intentábamos escondernos de ellos porque no queríamos que los del hotel supieran quiénes eran nuestros padres. Pero entonces papá hizo como si no se estuviera escondiendo y TUVO que decirnos lo de la sorpresa secreta. Ni siquiera nos preguntó qué hacíamos allí (habíamos puesto un negocio para vender las botellitas de guisqui a los vagabundos de la estación por 50 peniques cada una). Me hace mucha ilusión lo de la fiesta. Dijo que sería una fiesta en la piscina. Me encantan las sorpresas pero prometí no contárselo a mamá. Aunque yo creo que ella no se lo merece.

12 de mayo

Cuando mamá me ha recogido a la salida del club de circo íbamos andando hacia casa. Polly y Ness nos han alcanzado corriendo y Ness ha cogido a mamá del brazo pero mamá se ha apartado de un salto, le ha dicho algo malo en voz baja, me ha agarrado fuerte de la mano y ha empezado a andar muy deprisa. Ness ha intentado seguirnos y parecía que fuese a llorar. CREÍA QUE TÚ LO ENTENDERÍAS le ha gritado Ness a mamá. Y mamá se ha parado de golpe sin volverse y ha empezado a reírse de una forma que no era ninguna risa. He dicho ¿qué tienes que entender? Pero mamá ha dicho son cosas de mayores. A mí no me parece muy mayor. Francamente si yo fuera Ness anularía la fiesta sorpresa (pero espero que no lo haga. Polly y yo llevaremos los bañadores aunque no sea una fiesta de piscina). Después no me ha dejado ir a jugar con Polly. Es una idiota y la odio.

Emma miró a Connie, sus ojos vidriosos; estaba a kilómetros de distancia, distraída. Llegó hasta la última fecha del diario: 16 de noviembre. Suavemente, tocó el papel en blanco. La punta de su dedo recorrió las rayas, el brusco final, las palabras no escritas, la vida pendiente de un hilo. Vio que una de las páginas no estaba alineada y dejó que el cuaderno se abriera por ella. Estaba medio arrancada; seguro que se trataba de la página que estaba leyendo Connie en la grabación de la cámara. Emma juntó las dos partes.

10 de octubre

> Josh y yo hemos visto el cadáver de la yaya. Estaba en la cama con el camisón, muy blanca con la boca abierta sin maquillage y con arrugas al lado de las orejas. Aún llevaba puestas sus joias. Mi yaya se murió ayer por la noche sin despertarse. Por la mañana el yayo se creyó que estaba dormida y le llevó un café a la cama pero tenía la piel fría. No deja que se la lleven los de la funeraria. El tío David ha llegado esta noche. Su cara pincha.

Dios santo, Connie, quiso decir. Tú lo sabías; sabías que tu madre había muerto; te lo dijeron en Milton House, he comprobado las notas. Qué forma tan rara de redescubrir la muerte de su madre: de puño y letra de su hija. Pero ahora todo era raro en la vida de Connie. Siguió leyendo.

> Polly ha venido conmigo. La yaya y su boca abierta le daban miedo. El yayo no llora solo se queda sentado al lado de la yaya y dice perdona cariño perdona cariño. Porque es culpa suya. Papá ha dicho que no y el tío David ha dicho que sí porque el yayo no vio cuántas pastillas se estaba comiendo la yaya. El médico ha dicho que se comió treinta por lo menos. Papá le ha dicho que no dijera eso y David se ha puesto a gritarle y yo me he echado a llorar porque echo de menos a mamá. Quiero que mamá vuelva a casa conmigo. Quiero que todo sea como era antes con mamá en casa y la yaya no muerta. Esta noche Josh me dejará dormir en su habitación.
>
> P. D. Papá nos ha dicho a Josh y a mí que tenemos que conservar nuestros últimos recuerdos de la yaya. Los míos fueron el lunes cuando llamé por teléfono para decirle feliz cumpleaños y ella se olvidó de mí y empezó a conversar con el yayo. Y cuando me llevaba con ella mientras hacía una taza de té y se comía una galleta y luego iba al váter y hacía pipí como el poni de Dartmoor en la puerta de nuestra tienda de campaña. Conservaré mis recuerdos.

Emma alzó la vista del cuaderno y miró por la ventana. Luego contempló a la mujer que yacía en la cama como un ave herida, el brazo frágil sobre la colcha, la palma rosada y sin vida encima de la sábana, abierta al mundo. Emma alargó el brazo hacia esa mano, cogió los dedos fríos y los apretó con fuerza. Connie parpadeó lentamente. Emma lo consideró un atisbo de esperanza. ¿Esperanza de qué? ¿Cómo podría Connie montar otra vez las piezas de su vida? No tenía ninguna. Esa era la verdad. La enfermedad mental era el mayor aislante de todos; aterraba a la gente, la había convertido en un monstruo. ¿Y cómo iba a sobrevivir nadie a semejante aislamiento?

A Emma le entraron ganas de marcharse.

—Te dejaré descansar —le dijo, apretándole otra vez la mano—. Volveré mañana.

Le pareció que la mano de Connie tiraba, y eso bastó para que se replanteara su decisión.

—Si quieres, me quedo un poco más.

Emma se quedó allí sentada, agarrando a Connie. Cerró los ojos y escuchó los leves sonidos de hospital, fuera de la habitación: puertas cerrándose, zapatos chirriando, un teléfono sonando. Volvió a centrarse en la habitación. La luz emitía un zumbido muy leve en el que Emma no se había fijado antes. Era imposible oír ningún sonido procedente del otro lado de las ventanas a prueba de bala, así que se concentró en su propia respiración. Entonces lo notó de pronto, la conexión, la ausencia de miedo, la libertad más allá de sus propios confines. Era como si siempre hubiera estado allí, esperándola. Pero en su momentánea alegría se hizo consciente de la experiencia y desconectó de inmediato.

Emma dejó el diario. Volvió a levantarse, fue hasta la ventana de nuevo y contempló el magnífico día.

—¿Sabes qué? ¡A la mierda! —exclamó en tono decidido, volviéndose hacia Connie—. ¡Nos vamos!

Emma salió a toda prisa. Cuando volvió, lo hizo con una silla de ruedas, unas mantas y un enfermero. Entre los dos, levantaron a Connie y la sentaron en la silla. Aunque era bastante alta, no pesaba nada; fue como levantar a una niña. Emma trató de actuar con suavidad: el cuerpo herido hacía de Connie un lastre. Sin embargo, la paciente no emitió ni un sonido. Era como si ya nada le importase. El enfermero le puso unos calcetines y Connie se dejó hacer. Emma la envolvió en las mantas y la empujó fuera de la habitación.

A pesar de llevar ya ocho meses trabajando en ese centro, Emma nunca había salido al exterior. Los jardines estaban bien cuidados; el césped, segado; los arbustos, podados. No había flores ni elementos ornamentales, pero el ambiente resultaba muy agradable. Un sendero discurría por el centro en dirección al viejo muro del fondo, donde corría un riachuelo y se alzaban árboles inmensos. Allí fuera, Connie tenía un aspecto distinto, más lastimoso, como si fuera un pájaro torpe caído del nido. El aire frío le enrojecía la nariz y las mejillas. La luz del sol daba un tono cobrizo a sus escasos mechones de pelo. Emma se sacó del bolso un gorro de lana y se lo puso a Connie en la cabeza. Había un banco a medio camino del muro y Emma se detuvo allí. Echó el freno de la silla y se sentó. Se volvió para mirar el pabellón de Connie, su fea uniformidad, las puertas electrónicas, las extrañas torrecillas. Puso la silla de Connie de espaldas al edificio para que pudiese olvidar por un momento que estaba en un psiquiátrico. Y quizá funcionó, porque poco después Connie se ladeó para notar el sol en la cara. Cerró los ojos. Ese rostro tenía belleza, nobleza.

Emma sacó el paquete de tabaco y el encendedor. La Connie de ayer habría hecho algún comentario. Emma echaba de menos a la Connie de ayer; echaba de menos sus comentarios mordaces y su aguda búsqueda de autenticidad en la vida cotidiana.

—Hay algo agradable y paradójico en fumar al aire libre —dijo Emma, sin esperar ninguna respuesta ni obtenerla.

Encendió un cigarrillo y se guardó el paquete en el bolsillo. Miró su móvil. Tenía un mensaje de Si: «Nos vemos en la orquesta. Besos».

Se quedó mirando el texto. ¿A qué se refería? ¿Acaso el concierto era esa noche? Comprobó la agenda del móvil. No, faltaban un par de semanas. Solo había una conclusión: ese mensaje no era para ella. Volvió a leerlo y se quedó mirando los besos. Él nunca enviaba besos después de los mensajes. Si no era para ella, ¿para quién era? ¿Qué miembro de esa orquesta recibía sus besos? Emma alzó la vista al frío cielo azul. Y volvió a bajarla hasta la pantalla.

«Lo dudo», puso, y luego lo borró. Escribió otro mensaje: «¿Eso era para mí?». Y luego lo borró también y se guardó el móvil. Se estaba poniendo paranoica. Estaba haciendo una contratransferencia. Que ella fantaseara con otros hombres durante el coito no significaba que su marido le fuera infiel. Dio una larga y profunda calada, cruzó y descruzó las piernas, y cambió de posición para situarse de cara a Connie.

—Sé que no va a ser hoy, Con. Pero tendrás que empezar a comunicarte conmigo otra vez, cariño —dijo—. Solo así voy a poder ayudarte.

Unos pajaritos estaban construyendo un nido en el arbusto de su derecha. Trinaban excitados, y Emma los observó un rato. Una abeja audaz en una aventura fuera de temporada salió volando de la espesura y se puso a inspeccionar la manta de Connie. Emma la ahuyentó con la mano.

—Vale, voy a seguir hablándote; puedes limitarte a escuchar. En primer lugar, quiero que sepas que no es de extrañar que no pudieras afrontar la muerte de tu madre. Habías perdido a tu gente, tus puntales. Estabas de duelo, Connie. Sigues estándolo. Un triple duelo...

Seguía sin haber respuesta. Emma volvió a centrar su atención en los pajaritos atareados en el arbusto.

—Sé qué es el duelo, Con... —dijo con un hilo de voz—. Sé qué es odiarse a una misma. —Uno de los pájaros saltó a la hierba y se quedó mirando a Emma, ladeando la cabeza. Ella sonrió —. Pero estamos hechos de una pasta muy resistente...

Dio una calada lenta y prolongada, exhaló despacio y guardó silencio. Las dos permanecían quietas como estatuas. Sin embargo, se les acababa el tiempo.

—Sabes que en algún momento tendrás que contarme lo que pasó en el Festival de la Cosecha, Connie. Lo que le hiciste a Ness... Hay varias declaraciones; hubo muchos testigos. Sé lo que dicen ellos. Pero necesito oírtelo contar a ti. Necesito saber qué pasaba dentro de tu cabeza...

No hubo respuesta. Emma alargó el brazo para meter la fría mano de Connie debajo de la manta. Ese día no iba a sacarle nada.

—Ya te dije que ella no presentó ninguna denuncia —insistió Emma.

Dio otra profunda calada y observó la cara de Connie. ¿Qué la empujó a hacerlo? ¿Cuál fue el desencadenante? Trató de imaginar cómo debía de ser la realidad diaria de la vida en esa zona de confort en la que la gente decía «buenos días» y «cómo está fulanito y menganita» y recogía del colegio a los hijos de los demás. Se preguntó cómo lo habría afrontado ella misma. Ness formaba parte de la infraestructura de la vida de Connie: sus hijos, sus casas prácticamente contiguas, las puertas del colegio, enviar cartas, comprar en las tiendas, subirse a su coche. Cómo había sido cuando se supo, persianas abiertas y cerradas, el escándalo, las habladurías, la compasión, los juicios, la gente que «ya lo sabía», que decía que «se veía venir». Qué humillante debió de ser.

Alzó la mirada y contempló un ave que atravesaba el cielo. Tenía que tener paciencia con Connie. Pensaba en ella como en una madeja de hilo enredado que solo podía desenredarse despacio, metódicamente, sujetando el extremo suelto, clavando las uñas en los nudos, los dientes si hacía falta.

Emma miró su reloj. Ya casi era hora de volver; al ir a ponerse de pie, le sorprendió ver que Connie tenía los labios entreabiertos. Trataba de decir algo.

Emma se aproximó.

—¿Qué, Connie? Dime —la animó, acercando la oreja a sus labios.
—Or... —susurró Connie con voz ronca—. ¡Orquesta!
Emma la miró a los ojos y vio que sonreía. Connie soltó una carcajada áspera y lastimosa.

14

Desde el ataque, me han dado más libertad. Ahora que he hecho un papel penoso, resulta que están dispuestos a confiar en mí un poco más que antes. Para ellos, lo ideal sería que yo fuese una masa amorfa y estática, tirada en la cama con la boca abierta, ingiriendo pastillas por un extremo y expulsando bolitas de excremento por el otro. Sin embargo, la Chirridos me saca de mala gana al jardín para tomar el aire fresco recomendado, supongo que por la doctora Robinson. Me alegro. Hace un día soleado y estoy calentita bajo las mantas. La Chirridos no es ninguna amante de la naturaleza; el sol le hace estornudar, dice. Afirma con orgullo que el aire fresco no le conviene, como si le hubieran diagnosticado una enfermedad. Lo que tiene es vaguitis. Así que nos vamos derechas al banco para que ella pueda seguir con su sopa de letras. Ya no voy en silla de ruedas, pero caminamos despacio, como si yo fuese una ancianita. Hasta el portátil me parece pesado. Mi cuerpo está muy débil. Esta mañana, al ducharme —con agua templada, porque sigo siendo sensible al agua caliente—, me lo he mirado sin reconocerlo: estoy translúcida, escuálida y asexuada. Como una extraterrestre, pero sin las ventajas.

Sin embargo, tengo una admiradora. Sita la Loca está también en el jardín. Tiene una visita, su madre, creo. Es una mujer de rostro ovalado y sari centelleante que no parece tener frío ni avergonzarse de los abundantes pliegues de carne que le rodean la cintura. Sita la Loca habrá heredado de ella su sentido del abandono. Sita va por ahí recogiendo briznas de hierba, saltando de una zona de césped a otra, confusa y asombrada a la vez, porque no es capaz de entender cómo es que la hierba está más verde a su izquierda que a su derecha. ¡Mira la luz, lunática!

La Chirridos me lleva a otro banco porque la madre de Sita la Loca nos ha tomado la delantera. La señora está devorando una tableta de chocolate con leche Cadbury, indiferente a la cabra pisadora que tiene delante.

Me alegra que Sita la Loca tenga visita. Yo no he tenido ninguna desde que vino el Escurridizo, y de eso parece que ha pasado mucho tiempo. No puedo dejar de pensar en mi anciano padre y en cómo se las arreglará sin mi madre. Nada bien, eso lo sé. Ni siquiera es capaz de poner su vida en orden y venir a verme; habría estado bien que el Escurridizo le hubiese traído.

Mi madre está muerta. Mi madre murió hace más de dos meses, según me dicen. Jamás volveré a verla. Jamás. Ese no es un concepto que pueda asimilar. La doctora Robinson dice que he guardado la información en un lugar escondido de mi cerebro. Tiene razón. Parece como si alguien me lo hubiera dicho en un sueño; como si otra Connie lo supiera, otra Connie que viviese en otra dimensión. Me siento dividida: esta Connie, yo, está ocupando solo una pequeña parte de mí misma. Si yo fuese una casa, estaría en el recibidor, rodeada de puertas cerradas. Me he acurrucado en el suelo hecha un ovillo.

Quiero una visita. Me siento tan sola que me veo obligada a conversar con la Chirridos. Está con la cabeza gacha, metida de lleno en su sopa de letras. El tema es «medios de transporte».

—¿Sabe si mi padre va a venir a verme? —le pregunto.

Desliza el corto dedo triangular arriba y abajo por las columnas de letras y se encoge de hombros.

—No soy vidente.

Echo de menos a mi madre.

—¿Ha visto alguna vez a alguien con una sobredosis?

—Claro —dice, rodeando con un círculo la palabra «volquete».

—¿Es una muerte dolorosa? —le pregunto.

Espero que no, la verdad, espero que simplemente se durmiera.

—Es una agonía. —Está en racha: «caravana»—. Vomitas hasta las tripas.

Trato de no pensar en ello. Cierro esa puerta y abro mi viejo Dell.

Vomité hasta las tripas, doctora R; lo hice allí, en el tapete de Twister, después de escuchar cómo follaban. Fue algo visceral, una gran purga desde el centro de mi ser. Mi recuerdo de lo que ocurrió después es una mancha borrosa, pero debí de limpiarlo todo y sé que vi el resto de *Toy Story 3* con Annie entre mis brazos, apoyando la barbilla en su toca de monja, con un fuerte escozor en los ojos y la sensación de haber recibido un puñetazo en plena cara. Cuando volvió del fútbol, Josh estaba distinto, como si hubiese crecido desde que salió de casa: tenía la voz más grave, el pelo más oscuro; se había convertido en un hombre en aquellas pocas horas.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó.

—Sí —dije, sonriendo, y eso pareció bastar.

Observé cómo una versión de mí misma le preparaba unas tostadas con judías. Mi hijo me dio las gracias, cenó, sacó el móvil y subió a su habitación. Me llevé a Annie arriba. La niña hablaba sin parar, aprovechándose al máximo de mi confusión, preguntándome si le prestaba cien libras para montar un puesto de helados. Con grandes dificultades, porque Annie no dejaba de dar volteretas en la litera de arriba, jugando a morir aplastada en una compactadora de basura, la metí en la cama y la arropé en su mundo inalterado. Luego me senté en mi propia cama, donde nada me resultaba familiar.

Hasta mis manos parecían pertenecer a una extraña. Eran las manos de mi antigua yo, la Connie de unas horas atrás, una inocente. Ness estaba allí, en mis manos. Para ser exactos, en el dedo anular de la mano derecha: mi precioso anillo con una flor, regalo suyo. Le di unas vueltas en mi dedo y me lo quité, lo dejé en la mesilla de noche y me quedé mirándolo. Me encantaba ese anillo. También estaba allí, en la mesilla de noche: tres de aquellos libros eran suyos. Alargué la mano despacio, les di un golpe y cayeron. También estaba allí, en el marcapáginas del suelo, una postal de David Hockney que ella me había regalado. La recogí. «Querida C —ponía en el reverso—, te estaré eternamente agradecida por tu amor y amistad. Te quiero, Ness.» Aparté la mirada. Estaba allí, encima del tocador: mi bolsa de maquillaje era un regalo de cumpleaños. Y allí estaba, colgada de la puerta: mi quimono, un regalo de Karl. Ella era la única persona, incluida yo, que lo había llevado. Volvieron a escocerme los ojos, aún no me había recuperado del puñetazo. Ni siquiera el techo estaba a salvo de ella: su cuñada había confeccionado la pantalla de la lámpara; yo la había comprado en una visita privada a la que habíamos ido. Ness lo había invadido todo, incluso a mi marido.

Ahora que vuelvo la vista hacia aquella idiota sentada en la cama, esto es lo que veo con claridad: de las emociones en conflicto que se arremolinaban desmandadas a mi alrededor, la más básica era muy simple. Me sentía excluida. Las dos personas más queridas para mí me habían excluido de su club. Yo estaba de más. Sencillamente, no me necesitaban. Yo había estimado mi propia valía mucho más que ellos. ¡Qué imbécil! ¿En cuántas ocasiones habían deseado que yo no estuviese para poder disfrutar de su mutua compañía, cambiando muecas a mis espaldas? El absoluto ridículo de mi presencia me avergüenza incluso ahora.

Me quedé sentada en la cama, esperando durante horas mientras los niños dormían tranquilamente en sus habitaciones. Me dolía la cabeza y mis pensamientos cortaban como esquirlas de cristal. Ya nada era lo que parecía. No paraba de recordar momentos de felicidad. ¿Cómo no vi lo que tenía delante de las narices? Toda esa gente de la que me había reído cuando me decían: «Yo nunca dejaría que mi pareja fuese al cine/teatro con otra mujer». Qué superior me había sentido ante semejante mezquindad, semejante posesividad, semejante falta de confianza. Pues resultaba que tenían razón. Y cuánto me hería la decepción.

No lo entendía. Todo era muy complicado, y yo detestaba las complicaciones. Pensaba que mi acuerdo con Karl tenía la finalidad específica de evitar las complicaciones en nuestra vida. Él habría podido escoger a cualquiera. ¿Por qué ella, una jugada tan claramente destructiva? ¿O formaba parte de su plan desde el principio? ¿Cómo me había dejado manipular con tanta facilidad?

Por fin le oí entrar, cerrar la puerta, echar el cerrojo: el guardián, el protector de la casa, había regresado. Escuché sus pisadas subiendo las escaleras y creí que me iba a entrar el pánico, que me derrumbaría. Cogí rápido uno de los libros y fingí leer, con el marcapáginas en el regazo y sus palabras de amor garabateadas sobre mí. Karl estaba en el rellano, delante del dormitorio. Me pregunté cómo demonios iba a poder mirarle.

—Hola —dijo, colgando su chaqueta encima del quimono—. ¿Has pasado una buena tarde? —preguntó con un bostezo.

—Sí —dije, y me sorprendió la calma de mi voz.

Resultó que sí podía soportar mirarle; era él quien no podía soportar mirarme a mí. De hecho, su presencia me fascinó. ¿Cuántas veces en la vida tenemos ocasión de observar a sabiendas a un falso, de presenciar la representación de una farsa, la mentira que parece tan auténtica? Me sentí momentáneamente sublime desde allí arriba, mientras trotaba en mi caballo por el sendero elevado de la virtud.

Bostezó de nuevo. Sí, siempre bostezaba cuando mentía, me había dado cuenta cuando hablaba por teléfono con su familia. Simplemente, hasta ese momento no me había dado cuenta de que también lo hacía conmigo. Mientras se desvestía, hizo tantos aspavientos como pudo para parecer cansado. Ya estaba casi desnudo, tras las caricias y abrazos de ella; busqué marcas de apareamiento en su piel de celacanto. No se metería en mi cama, eso seguro.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté con desinterés, otra vez sorprendida por mi propia voz.

Dejé el libro sobre la mesilla de noche. Si él no hubiera estado tan absorto en encubrir su delito, quizá habría visto que estaba al revés y que me temblaban las manos.

—La verdad es que hemos quedado en un pub.

—Ah. ¿En cuál?

—Coach and Horses —contestó al instante.

Miré ostentosamente la hora en el móvil.

—Es tarde. ¿Han dejado que os quedarais después del cierre?

—Sí —dijo.

Se estaba quitando los calcetines, sentado en la cama, de espaldas a mí.

—Entonces ¿no te has pasado por ningún sitio al volver a casa?

—No —dijo, emparejando los calcetines, enrollándolos e inclinándose hacia delante para meterlos en el cajón en una sospechosa exhibición de pulcritud.

—¿Ni siquiera por casa de Ness?

Hizo una pausa. Avergüénzate, tonto del culo.

—Ah, sí —dijo, como si se acordase de pronto; el muy desgraciado no sabía que estaba acorralado—. Quería que le echara una mano para poner en marcha el calentador... El botón de encendido se había quedado...

Bla, bla, bla. Gilipolleces de tíos; era yo quien sabía poner los calentadores en marcha.

—Y entonces te has resbalado y tu polla ha caído accidentalmente dentro de su boca, ¿no?

Se volvió de golpe.

—¿Qué?

—Tu móvil me ha llamado, pedazo de gilipollas.

Nos estábamos mirando a los ojos. Le había atrapado y él lo sabía. Sacudí la cabeza despacio y contemplé cómo se desvanecía todo: mi orgullo, su fingimiento, mi respeto, su dignidad, mi control, nuestro trato, nuestra búsqueda de la verdad y la sinceridad, nuestra intimidad, nuestra familia. Sentí que todo se alejaba de mí. Los ojos se me llenaron de lágrimas, la voz se me quebró.

—¿Cómo has podido?

Durante un par de segundos buscó unas palabras que no estaban allí, pero enseguida supo darle la vuelta a la situación.

—Pensaba que no te importaría —dijo con aire despreocupado—. Ese fue el trato, ¿no? ¿Por qué debería importarte? Yo no te pregunto qué haces con... te estás tirando a ese tal Hapgood...

«¿Por qué debería importarme?»

—Pensaba que no íbamos a hablar de eso —dijo—. Lo que pasa fuera de casa se queda fuera de casa.

—Pero es que no está pasando fuera de casa, ¿vale? —vociferé—. ¡Es mi mejor amiga, joder!

—¡Lo sabía! —exclamó, extrañamente exultante—. Reconócelo, Connie. Nunca habrías podido con la situación, eligiera a quien eligiese.

—¡Sí que habría podido! ¡Pero no con ella!

—¡Chis...! —susurró de forma brusca, condescendiente, mirando hacia la puerta, como si yo estuviese histérica, como si mi comportamiento fuese desquiciado—. ¡Baja la voz!

—Conque ahora te preocupas por los putos niños...

Me eché a llorar sin poder evitarlo. Lágrimas de indignación resbalaban por mis mejillas.

—No entiendo por qué te disgustas tanto —dijo, aparentando perplejidad, levantando las manos con aire inocente.

—Es mi amiga —fue todo lo que pude decir.

Dios mío, iba a negarme mis propios sentimientos, mi legítimo dolor. Me derrumbé; me retorcí de una forma horrible, sollozando y moqueando.

Entonces, con cautela, como si se acercara a un perro rabioso, vino hacia mí y se sentó en la cama, a mi lado, alargando una mano para consolarme, o para asfixiarme, porque sentí como si apretara una almohada contra mi cara.

Jadeo, buscando aire. Sita la Loca se encuentra de pie, a mi lado. Está colada por mí. Lleva algún tiempo dejando prendas de amor por todas partes, compresas con mensajes garabateados que me pasa por debajo de la puerta. «Tienes unos trozos de pelo bonitos.» «Tienes una nariz bonita.» «Tienes una tira del sujetador bonita.» Sofisticada literatura erótica. Aun así, me alegra saberlo. No he perdido la antigua magia.

—Tú, guapa —dice, sentándose a mi lado y dándome un puñado de hierba.

No puedo respirar, el corazón me late demasiado deprisa. Tengo un ataque de pánico; necesito mis pastillas. Respiro hondo varias veces y meto la nariz en la hierba. No hay nada como un aroma para devolverte al presente, o para llevarte de regreso al pasado. La madre de Sita la Loca ronda cerca de ella, tambaleándose. Ambas parecen esperar alguna reacción por mi parte, aunque no sé cuál: ¿una proclamación de amor eterno? ¿Una rodilla doblada?

Recupero el aliento y me planteo la posibilidad de comerme la hierba, masticarla y escupirla. Sin embargo, ya no tengo la energía necesaria para esa clase de bromas. La Chirridos ni siquiera se percataría: acaba de encontrar «tren de carretera» y, colmada por la gloria de sus logros, se pone de pie.

—Es la hora del escáner, Connie —dice, y ofrece su sonrisa de tiburón a la madre de Sita la Loca—. Connie tiene que entrar ya, Sita —le dice a Sita la Loca con una voz dulce y extraña, como si hablara con el niño Jesús y no con una chalada que mató a diez gatos con sus manos.

Las dos asienten con la cabeza. Ojalá tuviera a mi madre para poder asentir con ella. Luego, las tres contemplamos a Sita la Loca, que se levanta del banco de un salto y corre hacia los árboles para retozar entre las hojas. Me pregunto si la madre sabrá que su hija es una voraz onanista.

Poco después, mi nueva y variopinta pandilla y yo volvemos a entrar.

15

¿Se siente como una diosa, doctora R, al curar a los enfermos, mitigar su dolor y recetarles medicinas con un garabateo de su pluma? ¿O simplemente se siente como un camello con más clase y peor coche que los otros?

Los dos prometieron que se había acabado. Ness me envió varios mensajes de texto suplicantes: «Nunca más volverá a pasar». «Perdóname, por favor.» «No puedo soportarlo.» No respondí. Quería que ella sufriera. Bueno, miento, le envié un mensaje: «Vete a la mierda, cabrona». Estaba tremendamente enfadada. En cierto modo, me resultaba más fácil comprender al Escurridizo que entenderla a ella. Me sentía culpable en parte por el comportamiento de él. Salirnos del camino trillado en nuestro matrimonio había sido una decisión conjunta, o eso parecía; de alguna manera, yo era responsable de su necesidad de sentirse atractivo y, como era muy vago, apenas había mirado más allá de la puerta de la calle. Pero ¿Ness? No, ella sabía cómo estaban las cosas, había explotado mis debilidades; había manipulado los acontecimientos en su propio beneficio.

Hubo horas sombrías en que me devoraba la angustia mientras repasaba recuerdos y captaba las mentiras, como la vez que ella me dijo que estaba en el teatro y esa misma noche Karl me dijo que estaba jugando al fútbol y se me hizo raro que se hubiera dejado el botiquín. Se apoderaba de mí un pánico galopante. Pero, en realidad, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Qué opciones tenía? Ella y yo estábamos demasiado inmersas en la vida de la otra, no solo por lo que se refería al colegio y a la comunidad, sino también a nuestras familias. Si la expulsaba de mi existencia, traumatizaría a todo el mundo: tendríamos que mudarnos a otra casa, trastornar a nuestros hijos, y todo porque yo no podía con algo que yo misma había provocado. Además, no había ninguna posibilidad de dejar de verla, así que tuve que buscar un modo de afrontarlo: hasta me planteé la poligamia. ¿Podíamos compartir los tres nuestro amor? Para ser sincera, doctora R, me ofendía levemente que ninguno de los dos me hubiera ofrecido esa oportunidad antes de fundar su propio club sin mí. Me extrañaba que esa opción no se le hubiera pasado a Karl por la mente y por la polla. ¿Me daba celos que Ness hubiera elegido a Karl y no a mí?

Traté de encontrar aspectos positivos en la situación, de apreciar el hecho de que mi marido fuera lo bastante atractivo para que la hermosa Ness le hubiera deseado. Buscaba formas de existir sin el dolor, ¿sabe? Trataba de engañar a mis sentimientos. Pero era mucho más convencional de lo que esperaba. Tenía dos opciones: sonreír y aguantar, o complicar mucho la vida de todo el mundo. Nuestras estúpidas y temerarias decisiones no debían afectar a los niños. Tenía que aceptarlo. La guerra continuó, pero, al cabo de un par de semanas, dejé que Karl volviera al dormitorio.

Cambié muy deprisa. Mi alegría se había desvanecido y no la encontraba. Me mostraba cínica y suspicaz con todo el mundo, incluso conmigo misma. ¿Cómo había podido equivocarme tanto con esas personas, las más cercanas? Si no eran quienes yo creía, tampoco lo era yo.

En privado, me pasaba horas mirando por la ventana, buscando alivio en el alcohol o el sueño, mientras las necesidades y exigencias de los niños me resbalaban. Ya no tenía absolutamente ningún interés en escribir mi libro. Había perdido toda perspectiva; parecía absurdo fabricar historias cuando mi propio mundo estaba repleto de dramas repugnantes. Había estado viviendo de buena fe el mayor de los tópicos: el marido y la mejor amiga. Cero sobre diez en originalidad. Nuestro hogar se había vuelto peligroso, un campo de minas que había que salvar. Veía su casa desde la ventana de atrás; cada vez que subía al piso de arriba, mis ojos miraban lo que ocurría allí.

En público, estaba desarrollando una curiosa risa traqueteante que no tenía nada que ver con lo que estaba diciendo o sintiendo. Y lo que decía no tenía nada que ver con lo que sentía. Parecía un fantasma con aquella expresión rara y valiente: en la puerta del colegio, en el súper, en los laterales del campo de fútbol, en la calle. Pero cualquier leve muestra de mala educación bastaba para que todos vieran la verdad. Me dejaba hecha polvo el claxon de un extraño, una mirada hostil, un comentario de pasada o un empujón a destiempo en la acera; asomaban lágrimas a mis ojos. Nunca me había sentido tan frágil; tenía los bordes finos como la porcelana.

En otro tiempo habría podido acudir a mi madre para que me protegiera, para que pusiera mi dolor en perspectiva con sus maravillosas palabras y su amor a toda prueba: «Esto es solo un capítulo en la novela de tu vida, cariño, algo que añade profundidad e intriga, retos que superar», etc. Pero ya no podía confiar en mi madre: el Alzheimer la había convertido en un peligro con respecto a los niños. La echaba mucho de menos, doctora R, echaba de menos a mi madre de antes. Lo triste es que, cuando eres más vulnerable, cuando más necesitas amistad y contacto, te encuentras en la peor situación para pedir ayuda. No podía fiarme de nadie. Todo aquello pasaba demasiado cerca de casa; había demasiado en juego. No podía arriesgarme en modo alguno a que los niños oyeran un comentario inoportuno, un chisme que destrozase su mundo. Mi silencio resultaba vital.

Un día me llamó Grace, amiga de la infancia, para expresarme su inquietud por una foto en la que me habían etiquetado en Facebook: estaba esquelética y tenía ojeras. Ella vivía en Norfolk y no tenía nada que ver con mi pequeño mundo, así que hablé con ella por teléfono mientras caminaba por la orilla del río e inspiraba el aire fresco, lejos de la atmósfera enrarecida de casa. Me atreví a explicarle lo que estaba pasando. Pero me retraje como una araña cuando percibí su reacción ante mi «acuerdo» con Karl. Pude oírlo en su voz: «Si juegas con fuego, lo más fácil es que te quemes». Me callé y, al finalizar la conversación, me sentí más aislada que nunca. Tenía toda la razón: la culpa era solo mía. Yo era la responsable del desastre. No merecía complacerme en mi papel de víctima. No podía comer. No dormía. Noche tras noche, me despertaba con el corazón desbocado en esas horas eternas que preceden al alba, sintiendo que me deslizaba en el oscuro abismo, que me aferraba a sus paredes hasta que salía el sol y el día me ofrecía la pequeña tregua de la rutina. Josh me preguntó qué pasaba: «¿Os vais a divorciar?». Cuando le respondí «No lo sé», cerró de un portazo. «Todo saldrá bien», le dije a la puerta. Mi otro trabajo acusaba la situación; no entregué un encargo en la fecha prevista y perdí un cliente. Y, lo peor de todo, la lofepramina no me hacía ningún efecto: solo podía afrontar las crisis si eran imaginarias.

—Hola —dijo la doctora Rhys Evans al verme entrar.

Sus ojos me repasaron de arriba abajo. Apretó los labios, y su sonrisa de *rigor mortis* se asemejó a la mía. Detecté un atisbo de regocijo al ver mi apariencia. ¿Sabe? Ella me consideraba parte del club guay, y siempre es un placer ver caer a los poderosos, ¿verdad, doctora R?

—Me alegro de verte —dijo, haciendo girar su silla, cruzando una pierna calzada con una bota cara por encima de la otra—. Oye, ¿irás esta noche al concurso?

Estaba temiendo que llegara la noche del concurso del colegio. Teníamos una mesa reservada desde antes de que empezase todo aquello; los de siempre, nuestras dos familias. Hasta Leah venía (todo el mundo felicitaba siempre a Leah y a Ness por haber desarrollado una relación perfectamente amistosa). El concurso anual era todo un acontecimiento para los niños y resultaba imposible eludirlo. Les debía una apariencia de normalidad.

—Sí —dije.

Solo quería que me aumentara la dosis de antidepresivos y largarme de allí lo antes posible.

—¿Cómo está Ness? —preguntó alegremente.

Sonreí y asentí con valentía moviendo la cabeza, pero no pude hablar.

—La vi el otro día. ¡Caramba, qué guapa es esa mujer! ¡La han puesto en este mundo para que las demás nos sintamos como una mierda!

Sonreí un poco más. «Dame la puta receta.»

—¿Y tu madre?

—Más o menos igual...

Tendría que ser directa. Ella no era la clase de persona sensible a los ambientes o al subtexto.

—Quería preguntarte por la lofepramina...

—Ah, sí —dijo apenada, mirándome la tripa—. Madre mía, qué delgada estás siempre. ¿Cómo demonios lo haces? ¡Qué suertuda!

Por un momento, no supe qué contestar. «Bueno, ya sabes, la dieta del reloj de cuco funciona de maravilla.» No pude hablar por miedo a echarme a llorar.

—En fin, ¿cómo te va? ¿Algún efecto secundario?

—Estoy bastante ansiosa —dije—. No duermo.

—¿En serio? —preguntó, y no me gustó su tono—. ¿Hay algo en particular que no te deje dormir?

Negué con la cabeza.

—Estoy estresada, eso es todo.

Se me quedó mirando unos momentos.

—¿Y tus reglas? ¿Cómo son?

—No, no es eso...

—A veces, las hormonas de la perimenopausia te vuelven un poco majara.

«No puedo vivir con este dolor dentro. Tienes que ayudarme.»

—Es más bien ansiedad —dije—. Tengo ataques de pánico...

—Oye, el tratamiento hormonal sustitutivo es la solución.

—Mi psicóloga me ha dicho que hablara contigo sobre mi receta...

Eso era mentira, claro. No tengo psicólogo. No estoy en contra de la terapia, pero siempre he dado por sentado que nunca encontraría a uno al que respetase. Si voy a buscar consejo, quiero recibirlo de alguien a quien realmente pueda admirar, a ser posible, alguien perfecto, como un

gurú o un santo. Al menos, alguien que lleve una vida ejemplar, no alguien como usted, con sus problemas con su maridito y sus barritas bajas en calorías en el bolso. No se ofenda.

—Ansiedad e insomnio —dijo, chupando el bolígrafo de una forma extrañamente sugestiva.

Tuve la sensación incómoda de que trataba de impresionarme.

—Ella opina que deberías aumentarme la dosis —mentí.

No le gustó nada que le dijera eso, lo vi con claridad. Levantó una de sus cejas de muñeco de ventrílocuo y tecleó algo en el ordenador.

Luego se volvió hacia mí, toda giros y secretos.

—Me parece que tengo justo lo que necesitas...

Sabía que acababa de engancharme, y no había nada que le gustase más en el mundo a la doctora Rhys Evans que tener enganchada a la gente; pasaban muy pocas cosas fuera de su consulta.

—Mira —dijo en tono de conspiración—. No voy a decir nombres, pero todos los famosos que vienen aquí toman unas píldoras que son una maravilla. Entre tú y yo, se las receté a Leah y me dijo que eran una pasada.

«Las quiero.»

Ahora que lo pienso, aquella mujer era increíble; había revelado un nombre e infringido el código ético en una sola frase.

—¿Qué son? —pregunté con demasiada desesperación, como una mujer que se está ahogando y se agarra a una ramita.

—Te calman, como el Valium o el Zanax. Son de la misma familia, benzodiacepinas. Las puedes tomar como y cuando haga falta, no sé si me entiendes. Solo me dejan recetar catorce cada vez.

Escuchamos mientras la impresora, asmática, resucitaba mis esperanzas.

—¡Prométeme que no me demandarás en diez años! —dijo, riéndose.

Reconozca, doctora R, que eso suena muy raro en boca de una doctora.

Le arrebaté la receta de los dedos.

«Cuando y como haga falta» resultó ser esa tarde, cuando la perspectiva de participar en el concurso, con sus corrillos conspiradores, sus secretos susurrados y la consiguiente pantomima, se me hizo excesiva. Me metí en la boca la primera pastilla justo antes de salir de casa. Cerré la puerta con llave y Annie echó a correr para alcanzar a Polly. Josh tuvo el detalle de fingir que quería hablar conmigo durante un rato, pero aceleraba el paso y pronto estuvimos caminando juntos los ocho, como habíamos hecho cada año durante los seis últimos. Todo era igual que siempre, salvo que yo me moría por dentro. Josh y Evie iban de la mano mientras Josh trataba de incluirme en su conversación. Me había percatado de que últimamente percibía mi vulnerabilidad, que había cambiado su comportamiento hacia mí; se mostraba amable y tierno conmigo. Hasta ordenaba su habitación a menudo. En ese momento, le quise con toda mi alma.

Annie y Polly se habían adelantado para rodear las cacas de perro con círculos de tiza. Me encontré con el primero: «Precioso de berdad», había garabateado Annie junto a la caca. «Delizioso», ponía junto a la siguiente. Mi hija ya dominaba el sarcasmo. Como de costumbre, Leah miraba su móvil, presente solo a medias, ignorante de las travesuras de su exmujer. Y luego estaban los traidores. Los miré con odio. Ness tuvo la decencia de parecer algo crispada y no mirarme a los ojos, pero Karl se reía mientras avanzaba dando grandes zancadas, como si sus

hazañas no le avergonzaran lo más mínimo. ¿No había que pagar ningún precio por la traición? Me pregunté cómo demonios soportaría la velada sin darles un puñetazo a cada uno. Ya solo un milagro podía salvarme.

¿Sabe una cosa? ¡Me salvó un milagro, doctora R! Empecé a sentirme distinta al poco de llegar. Fue extraordinario. Noté que la tensión de mi cuerpo empezaba a disiparse. Fue mágico, como si la mano de Dios se hubiese apoyado sobre mi hombro; sentí que Sus grandes y fuertes dedos, capaces de aplastar el mundo, deshacían tiernamente los nudos de mi espalda, ahondando en mi cuello, eliminando todo ese estrés con su masaje. Mientras charlábamos junto a las puertas con una copa de vino, noté el cuerpo cálido y maleable. Cuando me senté a nuestra mesa, observé que algo maravilloso ocurría dentro de mi cabeza: solo puedo describirlo como la sensación de tener el cerebro sumergido en un baño caliente. Me quedé allí sentada, sonriendo de oreja a oreja. Creo que nunca en mi vida me había sentido tan bien: cien por cien bien. ¡Tan completa! ¡Tan sosegada! Mis problemas daban risa. ¿Por qué me había preocupado tanto por todo si la vida podía ser así? No había nada que temer, ahora me resultaba obvio: la vida era un regalo. Saludé a la doctora Rhys Evans y al idiota encantador de su marido. Saludé a todos. Los amaba a todos. Amaba el colegio. Amaba a Karl. Amaba a Ness. Yo era amor en estado puro.

Vale, quizá me dejé arrastrar por el entusiasmo durante el concurso, puede que me pusiera demasiado competitiva con la mesa de la profe de mates. Tal vez grité demasiado, me reí de forma demasiado estridente, y sí, vi cómo me miraba el director. Sin duda, no debería haber bailado así, ni caerme y hacerme un chichón. Quedarme frita en el lavabo de las niñas, al lado de la escobilla, tampoco fue la mejor de las ideas. Sin embargo, jamás en mi vida había sentido tanta paz y compasión por la raza humana.

Sí, doctora R, el paraíso es una pastilla de un miligramo llamada lorazepam.

Al día siguiente, no tenía tanto dolor de cabeza como cabría suponer y el chichón había menguado considerablemente. También lo habían hecho mis abrumadores sentimientos de amor. Ness me suplicó en un mensaje de texto que fuese a dar un paseo con ella. Me dignné aceptar con una respuesta seca: «16.30 h. Puerta de tu casa». No me molesté en escribir verbos; no se los merecía. Me presenté tarde, solo para demostrarle que era yo quien tenía la sartén por el mango. No quería cruzar la verja y llamar a la puerta: cosas que había hecho miles de veces se habían vuelto ahora imposibles. Me quedé esperando en la calle, pero, por desgracia, Evie me vio y vino a abrir la puerta. Me puse a rondar por la entrada con una sonrisa y a hacer comentarios banales, como «Dile a Josh que hinque un poco los codos, ¿vale?». Luego salió Ness.

—¿Qué tal la cabeza? ¿Crees que va a llover? —dijo, como si aquel fuese un día normal.

Me alegré cuando el cielo le escupió en la cara. Estaba horrible, y eso me gustó. Debía estarlo. Me sorprendió ver que tiritaba. Le temblaron las manos al ponerse derecho el jersey (en realidad, ese jersey era mío porque se lo había regalado yo). Aquellos ojos oscuros se movían a toda velocidad, sin posarse en ningún sitio, y comprendí con cierta satisfacción que me tenía miedo. Su cuerpo se estremecía a mi lado. Debía estar asustada. Debía temblar. Debía estar avergonzada.

Caminé en silencio. Que hablara ella; yo no tenía nada que decirle. Cruzamos la calle principal y nos dirigimos hacia el río. No hizo falta que conviniéramos una ruta; habíamos dado ese paseo cientos de veces.

—Con —dijo, mientras bajábamos los peldaños—, solo quiero que sepas que realmente pensé que me conocía mejor a mí misma... Estoy conmocionada, de verdad.

No me costó creerla. Era una persona muy sensata, ¿sabe, doctora R? Era muy convencional. ¡Por Dios, si hasta llevaba su chubasquero azul! Era Ness: la hermana mayor, la responsable, eficiente y sensata señora Jones, la defensora de la moral, la que siempre decía «ponte otro jersey» y «súbete los calcetines». El adulterio y la traición no pegaban nada con ella, y pude imaginar su sorpresa al descubrir de qué era capaz. Le temblaron los dedos al abrir la cremallera del bolsillo para sacar un pañuelo de papel. No toleraría que se echara a llorar; hasta ahí podíamos llegar. Si alguien lloraba, debía ser yo. Por fortuna, se limitó a sonarse la nariz.

—Me acerqué demasiado a él.

—Y que lo digas —dije.

Estábamos en el espacio abierto del camino de sirga. Había mucho barro y yo no llevaba el calzado adecuado. La marea había subido y bajado, pegando desperdicios a las ramas. El agua era indistinguible del cielo. Toda la escena estaba empapada en monotonía.

Me tocó el brazo.

—No me toques —dije, deteniéndome de golpe. Lo sé, es muy melodramático, pero no podía soportar que me tocara; Ness había sacrificado esas muestras de intimidad con sus actos. Tenía que haber alguna clase de desquite, karma o lo que fuera—. ¿Desde cuándo dura esto? —pregunté, usando el presente a pesar de las promesas de ambos.

Por supuesto, los dos contaban lo mismo: solo era la segunda vez que sucedía. Hay que tener una sospechosa mala suerte para que te pillen la segunda vez, ¿no cree?

Justo entonces pasó por allí con su perro otra madre del colegio, Alison, y las tres nos pusimos a hablar. Le contaré algo curioso e interesante, doctora R: nos reímos y charlamos como si no ocurriera nada. Contamos anécdotas divertidas sobre los niños, el colegio y el perro; no las recuerdo exactamente, pero sí sé que nadie mencionó que mi mejor amiga, la mujer que estaba a mi lado, la supuesta lesbiana, fuese una zorra follamaridos. Si Alison se hubiera enterado de la situación, por ejemplo, si al cabo de dos minutos yo hubiera obligado a Ness a tragarse una rama y ella hubiera tenido que declarar ante la policía, jamás habría podido creerse que algo así fuera posible. ¿No somos seres extraños? Era como si Ness y yo estuviéramos interpretando una obra de teatro y aquello fuese el entreacto. Cuando Alison se marchó y continuamos caminando, ¿no habría sido lo más natural del mundo que yo cogiera a Ness del brazo? Estuve a punto de hacerlo; tuve que contenerme y recordar cómo estaban las cosas. Nos despedimos de Alison y regresamos enseguida al segundo acto: Esposa Agraviada y Furcia Compungida.

—¿Puedo pedirte que no se lo cuentes a nadie, por favor? —preguntó Ness.

Me la quedé mirando.

—No. Eso no es cosa tuya —dije. Caramba, dale la mano y se tomará el brazo, pensé. Además, ¿de verdad creía que iba a pregonar a los cuatro vientos mi propia humillación? La miré de arriba abajo. Tenía un aspecto horrible. Si hubiese seguido siendo mi amiga, me habría alarmado verla en semejante estado; dada la situación, solo sentí curiosidad—: ¿Ni siquiera vas a disculparte, Ness?

Se ruborizó.

—Pensaba que una disculpa sonaría trivial.

—¡Pues podías haberlo intentado!

—Claro que lo siento, Connie.

—No, tienes razón. Suena trivial.

Era consciente de estar siendo cruel, pero, una vez más, tenía la sensación de estar interpretando el papel de la crueldad, como si toda aquella situación fuese un montaje y el barro y el día desagradable fuesen simples decorados. Otro día podía hacer sol y tal vez nos intercambiáramos los papeles. ¿Suena a locura?

—No volverá a pasar, te lo prometo —dijo, tocándome otra vez y apartándose enseguida.

De pronto, no estábamos interpretando. La situación era seria. Nos paramos allí, bajo la lluvia, y sentí una tristeza indescriptible.

—¿Cómo has podido? —dije, sinceramente desconcertada.

La lluvia le goteaba de la nariz.

—He tratado de entenderlo. Creo que me he sentido muy sola desde que se marchó Leah y que Karl tan solo estaba... allí. Era fácil hablar con él... Era tan amable... y cruzamos una línea, creamos una relación demasiado estrecha.

—¿Estás enamorada de él, Ness?

—Fue un error. Se ha terminado.

—¿Cómo voy a volver a confiar en ti? —le pregunté—. Lo sabías absolutamente todo, conocías todos mis secretos, y los has utilizado contra mí...

Ella negó con la cabeza.

—No, no fue así...

Bueno, cada cual nos montamos la película a nuestro modo, ¿no es así, doctora R? Miré por encima de su hombro el flujo constante de grises que se alejaban hacia otro sitio, dejando solo más grises en su lugar.

—Te echo mucho de menos —dijo.

A aquellas alturas, me gustó ver las lágrimas. Se las había ganado. Además, eso es justo lo que quieres oír cuando te han excluido del club, ¿no? «El club es una porquería sin ti. Te echamos de menos. Cometimos un error. Te necesitamos. Eres un miembro fundamental.»

—Lo siento mucho...

—¡Más te vale, joder!

¿Qué podía hacer? ¿Qué habría hecho usted, doctora R? Supongo que su maridito se está tirando a alguna compañera de la orquesta. ¿Le perdonaría? Seguro que sí. Nadie es perfecto, ni siquiera usted. Y yo la echaba de menos a ella, ¿sabe? Mucho. Estaba perdida sin ella. Sobre todo durante esa pesadilla, era la persona a la que habría recurrido. ¿Opina que la gente merece una segunda oportunidad, doctora R? Yo sí. Todos podemos jorobarla. ¿Qué somos si no perdonamos? ¿Cómo sabemos que somos mejores? ¿Cómo sabemos que, en las circunstancias adecuadas, no cagaríamos también en nuestra propia puerta? Oh, esperamos ser mejores, nos gusta pensar que somos mejores, que nos iríamos a jiñar a otra parte y quizá hasta enterraríamos la mierda, pero ¿cómo lo sabemos? Tenía que darle una oportunidad. Yo también habría deseado que me perdonasen.

Ness intuyó lo que estaba pensando y alargó los dedos con cautela para tocar los míos. Respondí levemente a su gesto y me cogió de la mano. Luego avanzó hacia mí arrastrando los pies, con la cabeza gacha. Dejé que se desplomara contra mi pecho. Aprecié su interpretación de la Humilde Infeliz; me permitía hacer el papel de la Gran Consoladora. Le acaricié el pelo crespo y le dije que estaba bien, que todo saldría bien.

16

La Chirridos se ha retrasado en su ronda y la doctora Robinson está ya aquí, por lo que tiene la oportunidad de ver cómo se toma sus pastillas esta chiflada. Parece un tanto incómoda al ver el resultado de su obra y no para de intentar abrir las ventanas; se ha convertido en una especie de tic. Vuelve a hacer frío, mucho frío. Al fin y al cabo, estamos en Navidad. El cielo está blanco, encapotado. Aquel atisbo de esperanza que trajo consigo el sol hace unos días no era más que una engañifa. La Chirridos y yo miramos a la doctora R mientras forcejea con los cierres, pero ninguna de las dos dice nada. La Chirridos me da el antidepresivo y me lo trago. Me da la pastilla contra la ansiedad y el estabilizador del estado anímico.

—Ñam ñam —digo, y le guiño el ojo a la doctora R, que se acerca y vuelve a sentarse.

Me trago las dos pastillas. Para acabar, la Chirridos me da los antipsicóticos. La miro bizqueando chistosamente, como si fuese una psicópata de verdad.

—Me extraña que no te pongas a temblar —comenta la Chirridos, sumándose a mis bromas sin que la haya invitado.

—Lárgate —le digo, y la despido con un gesto de la mano.

Centro toda mi atención en la doctora R, que, por lo que veo cuando se inclina para cerrar la cremallera del bolso, lleva un sujetador de deporte elástico y fluorescente bajo los tonos discretos de su indumentaria profesional. Me cuesta imaginármela corriendo o tirándose al suelo y ensuciándose en un campamento de reclutas de algún parque cochambroso del norte de Londres entre cacas de perro; no parece una deportista. Más bien sospecho que es una de esas personas que llevan ropa elástica en casa y que se sientan en el sofá a comer bombones sintiéndose deportista, esperando perder peso por ósmosis textil.

Las dos esperamos a que la Chirridos salga arrastrando los pies, cosa que acaba haciendo.

—Gracias, señora Ibrahim —dice la doctora R.

La Chirridos asiente con la cabeza y enseña sus dientes de tiburón antes de marcharse.

—Que tenga un día maravilloso, señora Ibrahim —digo, y observo cómo desaparece en el alegre resplandor del corredor amarillo sol.

Me vuelvo de nuevo hacia la doctora R, que tiene un expediente sobre las piernas y se ha tapado ya el tirante fluorescente.

—He leído en tus notas que volviste a la consulta de la doctora Rhys Evans un mes después a pedirle más lorazepam.

—Desde luego. Y además conseguí Valium en otra parte. Pero ¿sabe una cosa? Creo que no me atonté del todo hasta que llegué a Milton House y me empastillaron con clonazepam.

—¿Dónde conseguiste los Valium?

—Me los vendió una madre del cole.

—¿Era una traficante? —preguntó la doctora R.

—Sí. Igualita que usted, pero sin doctorado en medicina.

La hago sonreír y me siento bien.

—Cuéntame lo que pasó el día del Festival de la Cosecha.

Exhalo un suspiro.

—¿Ustedes los traficantes prueban su mercancía? ¿Alguna vez se ha tomado un Valium, doctora Frankenstein? ¿Diazepam? ¿Lorazepam? ¿Peterpam?

Ese leve rubor la traiciona siempre. Claro que sí.

—El lorazepam es una pasada, ¿verdad? Nunca volví a notar esa maravillosa sensación de tener el cerebro sumergido en un baño, pero me ponía histérica y muchas veces me desmayaba. Recuerdo una noche que estaba jugando al Scrabble con las niñas.

Lo sé, trataba de compensar todo el caos, de emular una clase de hogar feliz y convencional.

—Annie formó en el tablero la palabra «anoses» y dijo que era el plural de «ano». Me eché a reír y no podía parar. Me golpeé la cabeza contra la repisa de la chimenea, me quedé dormida y me puse a roncar...

A veces me gustaría que saliéramos de aquí, compartiéramos anécdotas relacionadas con el lorazepam y fuéramos a tomar té con pasteles en alguna parte; interpretar papeles distintos de los que nos han asignado en esta habitación.

—¿Y cómo iba la ansiedad? —pregunta.

—Pues muy pronto necesité más de un miligramo para obtener efectos y luego sufría efecto rebote: la ansiedad era peor que antes. Así que tenía que tomar más pastillas solo para sentirme normal. Son completamente adictivas, un detalle que esa doctora fascinada por los famosos olvidó mencionar, y no solo desde el punto de vista psicológico, sino también físico. Mi cuerpo perdió su propia capacidad para calmarse. Supongo que sabrá que las directrices legales sobre seguridad de medicamentos dicen que nadie debería tomar benzodiacepinas durante más de un mes, y que solo deberían tomarse para la ansiedad aguda. Dígame, ¿cómo definiría usted la palabra «aguda»?

—Háblame del día del Festival de la Cosecha, Connie.

Es como un perro con un hueso. Apuesto a que vuelve loco a Si Marido. «¿Has sacado la basura?» «Ahora voy.» «¡¿Has sacado la basura?!» «¡Ahora voy!»

—Háblame de usted. Ya sabe lo que es estar de rodillas, doctora R —digo.

La estoy provocando. A veces soy muy mezquina, pero no me gusta verla así, con esa superioridad presuntuosa.

—No estamos aquí para hablar de mí. Vamos, ayúdame.

—Ayúdeme usted a mí. Pídale a Karl que me traiga a Josh y a Annie.

Ladea la cabeza y cruza los brazos, frunciendo el ceño. Parece que esté a punto de decir algo. Pero está cansada; puede que se levante y se marche. No quiero que ocurra eso. Miro por la ventana. El cielo parece estar tramando algo. Una asfixiante y fría humedad blanca lo cubre todo, como una almohada apretada sobre el rostro de Londres. Noto cómo se filtra a través de los cristales como un muro de sofocante frialdad, justo a nuestro lado.

—¡Oh, mire! —digo, poniéndome de pie—. ¡Creo que está empezando a nevar!

Se vuelve de pronto y las dos nos quedamos mirando el exterior. Está nevando. Se reúne conmigo junto a la ventana. ¡Es precioso! Grandes copos empiezan a remolinear en silencio delante de nuestras narices. Somos como niñas, con los ojos muy abiertos por el asombro. Ya no somos psiquiatra y paciente; solo somos dos personas viendo caer la nieve.

Cuando volvemos a sentarnos, la atmósfera parece distinta. Es como si la nieve me hubiera ablandado; dejo de mostrarme tan combativa. No sé por qué estoy tan enfadada. A veces, me siento desarraigada y asustada aquí dentro.

—Lo que tiene que entender es el contexto de aquel día —digo.

—Vale —dice.

A veces puede ser muy tierna, muy maternal. Lo que de verdad me apetece hacer es tumbarme con la cabeza sobre su regazo y dormir.

—Explícame el contexto —me pide.

Hago una breve pausa para recordar.

—Necesito esas pastillas solo para sentirme normal, doctora R. Leo en Wikipedia que un miligramo de lorazepam equivale a diez de Valium, y hay días que me tomo tres o cuatro. A esas alturas, soy una auténtica yonqui.

—¿Conocía tu doctora las cantidades que estabas consumiendo?

—Mi doctora se mete rayas de cocaína en el lavabo de las niñas en la fiesta de Navidad, doctora R.

—¿Te confiaste a alguien?

—No podía contárselo a mis padres. Son acérrimos defensores de las flores de Bach. Una vez, de niña, me partí la espinilla y mi madre me metió en la cama y me puso árnica.

—¿Y Karl? ¿Lo sabía?

—Sí, hasta cierto punto. Pero Karl es un gran partidario del consumo de drogas; estaba hasta las cejas. Además, creo que me prefería embotada, menos mordaz, menos alerta. ¿Sabe? Mis bordes de porcelana se habían vuelto difusos y suaves como el algodón, y amortiguaban los pequeños golpes de la vida.

—¿Y cómo eran esos pequeños golpes? ¿Cómo iban las cosas entre él y tú?

Suspiro; estiro mis piernas delgadas como palillos. Llevo mallas blancas con calcetines blancos y parecen dos bastoncillos de algodón. Me he convertido en algo absurdo.

—Les había perdonado a Ness y a él. No por motivos altruistas; simplemente, porque resultó ser la única forma de que todos siguiéramos con nuestra vida. Quería que mis hijos se sintieran seguros. Sobre todo, necesitaba tranquilizar a Josh y hacerle saber que Karl y yo nos llevábamos bien. Dejé de hacérselo pasar mal a Ness: la había fastidiado y lo sabía, pero aquello había terminado. Las cosas volvieron a la normalidad; en cualquier caso, nuestra conexión se había hecho más profunda. Las niñas y ella pasaban todo el tiempo en casa, como siempre. Aunque...

Al hablarlo ahora, hay algo que me sorprende.

—Entre usted y yo, me habría gustado ver algo más de remordimiento por parte de ellos. No habría estado de más que mostraran una actitud contrita, o al menos que reconocieran sinceramente mi magnánima benevolencia.

Sonríe y asiente con la cabeza.

Me encanta hacerla sonreír.

—Pero nada de eso. Habían quedado absueltos de sus pecados, se reían y bromeaban, aparentemente ajenos al dolor que me habían infligido. Así que yo me dedicaba a lamerme las heridas en privado con mi dulce lengua cubierta de lorazepam.

—Fuiste muy valiente, Connie.

No puedo seguir hablando. La empatía de la doctora es como una pequeña mano que me aprieta la garganta. Se me humedecen los ojos, pero no quiero llorar. Creo que si empiezo a llorar nunca podré parar.

—La verdad es que les quería, doctora R, y de esa forma seguían estando en mi vida. No les había perdido.

—Lo entiendo —dice.

Sonríe. Parece cansada y quiero complacerla.

—A lo que iba: aquel día tenía la regla y me desperté con unos dolores terribles. Ya sabe, ese ovario que te hace la puñeta cada dos meses. Me sentía muy débil y sangraba mucho. Había manchado las sábanas y la moqueta. La sangre me goteaba piernas abajo. A pesar de llevar treinta y cinco años menstruando, me sigo sorprendiendo cada mes. Tenga en cuenta que hasta algo tan normal como la regla me obligaba a tomar decisiones difíciles, por ejemplo, en qué orden había que hacer las cosas, y que la medicación me dejaba atontada casi todo el tiempo. Me sentía satisfecha de mí misma por ocuparme de todo: tampones, lavadora, limpiador de moquetas, ibuprofenos, botella de agua caliente sobre mis bragas de abuela...

»Oí que Annie ensayaba su canción en la sala de estar. Interpretaría un solo en el festival, pese a su falta de habilidad musical. El colegio debía de tener por norma no discriminar a nadie. Le escuché cantar con fuerza sin acertar ni una nota. Según entendí, era una canción sobre niños hambrientos y macedonias de fruta. Tenía que disfrazarse de plátano y quedarse detrás de las uvas con otros niños. Polly era una fruta del dragón, más tropical y glamurosa, y Annie estaba un poco celosa. Habían liado a Ness para que tocara el piano porque la profe de música estaba enferma, así que las niñas y ella habían estado practicando en nuestro piano. Era un gran día en el hogar de los Mortensen, y yo iba a estar a la altura. Me esforzaría por hacer feliz a mi familia. Hacía semanas que andaba un poco despistada, pero ese día iba a redimirme. Mis padres vendrían al oficio. Josh tenía entrenamiento después de clase y acudiría directamente. Luego cenaríamos en casa todos, incluso Leah, y Polly se quedaría a dormir. Seríamos una gran familia feliz. Lo único que debía hacer era preparar una lasaña.

»Me tomé una de mis píldoras mágicas para controlar la situación. Las llevaba siempre encima: en el bolsillo de la bata, en el de la chaqueta, en el del abrigo, en el bolso... Nunca sabía cuándo me harían falta. Antes de salir de casa, Karl me dijo que todo estaba hecho un desastre y me preguntó cuánto tiempo más pensaba seguir haciéndome la víctima. Dijo que, si yo no era capaz de cocinar y limpiar, ya lo haría él al regresar de la maratoniana jornada de reuniones que le esperaba. Me miró con cara de gran decepción, pero dejé que me resbalase. Para eso tenía mis bordes de algodón. “Genial, pues te lo dejo a ti”, dije. Aún conservaba parte de mis antiguas agallas, doctora R, un sucio residuo de rabia profundamente anidado en el colon que de vez en cuando podía escupirle a Karl.

»La casa estaba en silencio. Todos se habían ido. Me senté en la escalera, aturdida por el caos que habían dejado mis hijos, con la siniestra sensación de que se avecinaba una terrible desgracia. Me quedé mirando el desorden, incapaz de ponerle remedio. Sonó mi móvil. Era mi madre, asustada porque no encontraba el bolso. Dijo: “¿Estás bien, cariño? Hablas un poco raro”. Ya no solía darse cuenta de esas cosas. Me sentí conmovida. Respondí que estaba bien, que buscara un poco más, que yo limpiaría la casa, saldría a comprar y nos veríamos en la iglesia. Se ofreció a traer algo de cena, pero dije que no hacía falta. No iba a acordarse.

»Me quedé varias horas más sentada en la escalera porque no podía decidir en qué orden lo haría todo. Llamé a Ness para pedirle ayuda, pero debía de estar ocupada en la galería. Me devolvió la llamada al cabo de un rato mientras yo seguía allí sentada y sugirió que no me molestara en cocinar, que hiciera trampa y comprara la lasaña congelada. Se ofreció a traerla ella a la salida del cole, pero yo quería tener ese detalle con mi familia. Por eso, en un increíble despliegue de coordinación mental, hice caso omiso de la suciedad, busqué el recetario, elaboré una lista de ingredientes y me fui al súper. De camino a casa me pasé por la droguería, decidida a limpiarlo todo de arriba abajo. Compré un montón de cosas que me metí en los bolsillos del abrigo: estropajos metálicos y desincrustante para la alcachofa de la ducha, desatascador de desagües para ese lavabo traicionero, salfumán para las manchas de orina del váter... No me iba a vencer mi propia casa.

»No llegué a limpiar nada, pero recogí cosas del suelo y pasé el aspirador. Concentré mis esfuerzos en la lasaña y traté de prepararla conscientemente y con amor, pero me resultó casi imposible: me perdía solo con contar los ingredientes. Iba a ser un desastre. No tardé en derramar lágrimas sobre la salsa bechamel, algo que me resultó fascinante. No sé por qué estaba tan llorona. ¿Por la regla? ¿Por las pastillas? ¿Por mi profunda sensación de fracaso? En cualquier caso, las mezclé con la salsa, me tomé otra pastilla y me dije a mí misma que era una estúpida, que tenía mucha suerte de tener lo que tenía en mi vida: mis preciosos hijos, mis maravillosos padres, un buen marido a pesar de todo.

»Tapé la lasaña con papel de aluminio y la dejé a un lado, preparada para el horno. Puse la mesa, lo cual no fue tan fácil como parece, ya que no paraba de perder la cuenta de las personas que vendrían. Coloqué unas velas en el centro, pensando en encenderlas a nuestro regreso. Luego me di un baño, me cambié de ropa y me maquillé para asistir al concierto. La perspectiva de salir de casa me producía una leve ansiedad. Evitaba los acontecimientos sociales, especialmente los relacionados con el colegio. Así que me tomé un diazepam para facilitar las cosas y cogí mi abrigo.

»Me encontraba bien. Llovía y estaba anocheciendo; quería llegar tarde, no quería tener que charlar con nadie, pero le había prometido a Josh que estaría allí cuando él llegara. A medio camino, me di cuenta de que me había dejado el móvil cargando en la cocina, pero había llegado demasiado lejos para volver. La iglesia estaba preciosa, repleta de velas y flores. El ambiente era cálido y seco. El edificio estaba lleno hasta los topes. Se oía un centenar de voces, el rumor de la emoción, padres ilusionados que llevaban horas allí para hacerse con los mejores sitios en las primeras filas, preparados con cámaras y móviles para grabar a sus frutales retoños. Saludé a varias personas, a la sonriente doctora de cabecera y a la otra madre traficante. ¿Sabe una cosa? Era realmente fantástico estar allí, salir al mundo. La gente se mostraba alegre y divertida, y yo volvía a sentirme una parte de aquello. Tuve la sensación de que todo iba a salir bien.

»Busqué a Karl con la mirada y vi a mi padre en uno de los últimos bancos, leyendo un libro. Me abrí paso a través de la multitud para llegar hasta él. “Hola, papá”, dije, sentándome junto a la cazadora de cuero de Karl. Mi padre alzó la vista, por un instante sorprendido de verme, y aparentemente asombrado de hallarse en una iglesia. “Hola, cariño”, dijo, y me indicó con un gesto de la cabeza a Karl y a mi madre, que conversaban cada uno por su lado cerca de una columna. Mi marido estaba hablando con el párroco. “¿No ha llegado Josh?”, pregunté, paseando la vista por la iglesia. Vi al director delante, hablando con Ness junto al piano. Se reía. Intenté

llamar su atención para saludarla. Estaba guapísima, doctora R, lo recuerdo muy bien. Llevaba un vestido de flores bastante escotado y el pelo suelto. La encontré espectacular. No fui la única que se fijó en ella; varios padres rondaban cerca del piano. Reconocí ese aire de coquetería que había aprendido a detectar.

»La chaqueta de Karl empezó a vibrar a mi lado. Esperaba que fuera Josh tratando de comunicarse, así que rebusqué en el bolsillo y encontré el teléfono. Era Josh. Había dejado un SMS. Probé con el código habitual de Karl, pero no funcionó. Alcé la vista; seguía cerca de la columna, seduciendo al párroco con esa voz un poco más alta de lo debido, esa risa un tanto excesiva, haciéndose el gracioso. Reflexioné unos instantes y probé con el código de Sky. Bingo. Fui a los SMS: "Llegaré tarde, acabo de perder el autobús. J.". Iba a devolver el móvil al bolsillo de Karl cuando me percaté de que el mensaje anterior seguía sin leer. Era de X. No sé por qué lo miré. Pero lo hice. "Me pones MUUUY húmeda cuando dices esa clase de cosas XX. ¡¡Bórralo!!"

»Lo leí varias veces. Comprobé el número.

»Sí. Era ella. Era Ness.

»Fue como si mi espíritu abandonara mi cuerpo. Ascendí por encima de los bancos. Me vi a mí misma allí sentada, con el teléfono de Karl en la mano, absolutamente inmóvil, detenida en el tiempo. La miré, ante el piano, junto al púlpito, apartándose de los ojos esos pelos crespos de capulla, soltando una nueva risa argentina, con la mirada brillante, en su elemento, rodeada de adoración, lanzando una ojeada hacia la columna donde estaba Karl. Estaban paralelos entre sí, separados pero conectados, como si bailaran el uno con el otro, como si solo existieran el uno para el otro. Lo vi con toda claridad.

»Me levanté tras volver a mi cuerpo con un golpe sordo mientras la sangre arrasaba mis venas. Tenía que salir de allí cuanto antes. Pasé junto a mi padre arrastrando los pies, sin coger siquiera mi bolso, junto a la gente sentada en el banco, hasta llegar a la comparativa seguridad del pasillo, en dirección a la salida. Tenía ganas de vomitar. Oí que alguien me llamaba, pero no me volví. Tenía un solo pensamiento: necesitaba un lorazepam ya. Me metí la mano en el bolsillo del abrigo, pero, en lugar de las pastillas, mis dedos encontraron otra cosa, algo que prometía resultados mucho mejores. Me paré de repente. Me di la vuelta y la vi. Allí estaba, apoyada contra el piano, alzando la vista, riéndose, agitando el pelo, inclinándose hacia delante, enseñando el escote.

»La odié con toda mi alma.

»Poco a poco, avancé hacia ella como un misil lento pero mortal. "Perdón, perdón", dije apartando a la gente con calma, sin perder de vista mi objetivo. Sabía lo que debía hacer. Me detuve. Estaba a poco más de un metro de ella. Se había sentado al piano, de espaldas a mí, y hablaba con alguien, no sé con quién. Solo la vi a ella, las flores del vestido, los lunares del cuello, el collar que yo le había regalado. Imaginé que podía olerla, oler mi perfume de Jo Malone.

»Me saqué del bolsillo la botella de plástico: "Salfumán. Ácido clorhídrico. Tóxico". Empecé a desenroscar la tapa. Contaba con cierre a prueba de niños, así que tuve que apretar y girar. Contemplé fascinada el vapor acre que salió de la botella formando volutas, como un genio perverso y peligroso.

»“¿Ness?”, dije, y mi voz sonó lejana hasta para mí misma. Estaba risueña, preciosa. Se dio la vuelta y su sonrisa se desvaneció al verme. Supo que lo sabía. Y al arrojarle directamente el contenido de aquella botella tuve la sensación maravillosa, casi perfecta, de que se hacía justicia.

La doctora R se ha tapado la boca con la mano. Y me doy cuenta de que no lo ve exactamente igual que yo.

—No se preocupe —le digo—. Algún héroe espontáneo acudió en ayuda de la damisela en apuros. Sentí que me saltaban encima, que me tiraban al suelo.

Recuerdo la efervescencia cuando el genio líquido y cáustico se derramó sobre mí, en mi cuello, en mi propio brazo, en mis piernas, negándome mis deseos. Me quedé allí tumbada, en el suelo, con un extraño encima, mientras el vapor acre se alzaba desde las baldosas, ascendía por mi nariz y me entraba en la boca, asfixiándome. Y allí estaba ella: aún hermosa, aún traicionera, pero libre del ácido, mirándome mientras mi piel chisporroteaba y se quemaba hasta dejar al descubierto la carne viva.

La doctora R escucha atentamente. Luego, poco a poco, mira por la ventana y frunce el ceño.

—Entonces ¿no fue premeditado? —pregunta.

—En absoluto. Fue oportunidad divina.

—¿Qué pasó luego?

Hago memoria. Recuerdo el dolor punzante en la pierna, en el vientre, en el brazo. Recuerdo a la gente mirándome sobre las baldosas, los rostros contraídos por la incredulidad y la confusión. Por el miedo, en realidad. Vi miedo. Era un monstruo. Seguía con la botella en la mano y alguien me la arrancó de entre los dedos, como si fuese una especie de terrorista del salfumán y pudiera ponerme a arrasar la iglesia salpicando a todo el mundo.

—Me levanté como pude. Tenía que salir de allí. Me precipité fuera de la iglesia por la pequeña puerta lateral. Había anochecido. Seguí corriendo colina abajo, crucé la carretera y las vías del tren hasta llegar al río. El camino de sirga estaba oscuro, llovía y hacía frío, pero yo estaba en llamas, me ardía la piel de las manos, del torso, del muslo derecho. Gritaba de dolor cuando, en la oscuridad, vi que se aproximaba una lucecita blanca intermitente. Pensé que era un hada, un espíritu. Era una mujer en bicicleta que chilló al verme. Recuerdo que pensé: «¿Por qué doy tanto miedo?». Entonces me miré el cuerpo a la luz vacilante de la bicicleta. No vi quemaduras, pero sí la sangre. Iba cubierta de sangre de cintura para abajo. ¿Me habían apuñalado? Entonces caí en la cuenta: entre una cosa y otra, había olvidado cambiarme de tampón.

Pero la sangre no era nada, comparada con el dolor. Extendí la mano hacia aquella luz blanca parpadeante y vi que la piel había desaparecido, como si la propia carne intentara tomar aire.

—Quise meterme en el agua y empecé a arrancarme la ropa. Bajé corriendo hasta el río y resbalé en el barro mientras la mujer seguía gritando...

Me agaché dentro del agua sucia y fría, cerca de la orilla, tratando de calmar mi carne encendida. Me pregunté si volvería a tiempo de ver cantar a Annie y a qué hora debía meter la lasaña en el horno. Tenía que encender las velas, poner las servilletas, abrir el vino. Cuando quise darme cuenta, un policía me estaba sacando del agua y me arrastraba sobre los guijarros, acabando de desollarme. Me sentía como un trozo de carne cruda en el que alguien se pusiera a hacer unos cortes. Gritaba intentando detenerle, quitármelo de encima, pero entonces bajaron más policías y hubo más luces intermitentes. Dios, cómo necesitaba mis medicinas.

30 de septiembre

No aguanto el cole. Phoebe B es una borde. Cada vez que me acercaba a ella se tapaba la nariz y movía la mano y los demás niños se reían. Cuando estábamos esperando fuera para entrar a clase de cocina ha dicho que mi madre está mal de la cabeza. Yo he contestado que su madre está tan gorda que una nave espacial tardaría 3 años en rodearla. Ella ha dicho que aplazaron el festival de la cosecha porque mi madre le tiró lejía a la madre de Polly. Polly ha dicho que no le acertó. Yo le he dicho que no se la tiró que fue un accidente. Estaba limpiando y tropezó. Phoebe B ha dicho que a mi madre la cojió la policía por nadar desnuda en el río, que le pusieron una camisa de fuerza y se la llevaron a un manicomio. Estábamos en la puerta del aula 6, así que la he empujado por las escaleras y ha llorado como un bebé.

La señorita me ha mandado al director. Él me ha dicho que esperara en su despacho con él así que me he sentado allí mientras hablaba por teléfono y se bebía una cocacola. Le he dicho que la cocacola llevaba 8 cucharadas de azúcar. Y él ha dicho que sí que estaba muy mal beberla y que no se lo dijera a nadie. Me ha dicho que no debería haber empujado a Phoebe B por las escaleras DIJERA LO QUE DIJERA. Así que he dicho qué se supone que tienes que hacer cuando alguien dice cosas malas de tu madre. Vienes y me lo dices, ha dicho, aunque eso la verdad no es muy práctico. Ha dicho que hay una señora en el colegio que te ayuda mucho si hablas con ella. Luego me ha preguntado cómo estaba y si tenía preguntas. No se me ocurría ninguna, pero después le he preguntado si sabía qué era una camisa de fuerza. Ha dicho que era una cosa que te ponen para que dejes de hacerte año tú mismo. Como una armadura supongo. Estamos estudiando los caballeros. No dejaba de mirar mi uniforme. Esta mañana no he encontrado el mío así que llevaba una de las camisas de Josh y he sacado mis calcetines y mi falda de la lavadora pero todo estaba mojado y arrugado así que he dejado que se me secaran puestos. Oye, ha dicho. Por qué no echamos un vistazo en objetos perdidos a ver qué encontramos y luego me ha cogido de la mano y hemos hido a mirar en la caja. No dejaba de decir no creo que nadie necesite esto y de darme ropa para que me la pusiera. Hablando con propiedad es un ladrón.

4 de octubre

Yo, la yaya, papá y Josh hemos hido a ver a mamá. Está en una especie de hotel que se llama Milton House donde te dan pastillas y gelatina. Me he comido la gelatina de mamá. No me ha gustado ese sitio, solo la máquina etspendedora con patatas fritas y chocolate. Mamá estaba en una habitación con otra señora que tenía una barriga ENORME y le iba a salir un bebé por la uretra. Mamá llevaba su pantalón de chándal y su camisón a la vez, estaba sentada en una silla en una habitación viendo una serie vieja en la tele. Mamá ODIA las series viejas pero no se quejaba NADA. Estaba medio dormida y tenía la voz diferente como si fuera estrangera o algo así. Olía raro. La yaya nos ha dicho a mí y a Josh que le diéramos un abrazo a mamá. La verdad es que yo no quería darle un abrazo pero lo he hecho y ella no me soltaba y me dolía el pelo y ella llevaba una pulsera con su nombre. ¿POR QUÉ necesita eso? Después le he preguntado a Josh si creía que de verdad era nuestra madre. Él me ha dicho que dejara de ser una retrasada.

Papá me ha dicho que le diera mi dibujo donde salgo yevando ropa nueva empujando a Phoebe B por las escaleras y ella se lo ha quedado mirando mucho rato pero no me ha preguntado qué era. Primero sonreía pero le salían lágrimas de los ojos sin que le llorara la boca. Le he dicho qué pasa pero ha seguido mirando el dibujo. Entonces yo también me he puesto a llorar y la yaya me ha cogido de la mano y nos hemos hido y ha comprado una bebida isotónica en la máquina etspendedora. La yaya ha sido muy maleducada con una señora diciendo que habían convertido a mamá en una ZOMBI DE MIERDA que qué puñetas pasaba y que quería ver a la directora. Cuando hemos ido a despedirnos Josh había cambiado de canal para ver el fútbol y todos estaban viendo la tele aparte de mamá que se había hido a dormir y solo eran las 3. En el coche cuando volvíamos a casa la yaya hiba llorando. Le dolía la cabeza. Ya no me gusta nada cómo son las cosas. A lo mejor mamá es un zombi y eso significa que está muerta. Quiero ir a casa de Ness.

17

Emma caminaba por la calle principal. Brillaba el sol, y la nieve se había convertido en un sucio fango. Se sentía emocionada y un poco nerviosa: Si no tenía la menor idea de que iba a buscarle. Quería hacerse perdonar. Los dos habían descuidado la relación, dejando que las cosas fueran a peor. Su plan consistía en presentarse después del ensayo e invitar a su marido a cenar. Había reservado una mesa en el italiano de la zona y había comprado unas entradas para la sesión golfa en un cine cercano. Llegaba muy temprano; la orquesta no acababa de ensayar hasta las cinco y aún faltaban veinte minutos. Decidió esperar en el pub de enfrente. Desde allí vería las puertas de la cripta.

Entró, y fue como penetrar en un túnel del tiempo. Varias cabezas canosas se volvieron para mirarla y regresaron despacio a sus cervezas, viejos blancos y aturdidos pegados a sus taburetes, alineados como bebés en sillas altas, bebiendo a sorbos de sus vasos. Persistía un estigma en los pubs como aquel, una mujer entrando sola; sus miradas hicieron que se sintiera cohibida, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. De joven, nunca habría tenido el valor necesario para entrar en un lugar así; siempre se había sentido amenazada. Al menos, la edad traía consigo cierta autoestima, cierta seguridad. Pensó en el aplomo de Connie, que había logrado mantener intacto su sentido de identidad. Connie, que jamás se alejaba de su mente, se había convertido en una especie de barómetro comportamental para las relaciones de Emma con la vida cotidiana. La propia Emma se sorprendía de su instinto protector hacia su paciente en las reuniones, en su vida profesional, con la prensa, en las situaciones sociales, en privado. A pesar de su evidente vulnerabilidad, Connie poseía fuerza, y parte de esa fuerza se le había contagiado a Emma.

Se acercó a la barra y le pidió un gin-tonic a la guapa camarera de Europa del Este. La chica no la entendió, así que uno de los parroquianos repitió el pedido en voz alta y condescendiente, con mala intención, guiñándole un ojo a Emma para invitarla a aliarse con él en contra de la tonta extranjera, que debía de hablar más idiomas que pintas se había tomado él ese día. Emma notó los ojos legañosos del viejo posados en sus caderas mientras se llevaba la bebida hasta una mesita situada junto a la ventana desde la que se veían las puertas de la cripta. Normalmente los hombres así eran inofensivos, pero su maliciosa lascivia siempre resultaba inquietante. Se inclinó para coger un folleto rojo que estaba sobre el banco y pasó una página. Se encontró frente a Mandy la Fresca, de Manchester, y sus atributos artificiales.

Emma dejó el folleto y sacó su *Hotel du Lac*. Cruzó las piernas, notando el tacto sensual de la seda de los pantis contra la suavidad de su piel depilada con cera. La invadió una sensación de culpa. ¿Por quién había sufrido la agonía de la depilación? Podía fingir que era por sí misma, pero mentiría. Y sin embargo, era realmente agradable de tocar; se había pasado mucho tiempo acariciando su propia suavidad en la bañera. Pero esa no era toda la verdad. Había invitado a Si a acudir con ella a la fiesta, por supuesto, esperando que dijera que no, y cuando dijo que no sintió

una pequeña decepción, pero ¿era solo porque no le gustaba llegar sola a los eventos? «No, lo entiendo —había dicho cuando él vaciló—. Un reencuentro siempre es aburrido para las parejas.»

Le pareció que Sally Pea estaba igual que antes, aunque ahora llevaba el pelo rubio y con mechas moradas. También pesaba unos veinticinco kilos más, lo cual supuso cierto alivio para Emma, que se había estado matando de hambre desde que recibió la invitación; imaginaba que las personas de su pasado no acusarían los estragos del tiempo. Sin embargo, había muchas cosas que no habían cambiado en Sally: sus bellos ojos llenos de vida, su sonrisa, sus carcajadas, su calidez. Al ver a Emma, había chillado encantada. Ambas iban vestidas de negro, tal vez, de forma subconsciente, por los viejos tiempos. Y Emma, embargada por una intensa nostalgia, pensó que haber perdido el contacto era lo más insensato del mundo. ¿Cómo había sucedido? Qué introvertida y seria se había vuelto, con su pequeña vida y su gran carrera profesional. Mientras se examinaban la una a la otra cogidas de los hombros, Emma lamentó en lo más hondo su aislamiento autoinfligido, y todo por su incapacidad para expresar su vulnerabilidad. Se había sumergido en su trabajo cuando tal vez fuese la amistad lo que te ayudaba a superar las dificultades de la vida. La comunicación era lo más importante.

—¡Te tocó la lotería! ¡No puedo creerlo! —gritó, haciendo chocar su copa con la de Sally.

—¡Lo sé! ¡Menuda potra tengo!

Sally la abrazó con fuerza. Ya estaba bastante trompa. Emma no se quedaba corta: se había tomado unos cuantos martinis por su cuenta antes de ir.

—¡No puedo creer que hayas venido! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó Sally, volviéndose hacia una mujer con el pelo idéntico y haciéndole violentas señas para que se acercara.

Y allí estaba: la señora Pea, hinchada y arrugada, pero con esos mismos ojos vivos que centelleaban a lo largo de generaciones. Sally y su madre siempre habían sido una pareja de humoristas. Ahora se parecían más que nunca. Emma recordaba cuánto las había envidiado siendo adolescente, la atmósfera distinta de sus respectivas casas: la calidez en la de Sally y la frialdad en la suya. Sally cogió a su madre por la cintura.

—¿Te acuerdas de Emma, mamá? ¿De lo lista que era? —Le gritaba al oído y se volvió hacia Emma con una sonrisa—. Está sorda como una tapia.

—¡Ooh! ¡Jesús! ¡Emma Davis! ¡Claro que me acuerdo, pero no te habría reconocido! Has perdido unos cuantos kilos. ¿Qué has hecho, dárselos a Sally?

Sally le colocó a su madre un mechón de pelo suelto.

—Mira quién habla, Karen Carpenter.

La señora Pea soltó una entrecortada risita de fumadora.

—¿Cómo te va la vida, Emma? —preguntó. Se refería al matrimonio y los niños, por supuesto, el único destino para las mujeres de su generación—. ¿Estás casada?

—¡Es una puñetera psicóloga! —vociferó Sally.

—¿Ginecóloga?

Los horrores inimaginables de semejante profesión pasaron visiblemente por la expresión de la mujer. Emma y Sally se echaron a reír.

—Ginecóloga no, mamá. Psicóloga. —Sally puso los ojos en blanco—. No se entera de nada...

—Psiquiatra, no psicóloga. Para que te enteres —dijo Emma echándose el pelo hacia atrás, burlándose de sí misma, feliz de estar allí.

¿Cómo había podido dejar que pasaran los años sin Sally? Alargó el brazo y apretó la mano de Sally, abrumada por el cariño hacia las dos.

—¡Es famosa! ¡Lleva ese caso que sale en los periódicos, mamá! —Sally se había inclinado para gritarle otra vez a su madre en el oído—. ¿Sabes ese de la Mami Monstruo? ¿La mujer del ataque con ácido?

Emma dio un respingo. «La Mami Monstruo.» Odiaba ese mote. Lo habían escrito en la portada con dos fotografías de Connie. El «Antes»: Connie en el baile del colegio, una mami atractiva, moderna y glamurosa. Y el «Después»: Connie aturdida y confusa en el hospital psiquiátrico, con sus extraños mechones rojos de punta y las grotescas cicatrices del cuello y los brazos.

Aunque sonrió a Sally y a su madre, de pronto se sintió profundamente dolida por Connie, que estaría sentada en aquella silla junto a la ventana sin saber que era objeto de un chismorreo tan desconsiderado en todo el país.

—¿Ah, sí? ¡El hermano de Albert fue al colegio con su hermano!

¿Por qué necesitaba todo el mundo una conexión personal con la tragedia? Sally se volvió para recibir con un alarido a alguien que acababa de llegar.

—Qué trabajo tan desagradable —le dijo la señora Pea a Emma—. ¿Cómo está tu madre, Emma?

Emma se alegró al ver que cambiaba de tema.

—Pues lo cierto es que murió hace unos cuantos años.

—¿Murió? Siento oír eso. Siempre pensé, y perdona que te lo diga, que era un poco dura contigo. Me parecía que nada de lo que hacías era lo bastante bueno para ella. Y tú eras una chica estupenda.

Al oír esas palabras, Emma sintió una punzada. Una punzada de validación.

—Gracias por decirlo —dijo—. Eso es exactamente lo que yo sentía.

Un camarero le rellenó la copa, tal como ella esperaba.

—Y no tenías hermanos que se llevaran parte de las críticas... Siempre pensé que debías de sentirte muy sola. ¿Tienes hijos?

Emma dio un trago largo.

—No —dijo.

—Ah, qué lástima.

—¡Eh, escucha eso! —chilló Sally, que vació su copa de un trago, se llevó la mano a la oreja con gesto teatral y cogió a Emma de la mano para tirar de ella hacia el área de baile de la habitación, donde una bola de espejos giraba despacio bajo una luz morada.

Un par de mujeres algo más jóvenes lo pasaban bien en la pista de baile, irradiando una seguridad en sí mismas que normalmente habría agotado a Emma. Eran roqueras sensuales y sexis, de pelo rubio y raíces oscuras, con prendas que resbalaban de hombros lisos y minúsculos tatuajes en zonas erógenas. Rezumaban soltura mientras se movían al ritmo de la música.

Pero no tenía elección: Sally le susurró unas palabras al DJ y pronto la tentaron sus años de adolescencia. Se echó a reír. *Billericay Dickie*. Recordaba los días pasados en la habitación de Sally ensayando coreografías con las canciones de Ian Dury (antes de hacerse góticas y dejar de

moverse del todo para pasar a apoyarse en paredes oscuras de locales oscuros). Era increíble lo que podía recordar el cuerpo. Las mujeres más jóvenes e interesantes, fans de Sally Pea, se hicieron a un lado, disfrutando de aquellas veteranas y de los fragmentos de coreografías que recordaban. Emma no se acordaba de la última vez que había bailado. Y menos así; se despojó de los años como se despoja una serpiente de su piel. Ya no era mayor y carca, ya no estaba para el arrastre. Volvía a ser ella misma. Sally y ella se pavonearon estúpidamente canción tras canción. El DJ de Sally no paraba de poner viejos clásicos —Siouxsie, The Cure, The Clash—, y ellas bailaban con toda la exuberancia de las chicas de diecisiete años y todas las limitaciones de los cuerpos de cuarenta y siete.

Entonces le vio, de pie ante la barra. La estaba mirando. Extrañamente segura de sí con esa nueva Emma recuperada, dejó de bailar y fue a saludarle. Estaba sudorosa, brillante, feliz.

—Hola, señor Thompson.

—Bonitos movimientos —dijo él, besándola en ambas mejillas.

—Me preguntaba cuándo ibas a aparecer —dijo ella.

—¿Ha venido tu marido? —preguntó él.

Emma negó con la cabeza.

—¿Y tu mujer?

—Exmujer. Sí.

Indicó a las roqueras con un gesto de la barbilla. Ah, claro, se había casado con una mujer así; al fin y al cabo, era Dougie Thompson.

Se sentía fantásticamente borracha, insólitamente atrevida.

—Gracias por darle mi número a Sally, Dougie. Lo estoy pasando genial.

—Me alegro de que hayas podido venir. Vives en la otra punta de Londres y habrás tenido que buscar canguro y todo eso.

Ella negó con la cabeza.

—No paro de darle vueltas desde que nos encontramos. Te mentí y no sé por qué. Bueno, sí sé por qué. Mi hija... Te dije que mi hija tenía nueve años. Te dije que Abigail tenía nueve años. No es así. A veces lo digo... —Se estaba atascando, pero no quería su compasión, solo quería explicarse—. Abigail murió hace seis años. Ahora tendría nueve.

La sonrisa de Dougie se desvaneció.

—Oh, lo siento mucho, Emma. No tenía ni idea.

—Claro que no. ¿Por qué ibas a tenerla? Es que me pillaste en un momento... No... ¡Madre mía! ¡¿Ese de ahí es James Storm?!

Él se volvió para mirar.

—¡Sí que lo es!

Se les estaba aproximando un hombre calvo y corpulento.

—¡Hola, Dougie! ¿Qué tal?

—¡Mira quién está aquí, Jim! —exclamó Dougie, pasando su brazo por el hombro de Emma en un gesto protector.

—¡Ostras, no puede ser! ¡Emma Davis! ¡Vaya! ¡Estás... genial!

Se refería a la pérdida de peso.

—Hola, James —dijo Emma—. Precisamente me vino el otro día a la cabeza una fiesta en casa de tu padre... Todos habíamos terminado los exámenes o algo así. ¿Te acuerdas?

—Claro, y mi padre también: Mickey Gray vomitó en su cama.

Emma se echó a reír.

—Recuerdo esa fiesta —dijo Dougie.

Y Emma no fue capaz de mirarle.

—Vi tu nombre en los periódicos. Estás en ese caso, ¿no? —James la observaba ilusionado —. La Mami Monstruo. ¿A que sí?

—Así es —contestó ella.

—¡Qué putada! —dijo él. Estaba entusiasmado.

Emma asintió con la cabeza.

—¿Sabéis? Estoy harta de ese nombre... Solo se lo han puesto porque es blanca y de clase media. —Se produjo un silencio incómodo y Emma se sintió obligada a llenarlo—. ¿A qué te dedicas tú, James?

—Oh. Soy agente inmobiliario.

—¡Qué putada! —dijo ella.

Dougie se echó a reír, paró a un camarero y le dio a Emma una copa de champán en un gesto propio de un marido. Ella la cogió sin dar las gracias, como habría podido hacer una esposa.

—Salgo a fumar —anunció Emma, sacando el tabaco—. Vuelvo enseguida.

Fuera hacía mucho frío y reinaba un silencio extraño. La nieve había cuajado, al menos en ese jardín; no había mucha, aunque sí la suficiente para bajar el volumen de la ciudad un par de decibelios. Emma vio unos cuantos copos de nieve, aunque tal vez fuesen simple ceniza, arremolinándose bajo el cálido resplandor amarillo que emitían las luces navideñas del árbol. Estaban en algún punto de Battersea, en un almacén situado en una calle secundaria. Había otras personas fumando. Se apartó un poco y fue a sentarse a una mesa junto al árbol, debajo de una pequeña carpa. Sus medias eran finas y el banco de metal estaba helado contra sus muslos suaves y sin vello. Se estremeció.

Se sentía expuesta en todos los sentidos: el frío, la Mami Monstruo, Abigail. Jamás mencionaba a Abigail. Solo había hablado de su muerte en detalle dos veces: una con Si y otra con su psiquiatra en los meses que siguieron. Ya pertenecía al pasado. No pudo evitar pensar en Connie, sentada en su habitación, forzada a recordar, y en lo generosa que era con su sinceridad.

—¿Estás bien?

Alzó la vista y sonrió. Dougie se sentó a su lado y ella le ofreció su cigarrillo.

—No fumo —dijo, y se lo quitó de los dedos.

Emma se echó a reír.

—Muy bien. Eres un hombre de acción, ¿no?

—Un poco —dijo él.

Dio una calada y se lo devolvió.

—Siempre fuiste un deportista.

—Me gustaba el deporte. Aún me gusta.

—Eras muy inteligente, Dougie. ¿Cómo es que te dedicas a algo tan aburrido como la informática?

Él soltó una carcajada.

—No es tan aburrido. Aunque, claro, no es tan emocionante como tu trabajo. Entonces ¿estás cansada de que todo el mundo te pregunte por ese caso?

—¿Tanto se me ha notado? ¿He sido grosera?

—Hace un frío que pela —dijo—. Ten, ponte mi chaqueta.

Ella dejó que se la pusiera sobre los hombros. ¿Era su generación la última que podría disfrutar de esos gestos tan caballerosos?

—¿Me guardas un secreto? —preguntó Emma.

—Claro.

—Es una mujer estupenda.

—¿Quién?

—Constance Mortensen.

—¿En serio? —dijo él, sorprendido.

Ella suspiró.

—Me cae bien.

—¿Está permitido que sientas apego por tus pacientes? —preguntó él.

Emma se encogió de hombros.

—¿Sabes? No recuerda haber tirado a las niñas al río.

—Mejor para ella.

—No. Se ha disociado de sus actos.

Dougie se estremeció y Emma apoyó levemente su cuerpo contra el de él para calentarle. Era un gesto peligroso y sensual, pero le debía parte del calor de su chaqueta.

—¿No crees que todos somos capaces de hacer cualquier cosa si se dan los desencadenantes apropiados y tomamos los fármacos equivocados? —le preguntó.

—De cualquier cosa, no —repuso Dougie.

Emma se dio cuenta de que en realidad no le conocía.

—Puede que todos seamos bombas de relojería... —dijo en voz baja, alzando la vista.

Las luces parecían girar sobre sus cabezas. Estaba muy borracha. Él le quitó la copa y metió la mano debajo de la chaqueta para apoyársela en la espalda. Emma sintió el peligro, la emoción. Ella era la bomba de relojería.

—Eres preciosa, Emma Davis —dijo Dougie—. Siempre lo he pensado.

Allí estaba el momento con el que había fantaseado, el momento que había propiciado. Notó que su cuerpo respondía a las palabras de él, a su contacto, que el corazón descendía con un golpe sordo hasta la base del útero, que su ser palpitaba de pronto, expectante, desde la línea del biquini hasta la punta de la lengua. Tenía la boca húmeda, preparada. Pensó en Connie, pensó en Karl y en Ness, en la fantástica búsqueda de la sensación de vida, de verdadera presencia, de ese prodigio intenso y tangible de sentirse humanos. Se concentró en la respiración de Dougie sobre su cara, en esos familiares ojos oscuros.

Y entonces pensó en Si.

—¿Qué pasa? —susurró él, con los labios muy cerca.

—Me gustaría besarte, Dougie, más que nada en el mundo. Quise besarte hace treinta años, en aquel mugriento sofá marrón. Y ahora, aquella chica de diecisiete años me odiaría porque no voy a besarte...

—¿No? —dijo él, sin creerla del todo.

—No.

—Solo es un beso —repuso él—. Nada más.

—No... Pero gracias.

Él asintió con la cabeza y sonrió, apartándose de ella de un modo imperceptible, con los ojos aún brillantes.

—La sensata Emma Davis —dijo, un tanto molesto.

Emma se alegró enormemente de haber puesto fin a aquello antes de que empezara. Eso es, recordó en ese momento, estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—No sé quién es, pero es un tipo con suerte —dijo Dougie, devolviéndole la copa.

Y allí estaba ella, un sábado por la tarde, esperando a que su tipo con suerte saliera de su ensayo con la orquesta. Una fila de músicos abandonó la iglesia en fila. Entonces le vio. Le pareció distinto allí, entre su «gente», en su elemento, compartiendo una broma con alguien en la puerta, sujetándola abierta para que salieran otros. Era un hombre normal de mediana edad, lo veía claramente; no tenía nada de extraordinario y, sin embargo, todo en él expresaba calma, formalidad: era la clase de persona a la que recurres en una crisis. Vio que soltaba la puerta y luego tropezaba con uno de los adoquines. Por un momento sintió vergüenza por él, el payaso del fagot. Pero era su payaso del fagot y le quería. Se bebió el resto del gin-tonic y salió del pub dedicando una sonrisa a la camarera polaca y una escueta inclinación de cabeza a los aturdidos viejos.

Delante del pub, sobre el fango, cuando ya levantaba el brazo para llamar la atención de Si, vio a una mujer bajita y morena que había ido a buscarle. Tardó unos instantes en reconocerla: era Savannah, la novia de Adrian. Se besaron en las mejillas y luego vacilaron mirando a izquierda y derecha, como si estuvieran decidiendo adónde ir, ajenos por completo a la presencia de Emma al otro lado de la calle.

Los miró con curiosidad mientras caminaban sin prisa hacia el cruce. Luego se puso a seguirles despacio por la otra acera. Giraron a mano derecha. Emma cruzó la calle y los vio entrar en un gastropub de aspecto acogedor. A través del cristal, pudo ver que se aproximaban a la barra y que el camarero los acompañaba a una mesa junto a la chimenea. No mostraban interés alguno hacia cuanto les rodeaba. Emma entró en una tienda de bicicletas para continuar espiándoles y se escondió detrás de un frisbee que resultó ser una rueda. No hacía ninguna falta que se ocultara, porque Si y Savannah estaban totalmente abstraídos de su entorno y no pendientes de la llegada de Adrian, tal como ella esperaba. Y cuanto más tardaba Adrian en aparecer, más le dolía a ella el estómago.

Emma cogió un autobús para volver a casa, abrió la puerta, encendió la calefacción y se sentó a la mesa de la cocina con una botella de rioja. Al poco tiempo, se llevó la copa al piso de arriba y se preparó un baño. Las toallas estaban húmedas y olían vagamente a moho, así que las echó en la cesta de la colada y fue a buscar unas limpias. Se detuvo ante el armario de la ropa blanca. Al fondo se encontraba el armazón de madera de la cuna. Lo conservaban con la excusa de que podía quedarse a dormir alguien con un bebé. Era más fácil de ese modo. Apoyó la cabeza contra el armario y se quedó así un buen rato, con la nariz contra el suave algodón de la toalla limpia.

Tras bañarse, se sentó de nuevo a la mesa de la cocina para trabajar en su portátil. Tenía que acabar un informe para el juzgado en el que debía evaluar y analizar los riesgos de un caso. Sin embargo, se quedó embobada, con la mirada perdida en el jardín. Al poco rato decidió dejar de esforzarse, llevó la silla hasta la puerta acristalada y se quedó allí sentada, junto al radiador, bajo

el sol neblinoso de la tarde, con los pies apoyados en otra silla, las piernas sin vello estiradas, una copa de vino en una mano y un cigarrillo en la otra, con el cenicero sobre el regazo, contemplando los restos de nieve sucia mientras aguardaba el regreso de Si.

—Hola —la saludó al llegar.

Emma se volvió y observó a su marido mientras colgaba el abrigo en el recibidor.

—Pensaba que estarías fuera —dijo al entrar en la cocina.

Si dejó el estuche del fagot encima de la mesa. Parecía estar de buen humor.

—Hola —dijo ella sonriendo fríamente, vaciando el contenido de la botella en su copa—. ¿Qué tal en la orquesta?

—Muy bien. He hecho mi solo. ¿Quieres oírlo?

—Claro —contestó ella.

Emma retiró las piernas de la silla, las bajó hasta apoyarlas en el suelo y las cruzó poco a poco. Acto seguido, se inclinó para coger el paquete de tabaco del radiador.

Si se quitó el jersey y lo tiró encima de una silla. Luego abrió el estuche y sacó el fagot mientras ella encendía un cigarrillo y entreabría la puerta acristalada para que el humo saliera al jardín. Emma observó a su marido mientras colocaba la boquilla. Su boca le era muy familiar: una boca que ella nunca besaba, que ahora besaba otra; qué suerte tenía él de que alguien lo deseara. Cuando empezó a tocar, Emma se volvió hacia el jardín y vio que una paloma rolliza se posaba en el cerezo, picoteaba unos cuantos frutos medio podridos y volvía a alzar el vuelo. No podía hacer caso omiso de la música, evocadora y tierna, pero hizo cuanto pudo para no dejarse conmover. Cuando Si acabó, Emma le miró de nuevo. Era evidente que él esperaba alguna clase de reacción.

—Muy bonito —dijo.

Él no se movió.

—¿Qué ocurre? —preguntó, fijándose en la botella vacía y bajando despacio el fagot.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Sientes que te rechazo, Si?

—¿Qué?

—¿Te he apartado de mí?

—¿De qué hablas?

Sacó la boquilla de un tirón y empezó a guardar el fagot en su estuche.

—Contesta la pregunta.

—Es que no la entiendo —dijo él, cerrando bruscamente el estuche del fagot.

Emma volvió a mirar el jardín y dio una lenta calada.

—¿Qué pasa? —preguntó Si, rodeando la mesa hasta situarse a su lado, deteniéndose, apoyándose en ella, cruzando los brazos.

—No lo sé —dijo Emma, observándole con atención, observando su estudiada pose de contrainterrogatorio—. Dímelo tú. ¿Qué es lo que pasa, Si?

—No entiendo nada de lo que dices.

Emma se movió para situarse de cara a él.

—Lo entiendo, ¿sabes? Aún puedes tener hijos. Te estoy frenando.

—¿Perdona?

—Y necesitas sentirte necesario.

—¿En serio?

—Y yo no te doy eso.

—Para de una vez, Emma, que no estás en el trabajo. Yo no soy uno de tus puñeteros pacientes.

—¿Me equivoco?

—¿En lo de que necesito sentirme necesario? Claro que necesito sentirme necesario. Todo el mundo lo necesita; incluso tú, Emma. Aunque a ti no te gusta mostrar ninguna necesidad porque crees que ser vulnerable significa ser débil o algo parecido, y pobre de ti si no puedes con todo.

Emma soltó una bocanada de humo lenta y constante.

—Vaya, menudo arrebato —dijo apagando el cigarrillo, retorciéndolo firmemente en el cenicero que descansaba sobre su útero caducado.

—Por ejemplo —siguió diciendo él—, sea cual sea la idea que se te ha metido en la cabeza ahora mismo, no puedes decirla, no puedes demostrar que te importa, tienes que convertirla en una especie de interrogatorio de la Gestapo.

Ella ladeó la cabeza y le miró.

—Sientes mucha rabia hacia mí.

—¡Basta! Basta de retorcerlo todo.

—Habló el abogado. ¿Cómo está Sahara, Savannah o como se llame?

Se arrepintió al instante; no pretendía que le saliera así.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Si se echó a reír, se alejó varios pasos de la mesa y se pasó una mano por el pelo.

—¿Me has seguido? —preguntó, muy molesto.

—He ido a buscarte, pero he descubierto que ya estabas ocupado.

La miró perplejo.

—¿Por quién me tomas? ¡Es la novia de mi mejor amigo, por el amor de Dios!

—¡Ja! ¡Qué chiste más viejo!

Emma se agachó y cogió su copa.

—¿Qué? ¡Venga, va! ¡Pregúntamelo! —soltó él—. ¡Ah, claro, no puedes, porque igual parecerías demasiado desesperada!

—¿Lo estás haciendo? —dijo ella, sacando otro cigarrillo.

—¿Haciendo qué?

Emma encendió el pitillo como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Te las estás tirando?

Si sacudió la cabeza, incrédulo.

—No, no me la estoy tirando. Ha venido a buscarme porque estamos organizando una fiesta sorpresa para el cumpleaños de Adrian, ¿vale?

Emma soltó una risita que se convirtió en una carcajada.

—¿Tanta gracia te hace?

—¡Una fiesta sorpresa! ¡Qué original, señoría!

—Bebes demasiado. Lo sabes, ¿no?

Emma le miró.

—Me odias, Si. En el fondo, me odias con toda tu alma. Reconócelo.

—¿Qué?
—Nunca me perdonarás.
—No, Emma. No empieces con eso ahora —le pidió él—. Estás borracha.
—Ya ni siquiera hablamos de ella. Ni siquiera decimos su nombre.
Si guardó silencio con la cabeza gacha, mirándose los pies.
—¡Dilo! —dijo Emma.
—No, no pienso hacerlo.
—¡Dilo!
—No.
Emma se levantó; ahora estaba rabiosa.
—¡Dilo de una puta vez, Si! ¡Di que fue culpa mía!
Si alzó la mirada. Le temblaba el labio inferior, pero su voz sonó firme:
—Puede que seas tú la que necesita decirlo.
Luego se volvió y salió de la cocina.

18

Hoy la doctora R está distraída. Tiene el rostro encendido y se le ha corrido un poco el rímel debajo del ojo izquierdo. Va vestida de negro, sin atisbos de tiras fluorescentes, y me sorprende mucho ver que sus pendientes son dos pequeñas calaveras; bajo su fachada rectangular, hay una aprendiza de rebelde. Se coloca el pelo detrás de la oreja y ladea la cabeza para concentrarse en mí, pero el bloc que tiene sobre el regazo está al revés, desmintiendo cualquier apariencia de coordinación mental. Espero a que la Chirridos ahueque el ala antes de decir nada.

—¿Se han peleado? —pregunto.

La doctora R no lleva su anillo de casada. Me ve mirándole el dedo y se lo tapa.

—No me diga que ha sido por la chica de la orquesta.

Cruza las piernas y se las arregla para no hacerme caso.

—Hoy vamos a hablar de Milton House —dice.

Se da cuenta de que el cuaderno está al revés y trata de darle la vuelta sin llamar mi atención.

—Dígame que no tiene veintitrés años —digo.

—Hoy no, Connie —dice en voz baja, colocándose otra vez el pelo detrás de la oreja.

Pienso en echarme atrás, pero no puedo.

—¿Realiza el acto sexual con ella? —pregunto, adoptando lo que considero un estilo médico —. ¿Copulan?

—Parece ser que no —dice con voz entrecortada.

Me quedo atónita al ver que me incluye de esa forma, en su mundo más privado. Busco señales que me indiquen que se arrepiente, pero no veo ninguna. No se ruboriza; ni siquiera se remueve inquieta. Tiene los ojos un poco enrojecidos y me pregunto si habrá llorado.

—¿Dijo que solo era sexo? ¿O está enamorado?

Agita una mano, indicándome con ese gesto que no le pregunte más, pero hoy no es lo bastante rápida para distraerme. Ya no voy a parar.

—¿Sabe? Una vez le pregunté a Karl: «¿Quieres a Ness?». Y él dijo: «No lo sé». ¿Puede creérselo? «¡No lo sé!» Aquella conversación me sigue indignando. Necesitaba oírle decir que sí. Si decía que sí, yo podía hacerme a la idea. Podía entenderlo. Pero ¿por qué iba a asumir todos esos riesgos con su familia si ni siquiera la quería? ¿Haría un hombre todo eso solo por su polla?

—Amor... ¿Qué es el amor? —dice la doctora R en tono despectivo.

Hoy está muy negativa. No creo que los psiquiatras deban ser tan catastrofistas. Insisto:

—Entonces le dije: «Muy bien, Karl, pues voy a preguntártelo de otra forma: ¿le has dicho a ella que la quieres?». Y él dijo: «¡Ah, sí, claro que se lo he dicho!».

La doctora R suelta una risilla burlona. Me encanta hacerla reír. Tiene una sonrisa maravillosa. Pone los ojos en blanco, sacude la cabeza. Nunca la había visto así. Parece agotada, débil, floja, como si todo la trajera sin cuidado. Debo sacarle todo el jugo posible a la situación.

—Al menos ella tuvo el detalle de enviarme más tarde un mensaje en el que decía que no podía evitarlo, que estaba locamente enamorada de él. Lo cual, por cierto, es una gilipollez: siempre hay un punto en el que se puede elegir.

—¡Se puede elegir! ¡Estoy completamente de acuerdo! —dice la doctora R irguiéndose, levantando un dedo cargado de razón.

Me sorprende su vehemencia. Deja la libreta del todo —en ningún momento ha conseguido colocarla en la posición correcta— y estira las piernas. Se pone de pie despacio y empieza a pasear por la habitación con algún propósito interno que se me escapa. Pero me gusta mirarla, con su nueva ropa oscura y sus pendientes de calavera. Cuando pasa junto a mí, capto el olor: ha vuelto a beber. Solo estamos en mitad del día, pero estoy segura de que ha bebido.

—Cuéntame lo de Milton House —dice, apoyándose contra el alféizar de la ventana y levantando una ceja.

—No hay nada que contar. ¿Lo conoce? —pregunto.

—No. Conozco a una persona que trabajó allí.

Una vez más, esto es poco propio de ella; nunca brinda información personal.

—¿Por qué me trajeron aquí? —pregunto.

Se me queda mirando unos momentos y luego dice:

—Milton House, Connie...

—No me acuerdo, de verdad.

—Estuviste allí seis semanas, tienes que acordarte.

—¿Qué quiere saber?

Cruza los brazos.

—Quiero saberlo todo. Pero, en concreto, quiero que me hables de la noche que te escapaste.

—De eso no me acuerdo —digo.

—Pues haz memoria.

Ya lo he dicho, pero debería tener cuidado con esa faceta de maestra de escuela; no se hace ningún favor. Seguramente Si Marido la ha sufrido muchas veces; apuesto a que la chica de veintitrés años no tiene esa actitud. Apuesto a que cree que el sol brilla desde sus partes. A todos nos encanta que nos adoren.

—Pues no recuerdo gran cosa. Me tenían totalmente grogui.

Eso no es del todo cierto. Recuerdo algunos detalles: llegar allí y que un hombre muy avispado de bata blanca me dijera que tenía que dejar la puerta abierta para poder entrar a mirarme —era un pervertido al que le gustaba ver cómo me desvestía—; hacer cola para que me dieran mis medicamentos como si fuera un personaje de *Alguien voló sobre el nido del cuco*; tragarme las pastillas mientras me vigilaban; recibir inyecciones si me negaba; encontrarme en un estado hipersensible casi todo el tiempo y ser como un imán para los locos —me sentía como el Flautista de Hamelín de los Perturbados—; el color de las puertas, un verde pálido; las luces del pasillo, que se encendían cuando pisabas el linóleo y se apagaban a tus espaldas, produciéndote la extraña sensación de controlar la situación y estar paranoica al mismo tiempo; saber que estaba en un lugar olvidado, que me había colado por entre las mallas de la red hasta caer en un punto profundo y oscuro en el que nadie cuidaba de mí; y otras cosas raras que no necesito recordar.

—¿Cómo te sentías allí dentro?

Ja.

—No me sentía. Esa era la gracia.

—Necesito saber lo que recuerdas.

¿Cómo puedo explicárselo con palabras? Estaba en una especie de estado de fuga en el que las cosas eran demasiado complejas para expresarlas. Lo único que podía decir era «Esto no está bien». Recuerdo que Karl vino a verme, que se quedó allí sentado, con la boca cerrada y una expresión sombría, que traté de explicárselo, diciendo que tal vez fuese una clase de persona inusual. «No —dijo—, no eres nada inusual.»

—¿Te acuerdas de cuando te dijeron que tu madre había muerto?

Me miro los cortes de las muñecas y me rasco una costra.

—Sí. —Me arranco la costra—. Uno de los médicos entró en mi habitación y dijo que mi madre había «fallecido». No soporto ese lenguaje de mierda. Habría esperado que un médico pudiera utilizar el término correcto: «muerto».

Al salir, se metió en la boca un caramelo para la tos y le oí decir en el pasillo que mi puerta debía permanecer abierta, que presentaba riesgo de suicidio. Al principio me pareció absurdo: para empezar, no daba crédito a lo que había dicho sobre mi madre. Ya no confiaba en nadie, sabía que las personas mentían y engañaban, y me convencí de que estaban intentando volverme loca entre todos, incluso Karl, que se había aliado con ellos. Él vino a verme después sin los niños; al parecer, yo les daba miedo. Me dijo llorando que Julia se había tomado una sobredosis y me pregunté por primera vez si sería cierto. La esperaba cada día, pero no vino, y tampoco lo hicieron los niños. Me entró la ansiedad: ¿qué era mi vida sin mis hijos ni mi madre? ¿Qué estaba haciendo en un sitio como ese? ¡Sí! «Riesgo de suicidio» porque el suicidio era una buena idea.

Había hecho amistad con una china muy embarazada que estaba allí por hacerse un corte en la barriga para quitarse al bebé, pero que, aparte de eso, me parecía muy sensata. No paraba de decirle que quería morir, así que un día se hartó y me preguntó por qué no hacía algo al respecto. Le mencioné la posibilidad de tragar detergente de lavadora o arreglármelas para saltar desde la azotea. Y ella dijo: «¿Qué te detiene?». Tuve que pensarlo. Y ¿sabe qué? Lo que me detenía era simple cobardía.

—Es injusto que no te dejen matarte humanamente, ¿no le parece, doctora R? ¿Por qué tiene que ser tan doloroso?

—¿Tenías deseos de suicidarte cuando llamaste a tu casa el 2 de noviembre? Es importante que trates de recordarlo. Annie cogió el teléfono... ¿Te acuerdas de eso?

Me mira con atención, inclinada hacia delante, parpadeando mucho. Me siento como si estuviera en una peli policíaca. Todo depende de mi respuesta.

—No —digo.

—Llamaste al teléfono fijo. Lo cogió Annie. Haz memoria.

—No me acuerdo.

Pero lo intento. Y recuerdo estar en el vestíbulo, en la cola del teléfono. Quería hablar con mis hijos, decirles que les quería, que no debían tenerme miedo. Una maleducada que iba detrás de mí en la cola me dijo que apestaba, lo cual era cierto. Me negaba a lavarme; parecía lo único que podía controlar. Llevaba semanas sin lavarme. Si metía la nariz en el camisón, percibía el suave y dulzón olor a mar procedente de mi vagina sucia y mi piel pegajosa.

—¿Llamaste para despedirte de ellos?

Creo que sí. Asiento con la cabeza.

—¿Ibas a matarte, Connie?

Vuelvo a asentir. Sí.

—Echaba de menos a mi madre. Me estaba guardando la medicación.

Entonces lo recuerdo: ella tenía razón, Annie cogió el teléfono. Annie y Polly solían contestar las llamadas con voces tontas, tratando de molestar a los teleoperadores, fingiendo que las habían raptado o que eran extraterrestres, esa clase de cosas. «Holaaa —dijo con un acento escocés bastante malo—. Me gusta comer caca.» Y oí que Polly soltaba una risilla burlona detrás de ella. Y me alegré de que estuviera bien y siguiera adelante... Intenté contestar, pero mi voz era tan tremendamente débil que no la encontré. «Annie —articulé sin que saliera ningún sonido de mi boca—. Te quiero.» Pero no creo que me oyera. Y sin embargo, al cabo de unos momentos dijo: «¿Mamá?». Y me quedé hecha polvo al oír mi nombre, el único nombre que significaba algo para mí...

Se me llenan los ojos de lágrimas. No quiero recordar aquello. La doctora R me está mirando fijamente. Parece frustrada, enfadada. La cosa no va bien.

—Dime, ¿qué dijo Annie...?

—Oí la voz de una mujer de fondo: «Annie, ¿quién es?». Conocía esa voz muy bien: era Ness. Luego cogió mi teléfono en mi casa y me preguntó: «¿Quién es? No queremos comprar nada». «Queremos», dijo. En mi propia casa, dijo «queremos».

—¿Y cómo te sentiste?

—Furiosa.

—¿Qué hiciste?

—No me acuerdo.

Exhala un suspiro; está molesta conmigo.

—Sí que te acuerdas. —Alza la vista. Tiene las mejillas encendidas—. Te acuerdas perfectamente.

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Qué hiciste después? —pregunta la doctora—. ¿Fue eso lo que te hizo explotar?

—No me acuerdo.

Quisiera que se callase de una vez, que dejase de hacerme preguntas, que dejase de hurgar en mi cerebro.

—¡Debes acordarte! —exclama muy irritada—. ¿Qué pasó en las semanas que vinieron después de la llamada telefónica?

—¡No me acuerdo! ¡De verdad que no me acuerdo!

—¿Qué pasó, Connie? —Se le ha puesto el rostro de color morado. Nunca la había visto tan alterada—. ¡Connie, tienes que acordarte! ¡Nadie quiere recordar estas cosas, pero tenemos que hacerlo!

—¿Por qué? —le grito.

—¡Porque debemos aceptarnos! ¡Debemos reconocer nuestros actos! ¡Debemos hacernos responsables!

Está realmente furiosa conmigo; me siento bastante alarmada.

Y entonces sucede algo horrible. La doctora R me vuelve la espalda y comprendo por el movimiento de sus hombros que está llorando. Está de pie allí, delante de la ventana, mirando hacia el exterior y llorando, sollozando con fuerza. No me muevo. Guardo silencio. ¿Qué he dicho? No tengo la menor idea de por qué está en ese estado, pero me alegro de que sea ella y no yo. La dejo llorar un poco y luego me levanto para llevarle un trozo de papel del váter y reunirme con ella junto a la ventana. Tiene la cabeza baja y le tiemblan los hombros; llora a lágrima viva. Coge el papel del váter de mi palma abierta. Se suena la nariz y contempla el árbol hipando, con la cara enrojecida, mientras el rímel le chorrea por las mejillas. Se calma poco a poco, pero parece estar en una especie de trance mientras mira por esa ventana.

Entonces dice:

—Esa puñetera hoja no se rinde, ¿verdad?

Como si esa fuera la razón de su llanto. Está hablando de mi hoja. Yo también observo cómo se agita sola en el árbol. Me alegro de compartirla con ella. Ahora puede ser nuestra hoja.

—Seguro que la Chirridos le preparará un té si se lo pedimos... —digo.

Resulta muy discutible, porque es inconmensurablemente vaga, pero tengo que decir algo tranquilizador.

—No, prefiero que nadie me vea así —dice, mirándome.

Me halaga que no me considere como a cualquier otra persona. Tiene los ojos de un precioso azul turquesa: las lágrimas los han vuelto luminiscentes, su tristeza los ha iluminado desde dentro.

—¡Siéntese! —digo, acercando dos sillas a la ventana.

Hace lo que le pido. Le llevo un vaso de plástico lleno de agua y lo coge. Se bebe el agua a sorbos, secándose los ojos. Me siento a su lado y contemplo el árbol desnudo. Nos quedamos allí sentadas durante un buen rato.

—¿Puedo contarte una historia, Connie? —dice, justo cuando creo que la sesión está a punto de acabar. Su voz vuelve a sonar serena. Ha acabado de llorar.

—Claro.

—Vale.

Se suena la nariz de nuevo y guarda silencio durante tanto rato que creo que ha cambiado de opinión. Pero entonces empieza a contar la historia en voz baja e indiferente, como si leyera un atestado policial.

—Un hombre y una mujer jóvenes se conocen y se enamoran. Los dos son personas con éxito material, siempre han trabajado mucho y tienen buenos empleos. Cada uno tiene un piso en propiedad y están acostumbrados a cierto estilo de vida; hacen buenas vacaciones y compran cosas caras. Pueden darse caprichos. Y entonces llega el momento de sentar cabeza. Cada uno vende su piso, se compran una casa en las afueras y celebran una boda sencilla pero elegante. Durante mucho tiempo están muy ocupados con sus empleos importantes y ya no son tan jóvenes cuando deciden que ha llegado el momento de fundar una familia. Pero la vida tiene otros planes y resulta que, aunque el esperma es normal, ella tiene un problema en las trompas de Falopio y no será fácil concebir. Empiezan a obsesionarse. Bueno, se obsesiona ella, él no, porque, afrontémoslo, él está bien y tiene todo el tiempo del mundo, pero el reloj biológico de ella no para de correr. Ella quiere ese bebé a toda costa y hará lo que haga falta para quedarse embarazada, desde ponerse a hacer el pino hasta dos ciclos de reproducción asistida. Es caro y

desagradable. Se pone una inyección al día y engorda, algo que no soporta, algo que le revienta. Y entonces, ¡bingo! La varilla blanca dice «Sí, ¡ahora eres una mujer normal!». Está embarazada. Están entusiasmados; ella no se lo puede creer.

»Pero le aterra la posibilidad de que algo salga mal durante el embarazo. Conoce todos los riesgos, así que trabaja menos, come todos los alimentos adecuados, toma todos los suplementos adecuados y cría a ese bebé como si fuera una perla en su interior. Pero no compran ropa ni pintan el cuarto porque tienen mucho miedo de gafarlo. El nacimiento es absolutamente horrible, pero resulta que son la pareja más afortunada del mundo y abandonan el hospital con una preciosa niña entre los brazos. Es perfecta, justo lo que soñaban...

La doctora R hace una pausa, se humedece los labios y toma otro sorbo de agua.

—Ni siquiera la madre de la mujer puede encontrar un solo defecto en esa niña. Y están muy felices. La mujer está agotada, claro, porque apenas ha dormido en los últimos meses del embarazo, tras el que han venido un parto de cuarenta y ocho horas, una cesárea de emergencia y una mastitis crónica. Pero la mujer está eufórica y no se atreve a quejarse porque la mayoría de las mujeres han pasado por eso antes que ella y porque es exactamente lo que quería.

»Con el paso de los meses, la mujer está más y más exhausta. Tiene que prolongar la baja laboral porque no puede concentrarse. La niña no suele dormir más de hora y media de un tirón, y ni una sola vez duerme la noche entera. La madre está tan cansada que no puede dormir. Tiene una noche de tregua cuando se toma un temazepam, tras usar un sacaleches como si fuera una vaca para que su marido pueda alimentar a la criatura. Pero se siente culpable, estúpidamente preocupada por la posibilidad de que la niña sufra. Se deprime, y eso le produce mucha vergüenza porque tiene lo que siempre quiso. Es una mujer capaz de resolver problemas: tiene paciencia, puede dirigir a otros, arreglar su propio ordenador, sabe montar muebles, cambiar un neumático y cocinar para diez personas, pero esa niña no venía con manual de instrucciones. Tiene una sensación de absoluto fracaso que no es capaz de afrontar.

»La niña ya no es un bebé y sigue sin dormir. Es como cualquier niña pequeña: adorable pero un terremoto, hecha de dulzura y rabietas a partes iguales. La madre se encuentra atrapada en un extraño ciclo, inacabable y agotador, consistente en lavar, limpiar, alimentar y llorar. No sabe cómo enfrentarse a esas rabietas que convierten a su hija en una energúmena. De nada le sirven sus estrategias habituales ni su lógica. Sus amenazas son en vano, porque no tiene la energía necesaria para cumplirlas. Ha empezado a medicarse; aunque sea tarde, se ha autodiagnosticado depresión posparto. Está irritada con el padre porque duerme como un tronco en la habitación libre, porque su trabajo parece ser más importante que el de ella, porque a él no le han chupado, estirado y magullado el cuerpo hasta dejárselo irreconocible. Menos mal que existen las visitas para que jueguen los niños, las asociaciones de madres y las amigas en el parque, porque, si no fuera por todo eso, esta madre, que agradece realmente la suerte de tener a su hija, perdería los papeles...

Hace una nueva pausa, da otro sorbo al agua y se suena la nariz. Mueve un poco la silla, como si quisiera hablar con el árbol.

—Un día, la madre y la niña han quedado con unos amigos en la zona de juegos del parque de su barrio. Ella está empujando el carrito cuesta arriba; los columpios y toboganes se ven a través de la barandilla y los arbustos. Nota el tirón en la parte posterior de las piernas, los humos

del tráfico; la niña patea entusiasmada, sus botitas de goma rojas suben y bajan, porque también ve los columpios y toboganes entre los arbustos; seguramente ve a sus amiguitos ya jugando.

»Sin embargo, justo cuando llegan a la verja de entrada, la madre se encuentra con una conocida, otra doctora, que sale del parque. Se paran ante la verja para charlar sobre las malas noches. Esa otra doctora está probando un nuevo remedio natural que parece ser eficaz y empieza a buscar el nombre para compartirlo con ella cuando la niña, que está furiosa con su madre por pararse justo allí a charlar, con el lugar de destino ya a su alcance, empieza a lloriquear y a tratar de bajarse del carrito, aunque no puede porque está atada. La madre le dice a la niña que va a tener que esperarse. Pero la niña no piensa esperar; al fin y al cabo, es una niña y quiere ir a los columpios. Se pone a gritar, y la madre, que ya está harta y, quién sabe, tal vez está deseando demostrar que tiene cierta autoridad sobre ese ser humano en miniatura que chilla a voz en cuello, le dice a su hija con una firmeza para la que no tiene energía: «¡Basta!». Pero la niña patea, se pone morada y vocifera como un demonio. Ahora tiene una rabieta de campeonato y la madre, fuera de sí por el agotamiento y por la vergüenza que siente ante su propia inutilidad como madre, pierde los papeles por completo. «¡Calla! ¡Ya estoy harta, Abigail!» Y mueve el carrito a empujones, girándolo bruscamente ciento ochenta grados para que su hija ya no pueda ver el parque infantil. Y entonces la madre le vuelve la espalda a la niña, sin hacerle caso, para enseñarle que no siempre se saldrá con la suya gritando.

»Parece que funciona. Mientras habla con la doctora, la madre se da cuenta de que la rabieta empieza a menguar. Hablan de una familia conocida cuyos hijos duermen toda la noche. Ninguna de las dos se percata de que el suelo hace un poco de pendiente y el carrito se mueve. Justo en ese momento, un camión sube a toda velocidad por la cuesta. Los frenos chirrían y la madre se da la vuelta, pero es demasiado tarde. El camión arrastra el carrito con una de las ruedas delanteras y tarda una eternidad en parar. Cuando lo hace al cabo de cincuenta metros, el carrito está inclinado hacia delante y no hay movimiento alguno. Ya no hay rabietas.

Observo a la doctora R. Mira por la ventana sin fijarse en nada. Tiene los ojos vidriosos, no le quedan lágrimas.

—¿No echó el freno? —digo.

La doctora R se vuelve hacia mí y niega muy despacio con la cabeza.

—No, Connie. No eché el freno.

19

Tom, el director clínico de Tatchwell, le había dejado a Emma un mensaje en el móvil en el que le pedía que ese día acudiera a su despacho antes de visitar a Connie. Sonaba muy serio, excesivamente formal. Cuando Emma llegó a la puerta del despacho, notó que la secretaria le rehuía la mirada y pensó que habría malas noticias acerca de las niñas.

—¡Ah, pasa, pasa, Emma! —dijo Tom, aguantándole la puerta para que entrara y cerrándola suavemente detrás de ella.

Su despacho estaba hecho un desastre, pero él no parecía darse cuenta. Bajó la cabeza y empezó a frotarse la barba con aire reflexivo.

—¿Están bien las niñas, Annie y Polly? —preguntó ella.

—No he tenido noticias, pero... —dijo Tom, haciendo un ligero esfuerzo por ordenar su mesa.

—Bien —dijo Emma esperando a que se explicase. Sin embargo, él no añadió nada más.

—Haz el favor de sentarte. —Indicó con un gesto una silla de plástico con pinta de ser incómoda.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

Tom sonrió solo con el labio inferior y los músculos del cuello. Acto seguido, ocupó su lugar detrás de la mesa.

—¿Cómo estás, Emma?

—Bien —respondió ella, sentándose y dejando el bolso en el suelo—. Creo que estamos consiguiendo resultados. El comportamiento verbal y no verbal de la paciente no indica que esté fingiendo. Ahora mismo no estoy segura de que esté en condiciones de comparecer ante un tribunal. Parece ser que la amnesia se manifestó de forma súbita, algo que, según he leído, es muy habitual en casos de violencia familiar extrema. Al parecer, fueron varios los acontecimientos que desencadenaron el episodio psicótico. De hecho, la prescripción de benzodiacepinas por parte de la doctora de cabecera y, sobre todo, el clonazepam que le administraron en Milton House me suscitan muchas dudas...

—Mmm —interrumpió él—. No me refería a eso.

—¿Ah, no?

La expresión de Tom dejaba muy claro que habría preferido estar en cualquier otro sitio.

—Emma, nadie me informó de tu situación antes de asignarte este caso.

—¿Mi situación?

—Este caso es muy delicado. No estaba informado de tu... pérdida personal.

Emma notó que se endurecía por dentro. No resultaba apropiado que Tom le hablase de Abigail. No era de su competencia. Se alisó la falda y le miró a los ojos. Él apartó la mirada.

—Mi situación personal no tiene nada que ver con este caso.

—No, claro —dijo él, echándose atrás—. Aunque no sé si eso es completamente cierto. De haberlo sabido...

—¿De haber sabido que perdí a mi hija no me habrías dado el caso?

—Emma, han presentado denuncias formales contra ti —dijo Tom, cambiando de táctica.

Ella se quedó perpleja.

—¿Perdona? ¿Quién?

—Dos miembros del personal se han quejado de ti.

—¿Se han quejado de mí? ¿De qué manera?

—Habrá una revisión formal.

—¿De qué estás hablando?

—Dicen que te has presentado a ver a Constance Mortensen, una paciente especialmente vulnerable... —hizo una pausa y se humedeció los labios— bajo los efectos del alcohol.

Emma se quedó sin habla.

—«Apestando a vino» —añadió, dibujando con sus dedos rollizos unas comillas condescendientes.

Ella no movió ni un músculo, aunque se ruborizó intensamente.

—¿Puedo saber quién se ha quejado?

—Esto no da buena impresión, ¿sabes...? —dijo él sin hacerle caso, tecleando en su portátil —. Estaba dispuesto a dejar pasar un incidente, pero me enviaron esto.

Le dio la vuelta a la pantalla para que Emma pudiera apreciar todo el impacto de su propia imagen tambaleándose por la habitación de Connie y vomitando en el inodoro mientras la paciente especialmente vulnerable le sujetaba el pelo y le frotaba la espalda. A continuación, la grabación mostraba a Connie acompañándola hasta el lavabo y lavándole la cara, ayudándola a tumbarse en la cama, quitándole los zapatos y acariciándole el pelo. Tom tuvo el detalle de pulsar el botón de avance rápido mientras Emma se dormía y Connie limpiaba el vómito. Volvió a la velocidad normal para mostrar a la paciente poniéndose la chaqueta, los zapatos y el bolso de Emma, con los que ejecutó un pequeño baile de claqué. Cuando se cansó, Connie se sentó y se puso a escarbar en el bolso de Emma, a trastear su móvil y a entrar en su iPad. Al final, se sentó junto a la cama hasta que Emma despertó.

Era realmente escandaloso, no podía negarse.

—Ya —dijo Emma—. Te pido mil disculpas. Es que...

Se calló. No había excusa posible.

—Me temo, Emma, que voy a tener que apartarte del caso.

A Emma le entró el pánico.

—Por favor, Tom. Estoy a punto de conseguirlo. La paciente no hablará con los trabajadores sociales ni con los otros médicos. Si me apartas, tendrá que volver a empezar. Sé que puedo conseguirlo.

—No, Emma, no puedo.

—¡Por favor! Me necesita, Tom. Soy lo único que tiene ahora mismo.

—Lo siento mucho.

—Ya.

Emma pensó en él jugando a *Call of Duty*, allí, en su despacho, con su edredón. «¿Qué clase de profesión es esta? ¿Se supone que somos sobrehumanos?»

—Lo entiendo —admitió. Ella habría hecho lo mismo en su lugar.

—¿Y si te tomaras un año sabático? Te lo has ganado de sobra... —dijo él, aliviado al ver que habían salvado el trámite de forma bastante poco dolorosa.

—Sí. —Emma solo quería salir de allí. Se sentía profundamente humillada; hasta ese momento, la suya había sido una carrera impecable. Las repercusiones de lo sucedido eran demasiado apabullantes para asimilarlas. Se levantó y le sonrió—. ¿Podemos hablar en otro momento? —dijo con brusquedad.

—Por supuesto. Una cosa más: necesitaré tu pase antes de que te vayas.

—Claro, aunque tengo que hacer una cosa. Lo devolveré esta tarde.

—Me parece que es mejor que me lo des ahora —repuso él.

Las entrañas de Emma se apretaron como un puño y su voz atravesó la habitación como una barra de acero:

—Te he dicho que lo entregaré, Tom.

Se rindió. Emma era mayor que él. Esa circunstancia tenía que contar algo en este mundo. Más tarde ya le aconsejaría él que buscase la puta ayuda profesional.

—Siente el peso de tus párpados. Toma conciencia del ritmo de tu respiración, dentro y fuera. Escucha los pájaros en el exterior... el tenue sonido de los coches a lo lejos, esa sirena distante, el avión allí arriba, en el cielo, solo un rumor... escucha hasta que ya no lo oigas. Prueba a vaciar tu mente de todos los pensamientos que la ocupan. Suéltalos; no son importantes. Céntrate en lo que oyes fuera... luego vuelve a esta habitación...

Emma se sorprendió de la fuerza de su propia voz, de su propia convicción. Iba a llevar a Connie hasta el final de todo aquello. Connie estaba sentada en una silla, con los ojos cerrados y las manos relajadas sobre el regazo. Como hacía tanto calor en ese sitio, solo llevaba una camiseta y unos shorts, y era la primera vez que Emma le veía las quemaduras de las piernas. Costras marrones, rodeadas de una piel tensa y fina, cubrían todo el muslo derecho y la cara interna del izquierdo, con zonas de un rojo intenso en los puntos donde se las había rascado. Emma se había acostumbrado a los profundos cortes oscuros de la muñeca izquierda y a las marcas de las quemaduras del ácido en la cara interna del brazo derecho, pero no había tenido ocasión de observarlas con atención. Connie estaba hecha polvo.

—Ahora, Connie, te sientes alerta pero relajada, y lo único que tienes que hacer es escuchar el sonido de mi voz. Estás en un lugar tranquilo y seguro, y no va a pasarte nada malo. Si quieres parar, solo tienes que decirlo. Asiente con la cabeza si lo entiendes...

Connie asintió con la cabeza.

—Voy a llevarte de regreso a Milton House... Voy a contar hacia atrás desde diez y, cuando llegue a uno, te encontrarás en un profundo estado de relajación. Muy bien... diez... nueve... ocho...

Connie se mostraba sorprendentemente receptiva para ser un espíritu tan combativo; se había mostrado reticente a hacer aquello y solo accedió cuando Emma insinuó que el tiempo de que disponían era muy limitado.

—Tres... dos... uno... Quiero que me cuentes qué pasó en Milton House cuando empezaste a dejar de tomar el clonazepam... ¿Cómo es aquello? ¿Cómo te sientes?

Connie exhaló un hondo suspiro y se removió en su asiento. Se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

—Acaban de poner un árbol en la recepción, aunque faltan siglos para Navidad. Es muy cutre; tiene pinta de ser de un baratillo, pero todos lo miramos como si fuera el puto Taj Mahal. Soy capaz de quedarme horas mirando las luces. Tienen toda clase de ritmos distintos, destello destello negro destello destello negro, que tienen que cambiar porque uno de ellos les causa ataques a los epilépticos. Pero no es una Navidad normal, es...

—¿Aún tienes ganas de morir?

—No.

—¿Qué ha cambiado?

—No está bien.

—¿Qué no está bien? ¿Qué no está bien, Connie?

—Pues ella en mi casa con mis hijos. Tengo que volver a mi casa, que es donde debo estar... Eso es lo que dice mi madre.

—Pero tu madre ha muerto.

—Me habla... La oigo.

—¿Qué te dice?

—Lo primero que tengo que hacer es pensar con claridad, y no puedo hacerlo con las medicinas. Sé que tengo que dejar de tomarlas. Así que, a la hora de las medicinas, hago cola con todas las demás internas, me las trago y luego las regurgito en el váter. Lin dice que un clonazepam equivale a veinte diazepames. ¿Es verdad?

—Sí.

—Ella era doctora en China.

—¿Cómo es el síndrome de abstinencia?

Connie sacudió la cabeza e hizo una pausa.

—Nada bueno...

—Cuéntame.

Connie continuaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Se estaba agitando y Emma se inclinó hacia delante.

—Obsérvate a ti misma, Connie. Mantén la calma y concéntrate...

—Vale —dijo, asintiendo con la cabeza—. Da miedo...

—¿Por qué da miedo?

—Él viene a verme. Nadie más puede verle.

—¿Quién viene a verte?

—Él...

Connie temblaba.

—¿Quién es él, Connie?

Susurra:

—El diablo.

—Pero el diablo no es real.

—Es real para mí. Ha estado esperándome, dice. Esperándome en la oscuridad; aparece en la pared, entre las sombras.

—¿Y tu madre?

Connie sacudió la cabeza como si no tuviera ninguna explicación.

—¿Por qué ha venido a verte, Connie?

—Ha venido a buscarme —dijo, como si fuera evidente—. He sido mala.

—¿Cómo es el diablo?

—Como en los libros ilustrados. Exactamente igual: ojos rojos, cuernos, perilla, pezuñas.

—Pero no es real, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Qué hace?

Connie seguía susurrando:

—Se mueve por la habitación a la velocidad del rayo. Nunca sé adónde va. Quiere meterse en la cama conmigo...

—¿Qué es lo que quiere de ti?

Connie arrugó la cara, como si fuera a llorar.

—Quiere arrastrarme al infierno...

—¿Por qué quiere hacer eso?

—Porque soy mala, porque mis hijos me tienen miedo, porque estoy podrida hasta la médula.

—¿Solo viene de noche?

Connie asintió con la cabeza; estaba asustada.

—Casi siempre. Viene tres noches seguidas... Estoy tan asustada que me lo hago todo encima, en la cama... Despierto empapada en sudor, apestando a mierda... Llamo a mi madre...

—Tranquila, Connie, el diablo no es real.

—Aprieto los ojos y no dejo de repetir «Estoy en el cielo, estoy en el cielo». Encuentro una grapa en el suelo y rayo el cristal de la ventana, convencida de que eso impedirá que venga. «Estoy en el cielo.»

Connie respiraba con rapidez.

—Tranquila, Connie, ya pasó. Estás a salvo. Cuéntame qué ocurre el día que te escapas...

Connie volvió a suspirar, frunció el ceño y se balanceó despacio hacia delante y hacia atrás.

—Fuera llueve a cántaros y unas cuantas estamos mirando el aguacero por la ventana de la cantina. Está diluviando y me pregunto si será el fin del mundo. Muchos se ponen nerviosos; bailan encima de las mesas. Yo no. Estoy allí con Lin, mirando, pero tengo un dolor en el pecho, en el corazón. Me duele de verdad y no se va. No puedo dejar de pensar en mis hijos...

—¿Y qué sucede?

—De repente, se oye un estruendo que viene de la recepción y voces altas, y todos corremos hacia la puerta para ver qué pasa, incluso Lin y yo. Hay dos hombres histéricos, vestidos con monos de trabajo. Uno de ellos sostiene el extremo de una tubería que acaba de reventar y cuelga del techo. El agua chorrea encima del linóleo. Las luces del árbol de Navidad parpadean como locas un momento y luego se apagan del todo. Nos quedamos allí, apiñados, mirando cómo chorrea el agua y llena la recepción; es fantástico, es emocionante, es caos en estado puro. El agente de seguridad de la puerta nos grita palabrotas, nos dice que nos marchemos, pero es imposible: hay gente chapoteando en el agua y una vieja muy lanzada de unos ochenta años quiere nadar...

Connie empezó a sonreír, a reírse a carcajadas.

—Es un descontrol. Varios trabajadores vienen corriendo por el pasillo e intentan que las internas vuelvan a sus habitaciones. Los fontaneros tratan de arreglar la tubería. Lin y yo hemos ido a mirar por la ventana de la cantina. Lin se da cuenta de la oportunidad: por un momento, nadie vigila. La puerta de seguridad está abierta y el guardia ha abandonado su puesto para ir a hablar con los fontaneros, que están sacando el material de la furgoneta.

»"¡Vete!", dice Lin. Me vuelvo hacia ella: "Ven conmigo". Pero no quiere, está a punto de parir. Promete poner unas almohadas en mi cama y me da sus zapatillas y su chaqueta...

Connie hizo una pausa, perdida en sus recuerdos.

—¿Así que sales de allí sin más? —preguntó Emma en voz baja, incitándola a seguir.

—Nunca le di las gracias. Ni siquiera sé si tuvo niño o niña.

Por un momento, da la impresión de que ha terminado de hablar.

—¿Qué pasó entonces, Connie?

—Salgo de allí a toda prisa y me meto entre los arbustos para ir hacia la verja. No tengo ni idea de dónde estoy, en las afueras de la ciudad, supongo, en un sitio olvidado al que nadie quiere ir. Ni siquiera recuerdo cómo llegué allí. Echo a correr por calles secundarias hasta que siento que estoy lo bastante lejos para parar. Nadie me sigue, así que dejo de correr y sigo el sonido del tráfico hasta que llego a otra calle principal por donde camina la gente a toda prisa bajo la lluvia. Nadie me presta ninguna atención.

»Me siento bien. Soy libre; no puedo creerlo. Pero está oscureciendo, tengo frío y estoy mojada, así que decido coger un autobús. El primer autobús que para termina en Sloane Square. Sé que desde allí puedo coger el 22 hasta casa. Espero con un grupo de personas bajo la marquesina y el autobús para. Me cuelo por las puertas de salida detrás de un par de niñas. Las niñas se ríen y me pregunto si se estarán burlando de mí, con mis cuatro pelos y las zapatillas de Lin. Supongo que soy todo un espectáculo. Subo al piso de arriba, me siento al fondo y no tardo en entrar en calor. Un hombre sentado delante lleva gafas y estoy segura de que está espiándome, filmándome; son unas gafas especiales de espía. Luego se baja, fingiendo ignorarme. El viaje dura una eternidad, pero no me importa; miro por la ventanilla las calles mojadas. Han empezado a poner los adornos de Navidad en las tiendas y en las casas. Empiezo a sentirme ilusionada. Pienso en los niños. Pienso en todas las compras de Navidad que tengo que hacer, en los regalos. Voy a estar muy ocupada. Mucho rato después, cambio de autobús y llego a Putney...

Connie seguía teniendo los ojos cerrados, pero hizo una pausa; estaba pensando, perdida en los recuerdos.

—¿Y qué pasó cuando llegaste allí?

—Cojo el atajo, cruzo el puente y paso junto al cementerio. Me parece estar en una realidad diferente, como si fuese un fantasma. Enfilo la calle de Ness y empiezo a andar más despacio cuando me acerco a su casa. Me paro delante. En la ventana, hay un árbol de Navidad con elegantes luces blancas y bolas de cristal; lo habrá decorado Evie. Se me hace extraño estar allí, donde no ha cambiado nada, excepto yo. Al fondo, en la cocina, hay una luz encendida, pero sé que no hay nadie: Ness siempre la deja cuando sale. Sigo contemplando la casa, la puerta de color amarillo tras la que viven tantos de mis recuerdos: momentos felices que pasamos criando a nuestros hijos, jugando, viendo la tele el sábado por la noche, con los niños ensayando tangos o valses y los adultos puntuando sobre diez, con ellos corriendo por la casa y nosotros sentados a la mesa bebiendo vino y arreglando el mundo, los días en que Leah despotricaba sobre el negocio

del entretenimiento, las Nocheviejas, los cumpleaños, las fiestas infantiles, las fiestas de los adultos... días realmente felices. Y ahora aquí está, los mismos ladrillos y el mismo mortero, pero todo roto y plagado de grietas invisibles. Rodeo despacio la casa en dirección a la parte trasera.

»No hay nadie en la cocina. Saco la llave de la puerta trasera de debajo de la maceta en la que siempre la deja. Abro y entro. Cierro a mis espaldas. El olor me resulta tan familiar como el de mi propia casa; el suyo es dulce y afrutado, y la casa está en silencio a excepción del zumbido del frigorífico. Ness es menos ordenada que yo; hay platos en el fregadero y deberes sobre la mesa, una pila de ropa sucia en la cesta de la colada, ropa limpia tendida por todas partes, encima de los radiadores y en los respaldos de las sillas.

»Entro, me quito la ropa mojada y me pongo algunas de sus prendas secas. Ya me siento mucho mejor. Voy al frigorífico y veo una foto en la puerta de todos nosotros en el baile del colegio, riendo, ajenos a las desdichas que nos esperan. La cojo para verla mejor pero me causa nostalgia, añoranza por algo que desapareció hace tiempo. La verdad es que duele mirarla. Así que abro el cajón de la cocina, saco las grandes tijeras y corto su cabeza justo por el centro, entre los ojos, entre los labios, y noto que el dolor disminuye. Los pedazos caen al suelo.

»Me cuelgo las tijeras del pulgar y abro el frigorífico. Me como un trozo de tarta de manzana y voy hasta el recibidor, donde abro el armario de los abrigos y veo una de las americanas de Karl. Apoyo la nariz contra la prenda y percibo el olor de mi marido. A su lado, está la cazadora de cuero de Ness. En realidad, es mía: me la compré y se la regalé a ella porque le quedaba mejor. Las tijeras están muy afiladas, así que cortar el cuero resulta fácil, satisfactorio. Corto por la mitad americana y cazadora, cierro el armario y continúo adelante. Paso la mano por la pared, derribando aposta las fotos y dejando con los dedos una marca en esa pintura azul que escogí en tiempos más felices. Las suelas de las zapatillas mojadas hacen ruido contra las tablas que clavé junto a Ness.

»Subo las escaleras arrastrando las tijeras por la pared y observo lo sucia que está la moqueta. Hago una parada en la puerta del cuarto de baño, que Ness ha pintado de un insípido amarillo claro; aunque quizá lo haya hecho él: todo esto es nuevo para mí. Entro en el dormitorio y enciendo la lámpara de la mesilla de noche. Miro a mi alrededor. Recuerdo que me tumbé con ella en esa cama tras la marcha de Leah, la consolé mientras lloraba, le leí en voz alta para que dejase de sollozar y la abracé con fuerza cuando no pudo hacerlo, que le traje un té cuando no pudo dormir. Entonces, este negro futuro era absolutamente inimaginable. «Todo saldrá bien», le dije, convencida. Pero las cosas no han ido así...

Connie movió la cabeza de un lado a otro como si estuviera en la habitación de Ness, percibiendo ese olor dulce y afrutado.

—Observo que él también se encuentra en esa habitación: junto a la cama, veo la pila de monedas que siempre deja sobre la mesilla al acostarse. Retiro el edredón en busca de más pruebas. Me inclino y olisqueo el folleteo; es un olor familiar, rancio y dulce, seductor y repulsivo. Corto la sábana en líneas irregulares. Luego miro en la cesta de la ropa sucia. Sí, hay algunos calzoncillos suyos, con manchas y todo. Voy hasta el armario y lo abro de par en par. Me llevo un buen susto. En el reflejo del espejo hay un monstruo con extraños mechones de pelo y onduladas cicatrices de quemaduras en el cuello. Su brazo magullado se alza hasta tocar su cabeza con clapas. Vuelvo a lo que estaba haciendo, cojo toda la ropa de ella en un puñado y la corto por la mitad.

»Dejo de cortar cuando oigo una llave en la puerta. Es demasiado tarde para apagar la luz del dormitorio, así que me meto rápidamente en la habitación de Evie, que está justo al lado, y me escondo en el hueco del lavabo, encima del cual hay un espejo donde puedo ver tanto la puerta como la cama. Oigo la voz de un hombre y escucho con atención: Evie se está riendo. Entonces caigo en la cuenta de que no es ningún hombre, es Josh. Josh y Evie suben por las escaleras charlando y riéndose. Me agacho cuando entran en la habitación, apretándome contra la pared del hueco, con las tijeras aún en la mano. Le miro en el espejo, mi chico, mi hombre-chico. No me ve, pues solo tiene ojos para Evie. La estrecha entre sus brazos y la besa como haría un hombre. Se tienden en la cama y espero a que se pierdan en sus respectivos cuerpos para salir. Paso junto a ellos y les dejo con su amor. Bajo las escaleras y salgo de la casa igual que he entrado, haciendo girar las tijeras en mi mano como haría John Wayne con su revólver.

»Ha dejado de llover, pero el suelo está húmedo y reluce a la luz de las farolas. Alzo la mirada. Desde la casa de Ness, puedo ver la parte trasera de la mía. Qué casa tan bonita. La reapuntalamos y pintamos de azul celeste hace unos años, una eternidad. Las luces están encendidas, y de la chimenea sale un humo gris oscuro que se perfila contra el cielo naranja. Karl debe de haber encendido el fuego. La casa irradia sensación de hogar, un hogar cálido y seguro. Ahogo un grito de alegría al ver unas siluetas pequeñas que se persiguen por las escaleras, sombras que rebotan contra las paredes. Son Annie y Polly. He de verlas mejor. Detrás de la casa hay un estrecho callejón lleno de maleza donde vienen a cagar los gatos del barrio. Paso la mano por encima de la valla y descorro el cerrojo.

Connie hizo una pausa y contrajo los dedos, abriendo la valla en su mente.

—Cierro la valla. Desde el jardín, veo que hay gente en la cocina. Sé que no pueden verme. Puedes llegar hasta esa ventana y que nadie te vea, por las luces del interior. Oigo risas suaves y esporádicas, pero no distingo la conversación. Cruzo el jardín y paso junto a un montón de balones desinflados. ¿Habrá cesado la obsesión de Josh ahora que se acuesta con Evie? Ah, ahí está Karl. Tiene invitados. No creía que fuera a invitar a nadie en mi ausencia, pero ahí está, sentado a la mesa, el alegre anfitrión, sirviendo el vino y contando chistes. Me paro.

»Ahí está Ness, la alegre anfitriona, en mi lugar, bebiendo de mi copa, comiendo de mi plato, disfrutando mi vida. Me pregunto si alguna vez he existido. Está resplandeciente, vestida con una camiseta, con el pelo recogido, radiante y sin un rasguño, como siempre. Me inclino un poco para ver quiénes son los otros adultos: los Stevenson y una mujer que no conozco. Los hijos de los Stevenson deben de estar arriba, acaparando la PlayStation. Como sus padres no les dejan jugar, son los peores invitados: se pasan el rato pegados a cualquier pantalla. Son más amigos de Ness que nuestros. Karl y yo no les conocemos demasiado, solo en las redes sociales, donde parecen gente muy seria, de esa que pretende salvar el mundo, que publica fotos aburridas de bebidas dietéticas poco apetecibles y recuentos de azúcar, que corre maratones a la luz de la luna. Esa pareja vive indignada ante el régimen fascista y, sin embargo, se enfurece si alguien discrepa de sus opiniones. Karl y yo nos cachondeábamos de ellos. Ya no, evidentemente. ¿Dónde hemos ido a parar nosotros, él y yo, la entidad que formábamos?

»La otra mujer es una desconocida que debe de estar ahí en calidad de carabina, para desviar la atención del adulterio cometido por Ness y Karl, para evitar la sensación de que hay dos parejas sentadas a la mesa. Pero ahí están todos, pasándoselo genial, llevándose superbién,

forjando nuevas amistades ahora que el antiguo régimen ha quedado desbancado, bebiendo vino ecológico y masticando sus judías de mierda horneadas tres veces o lo que estén comiendo, cuyos restos cubren la mesa... Esto no está bien... esto no está bien...

Connie empezó a golpearse la palma de la mano con el puño, murmurando palabras incoherentes. Emma se inclinó hacia ella.

—Dime qué ves, Connie...

Connie asintió y levantó la cabeza como si alzara la vista hacia la ventana situada encima de la cocina.

—Arriba hay niños corriendo por todas partes; deben de estar jugando al escondite o al pillapilla. Hasta me sorprendo pensando en el desorden que tendré que arreglar después... ¿Sabe? Lo que no puedo asimilar es que todo sea igual que siempre, con la única diferencia de que yo no estoy. Soy superflua. Me han sustituido. Solo soy un fantasma en el exterior, mirando hacia dentro. Y, como un fantasma, me agacho para observar entre los arbustos mojados que hay al lado de la ventana. Estoy a menos de treinta centímetros del fregadero, a menos de dos metros de la mesa. En cierto modo, estoy con ellos. Veo que Karl se levanta con una broma en los labios, más risas. Veo que su mano toca la espalda de Ness al pasar junto a ella. El gesto puede parecer casual para cualquier observador, pero yo veo cómo responde el cuerpo de ella, el lenguaje íntimo entre los dos, la validación que ella le da. ¿Es eso todo lo que buscamos en un amante? Odio a Karl, con sus necesidades simples y sus manos traicioneras. Va hasta el frigorífico y saca otra botella de vino. Veo directamente el interior del frigorífico. Está lleno. Veo cosas que yo nunca habría comprado: latas de Coca-Cola, pasteles de cerdo, salchichas baratas, vino caro. Busco señales de mí allí dentro, pero no hay ninguna. ¿Cómo es que ha desaparecido tan rápido todo rastro de mí? Entonces cierra la puerta del frigorífico y un papel del colegio se despega de la puerta por un instante, revelando una fotografía mía: sonriente, segura, cuerda. Pero la visita al Horniman Museum, o lo que sea, vuelve a caer sobre mi cara como un velo.

»Me paso varias horas allí sentada, con las tijeras en la mano, clavándome la punta en la palma a cada gesto de intimidad entre ellos. No tengo ningún plan. Solo quiero estar en casa. Me levanto para ver mejor cuando vuelven Josh y Evie diciendo que han ido a comprar unas piruletas para los más pequeños, aunque en realidad vienen directamente de entre las sábanas; los veo maravillados, con el apetito egoísta del primer amor. Annie, Polly y los más pequeños bajan con estrépito las escaleras en busca de sus piruletas. Aprieto la nariz contra el cristal para ver a mi niña. Si alguien mira hacia aquí, puede que vea la extraña visión que soy yo, pero nadie lo hace.

»Annie lleva puesto el disfraz de jirafa, que empieza a quedarle pequeño; las patas le llegan a las rodillas. Se ha cortado ella misma el flequillo y nadie se lo ha arreglado. Josh reparte las piruletas, y los críos de los Stevenson se pelean por los sabores. Tanta privación de azúcar los ha vuelto unos llorones, y Andrea Stevenson los regaña como es debido. Annie sigue a Karl de rodillas por la cocina, con las manos en posición de rezar, y Polly hace lo mismo con Ness. Sé muy bien lo que pretenden: que les dejen dormir juntas. Y una parte patética de mí se siente todavía más olvidada. Pronto empezarán a negociar. Debe de ser sábado, y mi guapísimo hijo Josh tendrá partido mañana. Ahí está, tan mayor, tan satisfecho. Levanta a Annie del suelo, se la pone debajo del brazo como si fuese una cartera y comienza a luchar en broma con ella en el

sofá. Se me llenan los ojos de lágrimas. Les añoro, añoro abrazarles, tocarles. Los niños necesitan a su madre, ¿no? ¿O soy yo quien les necesita a ellos? ¿No dijo Karl que me tenían miedo? Creo que el diablo me lo dijo también.

»Retrocedo para ocultarme entre las sombras cuando Ness va hasta el fregadero, mi fregadero, para acometer la montaña de platos por lavar. Andrea Stevenson se une a ella. Los hombres no hacen una mierda. Mi lealtad fluctúa. Me muevo un poco hacia un lado para ver mejor, para acercarme más a ella, segura de que las lucecitas de colores de la cocina le impiden verme. Ahora podría dar unos golpecitos en el cristal, darle un susto. Cuando vuelve la cabeza para coger una sartén sucia, observo que tiene unas cuantas marcas rojas de quemaduras en el cuello y me alegro: a ella también le quedarán cicatrices. La odio. Le odio a él. Odio que a todos les vaya tan bien sin mí. Les echo de menos.

»Espero. Estoy encantada de esperar toda la noche. Sigo sus movimientos. Me encuentro junto a la puerta trasera, mirando hacia dentro, cuando se marchan los Stevenson; sin duda, con esperanzas y promesas de pasar buenos momentos juntos en el futuro. La otra mujer se va con ellos y no veo qué niños se quedan, pero oigo que el calentador se enciende arriba; alguien está preparando un baño. Karl y Ness vuelven a la cocina, se detienen muy cerca de mí. Él le apoya la mano en la espalda, le da la vuelta; se besan ansiosos, como si hubieran estado muertos de hambre, deseando que esos Stevenson se fueran hace horas. Veo su pasión. Observo mientras ella aprieta el cuerpo contra el de Karl, adaptándose a sus formas. No hacen buena pareja, él es demasiado alto para ella. Ella es demasiado guapa. Contemplo fascinada cómo se devoran el uno al otro como viscosas criaturas marinas.

»Veo que se separan de un salto cuando oyen pisadas arriba, como ladrones atrapados con las manos en la masa. Así que se sienten culpables. Sienten que lo que hacen está mal. ¡Ajá! Así que tienen vergüenza.

»Regreso a la ventana para observarles mientras recogen la cocina; veo que Ness se inclina a soplar las velas, mis velas; que Karl sube y baja las escaleras de puntillas, vigilando a los niños. Ness se acerca a su abrigo y saca el paquete de tabaco. Me muevo a toda prisa; se dispone a salir. Hago girar las tijeras en mis dedos como si estuviera lista para un duelo y vuelvo a esconderme entre los arbustos, detrás del banco, mientras ella abre la puerta trasera. Se queda allí para encender el cigarrillo, tal como ha hecho cien veces antes. Canturrea. Está contenta. Seguramente, nunca piensa en el monstruo del hospital psiquiátrico. Pisa la gravilla y camina despacio hacia mí, alzando la vista a la noche, donde las luces de un avión parpadean en el brumoso y anaranjado cielo londinense. Se para a poco más de medio metro, delante de mí, se sienta en el banco, dándome la espalda, y fuma con la despreocupación de una estrella de cine. Tiene auténtica clase, incluso estando a solas. Está tan cerca que puedo olerla; puedo ver los rizos de vello de su nuca. La echo de menos, deseo alargar el brazo y tocarla. O hincar las tijeras en la suavidad de esa piel.

»No hago ni lo uno ni lo otro. Entra y sé que va a dormir en mi cama.

»Espero durante horas. Espero a que la casa esté a oscuras, todas las luces apagadas, todas las puertas cerradas, todos los calentadores parados, todas las brasas moribundas. Hasta el tráfico distante ha cesado; Londres duerme por fin. Entonces abro la puerta del cobertizo, saco del frasco la llave de la puerta trasera y me cuelo en mi propia casa. No pienso en nada. Solo quiero estar en mi propio hogar y fingir por un momento que nada ha cambiado.

»Dejo las zapatillas de Lin junto a la puerta trasera, la abro con cuidado y piso las tablas del suelo, que crujen. Cierro la puerta a mi espalda y escucho la quietud de la casa. Cruzo la cocina hacia la sala de estar y entro. ¡Ah! Allí está el árbol de Navidad, por supuesto. Está horriblemente decorado, ordinarias bolas plateadas y luces de colores. Les han dejado hacerlo a los niños; siempre se les da fatal. Me sitúo delante del fuego y muevo las brasas con el atizador; me dedican una melosa sonrisa anaranjada, dándome la bienvenida. Hay unas postales en la repisa de la chimenea; me he perdido el cumpleaños de alguien: el de Karl. Leo todas las postales, incluida la de Ness: «Feliz cumpleaños, hombre estupendo». Doy la vuelta a las tijeras a lo John Wayne, la corto en pedacitos sobre las brasas y contemplo las llamas que iluminan la habitación, proyectando sombras en la pared. Por un instante, creo ver que el diablo me observa.

»Salgo de la sala de estar y me detengo en el recibidor. La mesita está cubierta de cartas sin abrir, llaves de coche, espinilleras, lo de siempre. Alzo la mirada a las escaleras, hacia los dormitorios. Todo está en silencio. Avanzo hacia las escaleras y, con cautela, empiezo a subir, apoyando los pies con precisión; cada centímetro de esta casa está en la memoria de mi cuerpo, conozco cada crujido por haber pasado innumerables noches saliendo a rastras de las habitaciones de los niños, rezando para poder dormir. Me paro en el rellano y miro a izquierda y derecha: todas las puertas están cerradas. Por fin estoy en casa. Me siento inexplicablemente cansada.

»Empujo la puerta de mi dormitorio. Y, por supuesto, ahí están, ahí está ella, durmiendo en mi fantástica y gran cama, en mi lado, en mi habitación, junto a mi marido. Karl está de lado, profundamente dormido, de cara a ella, con la mano alargada hacia ella. Me acerco a Ness y la contemplo: está boca arriba, con los labios entreabiertos, sin ninguna preocupación en el mundo, con el pelo largo y crespo extendido sobre mi almohada, un pecho a la vista, el edredón subido hasta la caja torácica. Veo cómo sube y baja su pecho, el lugar exacto donde su corazón bombea bajo la piel.

»Tiene el iPhone en la mesilla de noche. Lo cojo y miro la pantalla. Ha puesto el despertador para que suene dentro de dos horas, supongo que para poder salir a hurtadillas de la casa y fingir ante sus hijas que es un ser humano decente. Apago el móvil.

»Me siento un rato a los pies de la cama para pensar. Me planteo meterme en la cama con ellos; todos juntos otra vez. Pero nunca funcionará. Así que me arremango y me hago un corte en la muñeca.

»No siento dolor. La sangre brota de forma satisfactoria, negra en la penumbra de la habitación. Cuando gotea sobre el edredón blanco, vuelvo a cortar. Esta vez, la sangre me chorrea por el brazo, por la mano, sobre la cama y sobre la moqueta. Pero sigo sin sentir absolutamente nada.

»Y entonces se me ocurre que tal vez sea un fantasma, tal vez esté ya muerta. Por eso no me ha visto nadie: ni Josh, ni Evie, ni nadie en el autobús, en la calle. He entrado en otra realidad futura. Sigo apuñalándome la muñeca como para demostrarlo. ¡Nada! No siento ningún dolor porque ya estoy muerta. ¡Qué alivio! ¡Qué maravilloso alivio! No puedo volver a morir. ¡No se me ha llevado el diablo! ¡He engañado al diablo! Sigo cortando, la sangre mana en abundancia y sigo siendo un fantasma.

»Tengo que decirles a los niños que estoy a salvo, en el cielo. Josh y Annie, mis preciosos hijos. Salgo de la habitación a toda prisa y corro hasta el cuarto de Josh, sin preocuparme ya por si cruje el suelo. Estoy hecha de luz. Soy ingrávida. Abro la puerta. Huele mal, a calcetines y a adolescente, pero él no está. ¿Acaso duerme con Evie sin ningún disimulo? ¿Nadie me consulta ya esas cosas? ¡Claro que no, estoy muerta! Bajo las escaleras y abro la puerta de Annie.

»Polly y Annie duermen juntas en la litera de abajo. Mi hija, aún con el disfraz de jirafa, ocupa la cama entera, abriendo brazos y piernas como si fuera una estrella de mar mientras la pobre Polly se aplasta contra la pared. Dejo las tijeras ensangrentadas junto a la cama, me agacho y le doy un beso en la tibia mejilla. Entierro la cara en el cuello pegajoso. Ni siquiera se mueve.

»"Cariño", susurro. Es como volver a casa. Mi amor por ella lo devora todo. "Estoy muerta, estoy en el cielo."

»Me siento bien, segura. Debo protegerla. Debo alejarla del diablo. Entonces, mientras aspiro su aroma, sé lo que tengo que hacer. Puedo salvarla ahora. Tengo que salvarla. Pobre Annie, tiene mis genes, no hay esperanza para ella, es mucho mejor que venga conmigo ahora, donde pueda protegerla y preservarla de él, porque también la querrá, para vengarse de mí. Es demasiado tarde para salvar a Josh, ya es un hombre, pero Annie me necesita.

»"Ven conmigo, tesoro", susurro, alzando su cuerpo dormido. Apenas se mueve; está acostumbrada a que la metan y saquen en brazos de casas, coches y camas. Me abraza fuerte y, por un momento, sabe que soy yo. Apoya la nariz en mi piel y exhala un suspiro de cachorrillo. Me quedo quieta, sintiendo el amor que hay entre nosotras, su cara contra mi cuello. Es toda mía.

»Bajo con ella y cojo las llaves de Karl de la mesita. Abro la puerta principal y la saco al fresco aire nocturno. Se remueve entre mis brazos, pero el disfraz de jirafa es de felpa; no tiene frío. Bajo los peldaños con ella. Es plena noche. Busco con la mirada el coche, nuestro viejo y destartalado Toyota. Lo veo al otro lado de la calle y voy hacia él. Abro la puerta, dejo a Annie tumbada sobre el asiento trasero y la tapo con la manta vieja del maletero. Se remueve un poco y pregunta: "¿Adónde vamos, mamá?" Digo que a dar un paseo. "¿Puede venir Polly? Trae a Polly, mamá." "No", contesto. Pero enseguida pienso: "¿Polly? ¿Por qué no?". Sí, tal vez tenga razón. También hay que salvar a Polly; ya está contaminada por su proximidad a nosotras. Su sufrimiento será grande; el diablo se la llevará también. Si hubiera más niños en la casa, me los llevaría a todos.

»Así que vuelvo a por Polly siguiendo las oscuras salpicaduras de sangre, un rastro de Pulgarcito que atraviesa la calle, sube los peldaños, entra en la casa, cruza el recibidor y asciende por las escaleras. Polly duerme profundamente y se deja coger sin protestar, despertando por un momento, nada sorprendida de verme. "¿Adónde vamos?", pregunta. La cojo de la mano. Se lleva el edredón. Annie ha vuelto a dormirse en el asiento trasero. Polly entra en el coche y se apoya soñolienta contra Annie. Las tapo con el edredón.

»Cierro la puerta trasera y subo al asiento del conductor. Veo que Polly cierra los ojos. Por un momento, me quedo quieta antes de encender el motor. Me miro la carne abierta que me cuelga de la muñeca, adelanto el asiento y giro la llave en el contacto. Se enciende la radio. Es perfecto: un coro de ángeles empieza a cantar. Es precioso; no tengo ni idea de lo que es. Cientos de voces que me desgarran el corazón, que nos dan la bienvenida a casa, que le indican al diablo que ya no puede hacerse con nosotras, porque me llevo a las niñas al cielo. Sonrío, tranquilizada por la certeza de lo que hay que hacer.

»Polly no ha vuelto a dormirse. No deja de incorporarse para escuchar cómo cantan los ángeles, así que conduzco por el barrio hasta que se echa de nuevo. Empiezo a fijarme en todas las flores que ha colocado la gente para nosotras: guirnaldas en las puertas, farolas decoradas, luces parpadeantes. Cuando estoy segura de que las dos niñas duermen profundamente, giro a mano izquierda cerca del puente y me dirijo al río. Veo que la marea está alta. Paro el coche en la parte superior de la cuesta. Alargo el brazo hacia atrás para coger la manita de Annie, con sus uñas pintadas de negro, y la aprieto con fuerza. "Allá vamos, preciosas, la yaya nos estará esperando." Me doy una vuelta al cuello con el cinturón de seguridad para que el diablo no pueda sacarme. Inspiro hondo. Luego piso a fondo el pedal del acelerador y revoluciono el motor, notando que las ruedas giran sobre el asfalto. Nos precipitamos hacia delante y empezamos a acelerar en dirección al borde de la pasarela. De pronto, las ruedas están en el aire. Volamos. Después noto el golpe sordo, durísimo, al chocar contra el agua. Flotamos unos instantes. La temperatura cae en picado, el río hace girar el coche y veo la orilla, las luces parpadeantes de la vida. El agua empieza a tragarnos, el coche vuelca sobre un costado y los ángeles que estaban cantando dejan de hacerlo... No... No...

Emma no había movido ni un músculo durante la narración de Connie, que había hablado en voz baja, sin emoción, con los ojos cerrados. Ahora los abrió como platos y miró a Emma con un terror que a esta no le costó reconocer.

—¡Las niñas se han despertado! ¡Se han despertado! —chilló—. ¡Están gritando!

Emma sujetó a Connie por los brazos.

Pero Connie no tenía conciencia de la presencia de Emma; solo podía oír los gritos. La sangre desaparecía de su rostro, su cuerpo se había puesto rígido, los músculos del cuello cubierto de cicatrices aparecían tensos; estaba a punto de sufrir un ataque.

Emma se puso de rodillas y la agarró con firmeza.

—¡Escúchame! Annie está bien. ¡Las dos! ¡Están bien! ¡Están vivas!

Pero Connie no podía oírla.

—¡Sáquenlas! ¡Hagan algo! —vociferó, con el cuerpo rígido como una tabla de madera—. ¡Ayúdennos!

Soltó un lamento tan inhumano, tan visceral, tan horriblemente privado, que a Emma la recorrió un escalofrío. Había oído ese sonido antes; salió de su propia boca mucho tiempo atrás.

—¡Connie! —gritó, y la abofeteó con fuerza.

Algo cambió en Connie.

—¡Las sacaron del agua, Connie! Dos hombres volvían del turno de noche en la fábrica de cemento... Vieron caer tu coche al agua y que la fuerza de la corriente lo arrastraba. Se metieron, Connie. Os sacaron a todas. Annie está bien. Está bien. Polly está bien...

Connie se quedó mirando a Emma con los labios temblorosos y lágrimas en las mejillas.

—¿Por qué me salvaron a mí? —gritó—. ¡No deberían haberme salvado!

20

No me va tan bien desde que ella se marchó. No sé por qué se fue. Era mi conexión con el mundo, mi salvavidas. Y ahora se ha ido. Sigo hablando con ella. «Doctora Robinson —digo—, lleva un vestido precioso. ¿Qué hizo de cena su maridito anoche?» O si me siento descarada, como en los viejos tiempos: «¿Tuvo suerte anoche su maridito, doctora R?». Pero no me oye porque solo está en mi cabeza, lo sé. Sin embargo, la imagino con el pelo cayendo hacia delante, ruborizándose como una amapola. O sonriendo. Y qué bien me hace sentir eso. Pero al final no le hice sonreír. No, me dejó por imposible. Hice algo demasiado horrible, imperdonable. Ahora lo he perdido todo.

Creo que Karl ha venido a visitarme un par de veces. No recuerdo haberle visto, pero he visto una Twix en la mesilla de noche y unas revistas cutres. No me la como y no las leo. Ya no deseo ni merezco estar viva y, sin embargo, mi cuerpo sigue adelante. Y me pregunto por qué; no lo uso, no lo alimento y no lo quiero. Lo único que hace es estar tumbado en esta cama. Hay un tubo que me alimenta, inyectándome el sustento, y otro que recoge los desechos. Algunas veces me mueven de un lado a otro o me lavan, y supongo que pasa el tiempo, pero he perdido toda noción de eso, porque el tiempo es perspectiva y el exceso de perspectiva es algo terrible. Tal vez el diablo se me llevó al final y estoy en el infierno y el infierno está aquí, en esta habitación.

El techo tiene cincuenta y siete plafones; dos de ellos tienen la pintura desconchada. ¿Es esto el infierno, doctora Robinson? Dígamelo, por favor. ¿Está en casa, doctora R, con su maridito, Netflix y el aire acondicionado? ¿Alguna vez piensa en mí? La echo de menos, echo de menos sus innumerables preguntas tontas. Me la imagino siguiendo con su ajetreada vida profesional, visitando a otros pacientes, allí sentada, con su libreta al revés, vomitando en sus váteres, y me siento celosa. Pensaba que teníamos algo. Vuelvo la vista atrás y considero que aquellos tiempos fueron felices; a veces repaso en mi mente cada una de nuestras sesiones, todo lo que dijo, todos los secretos que me contó. Me imagino que soy ella, empujando ese carrito, con resaca de cansancio, esa niña gritando... Nunca la consolé. Me gustaría haberlo hecho. Cuántas cosas me gustaría haber hecho de forma distinta.

—¿Connie?

La voz me resulta muy familiar; últimamente, no sé qué es lo que está dentro de mi cabeza y lo que no. No me molesto en abrir los ojos.

—¿Connie?

—Sí —digo.

—Soy yo —dice ella.

—Hola, yo —digo.

—Estoy aquí —dice.

Y entonces empiezo a pensar que tal vez esa voz no esté en mi cabeza y, con gran esfuerzo, abro los ojos y me concentro en el techo. Es de día. Con esta luz, los plafones se ven grises, no blancos. Hay tres con la pintura desconchada, no dos.

Noto que una mano coge la mía; está fría y pegajosa. Trato de volver la cabeza. Veo a alguien sentado junto a mi cama, con un bolso sobre el regazo. Al principio no la reconozco: está de lado respecto a mi mundo horizontal y tiene un aspecto distinto. Pero conozco esa fragancia. Sí, allí está, sentada en la silla, llena del resplandor de la gente de fuera, de esa otra realidad de la que ya no formo parte. Creo que tal vez me la estoy imaginando.

—¿Ness? —digo, pero mi voz ha desaparecido, no me hacía ninguna falta.

Sonríe. Me resulta tan familiar... Se ha cortado el pelo y parece mayor, pero está igual de guapa. Sus ojos oscuros están llenos de una dulce tristeza que no reconozco.

—Oh, Connie —dice y, por algún motivo, se echa a llorar; en silencio, solo lágrimas resbalando por sus mejillas.

Me pregunto si habrá ocurrido algo. Trato de apretar su mano, pero estoy tan débil que no sé si podrá notarlo. Se inclina hacia delante y apoya la cabeza en mi mano. La miro, confusa, y entonces me fijo en mi muñeca; ahora las cicatrices son de color rosa, así de que debe de haber pasado más tiempo; semanas, supongo. ¿Meses? ¿Qué importa el tiempo? Poco a poco, levanto mi otra mano y toco su pelo crespo, cortado al estilo paje, y nos quedamos así durante un rato.

Es maravilloso tenerla aquí, aunque solo sea en mi imaginación. Una vez más, tengo esa sensación rara de estar interpretando papeles en una obra, de que somos almas viejas que luchan juntas a través de la eternidad. Esta vez, yo soy una inválida y ella una enfermera. No decimos nada; no necesitamos palabras, porque son inadecuadas. Pero noto su amor.

La puerta se abre, interrumpiendo el momento bruscamente. Es la Chirridos, mi única constante.

—Bueno, Connie, incorpórate para atender a tu visita —dice, hablándome como a la simplona en la que me he convertido.

En ese momento, comprendo que Ness es real. Me la quedo mirando mientras la Chirridos se acerca al otro lado de la cama. Se inclina hacia delante, pulsa un botón y hace que mi cama se sitúe en posición semivertical. Ness da la vuelta para situarse de cara a mí.

—¿Quieres un vaso de agua? —pregunta la Chirridos, sin esperar respuesta—. Vamos, Connie —añade en tono de amonestación—. Se está portando como una chica muy tonta —le dice a Ness antes de marcharse.

Intento decir algo, pero me sale un susurro y Ness se inclina para oírme mejor.

—Es una mala pécora —digo.

Ness sonríe. Solo siento amor por ella; tomo conciencia del latido de mi corazón y me siento momentáneamente conectada con mi cuerpo.

Muevo los dedos y ella vuelve a coger mi mano. Cierro los ojos. Esto no es el infierno. Esto es el primer instante de paz que siento en mucho tiempo. Noto que me toca la piel y me pregunto qué está haciendo, por qué me hace cosquillas. Entonces me doy cuenta de que pasa el dedo por mis cicatrices suicidas, los cortes que me hice en la cama mientras ella dormía. Pasa el dedo por cada uno de esos cortes, palpando cada bulto y cada zona brillante como si quisiera sentir mi dolor. Me avergüenzo de mí misma. Qué chica más tonta.

Abro los ojos. Me está mirando con esos tristes ojos castaños e inspira temblorosa.

—Lo siento mucho —dice.

Estoy realmente desconcertada. Sacudo la cabeza. No sé qué decir. No sé qué podría decirle.

Saca algo de su bolso, no puedo distinguir qué. Pero veo que desenrosca una tapa y se echa algo en la mano. Luego, con la punta del dedo, me aplica suavemente un poco de aceite en la muñeca. Huele a lavanda. Me encanta sentir que me toca la piel; nadie me ha tocado de esa forma en mucho tiempo, nadie ha acariciado mi fealdad. Suspiro y me estiro un poco. No se detiene en mi muñeca. Sin hacer ruido, da la vuelta a la cama y me coge la otra muñeca para examinar mi mano. Vuelvo a sentir vergüenza, vergüenza de esas cicatrices que quería causarle a ella. Trato de apartar la mano, pero no me deja. Besa mis cicatrices. Luego, con cuidado, devuelve mi mano a la cama.

—Déjame hacer...

Y le dejo. Cierro los ojos. Oigo el gluglú y el plas del aceite en sus manos cuando las frota entre sí antes de coger mi mano con delicadeza y darme un ligero masaje en la base de la palma, entre los dedos, sobre la muñeca, a lo largo del brazo, siguiendo las formas macabras de las cicatrices causadas por el ácido. Es maravilloso notar su tacto en mi piel desatendida, la suavidad resbaladiza del aceite, el calor de sus manos, el amor que me está dando. Noto que me relajo, y esos dedos flexibles parecen resituarme en mi propio cuerpo. No se deja ni una sola cicatriz, desde los dedos de las manos hasta los de los pies, pasando por los brazos, el cuello, el tórax, el pecho, el estómago, la ingle, el muslo, la rodilla, el pie. Dedica toda su atención a cada zona dañada. Me está devolviendo mi cuerpo; estoy reclamando esta carne.

Cuando termina, no puedo moverme. Permanezco allí tumbada, en un estado de absoluta dicha, inhalando el aroma a lavanda de la habitación. Cuando abro los ojos sigue allí esperándome, mirándome. Sonríe.

—Te he traído una cosa —dice, y me tiende un sobre blanco en el que pone «Para Connie».

Trato de incorporarme; alargo mi mano rejuvenecida y cojo despacio el sobre. Observo la letra familiar. Me encanta su letra; es práctica, masculina. Abro el sobre con cuidado y saco varias fotografías.

Me ayuda. La primera es una instantánea de Josh y Evie. Me quita la respiración. Se les ve muy animados, jóvenes, felices, enamorados; Evie está apoyada contra el pecho de Josh, que la rodea con el brazo. Paso el dedo por el rostro de mi hijo, en pleno proceso de transformación: tiene la nariz más grande y la barbilla más pronunciada.

La miro durante tanto tiempo que Ness dice:

—Hay más.

Me enseña la siguiente. Es Annie, sonriendo a la cámara. Se le han caído los dos dientes de delante y tiene un hueco enorme del que parece estar muy orgullosa. Estoy sobrecogida, con ganas de llorar. En la siguiente foto aparecen Polly y Annie, flacas y con las rodillas huesudas, jugando con hula-hoops en el jardín. Noto que una oleada de emoción invade mi cuerpo. Miro a Ness.

—Están bien —dice.

Asiento con la cabeza.

—Todo el mundo está bien —dice—. Vamos a sacarte de aquí, Con.

Y mientras empiezo a llorar vuelvo a sentirme viva. Y Ness se inclina hacia delante y apoya la frente contra la mía y me abraza. No me lo merezco. Cuando acabo de llorar, coge las fotografías de mis manos y las repasa todas, mostrándomelas, reforzando sus palabras: las niñas

están bien. «Las niñas están bien.» Y empiezo a pensar que quizá, solo quizá, vaya a salir de aquí.

4 de abril

Mi querida Connie:

Siento haber tardado tanto en escribirte. Perdóname, por favor. También te pido mil disculpas por mi conducta y por haberte fallado. Me comporté de una forma muy poco profesional. Espero que el doctor Johnson te explicara los motivos de mi ausencia. Sé que eres una firme defensora de la verdad, así que te diré que se habían presentado varias denuncias contra mí (también había grabaciones de las cámaras de televigilancia) y que mi jefe me apartó de tu caso de repente, prohibiéndome contactar contigo. Yo no quería que las cosas acabaran de ese modo.

Quiero que sepas que me has impresionado profundamente, no solo por el trabajo que hicimos juntas, sino también por el que haces contigo misma como ser humano. Tú y tu espíritu indómito habéis sido toda una inspiración para mí.

Me alegré mucho cuando supe que el juzgado, como sin duda te habrán dicho a estas alturas, te ha concedido derechos de visita dos veces al mes. Es una noticia estupenda, y estoy segura de que tu relación con tus hijos será mejor que nunca y de que tu vida va a dar un giro muy positivo. Asegúrate de seguir tomando la medicación, que por fin parece estar equilibrada. De hecho, estoy escribiendo un artículo para una red de mutuas médicas acerca del abuso de las benzodiacepinas. Tu historia me ha afectado en lo más hondo.

Yo también tengo novedades. Voy a tomarme un año sabático. Mi maridito y yo hemos decidido hacer un cambio en nuestra vida. Vamos a vender la casa, a resolver nuestros asuntos pendientes y a dejar por fin el pasado atrás. Hemos encontrado un sitio en Sussex, lejos de la suciedad y la mugre de la vida urbana. Estoy deseando empezar de nuevo, aunque siempre regresaré a Enfield para visitar la tumba de Abigail.

Te deseo lo mejor en tu viaje. Cuídate, querida Constance. Conocerte ha sido una verdadera suerte. Y quiero darte las gracias por tu audacia, tu ingenio y tu agudeza, y por ayudarme a ver el mundo de forma un poco distinta.

Con cariño,
Emma Robinson

Hola, doctora R. Me alegró mucho recibir noticias suyas. Me encanta el correo tradicional, tan estupendamente pasado de moda. Tengo su carta en la mesilla de noche y la leo a menudo. Siento haber tardado tanto en contestar, pero, hasta hace poco, se me hacía una montaña escribir y tampoco tenía mucho que contar.

Fue la Chirridos quien se chivó de usted. Es una asquerosa imperdonable. Y, sin embargo, me he acostumbrado tanto a ella que ya forma parte de mi vida, como las hemorroides (mi cuerpo ha empezado a protestar de tanto estar tumbado y comer porquerías). Sospecho que debe de ser también quien ha filtrado ciertas cosas a la prensa. Espero que ella no la mencione, pero yo no me fiaría mucho. Ah, el otro chivato fue el doctor Gilipollas; no sé cuál es su verdadero nombre. Puede que se llame Johnson, como usted dice. Creo que nunca me ha dicho dos palabras seguidas, pero se pasea por aquí presumiendo de mediocre.

Por cierto, espero que no le importe, pero le he escrito al idiota de su jefe, Tom Warner, para quejarme de la forma en que la trataron. He escrito un elogioso informe, firmado como «La Mami Monstruo». (Dios mío, ¿a quién se le ocurren esas mierdas?

Tengo dos cosas que decirle; bueno, tres. En primer lugar, gracias por sus amables palabras. Me conmovieron y sorprendieron mucho. Era yo quien quería darle las gracias por todo. Sin usted, no estaría donde estoy: recuperándome. Ha hecho que mi visión de su profesión cambie de forma radical. Aunque su sustituta no me impresiona demasiado: no solo tiene un gusto criminal en cuestión de ropa, sino que además sufre una variedad letal de halitosis. Soy capaz de decir cualquier cosa con tal de hacer que salga de la habitación, una técnica que parece funcionar a las mil maravillas para ambas.

¡La trabajadora social me dio la fantástica noticia de las visitas! ¡Estoy encantada! En realidad, inicialmente tendré una visita al mes y, siempre que continúe tomándome la medicación y acepte mi enfermedad —chifladura psicótica bipolar—, me las aumentarán a dos.

Lo segundo que quería contarle es que ayer sucedió algo extraordinario. Sé que le interesará: ustedes los psiquiatras son unos cotillas. Ahora que ha llegado la primavera y empieza a hacer buen tiempo, salgo tanto como puedo. Por cierto, al fondo del jardín hay unos manzanos en flor que están preciosos. ¡Ah! ¡Y nuestra hojita sigue aguantando! La miro cada día. ¿Puede creerse que exista tanta perseverancia? A lo que iba: estaba en el césped, siguiéndole la corriente a Sita la Loca, que quería jugar a perritos (en realidad, quería enrollarse conmigo, pero no me dejé, por más que eche de menos el contacto humano), cuando la Chirridos vino a decirme que tenía visitas. En plural: «visitas». Altiva, le indiqué por señas que podía traer a «dichas visitas» al jardín. Ahora que sé que es una auténtica cerda, la trato aún con más desprecio. Esperaba que fueran Karl y mi padre (que me dijo por casualidad en la última visita que una psiquiatra excepcionalmente amable había ido a visitarle, pero que no recordaba nada de ella; ¿fue usted?). Me equivoqué. ¿Adivina quién es?

¡Sí, doctora R, mis hijos vinieron a verme! Josh y Annie estaban allí, junto a la puerta trasera, mirándome fijamente, acompañados de un trabajador social. Sentí que un amor extraordinario surgía en mi interior; el cordón umbilical de la maternidad nunca llega a cortarse del todo. Sé que

usted lo sabe. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Parecían mucho más mayores de lo que recordaba y un poco aprensivos, lo cual no era de extrañar.

No era la impresión que más me habría gustado darles: llevaba de la correa a Sita la Loca, que levantaba la pierna contra el cubo de la basura, y me sorprendí tanto al verlos allí que la solté y cruzó el césped dando botes hacia ellos. Sita la Loca puede ser inquietante en el mejor de sus momentos, pero entonces ladraba literalmente.

—¡Decidle que se tumbe! —grité—. ¡Finge ser un perro!

Mis hijos se la quedaron mirando y luego me miraron a mí. (Ya no tengo una pinta tan rara; el pelo ha vuelto a crecerme espeso y fuerte. Estoy un poco morena gracias al sol que he tomado en los últimos días. Tengo buen aspecto. Pero lo cierto era que llevaba de la correa a una enorme mujer india a cuatro patas.)

Annie se apuntó, como siempre.

—¡Túmbate! ¡Perro malo! —dijo.

Sita la Loca se puso en cuclillas obedeciendo y jadeó, lista para jugar. La alcancé y cogí la correa para atarla a un árbol.

En cierto modo, fue una buena forma de romper el hielo.

—Hola, chicos —dije.

Y nos quedamos allí un momento, mirándonos a los ojos. Abrí los brazos.

Hasta una madre loca es mejor que no tener madre, ¿no cree, doctora R? Nos quedamos allí un ratito, bajo la atenta mirada del trabajador social, y luego me los llevé por el césped en dirección al riachuelo, que es más bien un charco con salida. (Usted y yo nunca llegamos tan lejos, ¿puede creérselo?) Últimamente no tengo pastillas que consumir, he de conformarme con darle vueltas a una hoja entre los dedos.

Sin embargo, en esencia éramos los mismos de siempre. Annie y yo nos sentamos al sol, nos quitamos los zapatos, metimos los pies en el agua y nos pusimos a hacer guirnaldas de margaritas. Josh se agachó bajo uno de los manzanos. Y el trabajador social se sentó en el banco, no muy lejos, con cara de sentirse tan incómodo como todos nosotros.

Annie empezó a hacerme muchas preguntas sobre el lugar y le señalé varias habitaciones del edificio. Preguntó si podía venir a vivir conmigo durante algún tiempo y si podríamos ver morir a la gente en la silla eléctrica. No sé qué ve en la tele, pero le dije que me parecía que no teníamos ninguna.

—No tengas más ataques de nervios, mamá —dijo sin venir a cuento.

—No los tendré —dije—. Siento mucho todo lo que os he hecho pasar. Os quiero más que a nada en el mundo y nunca pretendí haceros daño.

Miré a Josh; su expresión era más difícil de interpretar.

—Bueno, no lo hagas más —dijo Annie.

Pero tenía la atención puesta en Sita la Loca; no dejaba de mirar hacia el árbol, donde mi amiga se dedicaba a lamer escrotos imaginarios.

—No lo haré. Lo prometo. Y me van a dejar verte dos veces al mes.

—¿Tendrás que vivir aquí?

—Durante un tiempo.

—¿Crees que a la señora perro le gusta recoger palos? —preguntó Annie.

—Ve a preguntárselo.

Annie se levantó de un salto. Observé su cuerpecillo atlético mientras corría hacia Sita la Loca y el trabajador social vacilaba momentáneamente acerca de quién era el mayor peligro allí.

—¿Cómo estás, Josh? —dije.

Se encogió de hombros.

—Bueno, es un poco raro, ¿no?

Asentí con la cabeza. Y los dos sonreímos.

Le indiqué con un gesto que viniera a sentarse a mi lado. Le rodeé con el brazo y se apoyó un instante contra mí. Cómo había echado de menos a Josh y nuestras pequeñas charlas; él y yo teníamos un vínculo especial. Sé que no se debe decir, pero a veces tenía la sensación de que éramos amigos o hermanos, no madre e hijo.

—Siento mucho el lío, no estar ahí, Joshy. No ha sido justo para vosotros dos.

—¿Estás mejor? —preguntó, rascándose la pantorrilla.

Vi que tenía más vello en las piernas y, de pronto, me sentí intimidada por mí misma: ser madre de un hombre es toda una hazaña.

—Sí. Y voy a ponerme bien del todo —dije sonriéndole, decidida a lograr que fuera verdad —. ¿Cómo está Evie?

—Están fuera, en el coche.

—Oh —dije, dando por sentado que se refería a Karl, a Ness o a los dos.

Me pregunté qué opinaría de lo de ellos, pero no dije nada. Era extraño, pero yo lo veía ahora de forma muy distinta; desde mi nueva perspectiva, parecía muy poco importante, muy trivial. De hecho, si sentía algo, era agradecimiento hacia ella por estar allí cuando yo no había podido hacerlo.

—¿Qué tal el instituto? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—El instituto es el instituto.

—Lo siento mucho, mi amor.

Volvió a encogerse de hombros. Estaba distante.

—Tienes todo el derecho a odiarme —dije.

—No tiene nada que ver contigo —dijo, y solo parecía levemente irritado conmigo.

Dios, no todo se refería a mí, por supuesto; ese es el problema de la enfermedad mental: nos volvemos muy introvertidos, girando en nuestras propias vorágines. Había estado muy ocupada mirándome el ombligo, y la realidad es que la vida sigue adelante, ¿no? Preferí no insistir y miré a Annie, que le estaba lanzando un palo a Sita la Loca.

Josh arrancó una brizna de hierba y la estiró entre los pulgares con cuidado, con atención. Luego se volvió y me miró.

—Mamá, a Evie no le ha venido la regla —dijo.

Le sostuve la mirada, abriendo mucho los ojos; la verdad, no me lo esperaba. Siguió hablando:

—Compró un test en la farmacia y salió que no estaba embarazada, pero eso fue hace seis días y está convencida de que sí.

Madre mía.

—Seguramente no pasará nada —dije—. ¿Lo sabe Ness?

Negó con la cabeza. Seis días. Debía hacerse otro test ahora mismo. Apoyé la mano en su espalda y le calmé como hacía cuando era pequeño.

—No te preocupes, cariño. No hay nada insuperable...

Asintió con la cabeza y volvió a su brizna de hierba.

—Solo quería decírtelo... La cuestión es que, si lo está... queremos tenerlo.

Me lo quedé mirando, incrédula. Cuando se volvió hacia mí, vi en su expresión una determinación nueva para mí; vi a un joven. La brisa arrancó un puñado de pétalos rosados del manzano que estaba detrás de él. Nos cayeron encima como si fueran confeti.

Supongo que debería haberle dicho: «No hagáis tonterías, tenéis toda la vida por delante: exámenes, universidad, carrera profesional... Conoceréis a otras personas». Pero no lo hice. No era eso lo que pensaba. Estaba conmocionada, sí, pero me alegraba por ellos. Me sentía valiente gracias a ellos.

Cogí un pétalo de mi regazo y froté su suavidad con delicadeza contra mi labio superior. Pensé en todas las relaciones que cambiaría un bebé, aparte de la de ellos dos: Ness y yo estaríamos entrelazadas para siempre, Karl y yo, Karl y Ness, Ness y Leah, Leah y Karl. Empecé a marearme. Alargué el brazo, cogí su mano y me la llevé a los labios.

—Todo saldrá bien, decidáis lo que decidáis. ¿Me oyes, Josh?

Sonrió, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí. Apoyé la cabeza en él y sentí más paz en ese momento de la que soy capaz de recordar. Los dos guardamos silencio, escuchando con atención el rumor del riachuelo, interrumpido esporádicamente por la voz áspera y dominante de Annie, que mangoneaba a Sita la Loca:

—¡Busca! ¡Buen perro!

Supongo que no soy la misma persona que era, doctora R. Supongo que los jóvenes de dieciséis años de clase media no deben tener bebés en nuestra sociedad, ¿no es así? Va contra nuestros principios de éxito concreto. Aunque tampoco las mujeres de clase media deben tener crisis nerviosas y tratar de asesinar a sus familiares, ¿verdad? Oh no, dejamos esas maldades para los otros, los incultos, los despreciados, para poder seguir escuchando seriales en la radio y controlando las cosas; ¡que los desfavorecidos, los desposeídos, conciban jóvenes! Para ellos, la decepción es mucho menor cuando las cosas se tuercen, porque su vida ya era una mierda desde el principio. Y, al fin y al cabo, doctora R, ¿qué son esas cosas que tanto deseamos mantener en marcha?

Otro soplo de brisa nos cubrió de pétalos de color rosa. Por primera vez, pensé seriamente en salir de aquí, encontrar algún sitio donde vivir, recuperarme, volver a ser madre, abuela si hacía falta, o cualquier otra cosa que me esperase, regresar al trabajo. Un futuro.

—Ponte las pilas y sal de aquí cuanto antes, ¿vale? —dijo él, como siempre, en sintonía conmigo—. Ness dice que te diga que, cuando salgas, puedes vivir en la casita que tienen sus padres... en Suffolk. A ellos les parece bien.

Me quedé sorprendida. Ella no me había dicho nada.

¿Qué cree usted que pretende Ness de mí?

Creo saber qué es. Quiere lo que quiere usted, doctora R. Lo que quiero yo. Quiere perdón. Y pensé en usted y en su capacidad para perdonar mis actos, pero no los suyos. Y en mi capacidad para perdonarla a ella, pero no a mí misma. Y en su capacidad para perdonarme a mí, pero no a sí misma.

¿Cómo perdonarnos a nosotros mismos? Josh podría decir: «¿Sentimiento de culpa? ¿Qué sentido tiene? Solo es tu forma de decirme que eres buena persona». Pero no estoy de acuerdo. ¿Qué somos sin conciencia? Solo somos animales preocupados por su propia supervivencia: comer, rapiñar y follar. Hizo usted bien en hacerme recordar, en acompañarme a través de aquello, en ayudarme a sentir el dolor de mis actos, a sentir la culpa. Porque, sin duda, que nos sintamos culpables significa que reflexionamos acerca de nosotros mismos y, por lo tanto, podemos cambiar. En cualquier caso, no estoy segura de que se trate de perdonarnos; creo que más bien se trata de aceptarnos. Y yo aún no lo he conseguido, eso seguro.

Aunque quizá solo sea un modo de decirle que soy buena persona.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a Matthew Hamilton por su apoyo sereno e infatigable, sus meticulosas revisiones y su inmensa capacidad para mantener la calma y seguir adelante; en pocas palabras, por ser tan buen agente. También he de agradecerle a Lesley Thorne su ayuda constante, su profesionalidad y su sentido del humor. Soy muy afortunada al contar con dos agentes tan sinceros y divertidos. Gracias a todas las editoriales extranjeras que mostraron tanto entusiasmo en las primeras fases de la redacción de esta novela: eso me dio mucha confianza. Y, por supuesto, gracias a Darcy Nicholson por recoger el testigo; me siento muy agradecida.

Quiero darle las gracias a Mel Hudson desde el fondo de mi corazón por su generosidad al facilitarme información, en concreto acerca del uso de las benzodiacepinas, y en general por ser para mí toda una inspiración.

No puedo subestimar el valor de mi fantástico club de lectura por su infalible franqueza, amabilidad y amor: Nita Instrall, Becky Harris, Justine Vaughan, Susannah Doyle y Lori Shaul. Son mis puntales.

En el ámbito familiar, he de darles las gracias a mis fantásticos hijos Sydney y Noah por su amor y su apoyo, y también a mis hermanos Natalie y Daniel por sus constantes ánimos con esta novela y con todo lo demás. ¡Me encanta saber que tengo las espaldas cubiertas!

Un thriller psicológico hipnótico, una zambullida a la parte más oscura y frágil del ser humano.



Connie despierta cada día en la habitación de un hospital psiquiátrico. No sabe cómo, no sabe por qué. No guarda ningún recuerdo de los motivos que la llevaron allí.

La única visita que recibe es la de su exmarido. Ni su madre, ni sus hijos, ni una amiga. Ni siquiera Ness, tiempo atrás la persona a quien podía confesar todos sus secretos. Ninguno de ellos quiere venir. Quizá ninguno de ellos pueda.

Es tarea de la psicóloga forense Emma Robinson arrojar algo de luz sobre la oscurecida memoria de Connie. Porque algo sucedió en el pasado. Porque algo hizo que todo se torciera. Porque después de aquello su vida cambió para siempre. Porque entonces aprendió que crecer es también enfrentarse a nuestros mayores miedos. Que la locura puede aguardar al otro lado de la puerta. Que las horas dentro de un reloj entierran a veces la más terrible de las verdades.

Natalie Daniels es el pseudónimo de Clara Rachel Burdett Salaman, nacida en Islington, Londres, el 22 de febrero de 1967. Tras una carrera como actriz con papeles destacados en películas y series de televisión, decidió dedicarse a la escritura. Autora de guiones para cine y teatro, *Más cerca aún* es su segunda novela, vendida a más de una decena de países y a una productora cinematográfica.

Título original: *Too Close*

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Clara Salaman
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2019, Neus Nueno, por la traducción

Adaptación del diseño de cubierta original de Jo Thomson / TW / Pnguin UK: Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: © Plainpicture/FStop/Martin Holtkamp / © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4916-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Natalie Daniels
Créditos